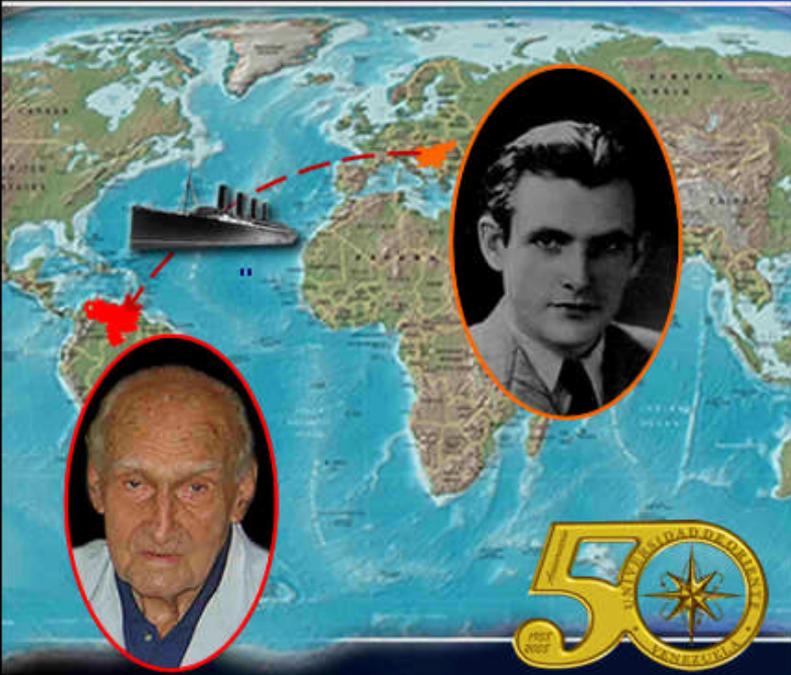




*El Mosaico de mi vida
como Inmigrante*



- Dr. Teodoro Vouk Maurin -

Usted puede usar las siguientes teclas para navegar en el libro:

FLECHA hacia abajo - próxima página

FLECHA hacia arriba - página anterior

ctrl+INICIO - principio del libro

ctrl+FIN - final del libro

ESCAPE (ESC) - minimizar la ventana del libro

ALT+F4 - cerrar el libro.

Además de todas estas teclas puede utilizar el ratón para pasar las páginas.

EI MOSAICO DE MI VIDA COMO INMIGRANTE

Dr. Teodoro Vovk Maurín
Cumaná 2008

AGRADECIMIENTO

La Dirección de SIBIUDO quiere agradecer a la Lic. Mercedes Villarroel de Rasse su desinteresada colaboración en las labores de corrección. Sin su aporte este trabajo no sería el mismo.

INDICE DE CONTENIDOS

- Introducción.
- La Cronología de mi familia y mis primeros diez años de vida.
- La mudanza a Ljubljana, la capital de Eslovenia.
- Mi retiro a Austria.
- Mi graduación de Doctor en la medicina universal en Graz, Austria.
- Mi partida para Venezuela.
- Aricagua, estado Mérida: Mi primer puesto de trabajo en Venezuela.
- El Morro, Los Nevados, y Acequias, estado Mérida: Mi segundo puesto de trabajo.
- La venida sorprendente de mi esposa e hija.

.- Primer Relato

- Mi Teharje (Téjarie)

.- Segundo Relato

- Otro que salvó del infierno de Rog.

- Resucité entre los muertos.
- Introducción.
- La última noche.
- Rog de Kocevje, el abismo de los muertos.
- Nueva mañana.
- El resucitado de la tumba.

- En la sombra de la noche.
- Camino hacia la libertad.
- Mi primera visita a Eslovenia después de 26 años
- Pueblo Nuevo: Mi tercer puesto de trabajo.
- Barinitas: Mi cuarto puesto de trabajo.
- Mi especialización en cardiología en el Instituto Nacional de Cardiología de México.
- Cumaná: Mi quinto y definitivo puesto de trabajo.
- Tratamiento médico de las quemaduras térmicas recientes mediante la desantigenización de la piel lesionada.
- Alimentación incorrecta: Causa de la mayoría de nuestras enfermedades y de casi todas las quejas médicas inexplicables de los pacientes.
- Mi segundo matrimonio.
- La Virgen Maria de Medjugorje (Mediugórie), Reina de la Paz.

El propósito principal de escribir mis memorias, es para advertir a todos mis descendientes, ya que ellos representan la continuación de mi vida, cómo seguir su camino hacia la vida eterna. Esta vida que tanto nos atrae, pero que no es sino una breve preparación para una vida, que es eterna. Para esta fue creado el hombre, después que Dios inspiró su espíritu en su cuerpo animal y con esto la conciencia, para distinguir entre el bien y el mal. Además le concedió también la más completa y libre voluntad, para hacer con su vida lo que le de a uno la gana.

También los escribí para cumplir con el testamento de mi esposa Mihela, para que me recuerde siempre que mi camino al cielo, es cuidar de su hija y de sus nietos, no sólo materialmente sino, lo que es mucho más importante, espiritualmente. Pero para conseguir lo segundo es necesario que ella me ayude, por encontrarse en el cielo, cerca de las potestades divinas.

Debemos alejarnos del camino perverso del mal, de la soberbia, del egoísmo y del pecado, especialmente en estos tiempos, cuando la rebelión contra Dios y su ley de amor es acogida, propagada y exaltada como un nuevo modelo de vida. Cuánta gente se convierte cada día en víctimas del odio, de la violencia, de la corrupción, del egoísmo y de impureza.

Ya que todo esto nos aleja de Dios y nos hace esclavos

de las pasiones y del vicio. También nos debilita en resistir las tentaciones y abre grandes espacios a Satanás, quien toma de este modo, mayor posesión de nuestra existencia y nos vuelve su instrumento para la propagación del egoísmo desenfrenado, de la soberbia, del odio, de la división, de la lujuria, de la impiedad y de la impureza.

Nuestro deber es en obrar en nosotros un verdadero compromiso de conversión y de oponernos con el valor y la fortaleza a este mundo en que vivimos, para caminar por el sendero del bien, del amor y de la gracia divina.

En esta lucha entre el bien y el mal, entre las fuerzas divinas y el demonio, que está llegando en nuestros tiempos a su colmo, debemos invertir todo nuestro esfuerzo para llegar al dominio sobre nosotros mismos, sobre nuestras pasiones y llegar a ser verdaderamente dóciles, humildes, pequeños y cumplidores de los mandamientos de Dios.

Sabemos según las revelaciones divinas, de la Santísima Virgen María de Fátima y de Medjugorje (Medjugórie) que en los próximos seis años este mundo va a ser completamente renovado, después de unos castigos, descritos detalladamente en el último libro del Nuevo Testamento.

Las palabras exactas de la Santísima Virgen María en uno de sus recientes mensajes son : "En 1917 lo anticipé en Fátima, casi como un anuncio profético, en el momento en que parecía evidente la lucha entre la "Mujer vestida del Sol" y el

"Dragón rojo", que habría que durar durante todo el siglo, como soberbio desafío a Dios por parte de mi adversario, en la certeza de que lograría destruir la Iglesia, y llevaría a toda la humanidad a un universal rechazo a Dios. El Señor le ha concedido este espacio de tiempo, para que cuando termine el plazo, la soberbia del Dragón rojo sea humillada y vencida por la humildad, por la pequeñez y por el poder de vuestra Madre Celeste, la mujer vestida del Sol, que ahora reúne a todos sus hijitos en su ejercito , ordenado para la batalla".

"Nada podrá resistir a la fuerza de amor misericordioso de Dios, que quiere transformar este pobre mundo en una nueva creación. La humanidad conocerá la hora sangrienta de su castigo : será herida por el flagelo de las epidemias, del hambre y del fuego, mucha sangre será esparcida por vuestras calles, la guerra se extenderá por doquier, llevando al mundo a una devastación inconmensurable."

"En el mismo momento en que Satanás se vaya sentir como dueño absoluto del mundo y se vaya creer vencedor seguro, Yo misma le arrancaré de las manos la presa. Se encontrará como por encanto con las manos vacías y al final la victoria será sólo de mi hijo y la mía : este será el triunfo de mi corazón inmaculado en el mundo y Jesús va finalmente establecer en él su reino de amor, de paz, de salud, de justicia, de gracia, de bondad y de santidad, lo que pedimos siempre al rezar el padre nuestro, cuando decimos : "¡Vénganos tu reino y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!"

El demonio va a ser arrojado en el abismo, para que no seduzca más a las naciones y encerrado por "mil años," según la biblia. Después de esta tribulación, nunca antes vista en la historia humana, espera a la tercera parte de la humanidad actual, a la que se va quedar con vida, un nuevo paraíso, que perdimos con Adán y Eva.

LA CRONOLOGÍA DE MI FAMILIA Y MIS PRIMEROS DIEZ AÑOS DE VIDA.

Estas son las memorias de un inmigrante, quien vino a vivir hace exactamente sesenta años a este bello país tropical llamado Venezuela (1947)

Mi vida en este mundo comenzó el 14 de marzo de 1920, un día domingo a las 10 de la mañana en una pequeña ciudad llamada Škofja Loka (Shkófya Loka), actualmente en Eslovenia. A los cuatro días fui bautizado con el nombre de Bozidar, la traducción eslovena del San Teodoro, que significa en griego, el regalo de Dios, lo que me ocasionó posteriormente muchos problemas, ya que en algunos documentos figuraba de Bozidar y en otros como Teodoro.

La ciudad fue fundada en la edad media, bajo el nombre en alemán de Bischoffslack (ciudad de los obispos), alrededor de un castillo, edificado en una colina, por los obispos de la ciudad de Brixen, actualmente perteneciente a Italia en el Tirol

del Sur. Škofja Loka está situada entre la confluencia de dos ríos: uno llamado Poljanska Sora, que pasa por Poljane, ciudad más importante del valle de donde proviene, y otro llamado Selška Sora, por la ciudad de Selce del valle donde tiene su origen. En Škofja Loka se unen los dos ríos en uno solo, llamado simplemente Sora, que termina en Medvode en Sava, que desemboca en el río Danubio en Belgrado, la capital de Serbia.



A los cuatro años, cabalgando hacia el futuro

Soy, el primer hijo del matrimonio de dos viudos. Mi padre Josip (José) tenía ya 44 años y era en ese momento jefe del Juzgado de la misma ciudad, aunque nació en Goce, cerca de Trieste, que entre las dos guerras mundiales pertenecía a Italia y actualmente pertenece a Eslovenia. Después de terminar el liceo se inscribió en la escuela militar de la monarquía Austro-

húngara, a la que pertenecía toda Eslovenia, Croacia, el Norte de Italia, parte de Polonia, Eslovaquia, Hungría y parte de Rumanía, que vivieron en unión con Austria por más de mil años.

El idioma oficial en Austria era el alemán y poco a poco nos iban germanizando a todos. Si no hubiera sido por los sacerdotes católicos nos hubiesen germanizado por completo en el siglo diecinueve. Ya en nuestras ciudades principales las escuelas eran todas de habla alemana, y fue apenas al final del siglo diecinueve cuando un obispo nuestro fundó el primer liceo de habla eslovena, a pesar de la extrema resistencia de las autoridades alemanas. Sólo la gente, que vivía en la provincia hablaba exclusivamente esloveno. Así que Eslovenia que abarcó en los siglos siete, ocho, nueve y diez, prácticamente toda Europa central, se iba reduciendo hasta lo que es actualmente : un estado de dos millones de habitantes, aunque vive otro millón dividido entre Italia, Austria y Hungría y otro millón disperso en otros países, especialmente en Estados Unidos, donde viven más de medio millón habitantes de origen esloveno, y en Argentina donde hay un grupo bastante numeroso y bien organizado, otra vez por nuestros sacerdotes, pero condenado a desaparecer poco a poco al mezclarse sus descendientes con la población del país en que están viviendo.

Mi padre, aunque era oficial, nunca estuvo en algún frente, ya que trabajaba en la administración. Cuando terminó la primera guerra mundial en el año 1918, lo sorprendió trabajando en Graz, la segunda ciudad de Austria, donde por casualidad

me gradué yo de médico 29 años después. Él se casó en el año 1901 a los 27 años, con una muchacha de Ljubljana, eslovena, de apellido Vozel, prima hermana de un profesor de latín y griego antiguo, que daba clases en el mismo liceo donde yo estudié posteriormente.



Mi Padre

Tuvo en el matrimonio tres hijas, la mayor se llamaba Mitzi y nació en 1902. De ella recuerdo cuando dirigía una bodega, la propiedad de una cooperativa, que tenía sus sucursales en toda la parte occidental de Eslovenia. La dirigía un tal señor Kocmur, quien era muy amigo de mi padre y estudiaron en la misma aula del liceo. Esta cooperativa funcionaba de manera, que cada comprador podía comprar los alimentos a crédito, y cuando pagaba mensualmente su deuda, le daban una ñapa de 3% de lo gastado en el mes, para adquirir por esta suma los alimentos, sin pagar por ellos.

Recuerdo de Mitzi que mi padre la quería siempre ver a un kilómetro de la cocina, ya que plato de porcelana que tomaba en sus manos seguro terminaba hecho pedazos en el suelo. De suerte que en el negocio no vendía la porcelana, sino sólo los alimentos y lo que se necesitaba para la limpieza del hogar. Era sumamente gorda y llegó a pesar entre 120 y 130 Kg. Después se casó y su esposo Gusti Brecej, le ganaba en peso.

Ella trabajaba como cajera y él como barman. Eran muy bonachones, y tenían el típico hundimiento en la punta del mentón. Tenían una sola hija, llamada María. Yo la recuerdo porque era su instructor en las matemáticas cuando estudiaba en el liceo, para ayudarle pasar el año. Hace unos meses me escribió mi sobrino José, hijo de otra de mis hermanas, Dora, diciendo que María sufría de cáncer del pulmón y que tenía un hijo sacerdote. Mitzi y su esposo Gusti se querían muchísimo y no podían vivir uno sin el otro. Cuando ella murió en el año

1963, su esposo la siguió unos meses después.



Madre

Otra hija que tuvo mi padre en el primer matrimonio era Eleonora y la llamábamos Lori. Ella nació en el año 1905 y cuando yo la conocí ya tenía 20 años. Ella hizo después de la primaria, cuatro años en una escuela que había en Škofja Loka, que equivalía al liceo menor y después estudió en la escuela de enfermería, no para ser enfermera en algún hospital,

sino para dirigir los hogares de salud, una cosa típica de la Eslovenia de entonces. Ya que no teníamos la facultad de medicina completa, sino sólo los primeros dos años, y posteriormente cuando yo estudiaba aumentaron a tres años y medio, no teníamos suficientes médicos, así que para las ciudades más pequeñas, donde faltaban los médicos, educaban a las muchachas de esta manera. Ella después dirigió uno de estos hogares de salud, primero en Kranj y después en Tržic.

Se casó a los 44 años y quedó embarazada, al menos así pensaba ella, pero cuando pasaron los nueve meses y el parto no aparecía, la examinaron más detenidamente y tenía un quiste grande de ovario, que le extirparon. Pero unos meses después quedó embarazada de veras y a los 46 años tuvo un precioso muchacho a quien llamó Tadeo, por ser muy devota a este santo, que en verdad le consiguió una cosa humanamente casi imposible. Tadeo era un muy buen estudiante, se graduó y especializó en economía, y es actualmente profesor universitario en Ljubljana.

Mi hermana Lori padeció por años de intolerancia alimenticia y recuerdo que todos los días comía lo mismo : un minestrón al que le metía todas las vituallas. Murió en un asilo de ancianos y no sé qué hacían en este asilo con su dieta. Probablemente tenía que comer lo que le servían, no creo que hicieran para ella una comida aparte.

Yo la vi por última vez en el año 1975, y todavía trabajaba

en el hogar de salud en Tržic, cuando visité a Eslovenia. Ella tenía su apartamento en la parte superior del mismo hogar de salud.

El hogar ya tenía entonces a un médico, que lo dirigía, pero no vivía en la misma ciudad, sino la visitaba y tenía sus horas para las consultas públicas, ya que bajo el comunismo estaba prohibido ejercer la medicina privada, al menos por la ley, que poco a poco nadie cumplía. El médico no cobraba, pero particularmente le traían regalos o le daban dinero para que los atendiera mejor.

El esposo de Lori se llamaba José Doleneč, (Dolenetz) y era el licenciado en derecho, comunista declarado y fanático, y tenía que ser un santo para aguantar a mi hermana, que era un saco de nervios. Vivía prácticamente para su hijo y hasta me pidió que le mandara una ayuda mensual para poder pagar los gastos que tenía con los estudios de su amado hijito, que era un muchacho muy inteligente y completamente distinto de su madre. Cuando se graduó, él tampoco la pudo aguantar y se casó lo más pronto posible y se mudó a la casa de su esposa y tuvo con ella tres hijos.

Su hija mayor, Maya, nos visitó una vez aquí en Cumaná. Ella es profesora de educación física y cuando estuvo aquí la llevé a ver el salto de La Llovizna en el estado Bolívar. No había un peñasco grande que veía, sin subirse a él. Recuerdo una piedra grande y lisa situada en el Hotel Intercontinental en Puerto Ordaz, a la que estoy seguro eran muy pocos que la

subieron y ella antes de contar tres, ya estaba en su cima. Cuando la llevé a Mérida, hasta El Morro, en mi finca, que se encuentra en las laderas del pico León, quiso subirse, ya que el pico se veía tan cerca, que uno pensaría que podía alcanzar su cima en media hora. El pico tiene casi 4.600 metros sobre el nivel del mar, y la casa de la finca está a 2.500 metros. Subió con mi nieto Iván, quien no hablaba ni una palabra en esloveno, pero se entendían en inglés, y al cabo de unas dos horas regresaron los dos con la lengua afuera, ya que para subir al pico León se necesitaban por lo menos 8 horas y amarrados los dos a una cuerda y con los equipos especiales, porque la pendiente es muy fuerte y hay que pasar por unos peñascos muy difíciles para pasarlos. Maya se casó posteriormente con un colega y tiene dos hijos: Nika de 5 años y Max de 2 años.

El esposo de Lori, quien era un fumador empedernido, murió un poco después, ya que sufría de la úlcera del estómago y mi hermana con su carácter se la abrió seguramente muchas veces. Otros hijos de Tadeo son Mateo y Matéus.

La hija menor del primer matrimonio de mi padre se llamaba Dora y era de carácter completamente distinto, seria, tranquila, prudente, muy calculadora y sumamente disciplinada en todo su comportamiento. Cuando la visité, tenía que quitarme mis zapatos y ponerme unas pantuflas que tenía preparadas en la entrada, antes de entrar en su apartamento, como en una mezquita de musulmanes. También hizo la

misma escuela de enfermería como mi hermana Lori. Era tres años menor que Lori y nació en el año 1908, o sea que era 12 años mayor que yo. Cuando mi hermana Lori se mudó de Kranj a Tržic, ella se encargó del hogar de salud de Kranj. Allí se casó con el licenciado Janez Ažman, quien era gerente de un banco. Con él tuvo dos hijos, Janez (Juan) y Joško (José) Como gerente del banco, a su esposo lo cambiaron a Skopje, capital de Macedonia, donde los visité yo cuando jugaba el fútbol en el club Ljubljana en la primera división para el campeonato de Yugoslavia.

Después lo cambiaron a Belgrado, la capital de Yugoslavia y allí los sorprendió la guerra. Allí encontró la muerte. Un día se fue con varios amigos a buscar alimentos a los campos alrededor de Belgrado y allí los mataron a todos las tropas irregulares serbias, que pensaron que los van a denunciar, donde estaban escondidos, a los alemanes.

Después que terminó la guerra, mi hermana con sus dos hijos regresaron a Eslovenia, a Kranj, de donde era nativo su difunto esposo. Los muchachos estudiaron y se graduaron ambos de ingenieros. Cuando yo los visité, en el año 1971, en mi primera visita a Eslovenia, vivían aun con su mamá en su apartamento. A ellos dos los conseguí un sábado, cargando bloques y mezclando cemento, haciendo sus casas. Eran nueve ingenieros que figuraban de obreros, dirigidos por un albañil que pegaba los bloques. Cada fin de semana los nueve trabajaban juntos ayudándose a construir sus casas, un fin de semana trabajaban todos en la casa de uno y en el fin de otra

semana en la del otro, y tres años después cuando los visité de nuevo, tenían ya construidas sus casas, lindas, de dos pisos con su sótano que usaban para guardar el carbón y la leña para el invierno, como también tenían allí un cuarto, donde había un horno para la calefacción central de toda la casa. Las casas de los sobrinos eran contiguas y pegadas, ya que con esto ahorraron el material y el trabajo.



Yo a la edad de 9 Años

Mi hermana Dora padecía del corazón y cuando la visité en el año 1971, se cansaba con cualquier esfuerzo físico. Como yo era cardiólogo, me mostró su tratamiento y era correcto para aquellos tiempos. Ella no vio las casas terminadas de sus hijos, ya que un día murió de repente.

Ella me contó algunas cosas de mi niñez. Cuando yo nací, ella tenía 12 años y ayudaba a cargarme y cuidarme. Ella me contó que yo era un niño muy inquieto. Cuando íbamos a algún paseo siempre corría adelante, así que me tenían que cazar y prácticamente llevar como un perrito amarrado con una cabuya. Cuando fui por segunda vez a Eslovenia en el año 1973, me llevaron mis sobrinos al cementerio, para ver dónde la habían enterrado.



Mis hermanas

Dora era mi hermana predilecta, puede ser porque ayudaba a cuidarme y también porque era muy seria, disciplinada y correcta en todo. Mi sobrino Janez se casó primero y tuvo un hijo, Rafko (Rafael), pero se divorció. Posteriormente se casó con una mujer muy buena, de nombre Józica (Josefina), con quien tuvo una hija llamada Melita. Joško, mi otro sobrino, se casó un poco más tarde con Slávica (Gloria), con quien tuvo dos hijas: Nataša, quien se casó con

un alemán y vive en Alemania, y Alenka, quien vive con ellos y está estudiando. Yo les escribo sólo una vez al año para la navidad y el año nuevo y lo mismo también ellos, ante todo les saludo y les envío buenos deseos.

Mi abuelo, padre de mi papá, se llamaba Miha (Miguel), nació en el año 1827 en Goce (Goche), una aldea cerca de Trieste y murió en el año 1906 allí mismo. Se casó en el año 1868 con María Fabcic (1845-1918). Tuvieron 11 hijos. La mayor, María, nació en el 1869, se casó en el año 1888 y se fue a vivir a la aldea Štaniel; el segundo era Franc (Francisco), quien nació en 1870 y murió en 1974; la tercera era Ivana, que nació en el año 1872 y murió al año siguiente; el cuarto era mi papá José, quien nació el día siete de febrero de 1874 y se casó en el año 1901 y murió en el año 1931 de cáncer en Ljubljana, el quinto fue Iván, quien nació en el año 1875, vivió y murió en Goce (Goche) en 1948; la sexta fue Bárbara quien nació en el año 1878, se casó en 1905 y murió en el año 1918. En estos días me llamó por teléfono su hija Milka, quien vive en Santa Bárbara en California, en Estados Unidos y tiene ya 94 años. Supo por mí, porque escribí a Goce, mi sobrina, para pedirle que me envíe los datos sobre mi familia. La séptima fue Francisca, quien nació 1879, se casó en 1904 en Goce y murió allí mismo en 1918 de tuberculosis. El octavo fue Mihael (Miguel), quien nació en el año 1882 y se casó con Carolina Vidrih en 1906, tuvo con ella 10 hijos y murió en 1954. El noveno y el décimo eran morochos, Franc y Amalia, quienes nacieron y murieron en el año 1884. La última era Antonia, quien nació en 1886 y se murió dos meses después.

Yo visité Goce solo una vez en mi segunda visita a Eslovenia, en el año 1973. En la casa donde nació mi padre vivía Francisco Vovk, hijo de Mihael, hermano de mi padre, quien nació en el año 1912 y murió en el año 1987, un borrachito muy hablador. Allí me llevaron mi hermana Ela y su esposo Tonc (Antonio), ya que Ela los visitaba con cierta frecuencia. También nos llevó al cementerio de Goce, donde estaban enterrados todos mis familiares, entre ellos también mi abuelo Miguel, hermano de mi padre y el papá de Francisco. Durante la guerra nos visitó en Ljubljana el hermano de Francisco, Carlos, quien era 5 años mayor que él y servía como soldado en el ejército italiano de ocupación.

El nombre del padre de mi mamá era Jurij (Yury =Jorge) y estuvo empleado en la gerencia de la segunda mina de mercurio más importante en el mundo en Idrija, después de Almadén en España. Era descendiente de un ciudadano francés, que se casó en los tiempos de Napoleón Bonaparte, durante la ocupación francesa, con una eslovena y se quedó con ella en Eslovenia aun después de partir los franceses.

La hermana mayor de mi mamá, Annie (Ana), quien se especializó en alta costura, trabajaba en Viena en la corte del emperador austro-húngaro Franz Joseph (Francisco José), para su esposa Elisabeth (Isabel) y para otras damas de la corte. Se casó con un abogado Dr. Zillmer y vivió con él en un apartamento en la calle Eckpergasse No 81, según me acuerdo, ya que tenía una correspondencia frecuente con ella

en alemán, porque no sabía escribir en esloveno, ya que hizo todos sus estudios en escuelas de habla alemana.

Cuando mi mamá enviudó, ella nos visitó una vez en Ljubljana y me acuerdo que me trajo como regalo una cámara fotográfica, con la cual sacaba unas fotos magníficas, especialmente me acuerdo de una con la iglesia de Šiška, un suburbio de Ljubljana, donde vivíamos, una obra famosísima de nuestro arquitecto Janez (Juan) Plecnik, que tenía sus obras en muchas ciudades europeas especialmente en Viena y Praga. La foto tenía de fondo, unas nubes maravillosas, que todo el mundo admiraba, más que la iglesia misma. Estas fotos se quedaron en Eslovenia y no se nada de su destino, como tampoco de mi álbum de estampillas postales que coleccionaba. Cuando mi tía Annie enviudó, siguió en el mismo apartamento, lujosamente amueblado, según las fotografías que nos enviaba del mismo. Murió en avanzada edad, sola, en el hospital, después que se fracturó el cuello del fémur en una caída y el reposo la mató.

Ella me hizo también el último favor, ya que contrató a una abogada, quien me procuró que mis documentos de graduación en la Universidad de Graz fueran traducidos al español y autenticados por la embajada venezolana en Viena como verídicos, y de esta manera pude presentarlos en mi solicitud para hacer la reválida de mi título de médico en la Universidad Los Andes en Mérida, Venezuela. Así que ella murió varios años después que mi mamá, quien murió en el año 1953 a los 65 años por insuficiencia cardíaca, por sufrir de

hipertensión arterial.

El segundo hermano por la edad era mi tío Jurij (Jorge), quien era muy aventurero, salió joven de la casa y se fue a trabajar a Alemania y me contó mi mamá que supieron posteriormente que murió porque "se le secó la garganta".

El tercer hermano fue mi tío Franc (Francisco), quien estudió y se especializó en la industria textil. Consiguió el trabajo en la conocida fábrica TIVAT de los textiles en la ciudad Varaždin, Zagorje (Zágorie), situada en Croacia cerca de la frontera con Eslovenia. Yo no lo conocí personalmente en mi vida, sino cuando murió en el año 1940, me envió mi madre para que la representara en su entierro y me quedé allí durante la novena, después del entierro.

Su esposa Eva, quien era de origen croata, una mujer muy buena, me recibió con mucha alegría, ya que estaba estudiando la medicina y su único hijo Francek (Francisquito) sufría de esclerosis múltiple, una enfermedad incurable. Ya no podía caminar sin ayuda de las muletas. Yo le decía que le de mucha vitamina B1 y B12 si era posible inyectable y la fisioterapia. Él estudiaba en Ljubljana y se graduó en el Instituto Tecnológico de técnico en la industria textil y era mi padrino de confirmación. Un poco después de graduarse empezó su enfermedad y años después supe que se murió y dejó sola a su mamá.

Después de él, nació mi mamá en el año 1888 y dos años después mi tía Mira, también maestra graduada, como mi

mamá, una soltera empedernida, aunque era muy buena moza. Supe que tenía amores con un oficial croata, escuchando una vez involuntariamente una conversación que sostenía con mi hermana Lori, cada una contando sus aventuras amorosas. Una cosa es segura: que se quedó soltera y murió en Ljubljana en avanzada edad atendida por mi hermana Ela, quien era el ángel de la guardia de mi familia. Nosotros los niños la esperábamos siempre con mucha alegría, ya que siempre cuando nos visitaba nos traía bombones, chocolates y otras golosinas. Durante la guerra, la expulsaron los nazis de su zona, como a todos los demás intelectuales, y se refugió en Ljubljana, la zona ocupada por los italianos, y se vino a vivir con nosotros.

Me recuerdo como contaba siempre, cuánto sueldo había perdido y que después de la guerra tenían que pagarle. Era muy señora y no ayudaba en nada a mi madre en quehaceres de la casa. Sino visitaba todos los días a sus conocidos y, claro, se hizo muy partidaria del frente de la liberación nacional, de cuya dirección se apoderaron los comunistas, matando a todos que se les oponían, como fascistas o traidores a la patria. Ya que todos en mi familia éramos contrarios a este frente, que no hacía nada para nuestra liberación sino aprovechaba la oportunidad de deshacerse de todos nuestros líderes, matándolos en las calles o en sus domicilios. Esto llevó naturalmente a serias discusiones entre nosotros. Después de terminar la guerra la jubilaron y vivió en Ljubljana hasta su muerte.

La hermana más joven de mi mamá se llamaba Vilma, quien se quedó a vivir en una finca que poseía mi abuelo cerca de la ciudad de Kocevje (Kochévie). Ella se casó posteriormente con un gendarme de apellido Širok, con quien tuvo tres hijas. La mayor se llamaba Milica (Militza). Vivían en Litija (Litía), una ciudad al oriente de Ljubljana, en la casa que tenía mi abuelo y donde también murió. Después perdí todos los contactos con ellos y no sé nada de su destino.

Mi padre, cuando murió su primera esposa, a la que enterraron en el cementerio de Škofja Loka, se quedó solo con tres hijas adolescentes. Él buscaba a una mujer que las cuidara y estuvo obligado a casarse de nuevo, ya que tenía, cuando enviudó apenas 44 años. Al no conseguirla en Škofja Loka, al parecer puso un aviso en un periódico, en el que buscaba una mujer con tales y cuales condiciones, y al parecer por este camino conoció a mi madre, quien era maestra graduada y estaba trabajando en una ciudad pequeña llamada Dobrnica (Dobernich), completamente al otro extremo de Eslovenia, cerca de la frontera con Croacia .

Mi madre se había casado a temprana edad y tuvo una hija llamada Dánica (Dánitza, que significa Aurora) a quien criaron sus tías, hermanas de su esposo, mientras que ella trabajaba como maestra. Enviudó joven y cuando quiso que le entregaran a su hija, sus cuñadas se negaron y la misma Dánica quiso quedarse con ellas, ya que ellas la criaron y estaba acostumbrada a vivir con ellas.

En el año 1918, en la firma del tratado de la paz en Versalles, los aliados le regalaron a Italia esta parte de Eslovenia, aunque allí no vivía ningún italiano, por haber renunciado en la mitad de la primera guerra mundial a su alianza con Austria y Alemania y pasarse al lado de los aliados, así mismo como lo hicieron en la segunda guerra mundial. Cuando sucedió eso los austríacos atacaron a Italia con todas sus fuerzas y los hubieran llevado hasta Roma, si no los hubieran salvado las tropas francesas e inglesas. Pero a pesar de esto, los italianos perdieron en tres días de ofensiva austríaca más de 500.000 hombres, una verdadera masacre, producida especialmente por los soldados bosnios, que servían en el ejército austro-húngaro y le tenían un odio especial a los italianos.

Pero después de la guerra, el presidente norteamericano Wilson, les regaló por esta traición, además de esta zona de Eslovenia, donde vivían más de medio millón de eslovenos (allí nacieron mis padres) la parte sur del Tirol, a pesar de que allí vivían exclusivamente los tiroleños de habla alemana, así que no se sorprendan si consiguen entre los campeones en los juegos olímpicos de invierno, a los italianos con el apellido alemán.

Esta injusta repartición de Europa por unos ignorantes, fue también la causa principal de la segunda guerra mundial, ya que muchas naciones europeas estaban demasiado ofendidas en su orgullo nacionalista, especialmente Alemania, que eligió con la gran mayoría de los votos a un loco para

vengarse, por haber sido despojada de muchas regiones, donde vivían exclusivamente los alemanes, y además les despojaron de todas sus colonias, de las cuales se apoderaron especialmente los ingleses. Eslovenia también perdió la parte que era desde hacía más de 1000 años su centro cultural, Koroška (Carintia), y la adjudicaron a Austria.

Es verdad que hubo un plebiscito y que un 56% de su población votó libremente para permanecer en Austria, cuando vieron a los soldados serbios vestidos con unos harapos y con una cultura completamente distinta a la nuestra, ya que vivieron durante siglos bajo la dominación turca, aunque en su gran mayoría conservaron su religión ortodoxa cristiana y no cedieron a pesar de toda la presión a convertirse al Islam, como lo hizo la mayoría de la población de Bosnia y de Albania.

Cuando mi madre se casó en el año 1919 con mi padre, renunció a su cargo de maestra y la jubilaron, aunque no tenía más que 12 años trabajando como maestra y se vino a vivir con él a Škofja Loka. Mis hermanas mayores del primer matrimonio de mi padre la recibieron seguramente con cierto recelo, lo que es comprensible, ya que recientemente habían perdido a su madre. Pero como pude ver posteriormente, todas la respetaban, seguramente porque les había dado al primer hermanito. De todas maneras no vivieron mucho tiempo con nosotros, ya que mi hermana mayor Mici (Mitzi) se casó y se fue a vivir a Ljubljana con su esposo, y las otras dos estudiaban en la escuela de enfermeras en la misma ciudad de

Ljubljana.

Mi primer recuerdo era del Kindergarten. Lo mantenían las monjas ursulinas que vivían en el castillo que transformaron en monasterio, aunque no lo conducían ellas personalmente, sino emplearon para este propósito a una maestra civil educada en la educación preescolar. Recuerdo que nos enseñaban hacer las cajitas de cartón bordadas en sus bordes. También recuerdo cómo lloré una vez de rabia, cuando me dijeron que iba a representar en un acto público el papel de un capuchino. Decía que yo no quería ser ningún capuchino, sino trabajar en una oficina, como lo hacía mi papá y no me pudieron convencer, que esto era sólo durante este acto.

Recuerdo también una puerta por donde teníamos prohibido entrar, ya que nos decían que esta llevaba al infierno, donde vivía el mismísimo diablo, así que pasaba por el lado de esta temblando del miedo y lo más rápido posible. No sabía qué había por detrás de esta puerta, sólo recuerdo que una vez la conseguí medio abierta y pude ver unos escalones que no llevaban hacia abajo, sino hacia arriba. Así que el diablo no vivía abajo como me lo imaginaba, sino arriba, y como arriba no había más que el techo, entonces vivía el diablo por debajo del techo de tejas. Cada fin de año había una exposición de nuestros productos, de cajitas bordadas, cestitas, diseños y de bordados hechos por las muchachitas, etc.

Recuerdo también que cuando yo tenía 4 años, mi padre, quien era muy católico, invitó al capellán de la parroquia de Škofja Loka, de apellido Veider, para consagrar a nuestra

familia al Sagrado Corazón de Jesús. La iglesia parroquial fue consagrada al apóstol Santiago el mayor, el primer mártir entre los apóstoles a quien hizo a degollar el tetrarca Herodes en el año 44, lo que provocó la dispersión de los primeros cristianos hasta más allá de las fronteras de Judea, Samaria y Galilea. También el apóstol San Juan, hermano de este primer mártir, se llevó a la Santísima Virgen María y llegaron hasta Efeso, donde en un bello bosque con un lindo arroyo vivieron durante varios años cerca de la ciudad de Efeso.

Esto lo menciono ya que posteriormente tuve la oportunidad de visitar con mi primera esposa este bello lugar, del cual de verdad emanaba una paz y tranquilidad y uno podía sentir en su alma que se encontraba en un lugar sagrado. El capellán, después de consagramos al Sagrado Corazón de Jesús le pidió a mi padre que yo aprendiera a contestar en latín al sacerdote durante la santa misa. Así fue como me hice monaguillo de la iglesia parroquial.

Recuerdo que la oración más larga era el Confiteor y la otra el Suscipiat, que nunca pude aprender, ya que siempre cuando la aprendía, me olvidaba casi enseguida de alguna palabra. Así que a los 5 años, sin saber todavía leer, ya sabía contestar al sacerdote la misa en latín. Habíamos en la parroquia 6 monaguillos. Uno comenzaba con el número 6 y progresivamente iba bajando de número, ya que a los 10 años tenía que retirarse. Al fin llegué también yo a ser el número uno, o sea el capo. Los monaguillos ganábamos por cada misa dos dinares y por cada entierro 5 dinares.

En aquel entonces era la costumbre, que el sacerdote acompañaba , vestido de negro al difunto, primero a la iglesia, donde le ofrecía la misa fúnebre y después acompañaba al difunto hasta el cementerio, donde bendecía su tumba y esperaba hasta que terminaron con la sepultura, orando mientras tanto por el alma del difunto. Si el difunto era de algún caserío fuera de la ciudad, lo trajeron hasta una imagen de Santa Cruz en la entrada a la ciudad, donde esperaron al sacerdote, para que lo lleve hasta la iglesia y después al cementerio. No importaba , si el difunto era pobre, ya que cada uno contribuía con la iglesia en lo que podía. Así que mi ingreso mensual era en término medio entre 60 y 100 dinares, dependiendo mi ingreso especialmente del número de los entierros. Así que al cabo de dos años ya tenía en el banco más de 1500 dinares, lo que era el sueldo mensual de un maestro de escuela. Mi padre ganaba el doble de este monto cada mes.

La ciudad de Škofja Loka fue fundada en un lugar magnífico. Estaba situada, como lo describí, en la confluencia de dos ríos, uno con agua helada, ya que provenía de los picos cubiertos de nieve eterna y otro con el agua templada muy agradable. En este último nos bañábamos durante el verano. Especialmente en un arroyo, que desembocaba en este río, cuyo nombre era Hrastnica (Jrástnitza), en el que le gustaba especialmente a mi mamá sentarse en él durante horas enteras ya que sus aguas eran casi calientes, por recorrer por un valle muy asoleado. A nosotros los muchachos nos gustaba

más el río Poljanska Sora, atrás de una represa, con el agua más profunda donde se represaba al río para llevar el agua del río para mover las ruedas de un molino gigantesco, que molía el trigo de toda la región. Atrás de esta represa, cuyo resultado era una piscina enorme, podíamos nadar, jugar el waterpolo, poniendo extremo cuidado, para que al balón no se lo llevara el agua, ya que en este caso casi siempre lo perdíamos, si no teníamos la suerte que se atascara en alguna ensenada.

En el otro río, Selška Sora, no he visto jamás que alguien se bañara en él, aunque en el río Sora que era el resultado de los dos ríos unidos, se bañaban muchos, pero no los habitantes de Škofja Loka, sino de otras localidades situadas a lo largo de su relativamente corto curso, ya que a unos 15 kilómetros más abajo terminaba el río Sora desembocando en el Sava, el río principal de Yugoslavia, que se unía a nivel de Belgrado, la capital de Yugoslavia, al Danubio, el principal río de Europa, que terminaba en el Mar Negro, en Rumania.

Prácticamente, en Škofja Loka terminaban los Alpes en colinas llenas de bosques frondosos, generalmente mixtos con las más distintas especies. Las partes más bajas eran cultivadas o tenían los prados con toda clase de flores y de gramíneas, a los que los campesinos cortaban dos veces al año con las guadañas para conseguir de esta manera el heno que necesitaban para alimentar a su ganado y a sus caballos en los meses del invierno. Estas colinas y estos prados fueron habitados por los campesinos y hacendados, que tenían sus haciendas arregladas como un pequeño reino.

En Eslovenia existía una ley que no permitía dividir las tierras entre sus herederos, sino que la heredaba uno solo, generalmente el hijo mayor. A los demás hijos los ayudaban sus padres y también el hijo mayor que heredó la hacienda, para que pudieran escoger y educarse en la profesión que ellos preferían. Ya que en Eslovenia se debía estudiar y no se podía practicar cualquier oficio, sin antes conseguir el permiso de ejercerlo por su cuenta. Por ejemplo, un albañil tenía que trabajar primero tres años como aprendiz ayudando a un maestro. Ganaba su sueldo que iba aumentando según los conocimientos que iba adquiriendo poco a poco y después como ayudante otros dos o tres años, y luego de pasar por un examen lo declaraban capaz de trabajar en su oficio por su cuenta o en cualquier compañía o empresa. De este modo se despertaba el amor a la tierra, ya que la hacienda era como un pequeño reino y a veces se peleaban los vecinos sólo por unos centímetros del terreno. De esta manera no había en Eslovenia ni el latifundio ni el minifundio, los bosques eran generalmente de uso común, aunque cada hacienda tenía también su bosque propio. Los cuidaban y los limpiaban, recogiendo en el otoño las hojas secas, caídas de los árboles, que mezclaban con el abono de los caballos y del ganado que acumulaban cerca de los establos, y con este abono abonaban en la primavera sus barbechos de una manera completamente natural.

La colina más cercana a la ciudad de Škofja Loka, en cuya pendiente suave estaba construida la ciudad, se llamaba Kranzel, una palabra de origen alemán que significa "la corona",

ya que tenía en su cima un bosquecito en forma de una corona. Allí jugábamos los muchachos a los gendarmes y ladrones. Los segundos huyendo y los primeros persiguiendo, y este juego llegaba algunas veces hasta la violencia y no pocos recibían los chichones en sus cabezas o el cuerpo. En la primavera recogíamos allí las primeras flores llamadas las campanitas y las trompeticas, porque se parecían mucho a pequeñas campanas y trompetas, que aparecían a veces hasta entre la nieve. Las primeras de color blanco y las segundas de color amarillo. Más tarde aparecían las violetas con su perfume exótico y los ciclaminos y muchísimas otras flores, así en los prados como en los bosques. En el mes de mayo siempre traíamos las flores a la Virgen María, ya que este mes era dedicado a ella, unas flores típicas llamadas en esloveno šmarnice (Shmárnitze), que florecían sólo en el mes de mayo.

La ciudad de Škofja Loka tenía en aquel entonces unos 3000 habitantes. Tenía una plaza superior y otra unos 30 metros más abajo, llamada plaza inferior, que tenía mucho menor importancia que la plaza superior, donde se encontraban las oficinas y los comercios más importantes de la ciudad. Aunque uno vivía en la ciudad, vivía al mismo tiempo en el campo, siempre en contacto con la naturaleza. La ciudad era la puerta de entrada a dos valles por donde corrían también los dos ríos. La única industria que había en la ciudad era una fábrica de sombreros, que era ya famosa desde la edad media, aunque posteriormente fue modernizada para estar siempre a nivel de la moda. En resumen: la ciudad era un verdadero poema de la naturaleza.

Por un lado las montañas cubiertas por los bosques, que en la cercanía no llegaban sino hasta unos 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar. La misma ciudad estaba a unos 300 metros sobre el nivel del mar. El pico más alto se llamaba Lubnik, que se levantaba casi desde la misma ciudad y que era, además del castillo, típico de la ciudad en una fotografía. Pero unos kilómetros más allá se levantaban los picos cubiertos parcialmente por la nieve eterna, pelados, pura roca, y que llegaban hasta una altura de 3.000 metros sobre el nivel del mar. Los árboles crecían en Eslovenia sólo hasta una altura de 1.800 metros sobre el nivel del mar. En las alturas mayores crecían sólo unos arbustos pequeños y algunas flores típicas de Los Alpes, entre las cuales la más famosa es una llamada en esloveno planika y en alemán Edelweiss, una flor de color blanco moteado que crecía sólo en lugares difícilmente accesibles y su valor se apreciaba por el número de sus hojas, que eran peludas para protegerse del frío que hacía en estas alturas y llegaban en algunos casos raros a tener hasta más de 20 hojas. Estas florecitas eran causantes de muchas muertes, ya que para alcanzarlas muchos arriesgaban su vida.

Por el otro lado, donde corría el río Sora, el resultado de la confluencia de ambas Soras de Poljane y de Selce, se abría una gran llanura llamada Sorško polje (La Llanura de Sora) donde se encontraba también Ljubljana, la capital de Eslovenia, a una distancia de 20 kilómetros hacia el oriente. En medio de esta llanura se elevaba sólo una montaña llamada Šmarna gora, con dos picos, y en uno de ellos con la iglesia en su

cima. El otro pico era un poco más bajo, que se llamaba Grmada, donde nos entrenábamos los montañistas en una pared de piedras muy vertical, para después poder subir a los picos más altos de nuestros alpes.

A través de un puente sobre el río Poljanska Sora se llegaba a una aldea llamada Puštal, donde tenían los obispos de Brixen su edificio de administración y su caballeriza. En esta aldea se levantaba una colina llamada en esloveno Hribec (Jribetz), de unos 50 metros de altura y con una iglesia en su cima y se llegaba a ella por un camino que circundaba la colina. En este camino se encontraban las 14 capillitas del vía crucis, y en el tiempo de la semana santa se hacían allí las procesiones rezando el rosario y el vía crucis entre tremendas explosiones de los morteros y de los cohetes, así que parecía que estábamos en un frente de batalla y no en una procesión.

Eslovenia tiene una peculiaridad única en el mundo donde casi todas las colinas llevan encima su iglesia, así que está sembrado su territorio por miles y miles de iglesias, construidas en la edad media. En este tiempo, los turcos la invadían constantemente. Venían de Bosnia a robar lo que conseguían y a cazar a las muchachas y los muchachos, que posteriormente educaban en su religión mahometana y eran sus guerreros más crueles llamados en esloveno janicarij (yanicharyi) contra sus propios paisanos, sin saberlo. Para ellos era más fácil ir a robar a Eslovenia, Croacia, Austria y Hungría, que trabajar. Ya que el turco-hombre era un gran señor. Él no trabajaba nunca sino todo el día acostado o

sentado fumando sus tabacos. Las que trabajaban eran sus pobres mujeres y cada uno tenía a varias y las trataba peor que animales. Cada turco tenía tantas mujeres cuantas podía conseguir y mantener. A nuestras jóvenes las aprovechaban para estos fines y las educaban para ser sus servidoras.

Nuestra gente se defendía contra esta barbarie como podían. Se escondían en los bosques y en las montañas, a veces en las iglesias que eran todas fortificadas con muros altos a su alrededor, para defenderse de ellos. Los turcos nunca atacaban los castillos porque no iban preparados para ello y éstos eran demasiado fortificados. Así que los que vivían en los castillos podían vivir tranquilos. Era la pobre gente, los campesinos y los que vivían en pequeñas ciudades, no fortificadas, sus principales víctimas. Ya que en aquel entonces no existía el teléfono o telégrafo, la gente inventó un método muy peculiar, para avisar la invasión. En cada montaña alta tenían acumulados un montón de leñas secas y cuando venía la invasión, prendían el fuego a este montón de leñas amontonadas, así que se podía ver de lejos de día el humo y de noche el fuego y de esta manera la gente fue avisada a tiempo para esconderse a sí mismos, a sus ganados y otras pertenencias de valor, en los bosques y en las montañas, así que los turcos no conseguían cosas de valor para llevárselas. Ellos se desplazaban sólo por los valles y no se metían en los montes. Al pasar el peligro y cuando los turcos se retiraban casi con las manos vacías a sus lugares de origen en Bosnia, la gente salía de sus escondites y para agradecer a Dios su salvación, edificaban cada vez, una iglesia en una de las

colinas cercanas.

De esta manera, toda Eslovenia se sembró, de miles de iglesias en sus colinas, que las usaban sólo alguna vez, pero las mantenían en buen estado por el agradecimiento, de generación a generación. Cuando la revolución comunista, éstos destruyeron muchas de ellas, pero eran tantas que se cansaron, que todavía después de 50 años de la dictadura comunista quedaron muchísimas intactas y la gente reparó a muchas de las que fueron destruidas, muchas veces con la ayuda de los emigrantes, que tuvieron que huir del comunismo para salvar su vida y después de rehacer su vida en el extranjero, se levantaron de nuevo con su trabajo y podían ayudar económicamente para su renovación. Así que había una paradoja: primero los turcos y después los comunistas contribuyeron a la construcción de estas iglesias y a su renovación, aunque el propósito de ambos era justamente el mismo, acabar con la religión católica.

A la aldea de Puštal, a través del río Poljanska Sora, se podía llegar también por un puentecito (brv en esloveno) de madera de un solo metro de ancho que iba de peñazco a peñazco al lado de la represa mencionada anteriormente. Cuando nos íbamos a bañar, usábamos siempre este puentecito para buscar en la otra orilla del río un sitio agradable para acampar, para poder allí comer y para descansar cuando salíamos del agua cansados.

Mi padre, quién era amigo de todos, ya que les ayudaba en el juzgado para alcanzar la justicia a sus problemas y lo

recibían donde quiera con alegría y agradecimiento. Muchas veces íbamos también ayudar a los campesinos a voltear la yerba en los prados, que cortaban y luego secaban en el sol. Esta yerba era para producir el heno y para guardarlo usaban una estructura muy típica en la parte occidental de Eslovenia, que no he visto en ninguna otra parte del mundo, llamada en esloveno kozolec (kozóletz) o sea unos troncos gruesos de madera enterados en la tierra en una base de cemento a una distancia de uno al otro de 5 metros. Cada tronco llevaba las perforaciones redondas de unos 10 centímetros de diámetro distanciadas unos 30 centímetros una de otra, a través de las cuales iba atravesado un palo de unos 10 centímetros de grueso en una hilera de unos 15 palos uno encima del otro y encima un techo de un metro de ancho y cubierto con las láminas de madera o de tejas. El heno se guardaba entre estos palos en manojos a presión y de esta manera estaba protegido contra la lluvia. Cuando llovía se mojaba sólo la parte externa del manajo, pero se secaba enseguida al salir el sol. De esta manera el heno se conservaba durante los meses del invierno protegido contra la nieve y la lluvia. De la misma manera guardaban también el trigo, después del cortarlo, con el manajo, que llevaba las espigas para dentro, para que no se lo comieran los pájaros. En otras regiones conservaban el heno en casitas de madera construidas en los mismos prados o cerca de los establos, desde donde se podía transportar con vehículos o al hombro.

Lo más sabroso en aquellos días cuando ayudábamos a los campesinos en la producción y la recolección del heno, era

la merienda, aunque a veces estábamos apurados para salvar el heno de la lluvia, si se aproximaba alguna nube sospechosa, ya que en el caso que se mojara, había que dejar la yerba cortada en el prado, extendida, hasta que se secase y ya el heno no era de tan buena calidad, como cuando se lo guardaba sin mojar.

La merienda consistía del tocino y salchichas, muy parecidas a las que venden en la Colonia Tovar, cerca de Caracas. Los jóvenes tomábamos los jugos de frambuesa y los mayores un aguardiente especial hecho de las ciruelas, llamado slivovica (slivovitz) y cerveza fría. Entonces no se conocían las neveras y los freezers. Pero las carnicerías se abastecían durante el invierno de grandes bloques de hielo, que los sacaban de las lagunas congeladas y los guardaban en unos cuartos subterráneos, herméticamente cerrados con doble puerta de madera gruesa, apartadas una hoja de la otra unos 15 centímetros. Allí guardaban la carne y otros productos que ameritaban la refrigeración. En las mismas carnicerías vendían también el hielo a los bares, restaurantes y a otros negocios que vendían la cerveza, sifones y otras bebidas gaseosas.

Mientras mi padre trabajaba en el juzgado, antes de jubilarse por la enfermedad, vivíamos también nosotros en el mismo edificio, en el segundo piso y teníamos a nuestra disposición un gran jardín donde mi madre cultivaba de todo : lechuga, repollos, coles, zanahorias, coliflor, papas, vainitas, frijoles, espinacas, tomates etc. También teníamos allí en el mismo jardín, árboles frutales, como manzanas, peras,

cerezas, ciruelas, melocotones, y duraznos.

Posteriormente, cuando mi padre se enfermó y se jubiló, tuvimos que mudarnos en un apartamento en la plaza superior de la ciudad por un año, hasta que nos mudamos a vivir a Ljubljana, la capital de Eslovenia, donde conseguimos siempre un apartamento que le tocaba un jardín, algunas veces mayor, otras veces menor, ya que nos mudamos en Ljubljana mientras yo vivía allí, cuatro veces. Estos jardines nos salvaron también cuando llegó la guerra, ya que cultivamos en ellos muchos alimentos que no se conseguían para comprar en ninguna parte.

Cuando estudié la primaria en Škofja Loka, fui siempre el mejor de la clase, ya que mi mamá era maestra y nos obligaba a estudiar y también nos dirigía en nuestras tareas.

Políticamente la población estaba dividida en aquel entonces, en dos grandes grupos: uno compuesto por los liberales nacionalistas fanáticos, que tenían su organización denominada, los Falcones y otro grupo compuesto por los clericales connservadores, que tenían también su organización denominada las Aguilas. Entre los dos grupos existía una rivalidad que a veces llegaba hasta los extremos, directamente al odio. Mi padre era un conservador empedernido, como lo fueron todos los católicos practicantes. Mientras los Falcones generalmente no iban a la iglesia y eran posteriormente, los primeros aliados de los comunistas, aunque en esos tiempos el partido comunista no existía en Eslovenia, ya que eran muy pocos los que seguían esa doctrina, sólo algunos estudiantes

fracasados y algunos obreros descontentos en las fábricas.

Esto lo escribo, ya que en el tercer grado de la primaria, mi maestra era esposa del jefe del partido liberal, o sea de los Falcones. Yo oí casualmente a mi padre en una ocasión decir, que todos los Falcones iban al infierno. Así que lo dije una vez en escuela, ya que la opinión de mi padre era para mí lo más sagrado. Algunos condiscípulos me acusaron con mi maestra. Ésta me detuvo después que terminó la clase, como el castigo, unas horas más en la escuela y citó a mi padre para que fuese hablar con ella y nos dio a los dos una lección, que esto era una estupidez y cómo podíamos llegar a esta conclusión. Mi padre, así me acuerdo, me dio posteriormente diez dinares y entre risas me alabó por lo que dije. Aunque posteriormente le di la razón a la maestra, ya que era de veras una estupidez, lo que dije. En el cuarto grado tuve de suerte a otro maestro, quien era apolítico, así que pasé este año todas las materias con las notas de cinco, que era la mejor nota posible.

Todas las mañanas asistía por lo menos a una misa, ya que era monaguillo de la iglesia parroquial. Entonces había muchos sacerdotes que pasaban por Škofja Loka. Además del párroco, que era de apellido Klinar, quien fue posteriormente canónigo y vicario general de la diócesis de Ljubljana y quien me bautizó a los 4 días de nacido, tuvo la parroquia siempre también a un capellán. Pero posteriormente fue el párroco, uno de apellido Podbevšek, quien tenía como su capellán a un sacerdote, muy amigo de mi papá, de apellido Veider. Este sacerdote, a petición de mi papá, consagró a nuestra familia al

Sagrado Corazón de Jesús y fue también él, quien me enseñó, a contestar en la misa en latín, cuando tenía yo apenas cinco años.



En el Kindergarten El Sagrado Corazón de Jesús

A nosotros los monaguillos de la iglesia parroquial, nos llamaban los perritos y a los de las monjas ursulinas los gaticos. Y éramos de verdad como unos perros y gatos. Cuando nos conseguíamos en la calle, siempre el gatico, aunque a veces más fuerte y más grande, corría ante nosotros y nosotros automáticamente atrás de él, hasta esconderse en su casa o dentro del monasterio de las monjas, lo que quedara en aquel momento más cerca. Era como una cuestión psicológica, y como en la vida real siempre sucede entre los perros y gatos. Además de estos dos sacerdotes, había en Škofja Loka, también el capellán de las monjas ursulinas y en

el monasterio de los capuchinos unos 5 padres. Me recuerdo bien de un capuchino llamada padre Oto, quien, cuando le tocó predicar, no sabía de qué manera terminar, hablando horas y horas una vez gritando, otra vez hablando suavemente. La gente que asistía, salía, iba a tomar un refresco o a comer y regresaba y el hablando y hablando hasta 5 horas continuas. También había otros sacerdotes que eran oriundos de Škofja Loka o de alguna aldea cercana y venían de visita. Así que algunas veces había varias misas al mismo tiempo, ya que la iglesia tenía 5 altares. Cuando cumplí 8 años ascendí para ser el número uno y el número dos , según me acuerdo era de apellido Svoljšak.

Mi principal hobby era ya desde la temprana edad, el fútbol. Propiamente Škofja Loka, no tenía en aquel momento un campo especial para practicarlo, pero nos apropiamos para este propósito, de un prado en un parque de la ciudad cerca del río Selška Sora, la del agua fría, donde posteriormente, cuando se formó un club de mayores, jugaban el fútbol con los equipos de otras ciudades. Pero el prado tenía este conveniente por estar situado demasiado cerca del río y se perdían muchas pelotas, cuando caían en el río, que estaba en aquel lugar represado. Si no se metía uno enseguida al agua para sacarlas, antes de pasar la represa, se las llevaba la corriente y podían llegar hasta el Mar Negro. Así que hubo siempre la necesidad de contratar algún muchacho que se metiera enseguida al agua fría para sacar la pelota, antes de pasar la represa, ya que si la pasaba había que darla por perdida.

A mi padre no le gustaba mucho que yo jugara fútbol, primero por gastar mis zapatos, ya que todos tenían en pocas semanas el hueco en la punta, pero no tanto por jugar pelota, sino por patear cualquier piedra, castaña o pote que encontraba en el camino. Así que iba a jugar a escondidas, aprovechando cualquier momento disponible. Pero cuando me conseguía me daba siempre una paliza y además me dejaba hincado en el corredor de la casa durante horas y hasta me ponía arena en el piso por debajo de las rodillas para que me doliera más. Claro que no me podía cuidar todo el tiempo y yo aprovechaba su ausencia, me sentaba en el piso y cuando oía sus pasos o su voz acercándose me hincaba de nuevo. Mi mamá me ayudaba siempre, ya que a ella no le gustaba nada que me castigaran tanto, por una cosa que era natural en un muchacho, que se quería ejercitar y especialmente porque era su hijito predilecto.

Los domingos íbamos siempre de paseo por las aldeas o los campos, a veces no tan cercanos. Me acuerdo bien de un paseo que hicimos a un monte llamado Osojnik(Osóynik), que tenía como todas las colinas en Eslovenia, en su cima una iglesia y al regreso por un valle llamado Bodovlje (Bódovlle), por donde corría el arroyo con agua casi caliente llamado Hrastnica, preferido por mi mamá para bañarse en él, nos encontramos con un hombre que subía a su casa montado en un vehículo tirado por dos caballos. Un poco antes de nosotros regresar a casa, empezó a llover a cántaros, así que regresamos todos mojados. Pero enseguida, ya estando en

nuestro apartamento empezó a llover copiosamente como no lo había visto nunca antes. Posteriormente hubo una tremenda creciente de agua y lodo por aquel valle y a este pobre hombre lo encontraron, cuando pasó la lluvia, con su vehículo y los dos caballos enterrados en el barro en un prado, cerca de la ciudad. En aquel año se llevó el río Poljanska Sora todos los puentes, que debieron construirse de nuevo, primero de madera de emergencia y después poco a poco los definitivos de cemento armado. También se inundó la parte baja de la ciudad, cercana al río, pero en la parte alta nos salvamos, ya que nos encontrábamos, treinta metros por encima del nivel del río.

Estas inundaciones eran anuales, de distinta intensidad. Pero ésta, en el año de 1928 fue catastrófica. Los prados y los barbechos llenos de barro y de pescados muertos. Aunque el río se llevó todos los puentes, al puentecito angosto, que servía sólo para el paso de los peatones, no lo alcanzó la creciente, ya que estaba construido de peñazco a peñazco, demasiado alto para ser alcanzado por el agua. Todo el tráfico se desvió a través de los puentes sobre el río Selška Sora, ya que estos puentes estaban lo suficientemente altos y también la inundación fue esencialmente provocada por el río Poljanska Sora. Algunos cerros, especialmente el cerro donde fuimos nosotros de paseo aquel día mostraba en sus laderas desprendimientos de tierra, que se veían de lejos como unas heridas, que necesitaron años para cicatrizar y cubrirse de nuevo con yerba y árboles. No me acuerdo cuantas víctimas humanas provocó esta inundación, aunque no creo que eran muchas, ya que la gente construía sus casas siempre a cierta

altura, y lejos de los ríos, donde estaban seguros que no llegaría el agua y el barro de las crecientes. A los terrenos cercanos a los ríos los usaban para el sembradío o para los prados para producir el heno, ya que esta tierra era muy fértil y bien abonada por las crecientes y daba magníficas cosechas, cuando no se las llevaba el río.

Nuestros paseos dominicales eran casi siempre cercanos, cuando íbamos con mi mamá, ya que ella no estaba acostumbrada a caminar mucho. Algunas veces fuimos al río y otras veces a los bosques cercanos, siempre donde había alguna fuente de agua, donde mi mamá se quedaba con las dos hermanitas, mientras que yo iba con mi papá por los bosques buscando hongos, moras, frambuesas y avellanas, mientras que mi mamá y las dos hermanitas recogían los arándanos negros, que crecían en nuestros bosques donde quiera en abundancia, claro que cuando era su tiempo, en el mes de agosto y al principio de septiembre. A mi papá le gustaba especialmente buscar unos hongos llamados jurcki (yurchki) y lisicke (lisichke). Una vez nos intoxicamos todos al comer unos hongos, de los cuales mi papá decía que eran los mejores y más nutritivos. El tenía un libro con las fotos en colores de todos los hongos que crecían en nuestros bosques. Resulta que estos hongos se parecían mucho a unos que describía el libro como comestibles, pero estos eran sumamente venenosos. La más afectada fue mi mamá, ya que cuando los cocinaba los probaba cada momento, para saber cuando estarían suficientemente cocidos y buenos para comer. Me acuerdo que el Dr. Hubad, quien era el único médico en la

ciudad tenía bastante trabajo con nosotros, especialmente con mi mamá. Después leí en el libro que el hongo se llamaba amanita muscaria y era uno de los más venenosos. Así que tuvimos mucha suerte de salir con vida. A mi no me dio nada mas que una diarrea y vomité casi todo lo que comí, que de suerte era poco, porque no me gustaban.

En el año 1929 mi padre se sintió de pronto muy mal, casi no comía y con unos dolores en el estomago. Se fue a ver a Ljubljana con un internista y resultó que tenía, cáncer del estomago. Lo internaron enseguida y lo operaron y se puso aparentemente bien. Pero de todas maneras pidió la jubilación, la que le concedieron, contándole también los años que servía en el ejército austro-húngaro. Salimos del apartamento del edificio donde se encontraba el juzgado y nos mudamos en un apartamento en la plaza principal frente a una panadería donde hacían unas milonjas, que parecían del otro mundo, grandes y sabrosísimas.

LA MUDANZA A LJUBLJANA, LA CAPITAL DE ESLOVENIA

Yo terminé el cuarto grado de primaria y tendría que inscribirme en el liceo, pero este no existía en Škofja Loka. Ya mi padre jubilado, mi madre jubilada y mi padre con la necesidad de un constante control médico en Ljubljana, mis padres decidieron mudarnos a Ljubljana. Mi padre buscó un

apartamento y consiguió una casa demasiado grande para nosotros, mientras tanto que conseguía, ya viviendo en Ljubljana, un apartamento más apropiado para nosotros. El alquiler era de 1.300 dinares mensuales y aunque mi padre ganaba 3.000 dinares y mi madre algo más que 1.000 dinares mensuales, nos resultaba demasiado caro y la casa muy incómoda, ya que nuestros muebles alcanzaban sólo para amoblar tres cuartos y en esta casa habían muchos más. Unos meses después mi padre consiguió otra casa, que estaba mucho más apropiada para nosotros, aunque el alquiler era también un poco caro, de 1.000 dinares mensuales. Tenía sólo 5 cuartos y uno de ellos lo ocupó mi padre con sus canarios. La casa tenía su jardín, no muy grande, pero bien arreglado, donde mi madre sembraba toda clase de hortalizas, como era su costumbre desde Škofja Loka.

Mi padre tenía el hobby de criar canarios y esta casa le venía muy bien y destinó un cuarto pequeño, sólo para tenerlos allí sueltos. Tenía un canario muy cantor que lo tenía suelto en el cuarto donde dormía él con mi mamá y el canario estaba acostumbrado todas las mañanas de sentarse en su nariz y despertarlo. En Ljubljana, había la costumbre de organizar, competencias de cantos de canarios, el que cantara más bonito y las trasmitían por la radio. Muchas veces estos cantores no abrían el pico, cuando les ponían el micrófono, seguramente por extrañar el ambiente, así que no ganaban los mejores, sino aquellos que cantaban a pesar del ambiente extraño para ellos.

En el año 1930, en el último día del año nació mi última hermanita, a quien le pusieron el nombre de Silvestra (Silva), porque en aquel tiempo se celebraba en este día, la fiesta de San Silvestre, pero a quien llamamos desde un principio Cicka (Chichka). Aquel día había la costumbre en Eslovenia de derretir plomo en una cuchara y hecharlo en una ponchera llena de agua y observar que figura resultaba en esta maniobra, ya que aquella sería muy importante para la persona en el año nuevo. Mi papá iba cada momento observar a su niña, quien era como una consolación en su enfermedad.



En el año 1932, cargando a mis dos hermanitas Vera, Ela y a sus dos amiguitos

Unos meses después de cambiarnos a esta nueva casa, en la cual éramos los únicos inquilinos, ya que era de un solo piso, con su sótano, donde se guardaba el carbón y la leña, mi padre se puso de nuevo muy mal y nuevamente lo tuvieron que

intervenir quirúrgicamente, extirpándole todo el estómago. Me acuerdo que para la semana santa del año 1931 estuvo muy mal y mi hermana Lori, quien era enfermera, se alegró muchísimo cuando vomitó, no lo que comió, sino una masa sanguinolenta y pensaba, que con esto botó el tejido canceroso, pero dos meses más tarde, el día 12 de junio expiró, no sin antes recibir los santos óleos. Después de 48 horas fue enterrado, ya que en Eslovenia había una ley de enterrar a los muertos en este plazo, para evitar, que enterraran a alguien vivo. Yo tenía entonces once años, mi hermana Ela ocho y mi hermana Vera cinco y la más pequeña Cicka cumplió apenas seis meses. Así que nuestra ocupación era, que contábamos el número de personas, que venían a asperjar con el agua bendita el cuerpo de mi padre, quien yacía en una urna en la mitad de la sala de nuestro apartamento entre los velones y las flores y acompañar en el velorio a mi madre y a mis tres hermanas mayores y consolándolas. A las 48 horas fue llevado a la funeraria, llamada Zale(Zhale), situada al lado del cementerio de Santa Cruz de Ljubljana, donde nos esperaba el sacerdote, quien rezó los oficios fúnebres. Fue llevado a la capilla del cementerio y desde allí hasta su tumba, siempre acompañado por el sacerdote, quien bendijo su tumba.

Después de mudarnos de Škofja Loka a Ljubljana, me inscribió mi padre en el primer año del liceo y me recuerdo cómo me felicitó el director, ya que tenía las mejores notas posibles en todas las materias. En el liceo teníamos los trimestres y en el tercer trimestre del primer año un viejo, ya por jubilarse, profesor de matemáticas, a quien había caído

muy pesado, como él a mí, me raspó. Así que fue un caso muy curioso, ya que tenía en todas las materias la mejor nota posible y en las matemáticas, raspado. Cuando hice la reparación dos meses después salí claramente eximido. También tenía suerte, que mientras tanto a este viejo lo jubilaron y me examinó en el examen reparatorio otro profesor. Pero el viejo consiguió una cosa, de quitarme la alegría de estudiar. Ya que desde entonces no estudiaba más en la casa, sino que me preparaba en la misma escuela en la clase anterior para la siguiente. Las tareas que nos daban para la casa me las hacía mi mamá. Yo por las tardes, en lugar de estudiar, iba a jugar el fútbol con otros muchachos en los prados que quedaban en la ciudad o en su periferia o iba en un parque donde se reunían los pensionados a jugar las bolas criollas o mirando cómo jugaban las cartas de tarok y otros juegos. Así pasaban los años y a los 14 años empecé a jugar fútbol en un club organizado, llamado Ilirija (Iliria), primero en el equipo subjunior y después en el equipo junior y cuando no nos tocaba dos veces en la semana el entrenamiento, jugaba por las tardes con otros muchachos en los prados de Ljubljana. Cuando pasé el examen final del liceo menor a los cuatro años, mi hermana Lori junto con mi mamá me compraron una bicicleta de color azul claro. Entonces paseaba por las tardes con ella por los alrededores de la ciudad. Una vez me atreví ir a ver el mar que estaba unos 150 kilómetros, y me agarró en una montaña una tormenta con granizo y truenos como en una guerra, así que me vi obligado dejar la bicicleta bajo un árbol y yo me retiré en una cueva, al abrigo de la lluvia y también de los rayos que caían a la diestra y siniestra a las piedras, una

experiencia completamente desconocida por mí. Cuando terminó la tormenta, me regresé a casa ya que me dio miedo de seguir adelante para ver el mar. Lo vi por primera vez en Trieste, durante la guerra, durante la ocupación italiana cuando trabajaba en los ferrocarriles y tenía derecho de viajar tres veces al año gratis, donde quisiera.

A los 17 años jugaba yo en el equipo Ljubljana, que se fundó con la fusión de los dos clubes rivales más importantes de la ciudad, Ilirija y Primorje y jugaba con él entre los 10 clubes más importantes del país en la primera división de Yugoslavia. Viajábamos por ferrocarril en trenes expresos y rápidos, ya que para entonces el tráfico aéreo era muy poco desarrollado en Yugoslavia. Así que necesitábamos por ejemplo para ir a Skopje, la capital de Macedonia, en la frontera con Grecia, las 24 horas corridas. Durante el viaje nos manteníamos leyendo periódicos o jugando cartas o durmiendo. Resulta que teníamos en el liceo cada domingo y cada fiesta de precepto, una misa obligatoria y llevaban cuenta de quien no asistía. Y yo faltaba cuando íbamos viajando, no sólo en la misa del domingo sino muchas veces también a las clases el día lunes. Esto me trajo la consecuencia que el sacerdote, que nos daba las clases de religión y que llevaba el control de nuestra asistencia a la misa, me acusó en la dirección que faltaba muchas veces de ir a la misa, aunque lo primero que hacía, cuando llegábamos a una ciudad, en la que íbamos jugar por la tarde el partido de fútbol, a informarme dónde se encontraba una iglesia católica para asistir a la misa dominical en la mañana, lo que a veces no era nada fácil, ya

que los serbios, los macedonios y los montenegrinos eran de religión ortodoxa y los habitantes de Sarajevo eran musulmanes y no había sino una sola iglesia católica en toda la ciudad.



Una foto que salió en los chocolates marca “ Miriam “ que coleccionaban los aficionados de la liga de futbol en Yugoslavia

Entonces un día se apareció en nuestra clase el director del liceo, el mismo que tanto me elogiaba por mis notas de la primaria, cuando me inscribió mi padre en el primer año, de apellido Lokar. Me llamó para que me levantara y después de insultarme y dándome un sermón, me expulsó del liceo, cuando estaba ya cerca de terminar el séptimo, o sea, el penúltimo año. Llegué a la casa y no me atreví decirle a mi mamá lo que me pasó y que me expulsaron del liceo. No lo

dije en la casa, pero sí lo dije en mi club, y daba la casualidad que nuestro presidente, que era de origen de Dalmacia, una provincia croata a lo largo de la costa del mar Adriático, nació en la misma aldea del que fue en aquel momento el ministro de educación. Inmediatamente le envió un telegrama explicándome mi problema, y cómo era mi sorpresa, que dos días después apareció en nuestro apartamento el bedel de nuestro liceo, enviado por el director, a que me presentara enseguida en su despacho. Cuando entré en su despacho era completamente distinto hacia mí, como dos días antes, cuando me expulsó del liceo. Era una sola miel y cariño hacia mí pidiéndome disculpas por su comportamiento y por poco se iba arrodillar ante mí, diciéndome que él no sabía que yo era el "sobrino" del ministro. Así que mi mamá, de suerte, ni se enteró de lo que estaba pasando. Esta noticia se corrió por todo el liceo y los imitadores aprovecharon hasta no poder más, imitando al director cómo me insultaba y expulsaba y después cómo me pedía excusas por lo sucedido. Esto trajo como consecuencia, que casi todos los profesores se conjuraron de que me iban a raspar, ya próximo a terminar el año escolar. Entonces, por primera vez en el liceo, sí empecé a estudiar como se debe, para salvar mi año. Me recuerdo bien de un profesor de matemáticas de apellido Kunc (Kuntz) como entró una vez a la clase con un montón de nuestras pruebas por escrito corregidas por debajo del brazo y me llamó enseguida a la pizarra y me dictó los mismos problemas matemáticos de la prueba para solucionarlos en la pizarra. A mí me parecía extraño, pero enseguida cuando nos repartió nuestros cuadernos con las pruebas y las notas, pude ver que

tenía la mejor nota posible, y lo único que faltaba en una de las pruebas fue que no le puse el punto final, cuando terminé de escribir la solución de uno de los problemas. Entonces me iba investigando de quien copió las soluciones de los problemas. Yo le contesté que de mi cabeza y esto lo ofendió, pero yo le dije también cómo voy a copiar, si todos alrededor mío salieron raspados o con las notas mucho menores de la mía y yo era el único de la clase que tenía la mejor nota. Así que era evidente que me quería raspar pero le fue imposible, ya que la prueba era definitiva y no la pudo negar porque estaba hecha por escrito. Así que pasé el año sin ningún problema. Para el año siguiente jubilaron al viejo director y todo quedó olvidado. El año siguiente terminé el octavo año y pasé el examen de admisión a la universidad.



El grupo de bachilleres

Pensaba estudiar la ingeniería de construcción, pero mis hermanas que eran enfermeras me persuadieron que estudiara

la medicina. La facultad de medicina en Ljubljana tenía un problema, que todavía no era completa y se pudieron estudiar solo tres años y medio o sea siete semestres y el resto tenía la universidad un contrato con la universidad de Graz, en Austria, para completar allí el estudio hasta graduarse, reconociendo todos los exámenes de Ljubljana, mientras que de las demás universidades del extranjero pedían hacer primero la reválida, para poder después continuar el estudio en ella.

En la universidad pasaba todos los exámenes con las mejores notas, solo el último de bacteriología, lo pasé con una nota menor. Resulta que para este examen nos preparábamos juntos con mi novia, quien era condiscípula mía y seguramente nuestros pensamientos estaban en todas las demás cosas, menos en las bacterias, ya que ella también pasó el examen con dificultad. Este era el último examen posible que podíamos hacer en la facultad de Ljubljana.

Ya que no era posible ir a estudiar a Graz, por estar Austria ocupada por Hitler, tuvimos que interrumpir nuestros estudios. Algunos se fueron a estudiar a Croacia, a Zagreb, otros que tenían las palancas necesarias, se fueron a Italia, Milano o Pádova, pero posteriormente, después que terminó la guerra, otras universidades no les reconocían sus exámenes y tuvieron que repetirlos.

En la Semana Santa del año 1941 nos invadieron Hitler y Mussolini, como los Húngaros, que dominaron nuestra resistencia en pocos días y se dividieron a Eslovenia en tres

partes. La parte donde vivíamos nosotros o sea en Ljubljana, la capital de Eslovenia, le correspondió a Italia, que denominaron a esta parte de Eslovenia como Provincia di Lubiana, ya que para los italianos era imposible por su idioma, escribir el nombre de manera correcta y mucho menos de pronunciarlo de manera original. Con esta ocupación se acabó para mí el fútbol, la medicina y la libertad.

De suerte conseguí un poco antes de la ocupación italiana, un empleo en los ferrocarriles, que solicité porque no podía seguir con mis estudios, donde me emplearon en la gerencia, trabajando en el inventario de la entrada y salida del material necesario para el mantenimiento de las locomotoras, de los vagones, en resumen, de todo lo necesario para su funcionamiento. En la oficina trabajamos 5 empleados con la dirección de uno cuyo apellido era Bolha (Bolja), palabra que en esloveno significa pulga. Era una persona muy buena, por tener paciencia especialmente en el principio por mi inexperiencia en el manejo de este inventario muy voluminoso de los materiales necesarios para el mantenimiento de toda esta enorme empresa. Uno de los 5 empleados era un muchacho judío de apellido Leví. No se de donde vino, ya que en Eslovenia no había judíos, al menos yo no conocía a ninguno. Pero él era allí empleado ya varios años, desde Yugoslavia. Trabajó allí sin ningún problema durante todo el tiempo de la ocupación italiana, ya que los italianos no perseguían a los judíos como lo hacían los nazis alemanes, que acabaron con todos los que les caían en sus manos.

Los italianos llegaron en principio con guantes de seda, respetando nuestras costumbres, todo lo contrario de los alemanes quienes en su zona de ocupación arrasaron con toda la inteligencia y con todos los sacerdotes, enviándolos en trenes, en vagones que se usaban para transportar el ganado, a Serbia. Esto produjo una estampida y todos los que podían pasaban la frontera y se refugiaban en la zona ocupada por los italianos. De esta manera se llenó Ljubljana y toda la zona ocupada por los italianos de miles y miles de refugiados. Los alemanes reclutaban también a todos los jóvenes y los mandaban a sus frentes de batalla donde los obligaban a luchar por Alemania. Poco a poco cambiaron también los italianos su política de tolerancia. Primero circundaron a la ciudad de Ljubljana con una cerca de alambre de púas y la protegieron con los campos minados. De esta manera tenían control completo de las salidas y entradas a la ciudad. Después hacían los operativos zona por zona apartando a todos los hombres en la edad de poder usar armas y los enviaban a los campos de concentración, situados en el norte de Italia y en algunas islas del mar Adriático, especialmente en la isla de Rab. En uno de estos operativos me agarraron también a mí. Me llevaron a un patio de una escuela, donde escogía un oficial fascista a los que debían a ser transportados a estos campamentos. Cuando llegó mi turno, ya me mandaba también al grupo de ser transportado, pero de pronto me llamó que vuelva y de nuevo miró mi cédula que me acreditaba como trabajador en los ferrocarriles y me dejó salir a la calle, donde me esperaba toda preocupada mi novia. Me recuerdo cómo celebramos mi libertad con una gran lata de sardinas en aceite

y el pan que conseguí a cambio de los cigarillos de los soldados alemanes que iban al frente de África y sus trenes pasaban por Ljubljana y se estacionaban frente al edificio donde trabajaba yo. Yo estaba siempre pendiente cuando pasaba un transporte de ellos para hacer este intercambio. Cuando el transporte era de las tropas de SS, o sea de los fanáticos de Hitler no me acercaba nunca, ya que era capaz, que un oficial me pegara un tiro si me viera haciendo este intercambio. De esta manera teníamos en la casa siempre el pan, aunque era un poco duro y las latas de sardinas y de carne. Pero cuando las tropas eran del ejército regular, los oficiales me dejaban hacer tranquilamente este intercambio y hasta lo hacían ellos mismos por el pan, por las latas de carne o de sardinas.

De esta manera pudimos amortiguar la escasez de alimentos, de la cual sufría toda la población de la ciudad, circundada por la cerca y los campos minados y no pudo salir de la ciudad nadie, sin el permiso para abastecerse con los alimentos en intercambio o comprados con el dinero a los campesinos.

Para sembrar las papas, frijoles, tomates, lechuga, espinaca, mi mamá consiguió un terreno cerca de la casa donde vivíamos, y yo le preparé el terreno para poder sembrar todo esto. Porque los alimentos que daban los italianos eran muy limitados. A cada persona se le daba una cartolina y podía ir al comercio a comprar con ella los alimentos, como por ejemplo un kg de harina, dos huevos, 100 gramos de queso,

etc, por cada mes, y en el comercio le cortaban el pedazo de la cartolina, así que nadie podía comprar lo permitido dos veces al mes. Sin esta cartolina no podías comprar nada. Lo que daban, si acaso alcanzaba para medio vivir unos 10 días y el resto debía buscar cada uno como fuera en el mercado negro o de la manera como lo conseguía yo. De esta manera pudimos sobrevivir los primeros tres años de ocupación.

Los comunistas, que en Yugoslavia no tenían ni siquiera su partido, por falta de los adeptos, aprovecharon esta situación según las reglas que estableció Lenin de que manera llegar al poder. Fundaron casi enseguida un frente que llamaron de liberación nacional. Los nacionalistas también fundaron su organización con el mismo propósito. Así que teníamos desde un principio dos caminos como liberarnos de los ocupadores. Pero los primeros no tenían ningún escrúpulo y usaban su frente, no para luchar contra los italianos o alemanes, que más bien eran sus aliados hasta el día 22 de junio cuando Hitler atacó sin previo aviso a la Unión Soviética. Los comunistas aprovecharon esta situación para matar a todas las personalidades más importantes de sus adversarios, quienes estaban en desacuerdo con sus métodos y su ideología. Los acusaban que eran traidores a la patria o hasta fascistas y los mandaban a matar por sus secuaces en las calles y hasta en sus domicilios, o donde se escondían de los italianos o de los alemanes. Éstos los dejaron tranquilos y hasta les ayudaban con armas, ya que con ellas les ahorran el trabajo, que les tocaría a ellos.

Además, los comunistas eran en los primeros meses sus aliados, ya que Hitler y Stalin suscribieron en el año 1939 un pacto de amistad y de no agresión. La población civil estaba completamente inerte contra estos asesinatos, que acabaron en poco tiempo con casi toda la dirección opositora.

Todo esto cambió cuando Hitler atacó de sorpresa a la Unión Soviética el día 22 de junio del año 1941. Ahora los comunistas dejaron de ser aliados de los italianos y de los alemanes, y se convirtieron en sus peores enemigos, pero ya consiguieron su propósito principal de haber acabado prácticamente con toda la dirección opositora, matándolos o denunciándolos para que los italianos y los alemanes los enviaran a sus campos de concentración.

Los dirigentes comunistas y sus secuaces se refugiaron en las montañas y los bosques y organizaron un ejército, llamado los partisanos. Cuando mataban algún soldado o funcionario italiano estos se vengaban con incendiar todas las aldeas cercanas matando a todos sus habitantes, a las mujeres y los niños inclusive, ya que tenían miedo de meterse en las montañas y en los bosques buscando a los verdaderos culpables de estos asesinatos. También cuando sucedía un asesinato tenían la costumbre así los italianos, pero especialmente los alemanes, de fusilar entre 10 o muchos más eslovenos, que tenían presos como rehenes. De esta manera se unían los alemanes, los italianos y los comunistas en ir aniquilando a la población civil eslovena. Es curioso que los comunistas, después que terminó la guerra, no pidieron para

que les fuera entregado y enjuiciado, el que fue en aquel tiempo el comisionado italiano de la provincia de Lubiana, de apellido Grazioli, quien tenía en su conciencia miles de vidas de eslovenos civiles, pero sí pidieron la extradición del alemán Rösener, quien fue la autoridad alemana en Ljubljana después de la capitulación de Italia, y lo condenaron a morir en la horca. Ya que este alemán permitió a los eslovenos defenderse del comunismo, pero el italiano, después de la capitulación de Italia, entregó todas las armas a los comunistas.

La situación era terrible, aunque yo no lo sentía tanto porque me dejaron quieto en mi trabajo en la gerencia de los ferrocarriles, porque necesitaban para que los ferrocarriles funcionaran, especialmente para el transporte del ejército alemán que tenía que mantener su frente que abrió en el África del Norte, y les faltaba su gente para ponerla en estas funciones y no les alcanzaban los soldados que mantenían en tantos frentes como para mantener orden en los territorios ocupados.

En Francia se sacrificó el mariscal Petain, el héroe de la primera guerra mundial, vencedor de los alemanes especialmente en la sangrienta lucha por la ciudad de Verdun, quien seguramente no era ningún nazi, pero se sacrificó y con este su sacrificio salvó la vida de millones de franceses, ya que en el caso contrario los nazis los habrían matado o enviado a los campos de concentración para matarlos allí con hambre. De igual manera se sacrificaron varios líderes de las naciones europeas, quienes fueron juzgados después de terminar el

conflicto, como criminales de guerra.

Cuando los alemanes ocuparon, después de la capitulación de Italia, a la provincia de Lubiana, los italianos dejaron sus armas en su mayoría, a la guerrilla comunista, aunque también cayeron muchas armas en las manos de los defensores de los pueblos y de las aldeas. No sólo que entregaron las armas a los comunistas sino también les ayudaron con su artillería a conquistar a varios de estos pueblos, donde los comunistas al conquistarlos, mataban a todos sus habitantes inclusive a las mujeres y niños y dejaban con vida solamente a sus partidarios. Claro que todo esto despertó en el pueblo un intenso sentimiento anticomunista, ya que la gente vio que los comunistas no luchaban contra los invasores sino contra todos sus opositores, para poder de esta manera apoderarse del poder después de la guerra, acabando antes con toda la oposición.

Ésta fue la causa principal, que los pueblos y las aldeas se organizaran para defenderse de los comunistas a veces con las armas conquistadas en la lucha con los mismos comunistas. Los alemanes miraban toda esta lucha con tranquilidad ya que nos matábamos nosotros mismos, y ayudaban a aquel a quien le iba mal. De esta manera tenían el país neutralizado y no necesitaban casi ninguna tropa de ocupación y podían usar a estos soldados en los muchos frentes que tuvieron que mantener.

Poco a poco se organizó un ejército para perseguir a los comunistas en su mismos nidos, hacia donde se retiraban

después de atacar un pueblo. Cada aldea contribuyó con un número de muchachos y así se formaron los batallones de ataque, que perseguían y atacaban a los comunistas en sus escondites, donde estaban hasta este momento seguros. Ya que la mayoría del ejército comunista eran movilizados a fuerza, muchos de los muchachos desertaban con todas sus armas de los partisanos y de esta manera se estaba fortaleciendo este ejército anticomunista. Además, algunos muchachos se infiltraban en las filas comunistas, fingiendo ser sus partidarios y aprovechaban los momentos oportunos para matar alguno de sus dirigentes. De esta manera al final de la guerra estaban los partisanos comunistas casi liquidados en toda Eslovenia. Los comunistas que quedaban tenían que irse escondiendo o se retiraron a ciertos lugares en las montañas de Bosnia y Serbia.

Cuando llegaron los alemanes a ocupar la provincia de Ljubljana, me dejaron un año más de seguir trabajando en mi puesto en la gerencia de los ferrocarriles. Cuando llegaron, el joven muchacho judío no apareció más a su trabajo y no se que pasó con él. Pero en el año 1944 mi situación cambió. Tenía a mi disposición tres posibilidades : enrolarme al ejército alemán, ir a trabajar "voluntariamente" a su organización de trabajo llamada Todt, o irme a las montañas o al campo, y a juntarme a los defensores contra los comunistas.

Cuando llegó este momento de decisión, me decidí sin dudar ni un momento para irme a las montañas y escogí a Št. Jošt (Šent Jošt), una aldea montañosa a unos 25 km de

Ljubljana. Pero antes me casé con mi novia Mihela (Mijela=Micaela). Era muy curioso cómo nos conocimos. Éramos condiscípulos en la facultad de medicina. En el laboratorio de química había una cantidad de frascos con los reactivos, con los cuales hacíamos las pruebas para determinar los elementos que tenían ciertas substancias y yo quería practicar estos experimentos también en mi casa. Compré una cantidad grande de frasquitos pequeños y echaba un poquito de cada reactivo del laboratorio en mis frasquitos. Cada frasquito tenía una etiqueta del nombre del reactivo para no confundirlos en mi casa. Pensaba que nadie lo sabía y cómo era mi sorpresa que un día se apareció Mihela detrás de mí y me ayudó a llenar los frasquitos, riéndonos de mi estupidez, por querer tener en mi casa también un pequeño laboratorio para hacer mis investigaciones, que nunca practiqué.

Los reactivos tampoco tenían ningún valor económico, ya que eran las diluciones muy comunes, pero a mí parecían estos experimentos en aquel momento una cosa del otro mundo. Entonces íbamos siempre juntos después de las clases y la acompañaba hasta la casa donde ella vivía, donde tenía alquilado un cuarto y en la misma casa también comía. Ella era de Jesenice (Yesenitze), de la zona ocupada por los alemanes y su padre era de profesión carnicero y le pagaba sus gastos. Pronto se nos unió otro colega, de nombre Milan Cepuder. Así pasaba el tiempo. Yo en aquel momento no pensaba ni en sueños de tener a una novia, ya que la situación era demasiado seria y para casarme no tenía dónde vivir, sino

en el apartamento alquilado por mi mamá. Aunque todos los que jugaban el fútbol conmigo tenían sus novias, yo nunca pensaba en esto, sino primero graduarme. Una vez me dijo alguien que él conocía a una muchacha que estaba enamorada de mí y me arregló una cita con ella. Pero la muchacha no me gustó en lo más mínimo. Así que me fui con ella a un paseo y esto sólo una vez, ya que nos dimos cuenta enseguida que no éramos creados uno para el otro y para vivir una vida juntos mucho menos. Además, ella tenía a un hermano que era un líder comunista convencido.



Paseando por una calle de Ljubljana con mi novia Mihela, durante la ocupación italiana en el año 1943

Cuando estudiábamos ya en el tercer año de medicina, al parecer Milan Cepuder, quien era nuestro asiduo acompañante

se le declaró a Mihela, que estaba enamorado de ella y ella le contestó que no le podía corresponder ya que también ella estaba enamorada de otro, y al insistir quién era le dijo que de mí. Esto al fin lo supe también, ya que me parecía raro que Milan no nos acompañara más, y yo en aquel momento estaba consolando a otra condiscípula nuestra, Eva Hrastnik, a quien la dejó su novio y se le fue al seminario para estudiar para sacerdote. Yo iba con ella acompañándola y consolándola y por fin me preguntó ella, si estaba enamorado de ella y le contesté que me duele mucho su sufrimiento, pero no sería celoso si consiguiera otro novio. Ella me contestó que era una manera muy bonita de expresar que no estaba enamorado de ella. Pobre Mihela, quien sabía que yo estaba consolando a Eva, se moría mientras tanto de celos, aunque yo en aquel momento no me imaginaba ni en sueños de lo que pasaba.

Cuando supe que Mihela estaba enamorada de mí, hablé con ella y le expliqué mi situación y que no le podría prometer nada, porque no sabía, lo que nos va a traer el futuro. De todas maneras nos reuníamos siempre e íbamos juntos al cine, la única diversión disponible en aquellos tiempos, ya que no había televisión. Al fin también yo sentía angustia y me dolía si por alguna razón no nos veíamos por más de un día. Así, poco a poco, nos hicimos novios.

Cuando yo decidí irme a la montaña, porque no quería ir a servir a los nazis, ni siquiera con mi trabajo, aunque la mayoría de nuestros jóvenes se anotaron para entrar en la organización de trabajo llamada Todt. Antes de salir de Ljubljana nos

casamos en la iglesia franciscana. En mi casa no lo dije a nadie, ni siquiera a mi mamá y dio la casualidad, cuando entramos a la iglesia para casarnos estaba allí también mi mamá, quien cuando iba al centro de la ciudad para hacer alguna diligencia, siempre entraba a esta iglesia por ser muy devota de San José, donde había una imagen muy hermosa de este santo. En nuestra boda nos acompañó muy poca gente. De los testigos uno era de apellido Korcé (Korché), el campeón en salto largo de Eslovenia y otro era un profesor mío de historia de apellido Pintar, quien tenía una voz rarísima, como de una soprano, que parecía ser de una mujer y no de un hombre. También nos acompañaba nuestra protectora Ivanka quien organizó toda la boda. Ella era vendedora de ropa en una tienda grande y además tenía una tabaquería, donde vendía los cigarrillos. Ella me vendió también miles y miles de cajas de cigarrillos de todas las marcas, un poco antes de la invasión italiana, y estos cigarrillos eran todo mi capital y nos salvaban de no morir de hambre durante la guerra. También nos acompañaba Slavica (Slávitza), la dueña del apartamento donde vivía Mihela y además unos pocos amigos míos y de Mihela. Cuando regresé en el día siguiente a mi casa le conté todo a mi mamá y también que estaba obligado de irme de la casa a las montañas para salvarme la vida y que no quería seguir sirviéndole a los alemanes y mucho menos a los comunistas, y que no tenía otra solución y me casé con Mihela para que ella me acompañara. De allí les voy a enviar algo para comer cuando se me presente la oportunidad. También le presenté a Mihela y le rogué que la recibiera en su casa en lugar mío hasta que yo me establezca y la mando buscar para

vivir conmigo en Št. Jošt, la aldea en las montañas donde me iba a establecer.

La gente en Št. Jošt me recibieron con alegría, ya que carecían de médico y yo tenía al menos nociones sobre algunas enfermedades, especialmente las infecciosas, ya que presenté el examen de bacteriología. Me colocaron en una casa, donde me dieron a mi disposición un cuarto amueblado y donde también comía. En poco tiempo organicé mi ambulatorio con el enfermero. Atendía a mis pacientes en la misma, pero iba también por los campos y a las aldeas cercanas para atender allí mismo a los enfermos, ya que para entonces esto no representaba mucho peligro, porque los guardianes del pueblo acabaron con todos los comunistas.

Cuando me arreglé y aseguré mi vida en este pueblo, avisé a mi esposa que se venga a vivir conmigo. Yo mismo la fui a buscar pero no a Ljubljana sino a un sitio predeterminado fuera de la ciudad y la traje conmigo para vivir junto en la misma casa donde vivía yo. Estaba embarazada. La vida en Št Jošt era de tranquilidad, mucho más que en Ljubljana. Además tenía su buena alimentación, ya que los campesinos no me pagaban mis servicios con el dinero, sino con los comestibles como el queso, mantequilla y otros alimentos que producían. Uno casi no podía creer, ya que apenas un año antes esto no era así. Esta aldea sufrió muchísimo y muchos de sus habitantes fueron masacrados por los partisanos, o sea, los guerrilleros comunistas, especialmente en sus alrededores, ya que la misma aldea no la pudieron conquistar nunca, porque

sus defensores sabían lo que les esperaba, si los hubieran vencido. Pero ya en la segunda mitad del año 1944 los comunistas fueron derrotados y reducidos al mínimo en lo que era la provincia de Ljubljana, y prácticamente no presentaban ningún peligro, ya que la gente les cogió un odio por los asesinatos que cometían, por los cuales en principio no conseguían ninguna resistencia para efectuarlos.

En la zona ocupada por los alemanes en el año 1941, la situación era distinta. Los alemanes anexaron la zona ocupada a su estado y los muchachos en la edad militar fueron enseguida reclutados para servir en el ejército alemán y enviados a sus frentes. Muchos huyeron a los bosques y a las montañas para que no los pudieran alcanzar y se escondían allí para no servir en el ejército alemán. Toda la inteligencia en su zona de ocupación la arrestaron y los enviaban en los trenes para ganado sellados a Serbia o a sus campamentos de concentración. Así pasó también con un hermano de mi esposa Mihela, Zdravko (Valentín). Primero fue movilizado para servir en el ejército alemán y estuvo en el frente en la península itálica. Cuando resultó herido lo enviaron a su casa hasta que se recuperara. Al recuperarse no volvió al ejército alemán, sino se retiró a las montañas cercanas a su casa, para esperar allí el fin de la guerra, que se veía próximo. Los alemanes eran todavía mucho más crueles que los italianos. Mataban a los rehenes a montón, cuando era asesinado algún funcionario o soldado alemán. En el mismo tiempo también los comunistas, quienes organizaron a todos estos muchachos refugiados en las montañas, mataban a todos sus opositores. De esta

manera mataron también al papá de Marica (Máritza), esposa de Zdravko, como me lo contó ella misma cuando los visitamos en el año 1971, por el único motivo porque era muy religioso. Esto era suficiente para que lo consideraran como su enemigo. Ya que la Iglesia católica y el comunismo son incompatibles el uno con el otro. Porque el primero tiene como sus consignas: el odio, la violencia y la mentira, y la segunda todo lo contrario: el amor, la paz y la verdad. Así que siempre hay un choque entre ellos. Por esta razón los comunistas ajusticiaban durante la guerra y también después que esta terminó a muchos sacerdotes y seminaristas y a todos los civiles que eran católicos practicantes. Así que tengo yo entre estos mártires, que dieron su vida por su fe, a muchísimos amigos y hasta los condiscípulos en la universidad.

Ya antes de la guerra teníamos constantemente las discusiones con ellos en la universidad, demostrándoles la situación en la Unión Soviética, donde el comunismo degeneró en una dictadura, que ellos llamaban del proletariado y que en verdad no era sino dictadura de un solo personaje, en este caso de Stalin, o en el caso de China Mao Tse Tung, o de uno más cercano Fidel Castro en Cuba, o de uno que tenemos más cerca todavía, que todos conocemos. Estas dictaduras a veces perduran hasta la muerte del dictador y con su muerte se acaban casi enseguida, ya que no sirven para otra cosa que empobrecer la población. Siempre la misma historia y la misma repetición y la gente no aprende, principalmente por su ignorancia hasta que esté tan empobrecida y gasta toda su energía que le queda, para buscar la comida para sobrevivir.

Pero la clase dominante vive como unos grandes señores y con todo el lujo posible.

La situación se hizo insoportable. Estuvimos entre los dos fuegos sin saber cómo salir de este embrollo. Al fin la misma gente agarró las armas, para defenderse y para no dejarse matar como unos borregos. Se armaron las aldeas y de manera como pudieron consiguiendo las armas, hasta de los enemigos. Poco a poco se organizaron, ya que el enemigo principal del pueblo no eran los alemanes, quienes estaban demasiado ocupados en sus múltiples frentes en Rusia, África, Francia y posteriormente en Italia, sino los comunistas.

En los últimos días de la guerra se pudo declarar la República libre de Eslovenia y se eligió un parlamento provisional. Después de más de mil años, cuando Eslovenia ocupaba casi toda Europa central, con su capital en Balatón, actualmente en Hungría, tuvimos de nuevo nuestro Estado independiente. Después vivíamos en convivencia con nuestros vecinos en una unión con Austria durante casi un milenio. Después de la primera guerra, en el pacto de paz de Versalles, nos dividieron en tres partes iguales entre Austria, Italia y Yugoslavia. Pero a esta nueva República declarada con la voluntad de todo el pueblo esloveno, nadie la reconoció. No sabíamos que unos meses antes, los tres grandes se dividieron el mundo entre ellos, en una reunión en Yalta. En franca contradicción con la carta magna de las naciones, declarada un poco antes en San Francisco. El decrepito presidente norteamericano Roosevelt, por la arteriosclerosis

avanzada que lo mató unos meses después, la viveza de Stalin, quien se hacía como si fuera un santo y ante la mirada incompatible de Churchill, cuyo único objetivo era salvar el imperio inglés que se estaba derrumbando, ya que las colonias bajo su dominio se despertaban y querían la independencia. El pensaba que al producirse un equilibrio entre Los Estados Unidos y la Unión Soviética, él podría imponer su dominio a estas colonias. Como se vio después, este juego suyo resultó en un fracaso, ya que el Reino Unido perdió a India y a toda África. Esta traición en Yalta impuso los regímenes comunistas en Ucrania, Polonia, Países Bálticos, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Moldavia y Albania. A Yugoslavia se repartieron en fifty-fifty. Esto nos dio una esperanza, aunque muy remota, que la parte occidental de Yugoslavia, o sea, Croacia y Eslovenia, países con religión católica, se salvarán del comunismo. Pero la ilusión se perdió pronto, ya que Tito, cuyo nombre era Josip Broz, a los pocos meses encarceló o expulsó a los ministros pro-occidentales y se quedó en el poder solo, asesinando a toda la oposición sin ninguna misericordia, especialmente en Croacia y Eslovenia, a pesar de que decían que su padre era esloveno y su madre croata, pero la verdad es que no hablaba ninguno de estos dos idiomas, así que no se sabe su origen. Lo único que se sabe de él, que estuvo en España durante la guerra civil, luchando al lado de los republicanos en contra del general Franco.

Un poco antes de terminar la guerra me avisó Toncek (Tónchek) Klinar, un primo hermano de mi esposa Mihela, que los del frente de liberación nacional (nacionalista) tenían en su

poder a tres muchachas, de quienes una decía que era mi hermana Ela. Efectivamente se trataba de Ela, quien estuvo dos años antes arrestada por la policía secreta de los nazis, la Gestapo, y enviada al famoso campamento de concentración Auschwitz, donde trabajó en una fábrica de trabajos forzados. Ella me dijo posteriormente cómo los obligaban a saludar siempre con Heil Hitler (Viva Hitler), pero ellos se negaban rotundamente, y al fin inventaron dos palabras en esloveno que sonaban igual Haid Hitler, que significa en un dialecto esloveno - Váyase Hitler -, y de esta manera eran satisfechos los dos, ya que los alemanes no entendían esloveno. El primo hermano de mi esposa, quien me avisó, era dirigente de la resistencia eslovena anticomunista en el territorio esloveno ocupado en el año 1941 por los alemanes, y que también actuaban en los bosques y las montañas. Yo lo avisé que en verdad se trataba de mi hermana y le rogué que la acompañaran con sus dos amigas hasta la frontera, ya que la aldea de Št Jošt estaba sólo a 5 kilómetros de la frontera entre las dos regiones. Le comuniqué que la frontera era prácticamente sin vigilancia y bajo completo control nuestro, ya que eran sólo unos pocos alemanes viejitos, que no pasaban de una docena, quienes vivían en Lucne (Luchne), en la carretera principal, y no se atrevían salir de su residencia. Le indiqué en qué sitio los estaba esperando en el lado alemán de la frontera, y también qué día, ya que me encontraba muchas veces al otro lado de la frontera atendiendo a mis pacientes y conocía perfectamente todos los caminos. Y de verdad después de dos largos años, pude de nuevo abrazar a mi hermana Ela, quien era siempre el ángel de la guarda de nuestra familia y a quien pensamos que

estaba perdida, ya que la Gestapo, quien la arrestó en una reunión que tenía con los nacionalistas eslovenos en Ljubljana, no perdonaba, y las personas desaparecían sin saberse nunca más de ellas. Ella en Auschwitz, al acercarse las tropas soviéticas, sus guardianes alemanes se fugaron, dejando a los presos a su suerte. Ya que mi hermana era una anticomunista empedernida, no esperó a los soviéticos, como lo que hicieron la mayoría de los presos, sino que se fue atrás de los alemanes que huían y después de muchos sacrificios viajando en parte a pie, en parte por los ferrocarriles, llegó por fin, en aquel caos, a la zona de Eslovenia ocupada por los alemanes, quienes en aquel momento iban en desbandada en todos los frentes. Tuvieron suerte de caer en las manos de los nacionalistas eslovenos. Cuando las traje a Št Jošt, eran todas ansiosas de reunirse lo más antes con sus familias, que nada sabían de ellas. Entonces les organizé el viaje y poco después se reunieron felizmente con sus familias.

Cuando oíamos en Eslovenia, especialmente por la radio BBC de Londres como progresaba el ejército rojo hacia el occidente desde Rumania, Bulgaria, Hungría y Serbia, sin respetar ningún convenio, ya que según la BBC no debían entrar en el territorio yugoslavo, ya que Yugoslavia era un país ocupado y entró en la guerra al lado de los aliados.

Los comunistas locales no tenían suficientes fuerzas para tomar el poder por sí mismos, sino que necesitaban la ayuda del ejército rojo. Éstos iban avanzando, a pesar del convenio, por el territorio yugoslavo y entregando el poder a los

comunistas locales. Ninguno de los aliados protestó por este no cumplimiento del convenio, porque les importaba un bledo lo que pasaba en Yugoslavia.

El ejército rojo, compuesto por la gente que movilizó en su mayoría en sus regiones asiáticas, progresaba desde el oriente haciendo terribles estragos entre la población civil, violando a toda mujer que conseguían y asesinando a la diestra y siniestra. Así que provocaron una estampida de toda la población civil que huía ante estos atropellos hacia el occidente. Ríos y ríos de búlgaros, rumanos, serbios, húngaros y especialmente de los croatas, ocupaban todas las carreteras, algunos con las carretas, que llenaron hasta el tope para salvar lo que se podía en este caos. Una verdadera apoteosis y creo que jamás en la historia se vio algo así. A este río humano se agregó también el pueblo esloveno. Pobre gente dejando sus casas, sus haciendas y todos sus bienes, para salvarse su vida. Las carreteras eran insuficientes para toda esta multitud, así que pudieron progresar demasiado lento y a la mayoría de ellos los alcanzó el ejército comunista y los masacró sin ninguna contemplación.

MI RETIRO A AUSTRIA

Yo llevé a mi esposa a Ljubljana a la casa de mi mamá, ya que se encontraba en el octavo mes del embarazo, y yo cuando regresé a Št Jost lo conseguí completamente vacío,

sólo conseguí a mi enfermero, quien también se preparaba a huir. Entonces me dijo que el alcalde dejó en su escritorio todas sus cuentas en orden, de gastos y de entradas, bien especificados, para que vieran cómo condujo honestamente su cargo y huyó con su familia. Me confesó que dejó en su escritorio también el dinero, que le quedaba en caja. Seguramente el enfermero me dijo esto porque él no se atrevía a coger este dinero y para ver si yo me lo atrevía. Fuimos a la alcaldía y de verdad que conseguimos en el escritorio la suma de 60.000 liras que dejó este pobre y honesto hombre. Le dije al enfermero que este dinero nos caía muy bien y era para nosotros como un regalo del cielo para los gastos en nuestro viaje sin saber para dónde. Nos lo repartimos por mitad para cada uno y de esta manera evitamos que se lo cogiera alguno de estos bandidos que estaban a punto de ocupar a Št Jošt. También en Št Jošt nos abastecimos con lo que pudimos cargar y sobrecargamos también a mi bicicleta que nos sirvió como una bestia de carga. De inmediato partimos a través de las montañas hacia Škofja Loka por los caminos que yo conocía muy bien, ya que los transitaba en compañía de mi padre muchísimas veces en mi juventud. Por el camino encontramos algunos jóvenes que también huían como nosotros, pero ellos iban también sobrecargados, así que no nos podían ayudar a cargar nuestras maletas. Al fin nos encontramos con 8 soldados italianos que huían al sentido contrario hacia Italia y andaban perdidos en estas montañas. Ya que nosotros estábamos armados, los obligamos que regresaran con nosotros y los sobrecargamos con nuestras maletas. Pasamos por Škofja Loka y nos dirigimos hacia Kranj

(Krafi). Seguimos nuestro viaje a través de la campiña por los caminitos vecinales, ya que las carreteras estaban atestadas por la multitud de gente que huía, casi todos con sus carretas sobrecargadas con sus pertenencias, especialmente con los víveres y otras cosas que pensaban que podrían serles útiles, ya que nadie sabía qué nos va a traer el futuro. Ahora lo más importante era llegar lo más pronto a Austria y alcanzar la zona liberada por los ingleses, norteamericanos o franceses. Cuando nos unimos a la multitud de la gente que iba por la carretera que iba de Kranj a Tržic (Trzich), los italianos que nos cargaban las maletas se rebelaron, y claro no hacían más caso a nuestras amenazas, y así que teníamos de nuevo nosotros cargar con todo, porque antes íbamos como unos señores. De suerte la ciudad de Tržic, situada casi en la frontera con Austria estaba cerca. Yo me aparté de todos y fui a buscar a mi hermana Lori, quien vivía en esta ciudad y dirigía allí el hogar de la salud. Ella se alegró muchísimo al verme y me abrazaba y me decía que debo quedarme con ella, ya que ahora éramos libres y vamos a vivir todos como unos hermanos.

En Tržic todo era caos. La gente invadía a los negocios, a las fábricas, especialmente a una fábrica de calzados, denominada PEKO. También yo fui allí y escogí los zapatos para toda mi familia, que estaba en Ljubljana y los dejé con mi hermana Lori para que se los entregara cuando se le presentara la oportunidad. Pero ella me quería directamente obligar para quedarme con ella y me decía que tienen el pacto con los ingleses, quienes van a repatriar a todos estos refugiados, y los comunistas van a matarnos a todos. Ella

como una persona importante de la ciudad, estaba en el comité, donde pudo conocer todas estas cosas, que de veras sucedieron así como me lo dijo. Ella no era comunista, pero sí simpatizaba con ellos, ya que su novio era un conocido comunista, en este momento en un campo de concentración alemán.

Sucedió que le vino a mi hermana un aviso que se trasladara con urgencia a una montaña cercana a la ciudad, como a unos 10 minutos de camino, para atender a la esposa del comandante de los partisanos, quien se jugaba con una pelotita roja, que parecía un juguete, pero resultó ser una granada italiana, llamada cazabobos, que le explotó en su mano y se estaba desangrando. Ella le dijo al mensajero que se va a llevar consigo a su hermano que estaba cerca de graduarse de médico, quien le va a ayudar en esta labor. Y en verdad yo fui con ella y cuando vimos a la señora con su mano floreada, con los restos de los dedos que le quedaban, sangrando copiosamente le aplicamos el torniquete y yo le iba remendando su mano como podía, recortando lo que no servía para nada mas que para perder más sangre y ligando las arterias y venas más grandes para evitar la hemorragia. Al fin terminé con mi trabajo y les recomendé que la llevaran de inmediato al Sanatorio de Golnik, que era el más cercano, para que le arreglaran definitivamente su mano. Le aplicamos el suero antitetánico y se la llevaron. Esta pobre gente, al saber que yo estoy huyendo, me rogaba para que me quedara con ellos, que ahora vamos a vivir todos como hermanos y que la guerra y el odio terminaron. Pobrecitos, ellos no conocían lo

que es el comunismo y pensaban que esta palabra que suena tan bonito, significaba para ellos como vivir en la hermandad, ayudándose uno a otro según sus posibilidades.

Desde que se estableció Eslovenia libre en el último período de la guerra nos distribuyeron también los uniformes como soldados eslovenos, con nuestro águila en la manga derecha y emblema esloveno en nuestro quepis. Los alemanes toleraron todo esto porque no tenían otra solución. Ellos estaban ocupados en sus frentes y nosotros no los atacábamos tampoco, porque todo el mundo lo sabía, que estos eran sus últimos suspiros. Ellos mismos pensaban hasta el fin que Hitler va a usar un arma secreta, que la tiene escondida para salvarse en el último momento de esta situación desesperada para ellos. Yo como el miembro de la sanidad tenía en mi quepis también el signo de Hipócrates, que indicaba, que pertenezco al cuerpo médico. Lo más interesante es que me fui con este uniforme a curar a esta pobre mujer del comandante partisano sin armas, con el único propósito de ayudar a salvar la vida a un prójimo que necesitaba la ayuda con urgencia. Esto seguramente conmovió a esta gente y por esto me querían recibir para que me quedara con ellos.

Pobrecitos, ellos no conocían al comunismo como yo, ya que en su mayoría se fueron a las montañas para salvar su vida de los alemanes o para no ser movilizados y servir en su ejército. Cuando regresé a la casa de mi hermana y le comuniqué que a pesar de todo he decidido salir al día siguiente para Austria, y probar llegar a la zona ocupada por

los aliados occidentales. Le dejé las 30.000 liras para que las entregara a mi esposa para poder pagar los gastos del parto. Pero mi hermana me invitó con engaño para que la acompañara al sótano, para ayudarle a acomodar algunas cosas que tenía allí desordenadas. Cuando las estaba acomodando me cerró el portón con la llave, para que no pudiera salir. Tuve que romper el portón con el fusil y con los pies y me fui sin despedir. Pero me vio y gritaba atrás de mí que siquiera me vista de civil y que ella me va a buscar el traje necesario. Dejé la bicicleta con mi hermana, ya que no hacía otra cosa que estorbarme en la carretera saturada con las carretas y los automóviles, que se movían poco a poco y con mucha dificultad. Ella, claro, no pensaba ni en el sueño de hacerme mal, sino de salvarme, ya que vivía en un mundo de fantasías. Era tan estricta, que a los zapatos que le dejé para que los entregara a mis familiares en Ljubljana, se los entregó a las nuevas autoridades, cuando se establecieron. La bicicleta y el dinero sí se los entregó a mi esposa.

Cuando salí de Tržic me fui por la carretera hacia la frontera hasta Ljubelj (Ljubell), donde los alemanes excavaron durante la guerra, por medio de los prisioneros de guerra un túnel por debajo de la montaña llamada Karavanke, que en este tiempo todavía no era completamente concluido, aunque ya se podía pasar por el al otro lado de la cadena montañosa, a Austria. Yo iba a pié y cargaba sólo mi fusil, que por cierto durante la guerra usé sólo una vez, para ver que se siente al tirar y en una oportunidad tiré hacia una piedra a unos 100 metros de distancia. Este era mi único tiro durante toda la

guerra. No llevé conmigo nada de comer, ya que salí tan a prisa de la casa de mi hermana. La sed no presentaba el problema, ya que el camino era abundante de arroyos. La carretera repleta de los refugiados, que huían con sus bienes, que pudieron salvar en sus carretas, cargadas hasta el tope. Pero yo me podía mover, porque no cargaba nada excepto a mi fusil. Era un cuadro apocalíptico a ver a toda esta gente de muchas nacionalidades del oriente europeo huyendo con un pánico tremendo, para que no los agarre el ejército rojo o los comunistas locales. Estos estaban escondidos en las montañas cercanas encima de la carretera, claro en número muy reducido en comparación con esta multitud de los refugiados. Seguramente estaban sorprendidos, porque no comprendían porque esta estampida. Estas decenas de miles de personas no podían ser todos los traidores o los asesinos, como les decían seguramente los dirigentes comunistas, y entre ellos familias enteras con los niños. Además la mayoría de estos partisanos eran gente honesta.

Al pasar el túnel, ya pensaba que estoy a salvo, porque me encontraba en el territorio que pertenecía antes de la guerra a Austria. Allí me dijeron que hace unos momentos se suicidó un oficial nuestro, teniente coronel Lehman, porque la tensión nerviosa era demasiado grande, al ver esta tragedia. Yo iba con una tranquilidad como si fuera a un paseo sin pensar en el porvenir. Mi meta era sólo llegar lo más lejos de la frontera. Sólo a veces pude escuchar la voz de mi hermana, cuando salí del sótano, que gritaba atrás de mí, que al menos me vistiera de civil. Después, cuando ya pasó todo, me arrepentí, de no

hacerle caso.

De la montaña iba bajando poco a poco al valle del río Drava. Cuando llegué al puente para pasar el río me encontré con una patrulla del ejército inglés que me indicó que para pasar el puente debía entregar a mi fusil. Al entregarlo podía seguir tranquilo mi camino hacia el norte, alejándome siempre más de la frontera. Ya en la carretera no iba tanta gente y en muchos de sus tramos iba solo. Pensaba que ya estaba fuera de cualquier peligro, ya que entré en la zona ocupada por el ejército inglés. Mi próxima meta era llegar hasta la ciudad de Celovec (Tselóvetz), que los austriacos llamaron después que les tocó, en la repartición después de la primera guerra mundial, con el nombre de Klagenfurt. De pronto y con gran sorpresa aparecieron al lado de la carretera unos hombres vestidos de civil, pero armados, y me empezaron insultar gritando: "¡Vean a este maldito blanquito como marcha tan orgulloso!" y al fin se abalanzaron sobre mí y me querían arrastrar dentro del monte que crecía al lado de la carretera y allí acabar conmigo. Yo me defendía como podía y en este momento apareció por la carretera una patrulla inglesa motorizada como enviada por Dios y se pararon observando el brollo. Del resto no se veía a nadie más. Yo que sabía un poco de inglés, les grité que éstos son los comunistas y que yo soy su adversario y me quieren por eso a matar. Los comunistas por su parte, aunque eran eslovenos, les gritaban en serbio, pensando que los ingleses los van a comprender más en este idioma, que yo era un traidor a la patria. Los ingleses escucharon y claro que me comprendieron sólo a mí. Al fin se desmontó un inglés de su moto y se vino hacia mí y me agarró

de la mano y me libró de sus manos, me llevó a la carretera y me mostró que me montara en el asiento de atrás de su moto, y entre la gritazón de los comunistas partimos adelante por la carretera hasta alcanzar un grupo numeroso de refugiados y me dijeron que me desmontara y siguiera el camino junto con este grupo y partieron adelante, no sin antes darles las gracias porque no solo me salvaron la vida, sino de un martirio indescriptible que hubiera sufrido de parte de estos comunistas fanáticos, antes de matarme. Pero en aquel entonces ni me imaginé de lo que me salvó esta bendita patrulla inglesa, que pasó justamente en el momento preciso para salvarme. No hay duda que allí tenía su mano metida una fuerza sobrenatural. Después supe que los ingleses tenían muchos problemas con estos grupos comunistas y que muchísima gente desapareció de esta manera y no se supo nunca más nada de ellos, entre estos también algunos de mis condiscípulos.

Yo seguí con este grupo de refugiados, muchos de ellos con sus carretas, tiradas por los caballos, llenas al tope de comida y de otras pertenencias, que pudieron salvar, teniendo que huir tan de prisa de sus haciendas. Ellos me dieron también algo de comer, ya que desde que salí de Tržic no comí nada.

Cuando llegamos a Celovec, la capital de Carintia o de Koroška, en esloveno un poco antes de entrar a la ciudad, unos soldados ingleses nos indicaron en una alcabala que nos dirigiéramos a un extenso campo cerca de un gran lago, llamado en esloveno Vrbsko jezero y en alemán Wörter See,

cerca de una aldea llamada Vetrinj en esloveno y Vicktring en alemán. Ya casi todo este extenso campo estaba lleno de refugiados con sus carretas y caballos, muchos de ellos acostados bajo de ellas para estar en sombra, aunque el sol todavía no era muy fuerte, ya que estábamos en el principio del mes de mayo, en toda primavera. Allí estaba también todo el ejército esloveno de unos 14 mil hombres, acampado en perfecto orden por sus aldeas y batallones y nuestros comandantes y nuestro gobierno estaban seguros de que los ingleses los van utilizar para combatir a los comunistas, ya que nuestro país fue repartido según el convenio de Yalta en fifty-fifty entre los comunistas y los simpatizantes occidentales o sea los nacionalistas.

Al llegar a este campamento, lo primero que iba hacer, era buscar a alguien conocido y de esta manera me encontré con dos primos hermanos de mi esposa y su tía Josefa, hermana del papá de Mihela, quienes se retiraron a Austria. Ellos vivían en Jesenice, la ciudad natal de mi esposa. Uno de ellos Janez Klinar era campeón balcánico en tiro de jabalina. El otro Tonček (Antonio) era dirigente anticomunista de su zona y su madre los acompañaba por no querer dejarlos solos, porque eran su único tesoro. Encontré también a algunos de mis condiscípulos de la universidad. Nos unimos al Dr. Janez Janež (Yanez = Juan Yáñezh), quien era médico y especializado en cirugía y fundamos un ambulatorio para atender las emergencias médicas de los refugiados. A mi me tocaba la extracción de las muelas con caries, especialmente cuando presentaban demasiado dolor.

Yo conseguí en un zanjón al lado de la carretera una motocicleta BMW de 500 cc, la levanté y por sorpresa mía la prendí y funcionaba. Además tenía en su tanque todavía bastante gasolina. De esta manera me podía desplazar por el campamento de los refugiados con bastante facilidad y rapidez. Aproveché esta oportunidad y pude conseguir y saludar entre los refugiados a otros conocidos y amigos.

Así vivimos durante casi tres semanas y entonces se corrió la voz que nos iban trasladar a Italia, ya que allá, según esta voz era mucho más fácil ordenar y alimentar esta inmensa multitud de gente, entre quienes habían muchos, entre ellos también yo, que estábamos sin ninguna clase de recursos. Comíamos con lo que nos dieron los que trajeron en sus carretas suficientes alimentos.

Conseguimos también un saco con los granos de cacao; no sé de donde salió este bendito saco, seguramente fue dejado por los alemanes, porque les pesaba demasiado y masticábamos sus granos aunque fueron muy amargos. Dr. Janež consiguió también un equipo bastante completo del instrumentario quirúrgico abandonado por alguna ambulancia alemana en fuga, y hacía los planes de cómo lo iba a utilizar en su práctica, una vez que se establezca la normalidad y se acabará este caos en el cual vivíamos, aunque nadie podía predecir qué nos va traer el futuro. Por ahora era lo más importante era que salvamos nuestras vidas, al menos hasta este momento. Del resto no teníamos otra alternativa, que

entregamos a la Providencia divina. Nuestro gobierno provisorio fijó su residencia en Celovec (Klagenfurt). Más tarde supe que se repartieron los ministerios y tenían hasta un ministro de guerra. Pensábamos que tenían algún contacto con los aliados, o al menos con el comando inglés de la zona, pero todo fue un engaño y hasta seguían concediendo ascensos a muchos de nuestros oficiales. ¡Que ridiculez!

Cuando vino la orden para prepararnos "para nuestra partida a Italia", todo el mundo se peleaba quién va ir primero. Pero del comando de nuestro ejército vino la orden que primero tenía que partir la policía para "preparar" el terreno y que todo el cambio se vaya a efectuar en completo orden. Así que al día siguiente llegaron muchos camiones del ejército inglés, que se llenaron enseguida al tope. Al día siguiente nos tocaba a nosotros. Embarcamos nuestro ambulatorio en un camión y cuando ya íbamos a partir, se aparece Dr Iglic (Iglich), quien se encargó de la comandancia de nuestra sanidad, ya que Dr Grapar se quedó en Ljubljana y aparentemente colaboraba con los comunistas y espiaba a favor de ellos, con unos pocos soldados nuestros. Dr Iglic me ordenó que debo bajar enseguida del camión, ya que era el único que hablaba inglés y él necesitaba con urgencia a un intérprete, para poderse entender con los ingleses. Yo me defendía y no quería bajar, para irme con Dr Janež, con quien me amisté y con los primos de mi esposa como también con otros amigos y no quería separarme de ellos. Entonces ordenó a los soldados que lo acompañaban que me sacaran a fuerza del camión. Yo me defendía como un gato patas arriba para no bajar, pero al fin

me sacaron ante los ojos de los soldados ingleses, que observaban tranquilos esta escena sin intervenir para nada y los camiones partieron sin mí.

Cuando me bajaron, le dije a Dr Iglíc que estoy a sus órdenes, para cuando me necesitara y que yo lo avisaré donde conseguirme. Inmediatamente busqué mi motocicleta, que estaba todavía en el mismo sitio donde la dejé y busqué en el campamento a otros conocidos y amigos. Cuando iba en mi moto, un soldado inglés, quien se acercó al campamento, me dio señas para que me parara. Paré de inmediato e iba entregarle mi moto, pero mirando bien a sus alrededores, me dijo que avisara a esta pobre gente, que no nos llevaban a Italia, sino que nos entregaban en la frontera a los comunistas, que él era católico y le repugnaba lo que estaban haciendo sus paisanos y que ellos sabían perfectamente bien que nos entregaban a una muerte segura. A mí se me fue el mundo y pensé que no lo comprendí bien, pero afirmó que esto era la verdad y que avisara a la gente para que se salvara quien se pueda. Enseguida se fue para que no lo viera alguien que estaba hablando conmigo.

En este momento ni me recordaba que Dr Iglíc me salvó de nuevo la vida y no sólo la vida sino también de un indescriptible martirio como unas semanas antes la bendita patrulla inglesa. Era como un ángel que envió el Todopoderoso, ya que después no lo volví a ver nunca más.

Enseguida estuve todo confundido y no sabía qué hacer.

Fui al campamento y les dije a algunos conocidos lo que estaba pasando, pero nadie me lo creía. Pensaban que les estoy contando un chiste o para que quiero asustarlos. Algunos hasta pensaban que soy un espía comunista y que quiero producir un caos en el campamento. Al fin me monté a mi motocicleta y me fui a buscar a nuestra comandancia. Preguntando la conseguí al fin. Estaba en una barraca. Cuando la conseguí hice un ruido tremendo con mi moto, ya que iba a toda prisa y frenando bruscamente, y casi caí en la sala donde se encontraba nuestro comandante Krener con algunos civiles. En pocas palabras le expliqué lo que me acaba decir el soldado inglés. El me oía, pero no lo creía. Yo le propuse que convocara a otros oficiales y a las personas más importantes que había en el campamento. Le acompañaban unos civiles entre los cuales reconocí a uno de apellido Kuhar, quien fue nuestro entrenador, cuando yo jugaba el fútbol todavía en el equipo junior. También él me conocía muy bien. Después tuvo un disgusto o un pleito con la dirección del club y se mudó a otro club de fútbol en Ljubljana, llamado Hermes. Aunque me conocía muy bien, me extrañó mucho que se hacía como si no nos viéramos nunca. Parece que al general Krener nuestro gobierno provisorio le quitó la comandancia de nuestro ejército y lo nombraron sólo como comandante de una división, justamente de aquella que acaba de ser llevada por los ingleses hace unos momentos y en la cual debíamos ir también yo y el mismo, como su comandante. Esto lo supe mucho después. En aquel momento estaba persuadido que él era todavía comandante supremo y además estaba presente en la oficina de la comandancia. Parece también que se asustó

mucho por el ruido que produjo mi moto, cuando frené a toda prisa y casi caí en la sala donde se encontraba.

Por fin, desesperado, ya que nadie me hizo el menor caso, le dije que se vaya más bien a un Kindergarten lavar las vasijitas donde orinaban y hacían su necesidad los niños, en lugar de conducir en estos momentos tan trágicos a un ejército de más que 14.000 hombres. También le dije que ahora somos todos sin distinción del grado en la misma situación y que se olvide de su comandancia y mucho más por su incapacidad. Esto lo enfureció e hirió en su soberbia y empezó a gritar como un loco que me lleven inmediatamente a la cárcel. Y de veras me agarraron dos muchachos de su guardia personal y me llevaron a la "cárcel", que no era sino un depósito donde guardaba la gente la leña que usaban durante el invierno, pero que en aquel momento estaba vacío, ya que estábamos en la primavera. En esta "cárcel" me encontré con otros tres hombres que no conocía. Pregunté a uno de ellos, ya un poco mayor y parecía ser un campesino, de dónde era y por qué lo metieron en esta "cárcel". El me contó que vino el día anterior para avisar, que los ingleses estaban entregando los transportes con los refugiados a los comunistas y que él vio con sus propios ojos esta entrega en Podrožca (Podróżhtsa) en la frontera entre Austria y Eslovenia, y que a través de un túnel bajo la montaña, llamada Karavanke, los trasladaban en los vagones para el ganado por el ferrocarril a Jesenice (Yesenítze), en Eslovenia. Y que él viendo todo esto, vino a la comandancia para denunciar lo que sucedía. Pero tuvo tan mala suerte que allí se encontró también con el general Krener,

quien lo mandó enseguida a encerrar en la cárcel. Con esto le impidió, como a mí, para seguir alertando a la gente del peligro que corrían y para que se salvaran como pudieran, para no ser entregados de manera tan traicionera a los comunistas.

Necesitábamos salir lo más pronto de alguna manera de esta "cárcel". Primero pensaba romper la puerta de madera, que no parecía muy fuerte, como lo hice unas semanas antes en el sótano de mi hermana Lori. Pero después se nos ocurrió otro plan. Afuera cuidaba la "cárcel" un muchacho armado con un palo en las manos, a quien sería muy fácil a dominar. Esta "cárcel" no tenía ningún baño. Le dijimos a uno de los encarcelados que empezara a gritar que tenía dolor de barriga de tanto aguantar de no ir al baño, pero que nosotros no lo dejamos hacerlo adentro, porque no vamos a tolerar el olor de su mierda, ya que el espacio era muy reducido. Le pedimos al muchacho que nos cuidaba, que abriera la puerta para hacer sus necesidades afuera y que la encerrara enseguida. El pobre muchacho que nos cuidaba era de veras tan inocente que abrió la puerta, y claro, apenas la abrió, caímos sobre él, le quitamos las llaves y lo encerramos adentro en lugar de nosotros.

¿Ahora qué hacer?, ir al campamento no tenía sentido, ya que nadie me hubiera creído, como lo pude comprobar ya antes, porque muchos creían que soy hasta un espía comunista y que quería a provocar el pánico en el campamento. Nadie se podía imaginar que los ingleses podrían ser tan sucios, ya que nosotros no hacíamos otra cosa que

luchar por nuestra libertad y de no caer después de la guerra bajo una dictadura peor que la de los nazis. También salvamos durante la guerra a muchos pilotos ingleses y americanos que fueron derribados por el fuego antiaéreo de los alemanes, mientras que los comunistas los mataban, cuando caían en sus manos, porque estaban muy conscientes que después de ser vencidos los alemanes, sus adversarios van ser los ingleses y los americanos.

Primero lo que tenía que conseguir de alguna manera era un vestido civil, lo mejor un short. En el caso extremo pensaba cortar el pantalón largo de mi uniforme militar y hacer de él unshort. Llevaba también una camiseta deportiva, llamada en aquel entonces Mickey, de color rojo. Así que necesitaba sólo un pantalón civil. Fui en busca de mi motocicleta, que estaba aún en el sitio donde la dejé. En la sala de la comandancia no vi a nadie, así que la prendí y me trasladé al pueblo de Vetrinj (Vetriñ) y me paré ante la primera casa, me desmonté de la moto y toqué a la puerta. Me abrió un hombre, parece que era el maestro del pueblo y le pedí, si tiene, para que me dé un pantalón por más que sea viejo y lo dejo a cambió la motocicleta. Pero no quiso nada oír de este negocio y me cerró la puerta. Y yo seguía empeñado, pensando, como conseguir un pantalón civil. Para ir al campamento, me daba pena de pedir a alguien de los civiles que me lo diera, porque seguro pensaría que soy un cobarde y por eso me quiero vestir de civil. Al fin me recordé, cuando estaba buscando a la comandancia, de ver en una mesa en el cuarto contiguo a la comandancia, una máquina de escribir sobre ella. Dejé la moto un poco

alejada y me fui a pie a ver si todavía estaba allí, y gracias a Dios, allí estaba en la mesa--- mi salvación----. En la oficina no había nadie. Brinqué por la ventana, agarré la máquina y salí con ella bajo el brazo y corrí hacia mi moto y con ella de nuevo a la misma aldea y toqué a la misma puerta y le propuse el mismo negocio. Esta vez la tentación era demasiado grande y me dijo que esperara un poco. Me trajo un pantalón corto, típico como lo usan los tiroleses y un viejo saco todo roto, que me servía posteriormente para abrigarme con él, cuando me tocaba dormir en el suelo a cielo abierto. Busqué un sitio para cambiarme y en un momento me transformé en un típico yodlar, como llamábamos en Eslovenia a los austríacos por su típico canto.

Vestido ya de civil me trasladé al campamento con la moto y allí me encontré con un muchacho, cuyo apellido eran José Rus, a quien medio conocía ya desde Ljubljana, de quien sabía que pertenecía a una organización, fundada y dirigida por los frailes franciscanos, llamada los cruceros, en esloveno križarji (krizharyi). Él me indicó que sería bueno ir al monasterio franciscano en Celovec (Klagenfurt) y visitar allí al padre Odilo Hajnšek (Jáinshek), un franciscano muy conocido en Ljubljana, quien se refugió a este monasterio, y contarle toda la verdad, que los ingleses están engañando a los refugiados a quienes no están enviando a Italia, como les decían, sino que los están devolviendo a Eslovenia y entregándolos en la frontera a los comunistas.

Como escribe en su libro el señor Franz Vilewaldt, el

brigadier británico de apellido Low y el coronel comunista Ivanovic (Ivánovich), firmaron un pacto, cuando los grupos, que mantenían los comunistas en la provincia austríaca de Carintia se retiraran por completo de su territorio, los ingleses iban a repatriar a todos los refugiados de origen yugoslavo a Yugoslavia. Esto se lo contó un sargento inglés de apellido Fletch, quien dirigía la cocina y el comedor donde comían los oficiales británicos del comando, que estaba establecido en el castillo de Vetrinj (Vicktring), cerca donde se encontraba el campamento de los refugiados. Él se hizo muy amigo de Fletch y se conocieron porque al sargento le gustaba mucho la pesca y aprovechaba cada momento libre, para ir a pescar en un arroyo cercano. Fletch le confió que muchos oficiales del comando británico eran miembros del partido laborista y simpatizantes del comunismo.

Hablé con el padre Odilo y le rogué que vaya enseguida al campamento y que diga a la gente la verdad, porque a él sí le van a creer, ya que a mí no me lo creían ni los conocidos míos y ni siquiera el general Krener. Él fue enseguida al campamento, pero por la tarde ya apareció Dr Janež, que como yo, también iba en el mismo transporte. Sucedió que al ver que los ingleses los están entregando a los comunistas en la estación de ferrocarriles en Pliberk, una ciudad situada cerca de la frontera con Eslovenia pero todavía en el territorio austriaco, aprovechó un momento y se lanzó en un barbecho sembrado de trigo y se escondió en él y prometió que si se salvaba, iba trabajar como voluntario a las misiones hasta el final de su vida. Yo por mi parte estoy seguro que algún

soldado inglés lo vio y se hizo el tonto, ya que a muchos de ellos les repugnaba lo que estaban obligados de ejecutar. Esperando allí quieto y escondido entre las matas del trigo hasta que pasó la entrega y se normalizó todo. Después salió del trigo y ya que estaba vestido de civil era fácil para él de transitar y por la tarde del mismo día apareció en el campamento y avisó a la gente lo que estaba pasando, y que sí era verdad que los ingleses estaban entregando a los refugiados a los comunistas.

Esto provocó un pánico tremendo entre los refugiados. Muchos se salieron del campamento y se dispersaron por las montañas y los bosques cercanos, pero la mayoría tenía a sus familias con mujeres y niños y no podían a escoger este camino. Al día siguiente llegaron de nuevo los camiones ingleses de mañanita y muchos a pesar de saber que iban a ser repatriados y que iban a sufrir un martirio antes de matarlos se subieron a los camiones diciendo, que para donde se fueron sus compañeros, se van también ellos. Los soldados ingleses no obligaban a nadie a subirse a los camiones y dejaban que cada quien que se quería bajar, lo dejaban sin molestarlo, como lo hicieron conmigo mirando tranquilos como me sacaban mis propios compañeros a fuerza del camión. Tampoco el campamento no lo vigilaba nadie y cada quien podía salir o entrar en el sin ningún problema. Su comportamiento era completamente distinto en la frontera, durante la entrega, donde si vigilaban que nadie se fugara.

Se reunieron los personajes más importantes del

campamento y decidieron enviar una delegación al comando inglés. Fueron dirigidos por el Dr Valentin Meršol (Mershol), quien trabajó antes de la guerra muchos años en Estados Unidos y hablaba perfectamente el inglés. De suerte que en aquel momento consiguieron hablar con el mariscal Alexander, comandante supremo de las tropas inglesas, quien estaba de visita en Carintia. Escuchó atentamente lo que le explicaba Dr Meršol y enseguida dio la orden que no repatriaran a nadie más. De esta manera se salvaron miles de refugiados no solo de la muerte sino también de indescriptibles torturas antes de darles la muerte. Se calcula que solamente entre los eslovenos murieron más de 14.000 personas entre los hombres, mujeres y hasta los niños, repatriados de este campamento.

Dr Janež quien se salvó milagrosamente cumplió con su promesa y se fue posteriormente a las misiones en China, donde fundó un misionero esloveno, monseñor Kerec (Keretz), un hospital, y el Dr Janež fue su principal cirujano, pero con tan mala suerte, que un poco después las tropas comunistas de Mao-Tse-Tung se apoderaron del poder en China y expulsaron del país a todos los misioneros. Después se estableció en Taiwan, donde intervenía quirúrgicamente a miles de pobres, completamente gratis, durante años y cuando murió hace 5 años le hicieron un apoteósico entierro dirigido por el mismo cardenal de Taiwan. Actualmente está en proceso de beatificación y lo consideran como el nuevo Dr. Albert Schweitzer del lejano oriente.

Antes de despedirnos del padre Odilo en el monasterio de

los franciscanos en Celovec (Klagenfurt), este nos dio una carta de recomendación para los padres Kalixt Langerholz y Beno Korbic quienes se refugiaron en el monasterio franciscano en Lienz, la capital del Tirol Oriental, que distaba de Celovec unos 200 kilómetros hacia el occidente, para conseguir allí con ellos otras informaciones y a donde nos podíamos dirigir para estar a salvo.

De Klagenfurt nos dirigimos a pie por la carretera hacia el norte, hacia Št Vid (San Veit en alemán) y hacia el lugar llamado en esloveno Gospa Sveta (Señora Santa), donde en la edad media entronaban nuestros antepasados a sus príncipes y donde se encontraba en la edad media el centro de Eslovenia. Al llegar a este sitio, caminando por la carretera principal, nos dirigimos al el occidente a través de las montañas por los caminitos vecinales. Dormíamos una vez en algún depósito, donde guardaban los campesinos el heno para alimentar a sus animales durante el invierno, otras veces afuera bajo el cielo abierto sobre la grama cerca de algún arbusto. Me recuerdo que una vez nos sorprendió y nos despertó un ruido bastante fuerte como si se moviera alguien en el arbusto que estaba situado en nuestra cabecera. Nos arrastramos sin hacer ruido por el suelo alejándonos del arbusto de donde provenía el ruido y nos pusimos de acuerdo de arrastrarnos cada quien del lado opuesto al arbusto, pensando sorprender a algún hombre que nos estaba espiando. Pero para nuestra sorpresa, lo que conseguimos en el arbusto fue a un pobre erizo, que estaba seguramente buscando su alimento escarbando entre las hojas en el suelo.

Durante el día, mientras caminábamos siempre dirigiéndonos hacia el occidente, por las montañas que circundaban el río Drava, guiándonos por el sol, pidiendo en algunas casas, que las vimos de tener un mejor aspecto, para que nos dieran algo de comer. Nunca nos rechazaron y siempre conseguimos al menos un vaso de leche y el pan campesino sin levadura y duro como una piedra, así que teníamos nuestros paladares todos adoloridos. Algunas veces nos tocó también algún salchichón, así que gracias a Dios y a la buena gente no pasamos hambre.

Cuando llegamos ya cerca de Lienz, pensando que tan cerca de la ciudad ya no nos va a parar nadie, bajamos a la carretera asfaltada para entrar a la ciudad. Pero nos equivocamos. Cerca del puente sobre el río Inn estaba una alcabala inglesa y allí nos pararon. Nos interrogaron para donde íbamos. Yo les expliqué que vamos a Eslovenia, ya que estuvimos presos en el campamento de concentración alemán en Dachau (Dájau) y que nuestro domicilio está cerca de Trieste y que nos estamos dirigiendo por el valle del río Drava, al que se une el río Inn en Lienz, hasta llegar a su origen cerca de la ciudad de Toblach (Dobiaco en italiano) y allí tomar el ferrocarril, para llegar a Trieste y a nuestra casa. Entonces nos encerraron y cuando el grupo de arrestados aumentó, nos trasladaron en un camión a Spittal en Carintia, donde había un campamento para todos los que querían regresar a Eslovenia voluntariamente. A nosotros dos nos repartieron y quedamos en el grupo, que iba a Primorje, la provincia cerca de Trieste,

de donde era oriundo mi padre.

Allí nos interrogaban de donde proveníamos y a que lugar nos dirigíamos. Yo les expliqué que estuvimos presos en Dachau, y necesitábamos recuperarnos y cuando tuvimos suficientes fuerzas, queríamos regresar a nuestra casa en Goce (Goche), donde nos estaban esperando con mucha angustia. De suerte nadie conocía a mi familia, así que nos dejaron tranquilos. El campamento no estaba cercado y no hubo ninguna vigilancia, así que cuando llegó la noche nos escabuímos y de nuevo nos esperaba el mismo camino, por el que pasamos hace unos días. Pero esta vez cuando llegamos cerca de Lienz, no hicimos la estupidez de bajar a la carretera principal, sino que seguimos por las montañas a lo largo del valle del río Inn, hasta que unos 20 kilómetros más arriba llegamos a un puente. Esperamos la noche y pasamos el puente sin ningún inconveniente y bajando por el otro lado del río llegamos directamente a la ciudad, donde nos informamos sobre el monasterio de los franciscanos y preguntamos por el padre Kalixt y el padre Beno, quienes se encontraban de veras allí. Por medio de ellos nos informamos, que la mayoría de los refugiados se establecieron en la zona ocupada por los norteamericanos o en la zona francesa y estaban distribuidos en campamentos, donde tenían el techo y la comida. Otros se fueron para Italia, esperando allí para emigrar.

Ya cuando nos íbamos acercando a Lienz nos decían los campesinos que los ingleses estaban cazando a los casacos rusos para repatriarlos a la fuerza y que muchos preferían

suicidarse, antes de regresar a la Unión Soviética, ya que sabían lo que les estaba esperando, cuando caigan en las manos de los comunistas.

También nos informaron que algunos eslovenos y nuestro obispo de Ljubljana estaban residiendo en Anras, una aldea en las montañas del Tirol Oriental, cerca de la frontera con Italia. Con esta información nos dirigimos otra vez por las montañas al lado del río Drava hasta esta aldea. Cuando nos acercábamos a Anras, me parecía muy extraño que mucha gente, que encontrábamos en nuestro camino, me pedía la bendición. Pensaba que esto era una costumbre en esta zona montañosa, donde la gente es extremadamente religiosa y se la daba con mucho gusto y le respondía a cada uno en alemán: Krist Gott, lo que significa en español Cristo Dios. Cuando llegamos a la aldea fuimos primero a la casa parroquial a saludar a nuestro obispo. Mi compañero se decidió seguir adelante para Italia, ya que allí tendría más oportunidad de comunicarse con sus familiares que vivían en Estados Unidos, porque tenía el propósito de emigrar allá. Yo no lo podía acompañar, ya que mis zapatos no daban para más. Caminaba prácticamente con mis plantas en el suelo, ya que las suelas de los zapatos casi ya no existían más.

En la casa parroquial descubrí también el secreto porque me pedía toda la gente la bendición. Me parecía como un gemelo idéntico al capellán de la parroquia y cuando nos encontramos nos reíamos uno del otro hasta más no poder. Si nos cambiáramos el vestido todo el mundo pensaría que yo

soy él. Él no hace mucho tiempo volvió a su parroquia, ya que los nazis lo arrestaron durante la guerra y lo tenían preso en uno de sus campamentos de concentración. Él me consiguió el alojamiento en una familia, de apellido Mascher, que vivía en el castillete de la aldea. Ellos me recibieron como si fuera uno más de su familia. Me arreglaron un cuarto con una cama decente y comía en la mesa junto con ellos. Ya que estaba sin documento alguno, me llevó a la prefectura y allí me dieron un permiso provisorio que me permitía moverme libremente en esta zona fronteriza. Cuando me recuperé un poco me iba con ellos a sus campos para ayudarles en sus trabajos. Un día uno de ellos se dio cuenta del estado de mis zapatos y entonces me buscaron unos ya usados, pero en buen estado, al menos tenían unas suelas enteras y fuertes.

Allí aprendí como usar la guadaña para cortar todas las mañanitas la yerba fresca para sus vacas que las mantenían en el establo. También iba con ellos a cortar la yerba para producir el heno, a veces lejos arriba en las montañas. Ya que no estaba acostumbrado a estos trabajos me dolían en la noche los hombros, así que no sabía como acomodar mis brazos para no sentir tanto dolor y adormecimiento. Pero poco a poco me acostumbré y me iba siempre mejor. Así trascurría mi vida durante casi dos meses.

Un día al pasar unos refugiados que iban de paso para Italia, cuando me vieron, me comunicaron que me nació una hijita. Cuando lo supe ya no podía aguantar más. Les expliqué a esta buena gente mi situación y el motivo por el cual debo

despedirme de ellos. Me regalaron un traje ya usado, pero en muy buen estado, con el pantalón largo, así que me podría presentar en el mundo civilizado. Me despedí de ellos y del capellán y les agradecí por todo el bien que me habían demostrado. Nuestro obispo se mudó ya antes a la zona americana, ya que en esta zona inglesa estaba en peligro que los ingleses lo extraditaran a los comunistas, quienes mientras tanto lo condenaron, en ausencia a 18 años de trabajos forzados. Me fui a pie hasta la frontera y la pasé cerca de la ciudad Toblach (Dobbiaco en italiano), situada ya del lado italiano. Y allí me monté en ferrocarril sin ningún billete, porque no tenía absolutamente ningún dinero, ya que las 30.000 liras que traje, las dejé a mi hermana Lori, para que las entregara a mi esposa para los gastos del parto.

En cada estación cambiaba el vagón, observando donde iba el contralor que pedía el pasaje, casi siempre esto era el último vagón del tren. Algunas veces me consiguieron y me botaban en la próxima estación del tren y entonces esperaba al próximo tren, e iba a usar el mismo procedimiento. Así pasé por Cortina D'Ampezzo, una ciudad turística mundialmente conocida por los deportes de invierno y de este modo llegué a Treviso cerca de Venezia. Allí me monté a otro tren que iba a Trieste. Este estaba tan repleto de gente que no hubo ningún problema respecto al pasaje, ya que era imposible controlar a esa masa de gente y de este modo llegué a Trieste, que era la meta mía. Allí vivía una tía de mi esposa, propiamente era la esposa de un hermano del padre de mi esposa. Tenía con él al único hijo llamado Uroš (Urosh), quien era el comandante de

los partisanos.

Cuando estos ocuparon a Trieste al final de la guerra y mataron durante su ocupación a muchos italianos, fascistas, que perseguían y mataron antes y durante la guerra a muchos eslovenos más importantes que vivían en la ciudad o en sus alrededores. Esta ciudad estaba durante siglos bajo el dominio de la monarquía Austro-Húngara y su población era mixta, compuesta por los italianos, eslovenos y austríacos, quienes vivían durante siglos en perfecta armonía, teniendo cada uno sus escuelas y completa libertad de usar cada quien su idioma sin ningún temor. Después de la primera guerra mundial, Trieste perteneció a Italia, al que los aliados en el pacto de paz de Versailles regalaron a Italia, junto con su periferia y la ciudad de Gorica (Gorizia) que en el idioma esloveno significa montículo, ya que estaba construida sobre una loma y que después los italianos rebautizaron como Gorizia. En toda esta zona antes de la guerra no vivía ni un solo italiano, sino que su población era exclusivamente eslovena y también mis padres nacieron allí. Esto lo hicieron los aliados, haciendo caso a una proposición del presidente norteamericano Wilson para compensar a Italia, que en la mitad de la guerra traicionó su alianza con Alemania y la monarquía Austro-Húngara y se pasó a los aliados. Esta traición la pagaron muy caro, ya que el ejército austro-húngaro al verse traicionados, los atacaron con todas sus fuerzas y les ocasionaron en tres días más de medio millón de muertos y los corrían hasta más allá del río Piave y si no los paran los aliados, que llegaron a toda prisa a salvarlos, los hubieran corrido hasta Roma.

Cuando en el año 1922 se apoderó del poder en Italia el dictador Benito Mussolini, el fundador del fascismo, empezó una persecución terrible de los eslovenos, así que la mayoría emigró a Estados Unidos y a Argentina o se pasaron a la parte eslovena que pertenecía al recién creado estado de Monarquía de los Serbios, Croatas y Eslovenos (SHS), que unos 10 años después cambió su nombre por Yugoslavia. Mussolini prohibió el uso de la lengua eslovena. Todos los nombres de los lugares y hasta los apellidos eslovenos los italianizaron. Así por ejemplo uno cuyo apellido esloveno era Bertoncelj, lo tuvo que cambiar a Bertoncelli. Ni en las iglesias se podía usar el idioma esloveno. Al nuestro arzobispo, monseñor Karlin, lo expulsaron de su sede en Gorica y tuvo que refugiarse en Maribor, la segunda ciudad de Eslovenia. Esto, claro, provocó un terrible odio. Cuando nuestro obispo de Ljubljana pidió al papa Pío XI para que interviniera ante el gobierno italiano, ya que perseguían también a los sacerdotes católicos eslovenos. El papa dio con su puño a la mesa, así que se regó la tinta, que la tenía en un tintero y le gritó que se ocupara de los problemas en su diócesis y dejara de meterse en los problemas de las demás. Y este odio brotó con toda su fuerza después de la segunda guerra mundial cuando los partisanos ocuparon por unos días a Trieste. Estos partisanos eran más bien nacionalistas y no comunistas aunque guiados por ellos y aprovecharon la oportunidad para vengarse de todas estas injusticias, persecuciones y asesinatos durante el régimen fascista y tomaron las represalias sobre estos fanáticos fascistas, culpables de todos estos estragos sobre la

población eslovena, durante la ocupación italiana y mataron a muchos de ellos y hubieran aniquilado a muchos más, si no hubieran llegado las tropas aliadas, que ocuparon a Trieste y lo proclamaron como ciudad libre. Los partisanos, entre ellos también el hijo de la tía de mi esposa, se retiraron a Eslovenia, para no estar expuestos a responder por estos asesinatos.

En el momento de yo llegar a Trieste, ésta estaba en poder de las tropas americanas y todo estaba tranquilo y en paz. Yo ya había visitado a esta tía, durante la guerra y sabía donde vivía, en la Vía dei Soncini No 110. Ella era ya mayor y cuando llegué a su casa me reconoció enseguida y me recibió con mucha alegría. En su casa en la cual vivía sola, era el centro, donde se reunían los partisanos que venían de Eslovenia para cualquier asunto. Ella poseía en Trieste varias casas. Y me explicó de que manera las obtuvo. Ella tuvo un empleo y poco a poco ahorrando pudo comprar el apartamento donde vivía. Cuando lo pagó, lo hipotecó con el banco y con este dinero compró un terreno. Cuando pagó la deuda. Hipotecaba de nuevo a su casa y el terreno y con este dinero hacía en el nuevo terreno una casa más grande. Y de nuevo empezó a pagar la deuda y cuando la pagó hipotecó de nuevo todas sus propiedades y con el dinero obtenido del banco compró otra casa. Estas casas le daban otro ingreso con alquilarlas. Y de nuevo hipotecaba todas sus propiedades y con este dinero compraba otra casa todavía más grande. Cuando pagó la deuda de nuevo hipotecaba todos sus bienes y compraba un edificio. De esta manera y con la ayuda del banco se hizo propietaria de varias casas y edificios en Trieste.

Ella vivía siempre modestamente en su primera casa y las demás las tenía alquiladas, menos un jardín un poco apartado de la casa, donde cultivaba las hortalizas y allí tenía también a un cochino a quien engordaba con las sobras de la comida que le regalaban todos sus vecinos. Me recuerdo que el cochino lo llamaba Cuco y como la conocía y hablaba con él como con un ser humano. Mientras estuve con ella le ayudaba en el jardín limpiando y regando las matas y abrir los surcos para sembrar más. Mientras tanto escribí a Ljubljana para que me enviaran a todos mis documentos, especialmente los certificados de mis estudios en la facultad de medicina de Ljubljana. Ya que a la casa de la tía de mi esposa, llegaba mucha gente de Ljubljana.

Ella se encargó que me trajeran todos mis documentos, La tía me procuró que la carta la llevase uno de los tantos visitantes que venían a su casa y también le encargó que consiguiera en Ljubljana a una persona de confianza para que me trajera todos mis documentos, ya que el correo internacional todavía no funcionaba bien. Mis planes eran de ir a Graz y allí continuar mis estudios de medicina, ya que la universidad de Graz en Austria tenía un acuerdo con la facultad de medicina de Ljubljana y reconocía a todos los exámenes de Ljubljana y de esta manera poder continuar mis estudios, ya que la facultad de medicina en Ljubljana era incompleta y tenía sólo 7 semestres. También me pude, de esta manera, comunicar con mi familia, especialmente con mi esposa y mi mamá, que de esta manera supieron que estoy vivo, ya que durante todo este tiempo no tenían ninguna noticia de mí.

Cuando me llegaron mis documentos me despedí de la tía y regresé a Austria, de nuevo de la misma manera como vine, porque estaba completamente sin dinero. A la tía me dio pena de pedirle el dinero, especialmente cuando vi de qué manera consiguió su fortuna y pude conocer su principal defecto, la avaricia. Esto no era nada raro, ya que toda su vida estaba pagando las deudas y ahorrando, y seguramente muchas veces hasta pasando hambre e ir comiendo lo estrictamente necesario y lo más barato.

En Austria me establecí en Lienz, donde se ha formado mientras tanto un campamento para los refugiados, en su mayoría eslovenos. Estos se han organizado con extrema rapidez. Hasta tenían sus escuelas, un liceo, ya que entre los refugiados habían muchos maestros y profesores. En este liceo estudiaba también el que es actualmente el cardenal de la ciudad de Toronto en Canadá, el monseñor Ambrožič (Ambrozhich) quien después de emigrar a Canadá, continuó allí sus estudios.

Estábamos en la mitad del mes de agosto y todavía faltaba un mes, cuando empezaban las clases en la universidad en Graz, la segunda ciudad de Austria después de Viena y situada en la región oriental de Austria.

Entonces se me ofreció una oportunidad de ganarme algún dinero, que me vendría muy bien, ya que todo este tiempo lo pasé sin tener un centavo en el bolsillo. Un grupo numeroso de los refugiados croatas estaba buscando un guía

que los llevara a Italia. El grupo era demasiado numeroso para lo que guiara un solo hombre y entonces busqué a un ayudante llamado Janko (Yanko), quien me informó que podíamos llevar algún caballo para venderlo en Italia con una gran ganancia. En Austria había muchos caballos, que se podían conseguir casi regalados, porque eran dejados abandonados por los casacos rusos, quienes eran devueltos a fuerza por los ingleses a la Unión Soviética. Los pobres casacos muchos con sus familias huían y se escondían como pudieran. Algunos se suicidaban con toda su familia, ya que sabían que destino los esperaba al ser entregados a los comunistas.

Compramos dos caballos buenos, todavía jóvenes y vigorosos con parte del dinero que pedimos por adelantado a los croatas. Ya que el grupo era bastante numeroso, caminamos solo durante la noche, que era en aquel momento muy oscura, porque no había ni luna que nos alumbrara un poco por donde caminamos. De día los escondíamos en algún zanjón en el espesor del bosque, donde había agua. Mientras tanto yo iba adelante porque tenía el permiso provisorio para poderme mover en la zona fronteriza, que me lo dieron en la prefectura de Anras, para investigar los detalles del camino que íbamos a transitar durante la noche. Antes de anochecer volvía al campamento, entonces nos pusimos en orden. Cada uno iba agarrado a una larga cabuya para que no se perdiese. Éramos como una larga culebra.

Yo iba adelante llevando un caballo, que llevaba una cuerda amarrada a su cuello de la que se agarraban los

refugiados croatas, uno atrás del otro, y Janko iba el último llevando otro caballo. Ya que el sitio por donde yo pasaba la frontera cerca de la ciudad de Toblach (Dobiacco en italiano) me parecía peligroso por estar demasiado cerca de la ciudad, pasamos de noche por un puentecito al otro lado del río Drava y subimos a una aldea llamada Hohlbruck, donde interrogué yo en el día anterior a la cocinera de la casa parroquial, quien me informó muy bien a que hora pasaba la patrulla de los guardianes de la frontera austriacos. Los croatas llevaban unas maletas pesadísimas y algunos de ellos me pidieron para amarrar al menos algunas de ellas a los lomos de los caballos. Esto me lo pidieron cuando yo regresé por el atardecer, al terminar de investigar el camino que íbamos a transitar y les dije que esta noche nos estaba esperando una jornada muy pesada y probablemente los caballos no están acostumbrados a esto sino solo a los jinetes. Pero, ellos insistían. Al fin nos compraron a los dos caballos por mucho más de lo que nos costaron, les pusieron unas mantas sobre el lomo, les amarraron como una gurupa alrededor de la barriga y por el pecho y amarraron algunas de sus maletas a sus lomos y los caballos tranquilos. Al parecer estaban acostumbrados a cargar las cargas de esta manera. Los croatas eran muy prácticos y se veía que estaban acostumbrados de manejar a los caballos. De suerte que al salir de la aldea de Hohlbruck, se apareció un pedazo de luna en el cielo y nos alumbraba siquiera en el principio de la noche el camino que iba muy empinado.

Así llegamos poco a poco a la cima de la cadena

montañosa, descansando cada tanto tiempo. Después nos tumbamos bajando por la pendiente en la parte italiana. Al amanecer ya estábamos abajo en el valle por donde corría el ferrocarril que iba a la Cortina D'Ampezzo y a Treviso. Los croatas nos abrazaban de alegría y nos inundaron con los marcos alemanes que ahora ya no los necesitaban, ya que en Italia no tenían ningún valor, mientras que en Austria todavía no vino el decreto de que manera cambiarlas por los schilingos, que era antes de la guerra la moneda nacional en Austria. También nos regalaron a los caballos que nos compraron el día anterior, para cargar algunas de sus maletas.

Nosotros dos nos despedimos y nos íbamos con los dos caballos a una aldea cercana llamada Pádula, donde decía Yanko que podíamos a venderlos. Ya cerca de la aldea nos rodearon unos hombres armados y nos dijeron que eran partisanos (partigiani). Yo les expliqué, ya que hablaba perfecto italiano, que éramos de Eslovenia y que íbamos rumbo a nuestro país, ahora liberado, que estuvimos presos en Dachau, en campamento de concentración nazi muy conocido. Les dije que éramos tan debilitados, que no pudimos enseguida emprender el viaje y después de recuperarnos un poco estamos regresando a nuestra casa. Estos caballos los conseguimos por el camino sueltos porque eran de los casacos rusos quienes fueron repatriados con fuerza a Rusia por los ingleses. Pero si los necesitaban se los pueden llevar, ya que nosotros los queríamos vender para poder comprar los pasajes, para no ir a pié o pidiendo cola para llegar a nuestra patria. De suerte los persuadió mi cuento y nos dejaron libres y

nos desearon un feliz regreso. En Pádula vendimos a nuestros caballos a dos revendedores y de esta manera estábamos llenos de marcos y liras. Fuimos a la estación del ferrocarril y compramos los pasajes hasta el Treviso. En Treviso nos pasamos a otro tren que iba a Trieste. Pero yo me bajé en Udine para comprarme un traje, los zapatos y también la ropa interior nuevos. A la ciudad de Udine la conocía ya desde antes de la guerra, ya que una vez en todo el invierno con un poco de nieve en el campo de fútbol, jugamos con el club Udine, que actualmente juega en la primera división del fútbol italiano. Hacía un frío bárbaro de 10ª bajo cero, y les ganamos uno a cero.

Cuando me instalé en el hotel, lo primero que hice: me bañé, ya que tenía meses sin hacerlo y después me puse toda la ropa y los zapatos nuevos y era de nuevo un hombre civilizado. También compré una mochila de las que usan los montañistas, cuando van de paseo a las montañas, donde guardé la ropa y los zapatos viejos. Ya al anochecer iba a dar un paseo por la ciudad, y de pronto casi no podía creer a mis ojos, vi al general Krener, vestido, claro, de civil, también paseando. Di la vuelta para encontrarlo de frente porque me parecía casi increíble que fuera él. Y resultó que de veras era él. Lo seguí, y al parecer se dio cuenta de que alguien lo seguía y aceleró el paso. Pero estoy seguro que no me reconoció. Cuando llegamos a un lugar donde había muy poca gente me adelanté, lo agarré y le propiné un par de patadas, que no eran demasiado tiernas, ya que yo era el goleador de mi club, al menos una por cada mil muchachos que por su

culpa fueron entregados a los comunistas, y también por aquella hora que me tenía preso. Siempre me parecía raro que ni los ingleses, ni los comunistas lo perseguían, y estos últimos nunca pidieron su extradición y al parecer vivió y murió tranquilamente en Buenos Aires. Aunque los comunistas perseguían y pedían la extradición de muchos que tenían mucho menor rango y si los conseguían los condenaban a todos morir en la horca o fusilados. De todas maneras su comportamiento en Vetrinj al menos para mí era incomprendible. Que Dios le perdone y ojalá mi sospecha no sea la verdad.

Al día siguiente me trasladé a Trieste a la casa de la tía de mi esposa. Compré también unos juguetes para mi hijita Darja, entre estos un osito blanco grande. Mi hijita tenía en aquel entonces algo más de dos meses de haber nacido, pero después de unos meses cuando iba creciendo se alegró muchísimo de este osito y éste la acompañaba en lugar mío por donde iba.

La tía, mientras tanto, mandó a matar al Cuco y lo comíamos todos los días. La acompañé cuando se fue a Furlania, la provincia italiana más cercana a Trieste a comprar otro cochinito pequeño para criarlo en lugar de Cuco, y se lo pagué para compensar al menos un poco por todo lo que hizo por mí. Con las liras que me quedaron compré las cajas de cigarrillos y llené con ellos mi mochila hasta el último rincón, ya que se podían vender en Austria a un precio mucho mayor de lo que costaban en Italia. Cuando llegué a Lienz vendí los

cigarrillos todos juntos a un revendedor.

MI GRADUACIÓN DE DOCTOR EN LA MEDICINA UNIVERSAL EN GRAZ, AUSTRIA

Enseguida me monté en el ferrocarril y me fui a Graz. Allí tenía la U.N.R.A. también un campamento, exclusivamente para los estudiantes universitarios. No era muy extenso, habíamos unos 100 estudiantes y estaba situado casi en el centro de la ciudad, al lado de un monasterio de capuchinos, en la pendiente de un montículo, llamado Rosenberg (Montículo de las rosas), aunque yo no encontré allí nunca una rosa, sino que estaba lleno de árboles frutales. El campamento fue compuesto de un grupo de barracas y en cada cuarto dormíamos 10 estudiantes en literas. Teníamos un comedor común, una sala grande para las reuniones, un baño con varias duchas para los hombres y otro para las mujeres. Éramos más o menos la mitad hombres y la mitad mujeres y estábamos instalados en las barracas aparte unos de los otros.

Cuando me inscribí en la universidad, me reconocieron todos mis exámenes de Ljubljana y hasta me regalaron el octavo semestre, para poderme inscribir en el noveno semestre, como la recompensa por los años que perdí debido a la guerra. Así me faltaba sólo un año para terminar los 10 semestres, para obtener el certificado que llamaban el Absolutorium, ya que era entonces la costumbre, así en Eslovenia como en Austria, a expresarse en latín, hasta el diploma final lo entregaban en el idioma latín, lo que me provocó después problemas cuando presenté en Venezuela mi diploma para la reválida con el nombre de Theodorus y mi

partida de nacimiento era a nombre de Božidar (Bozhidar). La palabra Theodorus, que significa en griego antiguo, el Regalo de Dios y traducida a esloveno Bozidar. Antes de tener el certificado del Absolutorium no podía uno presentar ningún examen, ni del segundo Rigorosum, que consistía de seis exámenes, ni del tercer Rigorosum, que consistía de cinco exámenes. Al tener el Absolutorium, uno podía presentar todos los once exámenes cuando quería o podía, si estaba preparado en once días, y obtener el diploma del doctorado en medicina universal.

Mi dinero lo puse parcialmente en el banco e hice el disparate de no ponerlo todo, ya que cuando vino el decreto que debíamos cambiar todos los marcos alemanes en la moneda austríaca, que eran los schilingos, podíamos retirar del banco mensualmente doscientos schilingos, mientras los marcos que uno no los depositaba en el banco perdían su valor en pocos días. Con el resto de los marcos que me quedaban iba comprando estupideces como un larga vista, que pensaba posteriormente vender, en el caso que me faltara el dinero. De suerte el dinero depositado en el banco era suficiente de mantenerme hasta terminar mis estudios. Esta cantidad de dinero mensual que retiraba del banco me salvaba posteriormente, ya que la comida no era muy buena en el campamento. Posteriormente, cuando ya estuve en Venezuela me escribieron cómo consiguieron a la administradora quien era de origen árabe, de apellido Yabur, quien tenía secreto convenio con el jefe de la cocina, y se repartían entre los dos lo que se robaban del dinero que enviaba la organización

U.N.R.A. para nuestra alimentación y el mantenimiento del campamento. No me escribieron qué suerte corrieron, sino que los quitaron de sus puestos y pusieron a otros.

En los sábados teníamos siempre en la noche la fiesta en el salón de las reuniones. Había entre nosotros varios, que tocaban muy bien el piano, el saxofón y el clarinete. Así que nos divertíamos al menos una vez en la semana. Yo no sabía bailar, pero en nuestro cuarto hubo un galán que se llamaba Marjan (Máryan) Bartol, muy amigo mío, quien era abogado, pero se inscribió en la universidad, para estudiar la medicina y éste era mi maestro, y me daba en el mismo cuarto las clases de baile. De esta manera aprendí primero a bailar el vals inglés, después el vals vienés, el tango y el foxtrot, que eran los ritmos que se bailaban en aquellos tiempos. Casi no me atrevía a pedir a una muchacha, para no pisarle los pies. Al fin me animé y pedí para bailar el vals inglés, el que bailaba mejor, a una muchacha llamada Erika, a quien casi nadie sacaba porque era muy alta y tenía unas piernas larguísimas y el cuerpo corto, pero bailaba muy bien, y ésta era mi pareja preferida prácticamente todo el tiempo de mi estancia en Graz. Me agradecía mucho que la sacaba y poco a poco nos hicimos verdaderos artistas para bailar. Era muy inteligente y gozaba bailando. Tenía sus familiares en Estados Unidos, para donde seguro emigró posteriormente.

El resto del tiempo aprovechaba únicamente para estudiar, para terminar lo más pronto posible, todos los días hasta las tres de la madrugada. Entre los primeros exámenes

me tocaba la Patología, que era el examen más difícil, y se decía, si uno lo pasaba, ya se podía imaginar que se graduó de médico.

Esta región de Austria es conocida por su fruticultura. Desde el mes de mayo, cuando aparecían en el mercado las primeras cerezas, hasta el mes de octubre cuando todavía se podían conseguir en algunos árboles las últimas manzanas o peras, se gozaba al comer las frutas frescas de todas las clases y sabores. Estos meses fueron muy ricos para nosotros. Nos metíamos por la noche a todos los jardines vecinos y también más lejanos y llenábamos nuestras mochilas con toda clase de frutas para gozar de ellas durante una semana. Así hacíamos cada semana y cada uno escogió a su día para no caerle todos juntos en la misma noche a estos jardines. Estas frutas nos daban mucha energía para estudiar hasta la madrugada. Uno estaba estudiando y a cada tantas páginas le tocaba comer unas pocas uvas o un mordizco fuerte a una manzana, pera, una ciruela, un apricot, un durazno o algunas cerezas, según lo que teníamos en nuestro depósito o según lo que conseguimos en nuestra cosecha nocturna, ya que el cerebro no conoce otro alimento que la glucosa y el oxígeno, y esto nos ayudaba muchísimo para captar y memorizar mejor de lo que leíamos.

En la mitad del año 1946 apareció en nuestro campamento un muchacho muy extraño. Decía que lo expulsaron los comunistas del país por tener un apellido alemán, Schleimer, aunque ni siquiera sabía hablar bien en

este idioma. Decía que estudiaba en la universidad de Ljubljana la ingeniería. De verdad, donde iba, pintaba un avión a chorro y decía que él inventó unas turbinas mucho mejores de las que usaban hasta entonces. Todos lo teníamos por medio chiflado y nos burlábamos de él. Lo destinaron para nuestro cuarto. Una vez fue conmigo a buscar las frutas por los jardines vecinos y le dio sueño. Se amarró con su correa a una rama y se durmió en el árbol. En la mañana vinieron los bomberos, ya que la gente pensaba que se ahorcó. Esto provocó mucha risa en el campamento. A nosotros nos traía siempre el café de mañanita. Para todo demostraba tanta humildad y sencillez, así que pensábamos que era un santo como San Francisco. Para probar hasta donde llega esta humildad uno de nosotros tuvo una idea muy fea. Durante la noche hacía su necesidad y defecaba en uno de sus zapatos y de veras este "santo" no decía nada. Limpiaba su zapato y se lo ponía sin decir nada. Esto era el colmo, entonces el que le hacía esto le mordía la conciencia y le pidió perdón y le dijo que puede estar seguro que jamás le va volver hacer eso. El muchacho le preguntó si de veras no le va hacer esto nunca más y cuando éste se lo juró, le dijo con toda la tranquilidad, que entonces él tampoco no se va más orinar en nuestro café que nos traía de mañanita. Hay que ver la cara de todos nosotros al oír esto, ya que tomábamos en nuestro café todo este tiempo la orina de este muchacho.

Posteriormente, cuando ya estuve en Venezuela, me escribieron que este muchacho no era tan inocente como lo creíamos entonces, sino que fue enviado por los comunistas de

Ljubljana, para espiarnos e informarles de todo lo que acontecía en el campamento, o sea que era un espía comunista.

Cuando en el septiembre del año 1946 terminé los 10 semestres y me dieron el certificado del Absolutorium, y con esto derecho de poder empezar presentar a mis exámenes. Presenté primero la farmacología y la pasé muy bien. Acto seguido me metí a presentar la patología. Iba con mucho miedo, ya que éste era el examen clave. Estuvimos tres que lo presentábamos juntos, dos austríacos y yo, y siempre cuando uno de ellos no sabía contestar correctamente la pregunta, me tocaba contestarla en su lugar. Así que al final les dijo el profesor, Dr Theodor Korschegg, quien era en aquel año también el decano de la facultad, que les podía dar pena, ya que ellos tenían de todo para poder estudiar mejor, y que un refugiado, quien seguro pasaba por todas las clases de necesidades para subsistir en el extranjero y para estudiar, sabía contestar todo lo que ellos no lo sabían. Así que me dio la mejor nota posible, que era la excelente. En Austria no había sino tres calificaciones: excelente, suficiente e insuficiente. Así que, gracias a Dios, pasé a este examen mucho mejor de lo que soñaba. Así, seguí estudiando metódicamente, y ya sabían los colegas que cuando me afeitaba, iba a un nuevo examen. La única diversión que tenía, era bailando en los sábados en la noche con Erika, ya que si no la sacaba yo, no la sacaba nadie, debido a sus larguísimas piernas.

Hasta el mes de diciembre ya saqué los seis exámenes

del segundo Rigorosum y me faltaban todavía los cinco exámenes del tercer, o sea, el último Rigorosum para graduarme. Tuve suerte que tenía la universidad de Graz un contrato con la universidad de Ljubljana y me reconocieron todos los exámenes, ya que algunos, quienes estudiaban durante la guerra en la universidad de Zagreb, capital de Croacia, que habían presentado en Zagreb casi todos los exámenes, no les reconocieron ninguno y tenían que empezar estudiar la medicina desde un principio. Lo mismo les pasó a algunos que estudiaban durante la guerra en Italia.

Ya que no hacía otra cosa que estudiar y estudiar día y noche, excepto cuando iba presentar algún examen o tenía que ir a la práctica en el hospital clínico, como por ejemplo para aprender a usar el forceps y para otras cosas parecidas. Estos cursos los estaban dando los bedeles o asistentes de los profesores y uno tenía que pagarles para que nos revelaran los trucos de cada profesor y sus puntos vulnerables.

También me recuerdo que para presentar el examen de psiquiatría tenía a mi disposición sólo tres días para prepararme, para hacerlo antes de las vacaciones de la Navidad y del Año nuevo. Ya que leí el libro anteriormente, lo leí de nuevo a toda prisa y unos apuntes. Me arriesgué y fui a presentar el examen y lo pasé con facilidad. Ya que estudiaba y memorizaba tanto, desarrollé una memoria tan excelente, que no solamente aprendí lo que leí una sola vez, sino que sabía en qué página estaba escrito. Aunque después de una semana se me olvidaba casi todo lo que memorizé, seguro

para dar el campo en mi cerebro para memorizar otras cosas.

El único tropiezo lo tuve en el examen de medicina interna, cuando me preguntó el profesor cómo se hacía la prueba de Takata-Ara, que se usaba entonces para demostrar la insuficiencia hepática, y me aplazó por un mes. Pero al mes me preparé mejor y lo pasé y de esta manera podía seguir adelante.



Después de mi graduación como médico, delante de las puertas de la Universidad en Graz

Así que el día 14 de mayo del año 1947 tuvo lugar mi graduación, en la cual estaban presentes la Sra. Yabur, la jefe del campamento, y muchos amigos, ya que era el primero de todos en el campamento, al menos entre los eslovenos, que tuve este privilegio de graduarme. Por fin pude descansar. El

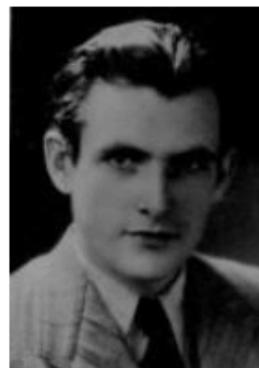
dinero que me quedaba en el banco lo envié a mi tía Annie, quien pasaba dificultades en Viena, que estaba en aquel tiempo ocupada por la Unión Soviética. Yo me despedí de todos, también de Erika, y me fui en ferrocarril a Spittal ober Drau, Carintia, donde tenían nuestros refugiados su campamento y también su hospital. Allí me recibió Dr. Valentin Meršol, quien dirigía este hospital, y me empleó en él, claro que sin ningún sueldo. Pero al menos tenía mi cuarto y la comida asegurados. Así que tenía asegurada mi existencia hasta que se me presentara alguna oportunidad para emigrar a algún otro país, si posible, al otro lado del océano.

MI PARTIDA PARA VENEZUELA

En el mes de julio se presentó la primera oportunidad y la aproveché. Vino una delegación venezolana, que estaba buscando entre los refugiados a los que estarían dispuestos a emigrar a su país. Cuando me vieron a mí, vestido en un pantalón blanco y un saco de color azul claro, se rieron y quizás dijeron, según pude entender, que estaba ya vestido para vivir en el trópico. Yo estaba deseoso de salir cuanto antes de Europa para establecerme en algún país y empezar a vivir una vida normal. Podía esperar un poco más para ir a Estados Unidos, pero debía ir a Corea, claro, como médico, pero yo odiaba la guerra. Podía ir a Canadá, pero debía trabajar un año en los bosques y apenas después estar libre. Podía ir a Brasil, a Argentina, a Australia. Todo el mundo estaba a mi

disposición, pero escogí a Venezuela aunque de este país no conocía nada a parte del nombre y por las estampillas que estaba coleccionando antes de la guerra. Tampoco sabía hablar el español, pero hablaba perfectamente el italiano, un idioma latino muy parecido.

La mayoría de los eslovenos escogió para ser su nueva patria a Argentina, donde les consiguió el permiso para inmigrar, el sacerdote católico monseñor Janez Hladnik, directamente con el nuevo mandatario el coronel Perón.



Al llegar a Venezuela en el mes de agosto de 1947

Los que nos apuntamos para ir a Venezuela era un grupo de 34 personas entre quienes se encontraban dos familias muy numerosas, de Ilija (Iliya) y de žibert (Zhibert). Me eligieron a mí, que los representara cuando se presentara algún problema.

Nos embarcamos a un tren en los vagones que servían para transportar el ganado y nos llevaron a través de Austria y Alemania hasta el puerto de Bremenhaven. Allí nos quedamos en un campamento para el último examen médico y para esperar mientras llegara el barco para llevarnos a Venezuela. Mientras estábamos esperando el barco en el campamento, me pidieron por medio de un esloveno, que residía ya un cierto tiempo en Diepholz (Dipjoltz) una ciudad cercana y también jugaba el fútbol conmigo en el club Ljubljana, que mientras estuviera allí, jugara en el club de esta ciudad, especialmente el domingo siguiente, ya que iban a jugar un partido muy importante para ellos con su rival más empedernido. Jugamos y empatamos con un resultado pocas veces visto en el fútbol de seis contra seis y me tocó a mí de meter un gol espectacular de cabeza.

Todo el tiempo libre estudiaba el español ayudado por un Vocabulario español y alemán. Por fin llegó el barco, de los que usaban para transportar las tropas durante la segunda guerra mundial con el nombre de "General Sturgis". Muchos de nosotros viajamos en un barco por primera vez. En el golfo de Vizcaya, donde el mar estaba muy agitado, teníamos casi todos el estómago revuelto y no podíamos comer casi nada de la comida excelente que nos servían. Todo el tiempo acostados y sin movernos. Pero esta situación mejoró después de que salimos al mar abierto, donde había mucho menos olas y entonces pudimos gozar del mar y de la excelente comida, a la cual ya nos desacostumbramos, ya que la última vez que la comíamos bien, era antes de empezar la guerra. A los 12 días

llegamos a La Guaira, que era en aquel momento prácticamente una aldea. Viendo en el aire una manada de pájaros negros grandes, que posteriormente supe que se llamaban zamuros, y unos muchachitos negritos que se zumbaban al mar buscando en su fondo a cualquier cosa que uno les tiraba, lloré pensando a dónde caí. Esperaba llegar a un país próspero y me imaginaba, si tienen a un puerto así, que es siempre una ventana por la cual se mira al país, ¿cómo será su interior? Por la carretera vieja nos llevaron en autobuses a Caracas, la capital de Venezuela. Caracas era entonces una ciudad relativamente pequeña de unos 300.000 habitantes. Casitas pequeñas, casi todas cubiertas con los techos de tejas de arcilla, muy distintas como las acostumbrábamos a ver en Europa. Lo único moderno era el Silencio y la Plaza O'Leary. Pero rápidamente cambiamos nuestra opinión, cuando vimos sus vitrinas llenas de bondades que desde hace años no veíamos. Esto me consoló un poco de lo que vi en La Guaira.

Una noche nos despertó un grito. Era de un inmigrante que dormía en el mismo cuarto, donde dormíamos cuatro personas, y era cuando abrió el cajón de la mesita de noche, vio a unos animalitos raros y tuvo miedo que lo picaran, ya que en Europa no conocíamos este tipo de cucarachas tan grandes.

En la oficina donde nos registramos al llegar a Caracas, nos dieron a cada uno 30 bolívares o sea 10 dólares entonces. El funcionario que los repartía empezó de pronto a repartir a

cada uno sólo 20 bolívares y los otros 10 se los guardaba ante los ojos de cada quien en su cajón. Uno de mis compañeros me avisó lo que estaba pasando y entonces fui a la dirección para acusar esta irregularidad. También les expliqué, como pude en mi español incipiente y les dije que fueran primero a escondidas a observarlo para sorprenderlo in flagranti. Claro que lo quitaron enseguida de su puesto y avisaron a todos los que recibieron sólo 20 bolívares, que vayan a cobrar los 10 restantes que les faltaban para completarles la ayuda que les dio el U.N.R.A, para cubrir sus primeras necesidades. El gobierno venezolano nos pagaba el alojamiento y la comida que nos daban en las mismas pensiones.

El dinero que nos dieron lo gastaba más que nada todas las noches para ir al cine. Una vez que pasaba por una esquina donde vendían las frutas, vi en el estante unas peras grandes y parecían tan sabrosas. Aunque eran relativamente caras, ya que costaba cada una tres reales, compré una, pero al morderla escupí enseguida, porque lo que tenía en la boca no tenía nada parecido al sabor de una pera, sino algo completamente distinto. Era un aguacate que nosotros en Europa, o al menos yo, no había visto jamás y mucho menos comido, y ni soñaba que existían en el mundo. Claro que todos los que vieron mi cara de desencanto se rieron a carcajadas.

Íbamos a Petare, por una carretera de tierra. Petare era una pequeña aldea en una colina a unos 15 kilómetros de Caracas con su iglesia bastante bonita. En todo el trayecto veíamos las haciendas de café, de naranjales y de otras frutas.

Como me apetecía comerme una naranja aunque fuera verde, ya que tenía años de no comerlas.

El empleo lo conseguí casi enseguida y este en mi profesión, aunque ingresé a Venezuela diciendo a la comisión que me aceptó para emigrar, que soy un obrero de construcción. Gracias a un sacerdote salesiano de apellido Trampuž (Trampuzh), un esloveno, que estaba viviendo en Venezuela ya hacía 17 años, y trabajaba como profesor en el colegio salesiano en Caracas. Él me llevó al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS), a la Unidad de Sanidad Rural, donde era el jefe su exalumno Dr. Ceferino Alegría. Quien me puso a mi disposición más de 200 medicaturas rurales diseminadas por todo el país, para las cuales no conseguían médicos venezolanos. El sacerdote me aconsejó que escogiera el estado Mérida, por tener el clima más parecido al europeo.

Me mostraron un mapa de Venezuela grande, que estaba colgado en la pared del despacho y escogí el pueblo de Aricagua, que aparecía en el mapa más cercano a la ciudad de Mérida, sin darme cuenta que escogí lo peor de lo que podía escoger, porque el mapa en el Ministerio era respecto a las distancias completamente incorrecto.

Me dieron el pasaje de avión para la ciudad de Mérida, ya que las carreteras estaban entonces todas de tierra y en muy mal estado, así que casi todo el tráfico se hacía por el aire. Para irme al aeropuerto en Maiquetía necesitaba cinco

bolívares para pagar el pasaje en autobús, pero yo no tenía sino un solo bolívar, ya que el resto de los 30 bolívares, que nos dieron al llegar a Venezuela los había gastado en ir a los cines y en comprar un librito con el resumen de las enfermedades tropicales más importantes. De todos modos me monté en un autobús y al bajarme en Maiquetía le di al conductor el único bolívar que me quedaba. El conductor se molestó mucho, pero no le quedaba otro remedio que contentarse con lo que le di.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Mérida tampoco tenía para pagar el autobús para trasladarme a la ciudad, así que hice el camino con las dos maletas que llevaba, a pie hasta llegar a la Unidad Sanitaria, donde mostré mis credenciales que me dieron en el Ministerio en Caracas. De suerte el aeropuerto de la ciudad de Mérida estaba situado prácticamente en la misma ciudad y la distancia que tuve que ir a pie era relativamente corta, unas 10 cuadras. En la Unidad Sanitaria me informaron, que Aricagua no tenía la carretera y que uno se puede trasladar para llegar allá sólo a pie o a lomo de una mula, ya que el camino era demasiado peligroso para un caballo.

Se necesitaban dos días a lomo de mula para llegar a Aricagua, pasando primero por la parte baja de la Sierra Nevada a una altura de más 2.000 metros sobre el nivel del mar, bajar luego para pasar el río de Nuestra Señora, que desemboca en Las González al río Chama y subir luego a la Gran Cordillera pasándola a una altura de casi 4.000 metros

sobre el nivel del mar y después bajar y bajar hasta llegar al río Aricagua.

Me trasladaron a un hotel de la ciudad de Ejido a unos 12 kilómetros de la ciudad de Mérida, para allí esperar a la enfermera y a la gente que venía de Aricagua, que me iba ayudar en mi traslado a esta medicatura. Cada mañana iba asistiendo al Dr. Quintero en la Medicatura en Ejido para enterrarme como hay que trabajar y aprendiendo el modo de cómo tratar a la gente. Por la tarde era libre. En la pensión donde me hospedaba me hice muy amigo de un comerciante ambulante y lo acompañaba mientras él hacía sus negocios. Me pagaron una quincena de mi sueldo, así que tenía el dinero para renovar un poco mi ropa y mis zapatos. Enseguida me compré dos camisas de marca Arrow, que me costaron cada una 20 bolívares y unos zapatos para caminar en las montañas. También fui a un sastre para que me hiciera un vestido nuevo y me tomó las medidas. Me recuerdo que su apellido era Avendaño y tenía su sastrería en una esquina de la plaza Bolívar frente a la catedral de Mérida. Se lo pagué por adelantado y le dije que lo vendría a buscar en la primera ocasión cuando venga a Mérida, ya que me voy como médico a Aricagua. Mi sueldo mensual era de 2.200 bolívares, lo que representaba unos 700 dólares en aquel tiempo.

ARICAGUA, ESTADO MÉRIDA, MI PRIMER PUESTO DE TRABAJO EN VENEZUELA

Cuando llegó la enfermera conseguimos una mula fletada por la cual me cobraban 80 bolívares, lo que era exagerado como me pude informar posteriormente, ya que normalmente cobraban para el viaje de ida y vuelta sólo la mitad de esta suma. Al peón lo trajo la enfermera desde Aricagua y ganaba dos bolívares al día, pagándole la comida. Yo montaba por primera vez en mi vida a una mula, pero me dijeron que la mula era muchísimo más segura para transitar por los cerros con los barrancos y los precipicios muy peligrosos donde nos iba a tocar de pasar. El primer día pasamos por la parte baja de la Sierra Nevada a una altura de unos 2.000 metros sobre el nivel del mar, pasamos por encima del pueblo de El Morro, que en aquel momento tampoco tenía médico. Si yo lo hubiese sabido antes hubiera solicitado para que me quede de médico más bien en El Morro y no en la lejana Aricagua. Bajamos al río de Nuestra Señora, luego subimos por la Loma del Toro y llegamos a un punto llamado Mucubají (Lugar del frío en el idioma indígena) y allí pasamos la noche. De suerte llevaba conmigo el abrigo que usaba en Europa durante el invierno, que me lo mandaron junto con mis documentos de Ljubljana cuando visité a la tía de mi esposa en Trieste. Este abrigo me salvó al menos un poco del frío durante esa noche. Quién se podría imaginar que en el trópico también hacía frío, dependiendo de la altura del territorio.

Al día siguiente madrugamos y subimos a la Gran

Cordillera por un camino muy pendiente y rocoso, pero mi mula se portaba muy bien y me llevaba con una facilidad asombrosa. Su dueño era un vecino de la aldea de Mocosós, que se encontraba al frente de la Loma de los Ruices, donde se encontraba Mucubají, en el municipio de El Morro. De esta aldea me contaron un chiste, que cuando un obispo pasaba por el mismo camino como nosotros en este momento, cuando iba camino de Aricagua, para repartir allá a sus habitantes el sacramento de la confirmación, le preguntó a uno de sus acompañantes que cómo se llamaba la loma en frente, entonces éste le daba pena de decirlo, entonces le dijo que se llamaba Mocososoy yo.

El dueño de la mula se llamaba Pompilio Rivas, en aquel tiempo todavía soltero, pero cuando estuve posteriormente de médico en El Morro, él se casó. Yo asistí al primer parto de su esposa Genoveva en su domicilio en la aldea de Mocosós, ellos me llamaron porque no podía parir y tuve que sacar al niño con el forceps y le pusimos el nombre de Tadeo, como también a todos los niños que nacieron con mi ayuda, en honor de San Judas Tadeo, mi protector y amigo que tengo en los cielos.

Tuvimos que subir a una altura de 4.000 metros pasando un frío tremendo. De suerte no nos llovió, aunque nos acompañaba una intensa neblina. Después de pasar la cúspide bajamos por un camino pedregoso y poco a poco iban apareciendo los primeros arbustos pequeños, luego mas grandes y frondosos y al fin caímos en una selva tropical y

llegamos a un lugar llamado La India, donde conseguimos las primeras casas habitadas y donde nos paramos unos instantes para tomarnos un cafecito caliente. Desde allí nos faltaban todavía unas cuatro horas de camino hasta llegar al pueblo de Aricagua. Continuamos hasta bajar al río Aricagua y allí nos encontramos con cuatro jinetes, quienes venían del pueblo para saludarnos y acompañarnos hasta el pueblo. Entre ellos estaba don Melecio Rojas, el principal comerciante y el hombre más rico del pueblo, quien se hizo posteriormente muy amigo mío. Era un hombre joven y muy inteligente, que se mudó posteriormente, como también casi todas las familias más acomodadas del pueblo a la ciudad de Mérida, donde organizó un supermercado frente al mercado principal de Mérida, que estaba situado en aquellos tiempos a una cuadra de la plaza Bolívar en todo el centro de la ciudad. Ellos nos ofrecieron un brindis y así llegamos por la vega del río al pueblo de Aricagua.

El pueblo de Aricagua estaba situado en una meseta con ligero declive hacia el río, que corría unos 50 metros más abajo. Casi todas las casas más importantes estaban situadas en la plaza Bolívar, pero sin su monumento. Alrededor de la plaza estaban sembrados unos pinos, del resto estaba pelada, sin grama, pura tierra. La plaza tenía 4 entradas, una por la cual se entraba cuando uno venía por el camino de Ejido, otra del mismo lado que llevaba al río que se podía pasar por un puentecito hecho de unos palos de madera, con el grosor de unos diez centímetros, puestos sobre las guayas, que se meneaban mucho al pasarlo; otra era la salida a una calle donde se encontraba la prefectura y en la esquina de esta

salida estaba también situada la iglesia que tenía su entrada principal desde la plaza y estaba consagrada a la Santa Cruz. La otra salida de arriba de la plaza, era la salida para ir a la aldea de Campo Elías y a los llanos y era transitable sólo en el verano.

La Medicatura estaba en la esquina de la plaza donde estaba la salida al río. Un poco más arriba de la plaza principal estaba otra meseta inclinada un poco más hacia el río que la plaza principal. Allí se encontraba el cementerio del pueblo y también unas casitas de la gente más humilde. En total tenía el pueblo unos 200 habitantes, la mayor parte de ellos comerciantes o empleados públicos. Compraban el café a los pequeños productores, ya que tenían las mulas para transportarlo, hasta la ciudad de Ejido y de allí traían toda clase de mercancías y de esta manera hacían el doble negocio. Compraban barato el café a los campesinos, que no tenían cómo trasladarlo hasta la carretera más cercana que estaba en Ejido y les vendían la mercancía que estos necesitaban para su hogar, la ropa y otras cosas a un precio muy superior por el que la compraban en Ejido o en Mérida. De esta manera se hacían pronto ricos y cuando tenían suficiente dinero se trasladaban a vivir afuera, para allí continuar la misma profesión de comerciantes. Así que la gente más capaz de estos pueblos se mudaba a los lugares donde podían vivir con más comodidad y tener también la asistencia médica mejor en el caso de enfermarse y para poder educar a sus hijos.

Antes de llegar a Aricagua estaba allí durante unos tres

años un médico, quien era gomecista o sea el partidario del Dictador José Vicente Gómez y se refugió, después de su muerte, a Aricagua con su negrita. Él vivía con ella encerrado en su casa y prácticamente no atendía a nadie, aunque cobraba su sueldo. Un día desapareció del pueblo y no lo volvieron a ver nunca más. Éste era el único médico que conocían en Aricagua en toda su historia.

Entonces no era nada raro, que nadie me quiso recibir en su casa, pensando que todos los médicos eran como él. Ya que no pude conseguir un cuarto donde dormir, me arreglaron en la casa de mi enfermera un catre en el corredor de la misma, porque no tenían un cuarto disponible donde alojarme. Y allí estuve durmiendo unas noches, hasta que un joven, casado con una hija de don Lorenzo Torres, de nombre Timoteo, me ofreció un cuarto en la calle principal del pueblo. La esposa de don Lorenzo era dueña de la única panadería del pueblo, donde vendía lo único que sabía hacer, el pan andino, por cierto muy sabroso.

La medicatura era una casa del pueblo situada en la parte baja de la Plaza Bolívar, que no era llana sino que tenía una ligera pendiente hacia el río. En la misma plaza se encontraba la iglesia de pueblo, consagrada a la Santa Cruz. El sacerdote que la atendía tenía su residencia en el pueblo de El Morro, de donde hacía sus visitas periódicas a Aricagua y también a Acequias y a San Pedro de Acequias. El pueblo de Aricagua le gustaba mucho, ya que la gente tenía dinero, por ser Aricagua un importante productor del café.

Por el mismo motivo la visitaba frecuentemente un odontólogo y le sobraba el trabajo. Iba atendiendo en aquel entonces a todos los pueblos del sur de Mérida: Mucutuy, Mucuchachí, Canaguá, Guaraque, etc. Ante todo ponía las prótesis, ya que la gente, especialmente las mujeres querían lucirse con prótesis o como las llamaban, las planchas, y cuanto diente de oro traían mejor. Algunas se extraían hasta los dientes sanos, para tener sus planchas. Una plancha costaba entonces 120 bolívares para arriba según el número de los dientes de oro que traía. El odontólogo en un viaje sacaba los dientes y sacaba la medida de las planchas y en el siguiente viaje se las traía y se las implantaba.

La casa de la medicatura constaba de dos espacios, uno donde estaba instalado el despacho médico, y el otro, separado del anterior por una pared de bahareque, que no llegaba hasta el techo y tenía una puerta de salida por detrás, para poder ir al "baño", que no era otra cosa que una falda que caía hacia el río y sembrada de matas de café y de cambures, donde hacía uno sus necesidades. Claro que tenía uno que poner mucho cuidado para que no le mordiera una culebra que pululaban entre las matas, especialmente las mapanares y las cazadoras.

La medicatura estaba prácticamente desabastecida de los medicamentos. Tampoco había alguna farmacia o algo parecido en el pueblo. Así repartía entre la gente unos pocos medicamentos que traía desde Europa en mis maletas. De suerte acudía muy poca gente a la medicatura. Ellos tenían

sus yerbateros, en quienes tenían mucha más confianza y fe que en un médico, ya que el médico anterior casi no salía de su casa y no asistía a la medicatura.

Me recuerdo bien del primer paciente que entró a la Medicatura. Era un muchacho, quien me puso un frasquito con un líquido amarillento sobre la mesa, que me servía como mi escritorio, pero el muchacho, después del saludo no dijo nada más. Le pregunté que sentía, pero él seguía como mudo. Le pregunté a la enfermera si el muchacho era un sordomudo. Ella me contestó que el muchacho traía la orina de su papá, quien estaba enfermo, que la medicina de los yerbateros no lo curaba. Así que me trajo su orina a mí para que la viera y después le enviara las medicinas que se necesitaban para curar a su papá. Yo le dije que tiene primero que decirme lo que sentía su papá, cuanto tiempo estaba enfermo, entre otras cosas. La pobre gente no tenía idea de la medicina moderna. Ellos estaban acostumbrados a sus yerbateros, que a veces tenían un cierto carisma de curar por la fe que infundían a sus enfermos y los curaban con cualquier cosa que le mandaban, pero en la mayoría de los casos les dictaban unos escritos larguísimos, muy difíciles de cumplir, por enredados que eran. Y este muchacho quien era mi primer paciente me contestó que de esta manera podía ser médico también él, si se le explicaba lo que sentía el enfermo. Es que esta gente inocente vivía en su mayoría completamente apartada de la civilización y muchos, cuando pasaba un avión, caían de rodillas y se golpeaban el pecho, pidiendo la misericordia a Dios, porque pensaban que estaba pasando un diablo.

Así pasaban días sin ver a casi ningún paciente y esto de suerte, ya que no les podía ofrecer sino una receta, que tendrían que llevar a Ejido o a Mérida, para poder comprar allí las medicinas. Sólo algunos comerciantes del pueblo o sus familiares, que conocían algo más del mundo, eran los que acudían a mí cuando se enfermaban, porque tenían el modo de traer las medicinas necesarias de afuera.

Al mes me trasladé a Mérida para cobrar mi sueldo y para recoger mi vestido nuevo. Fui a la Unidad Sanitaria y les describí la situación en la cual me encontraba en la selva sin medicinas. También para ver de que manera me podían enviar al menos a las más necesarias, ya que sin medicinas no tenía sentido de mantener un médico, como por ejemplo a un soldado en el frente de batalla sin armas. Ellos me facilitaron una carga de medicinas más indispensables, que yo escogí personalmente en la Proveduría del Estado. Les expliqué que en el caso de una emergencia se necesitaba por lo menos tres días para traer los medicamentos necesarios de Ejido o de Mérida. Que en Aricagua hay además de algunos hacendados y productores de café muy ricos, también la gran mayoría de gente pobre que estaba trabajando en estas haciendas ganando sólo 2 bolívars diarios. Les expliqué que más que nada necesito suficiente cantidad de antibióticos, anti-diarréicos, especialmente para la disentería ambiana y reconstituyentes. Con este tesoro regresé a Aricagua. Dejé a mi mula en Ejido en una posada de don Román Montes, donde pasaba las noches también yo. Pagué también la mula que transportó este tesoro de las medicinas hasta Aricagua de mi

propio peculio.

Aricagua era como el otro mundo, y uno tenía la impresión como si viviera en otro planeta. La única comunicación que teníamos con el exterior era el correo, que pasaba cada ocho días recogiendo y trayendo la correspondencia. Nadie en el pueblo tenía radio, ya que no había luz eléctrica y las radios de pilas tenían que ser para entonces muy escasas o no las conocían, ya que posteriormente cuando estuve en El Morro muchos poseíamos las radios, pudiendo escuchar las noticias y las novelas como El Tamacúm, el vengador errante, y escuchamos cada lunes al Bartolo y su maestro con Amador Bendayán. A las cartas no hubo necesidad de pegar las estampillas, ya que el correo era gratis. Yo por pena ponía a mis cartas al extranjero las estampillas, ya que no me podía imaginar a una carta sin estampillas.

Podía comunicarme con mi familia en Eslovenia, donde pasaban por muchas necesidades. Donde llega el comunismo, después de la repartición inicial se acaba todo, ya que después de repartirlo todo, llega la escasez, porque nadie produce nada, ni tiene interés para hacerlo y como por arte de magia empiezan a sufrir hasta el hambre. Y es justamente esta hambre que los obliga a trabajar, pero sólo para tener que comer ellos y su familia. Después se necesitan varios años para abastecer a la población al menos con los alimentos más necesarios, muchas veces con la ayuda del exterior por medio de los emigrantes que huyeron del comunismo. Ya que nadie

es tan estúpido para trabajar, si esto no le trae alguna ganancia.

Primero no sabía cómo ayudarles. Pero pronto recibí por medio de un periódico en esloveno, denominada Ameriška Domovina (Patria americana), que me llegaba de Los Estados Unidos, de Cleveland, Ohio, la dirección de un sacerdote de nombre Franc Gabrovšek, quien era tan bueno, al enviarme los dólares, envió los primeros paquetes con comida para mis familiares en Eslovenia.

Al papá de Mihela, mi esposa, le envié hasta unos tabacos cubanos, ya que le gustaba mucho tener un cigarro en la boca y no se conseguían en Eslovenia, aunque antes de la guerra exportábamos el tabaco. También me envió monseñor Gabrovšek las direcciones de varias firmas que se ocupaban exclusivamente de este negocio para abastecer a estas familias, con lo que se les encargaba y pagaba. Especialmente me fue muy útil una compañía llamada Citrus, que tenía a sus sucursales en Trieste y en Genova. Por esta compañía podía abastecer a mi familia en aquellos momentos críticos con los alimentos más indispensables. De esta manera pude salvarlos de no sufrir el hambre. También les enviaba las telas y la ropa que tampoco se conseguían en Eslovenia. Especialmente me pedían que les enviara muchas medias de nylon para las mujeres, que ellos las vendían a las mujeres de los dirigentes comunistas, que se peleaban por ellas, ya que eran un tesoro en Eslovenia. Estas medias les enviaba yo mismo por correo aéreo de Mérida, donde me costaba cada par 5 bolívares. Al fin

me escribió mi esposa Mihela, que no le enviara más los alimentos, sino sólo las medias, ya que con ellas se abastecía de todas sus necesidades. Ella se graduó mientras tanto de médico, mientras que mi familia, especialmente mi mamá, sí me pedía que continuara enviándoles los alimentos, parte de los cuales necesitaba, para enviarlos a mi hermana Ela, a quien condenaron los comunistas a tres años de trabajos forzados, por conseguirla en la frontera con una carta de una amiga suya, quien le escribió a su novio, que al parecer se refugió y vivía en Austria y no tenía ya hace tiempo ninguna noticia de él, porque en Austria consiguió a otra novia, como lo supe posteriormente. Por esta carta, que no tenía otra cosa escrita que el amor de una muchacha para su novio infiel, a mi hermana, que quería ayudar a su amiga a pasar la carta a través de la frontera, ya que en aquel momento todavía no funcionaba el correo internacional entre Eslovenia y el exterior, la metieron presa. Posteriormente cuando estaba yo estudiando en Graz ya funcionaba perfectamente el correo internacional. Yo recibía todas las cartas a nombre de Ana Tiger (mi seudónimo) a la dirección de la Universidad de Graz, ya que hubo sin dudas la censura de la correspondencia internacional.

Por medio del correo me pude comunicar con algunos laboratorios, especialmente con Bayer, para que me enviaran por cajas de 100 frascos la Penicilina que se usaba para los animales, ya que era 10 veces más barata que la penicilina para seres humanos y otras medicinas más usadas en la práctica médica diaria. Hablé con Melecio Rojas, el hombre

más importante y también más rico del pueblo, quien tenía entre otros sus bienes, también la principal tienda en el pueblo, la que atendía su socio Pedro Andrade. El comerciante podía venderlas sólo a los que tenían mi receta y de esta manera evitar la corrupción. A los más pobres se las regalaban y esta pérdida la cubrían con venderlas un poco más caras a los que tenían el modo de pagarlas, ya que ellos conocían perfectamente el estado económico de la gente. De esta manera pude resolver el problema de las medicinas, ya que enviadas por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social no alcanzaban ni mucho menos para todos.

En la Medicatura teníamos también un fondo y la enfermera cobraba la consulta a los que conocía, que tenían el modo de pagarlas y la cuota era entre uno y cinco bolívares según el caso. Este dinero iba a un fondo, con que se pagaban las medicinas a los más pobres y a los que no tenían medios como pagarlas, cuando no las teníamos en la medicatura. Algunos se quejaban y no querían pagar, ya que no sabían que yo tenía el derecho de cobrar mi consulta a los que podían pagarla y asistir gratis sólo a los más pobres, que acudían a la medicatura.

Me recuerdo bien de un hombre, don Macario, que vivía en la meseta un poco más arriba de plaza principal del pueblo, que no quería pagar dos bolívares, cada vez que se le ponía una ampolla de Mafarside intravenosa, que se usaba en aquel entonces para el tratamiento de la sífilis, porque todavía no se descubrió la eficacia de la penicilina para curarse de esta

terrible enfermedad. El decía que el gobierno enviaba las medicinas gratis y le expliqué que no estaba pagando la medicina sino el trabajo nuestro para aplicarla y que este dinero no era para nosotros sino por los más pobres del municipio. Pero el no quiso pagar y entonces se le entregaron las ampollas de Mafarside que necesitaba y se las ponía una maestra muy amiga de él. Estas ampollas se aplicaban por vía intravenosa y dolían muchísimo si se extravasaban. Un día me llaman a que vaya ver con urgencia a don Macario, porque sentía un dolor intenso en el sitio donde le pusieron la inyección, ya que la maestra, que le ponía las ampollas, se descuidó un poco y unas gotas de Mafarside no entraron a la vena, sino se desparramaron fuera de la misma. Yo le mandé a decir que con mucho gusto lo voy a ver si me pagaba 20 bolívares. El mensajero volvió enseguida diciendo que me pagaba lo que sea sólo que lo fuera a ver enseguida, ya que se estaba muriendo del dolor. Cuando lo fui a ver, tenía el pliegue del codo todo morado e hinchado. Como en Aricagua no había hielo, le recomendé que se aplicara el alcohol, soplándolo o acelerando su evaporización con un abanico y al evaporarse el alcohol ponerlo de nuevo y haciendo lo mismo hasta que el dolor no le vuelva más. Con este procedimiento se le enfriaría la piel y se le inhibía el proceso inflamatorio. Le puse un analgésico y le recomendé que se siguiera aplicando el alcohol de esta manera y que no se cansara, ya que el procedimiento para ser eficaz necesitaba varias horas. Los 20 bolívares se fueron al fondo para los pobres.

Cuando un paciente traía un frasco con la orina del

enfermo, entrené a mi enfermera para le preguntara todo lo que sentía el enfermo y hasta lo no relacionado con la enfermedad. Mientras tanto yo salía por la puerta principal con la excusa de que ahora regresaba y después entraba por la puerta de atrás al otro cuarto contiguo, separado del primero por un bahareque que no llegaba hasta el techo y allí pude escuchar toda la conversación entre la enfermera y el individuo que traía la orina. Cuando oí suficiente, yo salía por la puerta de atrás y entraba por la puerta principal, saludando al individuo y le decía que podía guardar la orina en el bolsillo, ya que yo la veía perfectamente allí mismo. Le contaba entonces todo lo que él había dicho a la enfermera un poco antes. Al individuo se le paraban los pelos, porque pensaba que yo era un sabelotodo y también conocía sus faltas y pecados. Poco a poco me hicieron tanta propaganda que no me dejaban ni dormir tranquilo.

Cuando me traían la mula para visitar a algún enfermo a domicilio, iba yo muchas veces a pie, ya que en Europa era costumbre caminar y pasearse por las montañas a pie y no montado sobre una mula o caballo. Así que yo iba a pie y el peón montado a caballo atrás de mí llevando mi maletín.

Un día, casi recién llegado a Aricagua me vino a buscar un peón y me trajo la mula para ir a ver a una mujer que estaba sufriendo ya varios días sin poder dar a luz a pesar de todos los esfuerzos de la comadrona. Era del Pueblo Viejo, un caserío situado en una loma que bajaba de la Gran Cordillera, que seguro se llamaba así, porque se establecieron allí los

primeros españoles y que posteriormente se cambiaron para fundar el pueblo en el sitio actual. Yo no tenía nada, ni el forceps, ni los medicamentos y ni siquiera unos guantes estériles para poderle ayudar. De todas maneras fui a verla, para ver qué se podía hacer. Iba a pie y el peón montado en la mula y me llevaba el maletín, donde llevaba el termómetro, el fonendoscopio y los antibióticos.

Cuando llegamos, después de tres horas de camino, a la casa donde se encontraba la mujer, vi que estaba ya varios días sufriendo en las labores del parto y ya no tenía más contracciones y la comadrona del caserío que la atendía ya probó todo lo posible dentro de sus conocimientos para hacerla parir. Vi que el caso era de extrema gravedad y la mujer estaba a punto de fallecer. Yo me lavé bien las manos y por el tacto pude constatar, que el cuello uterino estaba completamente dilatado y que la cabeza del niño estaba encajada en la pelvis y no podía pasar, ya que era evidente que había una desproporción entre el tamaño de la cabeza del niño y la pelvis de la mujer, que era demasiado estrecha y la cabeza del niño no podía pasar. Así que no había otra solución que sacar al niño con el forceps o rajar la barriga de la mujer y sacarlo mediante la cesárea y yo no tenía nada para hacerlo, ya que sólo con las manos esto no era posible.

La volvimos a levantar y sacudir con la ayuda de unos hombres sin ningún éxito. Para llevarla a Mérida era demasiado pesado el viaje y no llegaría viva. Me recuerdo de un caso similar que se me presentó posteriormente en Barinitas en la

maternidad del hospital, donde era yo el director y lo pude resolver fácilmente con el forceps. Claro que tuve que apretar un poco la cabeza al niño y no sé si esto le produjo posteriormente alguna secuela, pero el niño nació vivo. Al rato la examiné de nuevo, pero la cabeza del niño no bajaba de su sitio y la mujer tampoco presentaba ninguna contracción. Yo me despedí, ya que no podía ayudar en nada. y volví solo y a pie al pueblo llevando mi maletín, pero antes le dije a la comadrona que siguieran sacudiéndola a ver si sucede un milagro. Bajé al pueblo como un derrotado y por el camino me parecía como si hubiera perdido una batalla. Los perros que ladraban, cuando pasaba por alguna vivienda eran como acusándome de no poder salvar a la pobre señora. Todo el camino era como, en lugar de subir al Calvario bajando de él. Al día siguiente la trajeron muerta junto con su niño en el vientre para enterrarla en el cementerio de pueblo. Me propuse que en mi próximo viaje a Mérida, lo primero que voy hacer, conseguir un forceps, aunque tuviera que comprarlo yo mismo. En Aricagua no se me presentó ningún caso más como este, pero cuando trabajaba en El Morro, saque a varios niños por medio del forceps y a todos les pusimos el nombre de Tadeo, mi santo de preferencia.

Otro día se presentó un muchacho y me trajo la mula para que vaya a ver a su padre que tenía una fiebre muy alta ya varios días. Pero quizás tenía yo la fiebre más alta que el enfermo, ya que tenía una infección en un dedo del pie derecho y tenía hasta una adenitis en la ingle derecha. Yo me estaba aplicando las inyecciones de penicilina y tomaba en el mismo

tiempo la sulfadiazina. Pero cuando vi al muchacho llorando, que su papá se le va a morir y a pesar que me sentía muy mal me monté a la mula para ir a un caserío llamado El Quemado a una seis horas del pueblo, ya cerca de Los Llanos. Pero en la mitad del camino me sentí tremendamente mal y le di al muchacho las ampollas de penicilina y las sulfas y le indiqué como aplicarlas al enfermo y me regresé solo. Me esperaban tres horas de camino para regresar al pueblo y ya estaba anocheciendo y además empezó a llover a cántaros. Me puse la cobija (el poncho), que uno siempre traía, por si acaso lloviera, para protegerse de la lluvia. Más o menos en la mitad del camino me agarró la noche. En el trópico anochece con extrema rapidez. En media hora ya oscurece por completo. Y todavía me faltaba más de una hora para llegar al pueblo. Sin poder distinguir el camino durante la noche, estaba dando las vueltas y vueltas, siempre llegando a la misma laguna, donde me recibían las ranas que croaban en su concierto nocturno. Al fin me atreví en toda la oscuridad desmontarme de la mula, dejar el camino y zumbarme con la mula llevada a cabestro, hacia abajo para llegar al río. Siguió lloviendo a cántaros. Por fin vi lejos abajo una lucecita suave y me dirigí hacia ella, zumbándome entre los montes y con la pierna enferma.

Era una casita de bahareque, cubierta con el techo de paja, pero que tenía de suerte un corredor cubierto con el mismo techo de paja. Amarré la mula a un tronco del árbol más cercano y toqué a la puerta para que me abrieran. Pero la gente de adentro en lugar de abrírmela, se atrancó más. Les dije que era el doctor del pueblo y que me extravié en el

camino y que por favor me abran. Pero no abrieron, así que tuve que acostarme en el corredor con la cobija toda mojada y sobre la tierra, ya que el corredor no tenía otro piso. Así pasé la noche, claro que sin dormir y arrepentido porque no me fui con el muchacho hasta el caserío de El Quemado, donde seguro no iba pasar la noche como me tocaba ahora.

En la mañana, la gente todavía no se atrevía salir, así que tuve que orientarme yo mismo, donde estoy y el camino que debo a seguir para llegar al pueblo. Me monté sobre la mula como pude, con mucha dificultad, y de suerte poco a poco llegué a la vega donde corría el río y donde al lado de el iba el camino, por el cual llegué por fin al pueblo todo exhausto y quebrantado. Posteriormente supe, que la gente no me quiso abrir la puerta, cuando tocaba, pensando que yo me había muerto y que era mi espíritu, ya que supieron un poco antes que estaba enfermo. Ellos no se podían imaginar nunca que podría ser el doctor de carne y hueso que los llamaba a esta hora en su retiro en una tan noche oscura y lloviendo a cántaros. Mi fiebre cedió en pocos días y también la pierna mejoró con los antibióticos porque yo era entonces joven y muy fuerte.

Otra vez me llamaron para ir a ver a una viejita que vivía en un chocita de paja un poco más arriba del pueblo. Nunca antes había visto a una persona tan inflada. En lugar del abdomen tenía un balón, lleno de gases. Le puse un enema de agua enjabonada y una sonda rectal y le di tres fuertes (15 bolívares) a la señora que la cuidaba para sus necesidades más

urgentes. Pero la viejita al ver eso, hizo un brinco y se los quitó a la señora de un solo zarpazo. Esto le provocó una salida de gases y cantó prácticamente una Gloria por detrás a través de su ano durante más de un cuarto de hora. Así que este brinco le salvó lo más probablemente la vida, porque la destapó y se vació de toda la mierda y de los gases que tenía acumulados desde quién sabe cuantos días.

En la misma mesita sobre el pueblo vivían varias familias más pobres del pueblo, entre las cuales estaba también la familia de don Natalio. Cuando se le casaba una hija o un hijo añadía otro cuarto, así que se componía su vivienda de una fila de cuartos, hechos de bahareque, pero bien frizadas y blanqueadas sus paredes con la cal. Este don Natalio padeció de parálisis infantil cuando niño, que le dejó como secuela la parálisis de sus dos piernas. Pudo caminar con dos bastones en sus manos como tullido y cada paso suyo era de unos pocos centímetros, prácticamente arrastrando sus pies por el suelo. Cuando iba al pueblo de su casa, necesitaba por lo menos una hora, cuando un hombre normal gastaba si acaso unos tres minutos. Por eso me pareció extraño que un día, de mañanita, lo conseguí en la esquina donde estaba la Medicatura, bajando al río con un pico amarrado en sus espaldas y con su bastón en cada mano. Lo saludé y le pregunté dónde iba tan temprano y me contestó que tenía que hacer un trabajo. También llevaba una cobija (poncho) por si acaso lloviera. Después supe que el pobre hombre veía todas las noches en la pendiente al otro lado del río una lucecita suave y al fin le cayó en la cabeza que allí estaba enterrado un

tesoro, que era destinado para él, para salir de su pobreza. Pero lo que consiguió fue un tronco podrido de un árbol caído quién sabe cuánto tiempo, que producía una luz fluorescente. El pobre necesitó para hacer este vía crucis tres días y nunca pude comprender cómo se pudo arrastrar subiendo por la pendiente al otro lado del río.

Así llegamos al diciembre del año 1947 cuando se efectuaron las primeras elecciones libres y populares en la historia de Venezuela. Los candidatos eran para la presidencia de la república don Rómulo Gallegos por el partido Acción Democrática, Dr. Rafael Caldera por el partido socialcristiano COPEI, Dr Jóvito Villalba por el partido Unión Republicana Democrática y Dr. Gustavo Machado por el partido Comunista.

Además se elegía en las mismas elecciones a los diputados para la Asamblea Nacional y a los senadores. Ya que la mayoría de la gente era analfabeta, pusieron unas tarjetas de color blanco para la Acción Democrática, de color verde para el partido socialcristiano, de color amarillo para el partido de Unión Republicana Democrática y de color rojo para el partido Comunista. Prácticamente todo el Municipio votaba por el partido Socialcristiano, ya que el cura en la iglesia en lugar de predicar la palabra de Dios, hacía la propaganda para este partido. Sólo unas pocas familias del pueblo, que conocían un poco más del mundo, eran del partido Acción Democrática. Para el día de las elecciones, llegaron unos delegados de la ciudad de Mérida y tres guardias nacionales para garantizar el orden. Durante el día de las elecciones, el

sacerdote daba en la puerta de casa parroquial, todo el tiempo las instrucciones a la gente cómo deben votar. Ya que esto no era permitido, un guardia nacional le dijo que se metiera en la casa parroquial y no hiciera la propaganda en público. Al parecer el sacerdote no le hizo caso y entonces lo arrestó y lo metieron en la cárcel de la prefectura. Cuando lo supo la gente se iban reuniendo para atacar la prefectura y liberarlo a fuerza. Cuando vi que la situación podría terminar en una tragedia, fui a visitar al sacerdote encarcelado y hablé con él y le expliqué que la gente se estaba reuniendo para liberarlo a fuerza y esta actuación podría traer muchos heridos y hasta los muertos, porque los guardias y también algunos del pueblo estaban armados con armas de fuego.

El sacerdote, que se llamaba Manuel Barrillas, era de origen de la ciudad de Bailadores y tenía su residencia fija en El Morro, era muy comprensible y captó enseguida la situación. Enseguida mandó avisar a la gente que se quedara quieta y no haga nada para liberarlo. Pero al hablar yo a la gente y explicándoles lo que dijo el sacerdote, no hicieron caso a mis palabras, ni a las palabras del emisario que envió el sacerdote para que se quedaran tranquilos y no hicieran nada para liberarlo. Entonces fui y hablé con los guardias nacionales y les dije que es mucho mejor que suelten al sacerdote, ya que es muy probable, si la gente los ataca, no saldrán con vida. Dos de los tres me dieron la razón, pero el tercero, que seguramente era simpatizante de Acción Democrática, no quería ceder por nada. Pero los otros dos, que eran más sensatos, fueron y soltaron al sacerdote y con esto evitaron el

desastre.

El resultado de las elecciones era una abrumadora mayoría para el partido socialcristiano Copei, que usaba la tarjeta de color verde. Lo que extrañaba que salieron, además de unos pocos votos blancos también algunos con tarjeta roja o sea comunista. El sacerdote no pudo creer que hubiera tantos comunistas en este pueblo y yo le expliqué el problema del daltonismo, ya que hay hombres que no distinguen el color rojo del verde y al no saber leer con toda buena fe votaron rojo, pensando que votaron verde. Así al fin todo salió tranquilo. El partido Acción Democrática arrasó prácticamente en todo el país, pero en los estados andinos Trujillo, Mérida y Táchira ganó el Copei.

Tanto trabajo me enfermó. De pronto empecé a sentir una debilidad y al medirme la temperatura, siempre tenía una febrícula entre 37° y 38° C. Tomaba sulfas y me ponía la penicilina sin ningún resultado positivo. Pensando que era el clima sofocante donde estaba situado el pueblo y me mudé más arriba del pueblo a la hacienda de don Daniel Paredes, donde me recibieron como si fuera un miembro más de la familia. Don Daniel Paredes era un hombre muy instruido y la gente cuando tenía algún problema, llegaba a él, para pedirle su opinión y su consejo, aun de los pueblos muy lejanos. Tenía varias propiedades, extensos cafetales y otros sembradíos. El mantenía también a varias mulas y me fletaba también una a mí para bajar todos los días de mañanita al pueblo y subir a mediodía para almorzar en su casa y pasar la noche tranquilo.

Algunas veces iba también a pie cuando me sentía un poco mejor.

Pero la enfermedad proseguía, siempre la misma febrícula, cuyo origen no pude comprender. No tenía ningún laboratorio a mi disposición, sino sólo mi cerebro y mis experiencias, que no eran muchas, ya que estaba recién graduado. Descubrí unas pequeñas ampollas en mis pies. Pensaba que se trataba de un impetigo contagioso, aunque las vesículas eran extrañamente duras. Un día me sorprendió la mujer que limpiaba el cuarto y exclamó: "¡Caramba, doctor, tiene niguas, ya le traigo enseguida un remedio para matarlas!" Entonces me trajo dos bojoticos de chimó. Me unté el chimó sobre las pelotitas blancas, y de verdad desaparecieron en pocos días. Busqué entonces el librito que compré en Caracas, que era un resumen de las enfermedades tropicales más frecuentes, donde me pude informar algo sobre las niguas. La enfermedad es producida por un parásito llamado trombicula irritans y era muy común en el trópico. Claro que en Europa ni se le soñaba a la mayor parte de los médicos, que existían en el mundo.

Pero mi enfermedad proseguía, aunque me curé de las niguas. Pasé la Noche Buena y el Año Nuevo en la casa de don Daniel Paredes rezando, cantando y gozando con ellos en una paz que sólo Dios puede conceder a uno. Lejos de mi familia, de mi esposa, de mi hijita, que ya cumplió los seis meses, de mi mamá y de mis hermanas. Con una familia extraña en las montañas perdidas en América del Sur, lejos de

toda la civilización y además padeciendo de una enfermedad misteriosa a la cual no me podía ni imaginar su origen. Posteriormente me dijo el Dr. Villar quien me visitó, que era la aclimatización. Esto era fácil decir, pero la causa tenía que ser otra y todavía hoy, cuando ya pasó todo, no puedo comprender su causa, ya que sin ningún examen del laboratorio, no lo puede uno adivinar. En una situación como era la mía en aquel momento, estando ante un pesebre, junto a una familia, de una fe tan profunda y tan sencilla, le venían a uno los pensamientos y en el espíritu se trasladaba uno a aquella pobre gruta, donde sucedió el mayor acontecimiento en la historia de la humanidad. La Madre Virgen nos dio a su Hijo, que nace pobre e indefenso, temblando por el frío y necesitado de todo, tierno y gimiente como un corderillo, que transparentaba ya en su cuerpecillo el gran misterio de la mansedumbre y de la misericordia. La vida de todo hombre toma un nuevo sentido a partir de esta noche, porque el Niño que nace es también su Dios. Es hombre como nosotros y es Dios con nosotros. Es el Emmanuel vaticinado desde los siglos. Es nuestro hermano. Es el corazón del mundo. Es el palpitar de una vida inmortal. Es la caricia a todo el sufrimiento humano. Es el bálsamo para la llaga del egoísmo, del odio, del pecado. Es la luz que resplandece para siempre a los que caminan en las tinieblas. Es la única esperanza de este mundo tan extraviado, del cual tuve que huir a estas montañas tan apartadas de toda civilización, para conseguir lo que uno más anhela en nuestra vida, la paz y que uno la sabe apreciar mucho más, cuando la ha perdido. La paz en una Noche Santa, especialmente en la que yo vivía en aquel momento. Sentía como esta Paz

descendía del cielo con el canto de esta gente sencilla, que junto conmigo percibía el anuncio de los ángeles a los pastores : Hoy ha nacido para vosotros un Salvador que es Cristo Señor.

Yo estaba confundido, para trasladarme a Mérida me daba pena y cuando por fin me decidí para hacerlo, estaba ya tan débil, que me dio miedo de poder resistir un viaje tan pesado de dos días a lomo de una mula, pasando por dos páramos. Entonces me recordé que cuando estuve trabajando, recién graduado, en el hospital de los refugiados en Spittal en Carintia, Austria, tuve contacto con varios enfermos de tuberculosis y mis síntomas eran muy parecidos a ellos. Esta febrícula, sudor frío y debilidad extrema, todo esto coincidía mucho con lo que sentían ellos.

Mientras tanto me cambié otra vez a vivir en el pueblo, ya que no tenía más fuerzas suficientes de bajar y subir todos los días a la hacienda de don Daniel. Alquilé una casa cerca de la entrada del pueblo, al lado de una quebrada y allí recibía a la gente y les recetaba siendo yo mucho más enfermo que la mayoría de los que me consultaban. Contraté a una señora, cuyo nombre era Dominga, que me cuidara y cocinara lo que le ordenaba. Ella tenía a una hija llamada Eulalia que tenía un bocio enorme y que le ayudaba en sus quehaceres y a un hijo de unos 25 años, llamado Julio y éste me traía de Mérida las medicinas que yo pensaba que las necesitaba. El corría a pie y tardaba sólo tres días en ida y vuelta. Probé con la estreptomocina, un antibiótico nuevo, que se usaba para el tratamiento de la tuberculosis y también tomé el Tetracloruro

de carbono, que mandaba el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social para el tratamiento de las parasitosis intestinales. Este tratamiento me produjo una insuficiencia renal aguda. Prácticamente no orinaba más y aunque ponía extremo cuidado de no ingerir más de un litro de líquido al día, me empecé a edematizar y al fin ya no podía acostarme porque me ahogaba, aunque no tomaba ningún líquido más. Era urgente de sacarme por lo menos medio litro de sangre para poder respirar.

Cuando el Prefecto del Municipio, don Alcibíades, de su apellido no me recuerdo, oyó que me voy sacar la sangre, prohibió determinantemente que alguien me ayudara en esto, porque me he vuelto loco, según él. El prefecto seguramente no escuchó nunca antes, de que alguien que sufría del edema agudo del pulmón necesitaba a veces una sangría de emergencia para poder respirar mejor. Así que yo mismo, aunque en extremo debilitado, tuve que cortarme una vena en el dorso de la mano izquierda y botar en una ponchera más de medio litro de sangre con lo que logré de respirar un poco mejor. A pesar de tener extremo cuidado de no ingerir prácticamente ningún líquido y mínima comida, especialmente las proteínas, mi enfermedad proseguía.

Llegó el momento que ya no sentía que me encontraba en este mundo. Estaba todo entumecido, hinchado y prácticamente muriéndome. Ya me imaginaba de ser enterrado al lado del padre Dávila, un sacerdote, quien murió en Aricagua unos años atrás, aunque nunca, durante mi estancia en

Aricagua estuve en el cementerio, ni siquiera en el día de los difuntos, cuando el sacerdote iba de tumba a tumba, rezando o cantando los responsos. Como lo decía don Laureano, un viejito muy pintoresco del pueblo, que el responso cantado valía dos bolívares, el rezado un bolívar y el "siflado" (silbado) costaba sólo un medio. Cuando me imaginaba yo, viviendo en Eslovenia y después pasando por tantos peligros durante y especialmente después de la guerra, que mi fin en este mundo me tocará en un pueblecito prácticamente desconocido en los Andes venezolanos. Pero si así era la voluntad de Dios, que así sea. Además ya no podía pensar claramente. Mi mente estaba completamente embotada. De mi cama, en el cuarto en el primer piso de la casa alquilada, pude ver, a través de la ventana en el monte en frente, tres matas de fique. Estas tres matas de fique era todo que me quedaba a ver del mundo en los últimos momentos de mi vida.

Un día me asustaron unos gritos y después oí unos tiros delante de la casa donde vivía. Dominga, quien me cuidaba vino corriendo y me dijo que en un árbol en frente de la casa consiguieron a una culebra mapanare de más de dos metros de larga y la mataron. Eso no era nada raro, ya que vivíamos en medio de la selva en un territorio con relativamente pocos habitantes y con las enfermedades ya desaparecidas en el mundo civilizado. Me recuerdo que tenía algunos enfermos, quienes presentaban un cuadro febril con adenopatías gigantes, que mejoraban con las administración de las sulfamidas. Pero algunos de ellos aunque se curaban de su enfermedad quedaban encogidos y no podían estirar a sus

piernas. Me recuerdo de un joven del pueblo que no quería por nada del mundo que le estiraran su pierna encogida. Yo cuando lo veía en la calle y antes de poderse esconder en su casa, ya que no podía correr, lo agarraba en la misma acera y le estiraba la pierna a pesar que gritaba a no poder más, ya que me daba lástima que fuera toda la vida un inútil. Para mí estaba seguro que se trataba de peste bubónica, que tantas víctimas cobraba durante la edad media en las ciudades de Europa.

En la pared sobre mi cama estaba colgada una imagen de la Virgen María de Brezje (Brézie), que recorté de una revista, llamada Ave María, que me enviaban los padres franciscanos de Lemont, estado de Ohio, cerca de la ciudad de Cleveland, en Estados Unidos, donde tienen su monasterio, y la iglesia dedicada a la Patrona de Eslovenia, denominada Brezje americano fundado por el padre Kazimir Zakrajšek, en el principio del siglo veinte y que posteriormente fue mi párroco en Ljubljana en la iglesia de San Krištof (San Cristóbal) en el suburbio de Bežigrad, donde vivíamos en Ljubljana, después que se murió mi padre. En los alrededores de esta iglesia se encontraba también el antiguo cementerio de Ljubljana, que todavía existía, pero no se lo utilizaba, en los tiempos cuando yo vivía en Ljubljana. La imagen de la Virgen María de Brezje tenía escrito abajo en el idioma esloveno: "Marija pomagaj", lo que significa en español (María ayúdame) y era la Patrona de Eslovenia. Esta imagen de la Virgen María, a cuya iglesia iba muchísimas veces desde niño junto con toda mi familia y cuando me gradué de bachiller le prometí que iba dar 20

vueltas de rodillas alrededor de su altar, si pasaba con éxito el examen de admisión a la universidad y que hasta entonces todavía, por motivo de la guerra, no pude cumplir. Lo pude cumplir posteriormente, cuando en cada visita a Eslovenia nunca falté de visitarla y pude al fin cumplir con mi promesa. Ella me miraba con sus ojos misericordiosos, cuando en la cama un poco más abajo de su imagen yo suspiraba y vivía los últimos momentos de mi vida. Ella era todo mi consuelo.

Por el otro lado tuve la suerte que en estos días estaba de visita en Aricagua el sacerdote, que le tocaba visitar al pueblo de tiempo a tiempo, el padre Manuel Barrillas, quien tenía su residencia fija en El Morro y que visitaba el pueblo de Aricagua de tiempo a tiempo. El nombre de Manuel (Emmanuel) significa en arameo, la lengua natal de Jesús, Dios con nosotros. Yo le pedí a Dios, durante mi enfermedad, ya muchos días antes de ponerme grave, que concediera todavía 30 años de vida para poder ver a mi esposa y a mi hija y hasta a mis nietos. En aquel momento ni se me soñaba que Dios me iba conceder más que el doble de lo que le pedía y que voy a ver no sólo a mis nietos sino también a bisnietos. El siempre nos concede, si le pedimos con la fe y como en el caso mío, me dio una ñapa doble.

Lo que tampoco no me imaginaba entonces ni en sueños, que los 30 años que me los regaló, eran para vivir con mi esposa, ya que ella pudo salir de Yugoslavia en el año 1953 y Dios la llamó a su reino en el año 1983. Ella tenía su fe en Dios y su santo preferido era San Antonio, pero nunca comulgaba,

ni se confesaba. Iba conmigo a la iglesia a la misa en los domingos y en los días de precepto por acompañarme. Escribo esto aquí para que se den cuenta como nuestro buen Dios quiere que nos salvemos todos y nos ayuda en este propósito con todos los medios posibles y hasta los imposibles, pero respetando siempre a nuestra libre voluntad de decidirnos por Él o en su contra. Cuando en el mes de septiembre del año 1982 me la entregaron en la clínica para llevarla a la casa, ya que no le quedaban sino acaso tres días de vida, porque se le fueron los puntos en los intestinos, por tener los tejidos tan frágiles, por el proceso canceroso distendido por todo el abdomen y con una peritonitis difusa. Yo le quería traer un sacerdote, pero ella no lo quería aunque se lo pedía con lágrimas en los ojos. Ella no quería tener nada con los sacerdotes, porque en su juventud vio como uno de ellos fundó un banco, con el propósito de ayudar a los campesinos y les prestaba para poder sembrar y en la cosecha devolver lo prestado. Pero sucedía, que en algunos casos la cosecha fallaba, ya porque no llovía a tiempo o una tempestad con granizo acababa con todo y el campesino no podía pagar ni los intereses vencidos y mucho menos el capital y entonces el sacerdote ponía a la propiedad del campesino a licitación y esto sin misericordia alguna. Algunos de estos campesinos acudían a su padre, quien era muy bueno, y les prestaba o hasta regalaba el dinero para pagar al sacerdote y de esta manera salvar a su finca. Esto lo vivió ella en su juventud y seguramente oía los comentarios de su padre y de esta manera le cogió una antipatía a los sacerdotes por culpa del mal ejemplo de uno de ellos. Esto la condujo a que

posteriormente hasta colaboraba con los comunistas, espiando para ellos los movimientos de ciertos personajes, que se les oponían, como también sus costumbres, por donde iban a sus trabajos y según estos informes los comunistas sabían donde esperarlos y matarlos. Claro, que cuando ella se dio cuenta que la usaban para esto, que estaba colaborando con estos asesinatos, sin darse cuenta, se les rebeló y aunque la amenazaban de liquidarla, se apartó de ellos a pesar de todas las amenazas, ya que era una persona sumamente honesta y no quería hacer mal a nadie. Nunca la vi que rechazara a nadie quien le pedía la ayuda y siempre le ayudaba dentro de sus posibilidades. El único vicio suyo era que fumaba. Lloraba cuando no le traía cigarrillos, ya que no hubo dudas que le hacían mucho daño y yo no podía hacerme cómplice de esta calamidad, que la estaba esperando por fumar tanto. Tenía una amiga, Gisela Pérez de Berrizbeitia, que siempre la visitaba, también una fumadora empedemida. Así que se sentaban en la mesa y fumaban cada una en su silla y hablando y hablando por horas y fumando y fumando uno tras de otro. Da la casualidad que también en el cementerio están enterradas en dos tumbas vecinas, ya que Gisela se murió unos meses antes de ella por un infarto del miocardio. Dios no podía rechazar a una persona así, para toda la eternidad. Hablé sobre el caso con el padre José Martínez, el párroco capuchino de la parroquia de Santa Inés, patrona de Cumaná, cuando visitaba a los enfermos en la clínica Oriente donde estaba hospitalizada. Conociendo el caso él la visitó como si no supiera nada de ella y le recitó la oración predilecta de San Francisco: Oh, Señor, hazme tu instrumento de paz, que donde hay odio, siempre yo

el amor; donde hay dudas, fe; donde hay desesperación, esperanza; donde hay tinieblas, luz; donde hay tristeza, alegría. Concédeme Maestro bueno que yo no busque ser consolado, sino consolar; ser comprendido, sino comprender; ser amado, sino amar; pues es dando como recibimos, perdonando como seremos perdonados y muriendo como naceremos a la vida eterna. Me dijo el padre Martínez que ella lloró y por fin se confesó y durante casi un año Dios la preparaba para entrar en su reino de la felicidad eterna.

Al traerla a la casa yo no desesperé. Me puse rápidamente estudiar todo lo relativo sobre la alimentación parenteral, ya que por la boca no podía ingerir absolutamente nada, ni agua. Claro que el caso era perdido por toda la lógica humana, pero se le podía prolongar su vida, luchando con los antibióticos para controlar su peritonitis y alimentarla artificialmente por un cateter puesto en la aurícula derecha, ya que las venas no resistían los alimentos que se le necesitaban administrar. Mi hija, quien estaba haciendo su especialidad de dermatología en México, tuvo que venir y suspender sus estudios. Ya que yo no podía solo, cuidar a sus tres hijos y a mi esposa, que necesitaba mi asistencia prácticamente continua para cuidar especialmente de su alimentación parenteral. Uno ni se imagina cuantas substancias se traga, sin darse cuenta en sus alimentos y todo esto necesitaba yo calcular constantemente y administrar a mi esposa en los sueros. Aunque teníamos una sirvienta colombiana de nombre Gloria, que nos cocinaba y cuidaba a los niños junto con su hijo Jackson, necesitaba a alguien que me trajera de Caracas

todos los meses directamente del laboratorio Behrens, ya que en las farmacias de Cumaná no se conseguían sino los sueros usuales necesarios para una hidratación normal y no para una alimentación parenteral, para tener todo lo necesario para esta clase de alimentación. Hasta el mismo laboratorio de Behrens tenía importar algunos productos de Suecia. Y yo no podía dejar a mi esposa casi ni un momento sola, ya que cualquier error podía ser fatal. Así que mi hija se vino y cada mes iba a Caracas, para traer en la camioneta todo lo necesario para mantener la alimentación de manera continua: vitaminas, oligoelementos, minerales, electrolitos, diversos preparados proteicos etc.

Comulgaba casi a diario, trayéndole la santa Comunión una vez el padre Martínez y otra vez el párroco de la Catedral Monseñor Manuel Fernández, poniéndole un pedacito de la Santa Hostia en la lengua. En estos meses que le quedaban de vida comulgó quizás más que yo durante toda mi vida. Le compramos un sillón muy cómodo, ya que no se podía mover de su cuarto por tener siempre puestas cinco botellas con los sueros, con todas las substancias que necesitaba para su alimentación. Sus excrementos se eliminaban mediante tres sondas que tenía puestas una en el intestino grueso, otra en el intestino delgado, lo que le quedaba de él, y otra en el estómago. Durante este año de ñapa que le concedió Dios leía casi toda la literatura y lo que me di cuenta después, también la Biblia, donde escribió en una de sus páginas, que se encontraba en blanco, también su sencillo testamento dedicado a mí, a su hija y a sus tres nietecitos. Murió el día 18

de agosto del año 1983. Un día antes su habla se puso torpe, no sé si por alguna metástasis cerebral o por la arteriosclerosis, ya que después me arrepentí de alimentarla con demasiadas calorías, así que murió gorda y bella moza y puede ser que esta alimentación excesiva fue la causa de un proceso trombótico cerebral. De todas maneras murió tranquila sin darse cuenta, ya que perdió el conocimiento unas horas antes. Para su entierro vino de Caracas un sacerdote esloveno, el monseñor Juan Grilc, quien era en este momento el párroco en la parroquia de San José del Chacao en Caracas. Hablé con el padre Manuel de la Catedral y él le dio permiso para celebrar la misa de cuerpo presente y el sacerdote nuestro nos acompañó también al cementerio, donde está enterrada pegada al lado derecho de la capilla, bendijo su tumba y oró durante su sepultura. El tiempo estaba nublado y el ambiente oscuro como nunca antes lo había visto, pero no llovió durante el sepelio. Pero apenas que éste terminó y la gente se dispersó rápidamente por miedo a la lluvia, cada uno a su casa, cayó un tremendo palo de agua.

Para volver a mi historia en Aricagua, le pedí a Dominga, la señora que me cuidaba que fuera a buscar al sacerdote para confesarme y morir en paz con Dios. Pero el sacerdote tardaba y tardaba de venir. Posteriormente pude ver que este era su defecto, que muchas veces mandaba ensillar su mula de mañanita y llegaba la noche y no se decidía a partir, así que la mandaba de nuevo desensillar y que así era también su pa e. Puede ser también que estaba muy ocupado y que no pensaba que el caso fuera de tanta urgencia. En esto le dije a mi

enfermera, como por instinto o por algún aviso del mundo invisible e incomprensible para nuestra mente, que me inyectara muy lentamente una ampolla de Tiosulfato de Calcio en la vena y esto me alivió increíblemente, ya que el calcio es el antídoto del potasio, que seguramente tenía en aquel momento muy alto en la sangre y me iba a producir el paro cardíaco. Cuando vino el sacerdote me pude confesar tranquilamente y él me administró el sacramento de extrema unción. Así se llamaba entonces y se aplicaba a los enfermos moribundos y que ahora se llama la unción de los enfermos. Cuando me volvía sentir mal le decía a la enfermera que me inyectara otra ampolla de calcio y poco a poco empecé orinar, primero un poquito y después todos los días más. En esto me vino visitar Dr. Villar, quien era el médico rural en el vecino pueblo de Mucutuy, al que envió la Sanidad de Mérida para que me vaya a visitar y para ver que estaba pasando conmigo, porque supieron que estaba muy enfermo. Él era una persona magnífica, español; quien tuvo que huir de España perseguido por la dictadura del general Francisco Franco. Él me consolaba diciendo que la causa de mi enfermedad era debida a la aclimatización, ya que cambié tan bruscamente el clima europeo por el clima tropical.

Poco a poco iba mejorando, ya que rebajé por lo menos 20 kg. y al mes ya tenía fuerzas para montarme en una mula. Con un peón de cada lado me trasladé para Mérida. No pasamos por la Gran Cordillera, sino por un camino que era transitable sólo en el verano desde un lugar llamado la India por una hendidura de la Gran Cordillera, pasando por una loma

llamada el Mucután y nos quedamos en la casa de don Pedro, un viejito, padre de Ernesto, quien era mi principal ayudante años después, en la construcción del puente sobre el río de Nuestra Señora. El pobre murió posteriormente de la fiebre tifoidea. Apenas llegamos a su casa y nos sentamos en la sala conversando, nos sorprendió un terremoto que yo ni sentí. Sólo me pareció rarísimo que don Pedro a pesar de su avanzada edad dio un brinco, como un chivo espantado y corrió hacia fuera de la casa gritando "¡temblor, temblor!". Yo ni me moví de mi silla y de verdad sentí como se estremeció la silla donde estaba sentado. Al día siguiente pasamos por el pueblo de El Morro y por la noche llegamos a Ejido. Les pagué a los peones su salario y les dije que al día siguiente volvieran a Aricagua, ya que yo me voy a demorar un tiempo para volver. Enseguida me fui para Mérida y me hospedé como siempre en el Hotel Tovar a una cuadra y media del la plaza Bolívar, propiamente era una pensión de unos 20 cuartos en su mayoría ocupados por los estudiantes. La señora dueña de la pensión me recibió con todo el cariño, cuando le expliqué que estuve muy enfermo y me encuentro en recuperación. No me trasladé al hospital, sino que cada día daba unos pasos más por las calles contiguas y cuando sentía el cansancio regresaba a la pensión. Al fin me atreví ir a un laboratorio para hacerme los exámenes que consideraba los más necesarios, ante todo la creatinina, la hematología y examen de orina.

El examen de sangre demostraba bastante anemia y el examen de orina un poco de albúmina, pero la creatinina estaba dentro de límites normales. Después, cuando estuve en

México haciendo mi especialidad en cardiología, cuando tuve que hacer mi pasantía por el departamento de nefrología, pude constatar que por las causas completamente desconocidas, unos, de los que desarrollan la insuficiencia renal aguda, se recuperan por completo por sí mismos y otros evolucionan hacia una insuficiencia renal crónica, que poco a poco ameritan la diálisis y el trasplante renal. Desde la pensión iba caminar todos los días algo más lejos y poco a poco iba recobrando mis fuerzas y recuperando el peso.

Entonces fui a la Unidad Sanitaria para explicarles lo que pasó conmigo. Cuando me vieron tan pálido y desnutrido, me prometieron que me van a enviar a una medicatura con un clima mejor apenas haya una libre, para que me recupere por completo. Así me cambiaron para la medicatura de Tabay, un pueblo, a unos 12 km. de Mérida en la carretera transandina.

Cuando llegué a Tabay, me recibió un médico de nacionalidad italiana, a quien al parecer enviaban a Aricagua, porque tenía relaciones amorosas con la esposa de un alto funcionario del gobierno. Cuando me vio, exclamó : "¡Mama mía!" y se puso a llorar, ya que yo todavía me parecía un cadáver caminando, a pesar de recuperarme muchísimo, porque todavía tenía anemia y pesaba 10 kg. menos de mi peso normal. Si me hubiera visto enseguida cuando llegué de Aricagua, no sé cómo fuera su reacción, probablemente le hubiera dado un infarto. Entonces regresé a la Unidad Sanitaria y les dije que no puedo aceptar este puesto, ya que por mi conciencia, no podía en estas condiciones a suplantar a un

colega. Les pedí que me den un mes de vacaciones o de reposo por mi enfermedad y también les dije que regresaría después a Aricagua, hasta que me consiguieran un puesto en un clima mejor.

Cuando regresé a Aricagua tuve otro problema. Mientras estuve enfermo di la autorización a mi enfermera y a sus familiares para cobrar mi sueldo. El dinero con que me sostenía lo tenía guardado bajo el colchón, donde estaba acostado y con este dinero pagaba a Dominga, la comida y todos los demás gastos durante mi enfermedad. Pero desde que les di la autorización, nunca más vi un bolívar y pensaba que no lo han cobrado. ¿Quién pensaría en aquellos momentos tan trágicos y en mi estado de extrema gravedad, en el dinero? Pero en Mérida cuando fui a cobrar mi sueldo atrasado, me dijeron que lo cobraba mi enfermera religiosamente cada 15 días. Cuando regresé a Aricagua se lo reclamé y entonces me dijeron que lo depositaban en el banco, ya que era peligroso viajar llevando tanto dinero en efectivo. Entonces les reclamé que me lo sacaran, ya que lo necesitaba o me trajeran su monto en un cheque y que yo lo cobraría en mi primera ida a Mérida. Me mamaban gallo y al fin me inventaron un cuento que con el dinero compraron un camión usado, que trabajaba cargando la mercancía de Barquisimeto a Mérida y con esto ganaba más que con los intereses que pagaba el banco. Cuando los amenace que los voy a demandar por el robo, se comprometieron que me iban a pagar poco a poco en cuotas mensuales.

Lo cumplieron hasta cierto punto, ya que la enfermera, que se llamaba Evelia Dugarte, se casó con un agente de policía, quien no era oriundo de Aricagua. Así que se trasladó con su esposo a vivir a un pueblo en otra zona del estado Mérida. Mientras tanto entrenó a su hermana Teresa para sustituirla en el cargo. Así que me quedaron hasta el día de hoy debiendo unos mil bolívares. En Aricagua conseguí ahora el alojamiento con suma facilidad, ya que casi se peleaban por mí. Escogí a familia Mendoza, una viuda, doña Emilia, con seis hijas entre las edades de 8 y 20 años. De la mayor me olvidé el nombre, la que le seguía se llamaba Miriam, después Doris, Nely, Graciela y la más chiquita, que tampoco recuerdo de su nombre y también tenía dos hijos. El mayor Elio ya estaba casado y vivía en el pueblo, aparte con esposa e hijito. El más pequeño vivía en la casa de su madre. También tenía un servicio que cocinaba y lavaba en el río la ropa, ya que el pueblo no tenía acueducto. A mí me recibieron como uno más de la familia, así que me sentía muy cómodo, ya que rodeado de tantas muchachas adolescentes, me sentía como en mi casa, donde también estaba rodeado siempre de puras mujeres. Mi vida cambió totalmente. También tenía mucho cuidado de no esforzarme demasiado en mi trabajo. En la medicatura tenía mi cupo, aunque, si venía uno de muy lejos o si algún enfermo ameritaba ser atendido a domicilio nunca me rehusaba de atenderlo. Como lo supe posteriormente doña Emilia se mudó después para Mérida y todas sus hijas estudiaron y se hicieron profesionales.

EL MORRO, LOS NEVADOS Y ACEQUIAS, ESTADO MÉRIDA, MI SEGUNDO PUESTO DE TRABAJO

En el mes de agosto la Unidad Sanitaria cumplió con su promesa y me vino el cambio para El Morro, un pueblo que ya conocía, ya que en mis viajes de Aricagua para Mérida tenía que pasar por allí. El pueblo estaba situado en la parte baja en la pendiente sur de la Sierra Nevada a 1.750 metros sobre el nivel del mar con uno de los mejores climas del mundo, cuya temperatura variaba entre 22° y 26° C. Uno no sentía nunca ni el calor, ni el frío. Los árboles y el café florecían y al mismo tiempo traían las frutas, una rama florecía y otra cargaba frutas verdes, pero otra rama traía ya frutos maduros. Así que se tenía que recoger el café cada 15 días y no como en Aricagua una vez al año. Una primavera y el otoño en el mismo tiempo y eternos.

Me recuerdo cuando me mudé de Aricagua. Iba subiendo del río de Nuestra Señora montado en la mula y con otra mula atrás, cargada de mis pertenencias con un peón que la arreaba y oíamos que las campanas de la iglesia replicaban y parecía como si las tocaban para darme la bienvenida a mí. Pero no, era el día 17 de agosto del año 1948, día de las fiestas patronales de El Morro en honor de su patrono San Jacinto. Cuando llegamos al pueblo toda la gente estaba en la misa. También yo me desmonté de la mula, descargamos mis maletas y las dejamos en la puerta, donde me dijeron que se encontraba la medicatura, en una casa particular en la misma plaza Bolívar. Dejé al peón para que arreglara las mulas y me

fui a la iglesia. El párroco era el mismo sacerdote, el padre Manuel Barrillas quien me aplicó el sacramento de la extrema unción, unos meses antes, cuando me estuve muriendo en Aricagua. Siempre tenía esta costumbre que prolongaba su sermón por horas. La gente salía, tomaba alguna cerveza o refresco y entraba de nuevo. De todas maneras me reconoció cuando entraba en la iglesia y después me vino saludar y me ofreció que me quedara en la casa cural, donde me arreglaron un cuarto. Esto le agradecí muchísimo ya que no tenía ni idea donde posarme, porque en El Morro en aquel tiempo no existía ninguna posada. El peón, quien me acompañó desde Aricagua, conocía mejor que yo al pueblo y consiguió mientras tanto donde pasar la noche y también el pasto y el establo donde dejar las mulas. Así que conseguí enseguida al llegar, donde posarme y donde comer. El sacerdote no quería que le pagara nada, pero yo hice un negocio con su hermana María Antonia, quien estaba a cargo de administrar la casa parroquial y le pagaba, sin saberlo él, una mensualidad que consideraba justa, ya que ganaba mi sueldo y era injusto que viviera de limosna.

La medicatura estaba situada en una casa particular en la plaza Bolívar en frente de la casa cural. La plaza Bolívar tampoco aquí, como en Aricagua no tenía ningún monumento, pero tenía grama y en su alrededor sembrados los pinos. La medicatura era un poco mejor arreglada en comparación con la de Aricagua, aunque tampoco aquí no tenía ningún baño. Tenía ya antes de llegar yo, a varios médicos. En aquel momento no tenía médico fijo, sino que la visitaba periódicamente un

bachiller, quien estudiaba en Mérida el último año de medicina. Era un negrito de Maracaibo, que posteriormente se graduó y obtuvo una beca para especializarse en traumatología en Bologna, Italia y con quien tuve yo el único inconveniente posteriormente y esto en último examen de mi reválida como lo voy describir en su momento. Antes de él era el médico fijo en el pueblo Dr. Vásquez, un adeco empedernido, quien convirtió a casi todo el pueblo, a pesar de los esfuerzos que hacía el padre Barrillas, quien era copeyano. Sus prédicas antes de las elecciones eran, según me lo dijeron, casi exclusivamente relacionadas con la política. Eso me lo decía mi enfermera Elisa Contreras, quien también era adeca. Cuando una vez predicaba y alababa al partido de COPEI, un hermano de ella, Víctor, lo interrumpió y le gritó en la misma iglesia : "¡Padre aquí estamos en una iglesia, para escuchar la palabra de Dios y no en un mitin político!".

Y el padre le gritó: "¡Grosero!", pero terminó de hablar. Yo, claro no me inmiscuía en la política, porque todavía no me había nacionalizado y no tenía el derecho de votar, aunque mis simpatías estaban del lado de COPEI, por ser el partido de los socialcristianos, aunque vi posteriormente, que de sociales no tenían nada y de cristianos todavía menos.

Además de atender a la medicatura de El Morro, me tocaba ir cada mes a visitar el dispensario en Los Nevados y en el pueblo de Acequias. La región que me tocaba asistir tenía unos 100 km. de largo y unos 30 km. de ancho, por caminos casi no aptos para los caballos, sino sólo para las

mulas. Para ir a Los Nevados gastaba seis horas de ida y otras seis horas de vuelta. Para ir a Acequias necesitaba dos horas de ida y otras dos de vuelta, así que podía regresar en el mismo día. El gobierno me pagaba por atender la medicatura de El Morro, pero no me pagaba los gastos del viaje a los dos dispensarios que visitaba. Yo nunca lo reclamé, para que me los pagaran.

Un día me ofreció padre Barrillas para que le comprara a su caballo alazán, que lo mantenía en su caballeriza y no lo usaba casi nunca, ya que no servía para usarlo para ir a Aricagua. Pero para ir a Los Nevados y Acequias y especialmente a Ejido, sí servía, aunque había que llevarlo en algunos pasos desmontado y de cabestro. Yo acepté con alegría la oferta. Sólo le comenté que no tenía donde tenerlo. Él me dijo que lo puedo tener en su caballeriza, que era muy espaciosa y cabían en ella varios caballos o mulas. Y el no tenía sino una sola mula y hasta esta estaba muchas veces de viaje. En El Morro era el pasto relativamente escaso, ya que la gente, que tenía su solar, tenía también a sus animales para mantenerlos. Pero a pesar de todo lo compré por 1.000 bolívares. Todos los días le traía el maíz, la avena y le conseguía el pasto y la caña de azúcar picada, la que más le gustaba. Nos hicimos muy amigos y desde ahora el me llevaba en mis viajes a Los Nevados y Acequias y cuando iba para Mérida. No podía decir que edad tenía, pero seguro era muy joven, ya que cuando yo salí de El Morro 10 años después, todavía estaba en pleno vigor. Especialmente lo gozaba en las fiestas, cuando montaba sobre el como un huracán a través de

las calles y la plaza Bolívar del pueblo.

El pueblo de El Morro estaba situado en un valle y en un llanito, ligeramente pendiente, a unos 400 metros arriba del río de Nuestra Señora, al cual se llegaba por una pendiente empinada, llena de barrancos y de surcos con una flora desértica, en la cual predominaban los cactus de todas las especies posibles. Toda la zona alrededor del pueblo era desértica, ya que los primeros españoles que llegaron al lugar quemaban a todos los bosques cercanos al pueblo por el miedo a los indios y cuya secuela posterior, era una erosión espantosa de la tierra, que daba un espectáculo grotesco. Pero el pueblo parecía como una oasis verde en medio de este desierto ya que sus árboles y sus sembradíos se mantenían mediante el riego. Mediante una acequia llegaba el agua al pueblo en abundancia y a cada solar le tocaban dos días al mes para regarlos. Esta agua abastecía también el acueducto del pueblo y al pueblo nunca le faltaba el agua. La quebrada tenía su origen en la Sierra Nevada y su agua era bastante fría. Un poco más allá venía del páramo otra quebrada, llamada Mucusá, donde nos bañábamos, ya que sus aguas eran bastante agradables, porque su recorrido iba por un vallecito sin árboles, lleno de piedras y arena y al llegar la altura del pueblo se calentaban, en los días asoleados. Así que el pueblo estaba bien abastecido de aguas, que eran necesarias para su existencia, ya que en el mismo pueblo llovía muy raramente, pero llovía abundantemente en todo su alrededor, especialmente en los rincones donde tenían sus orígenes distintas quebradas que provenían de la Gran Cordillera y la

Sierra Nevada y desembocaban en el río de Nuestra Señora.



El poblado de El Morro

El Morro era un pueblo muy agradable, tranquilo, situado a una altura de 1.750 metros sobre el nivel del mar con clima muy peculiar, una primavera y el otoño en el mismo tiempo sin cambios durante todo el año. Su situación geográfica se encontraba en la pendiente sur de la Sierra Nevada, en la parte baja de una loma llamada el Mocás, habitada todavía en su mayoría por los descendientes de los indios, aunque se iban mezclando poco a poco con la población blanca. Toda la loma por encima de la acequia, excavada por los primeros españoles

que llegaron al lugar, era desértica y poblada sólo en su parte alta, donde se preservaba todavía el verdor primitivo. Pero la zona por debajo de la acequia estaba toda verde, por el riego.

El municipio de El Morro se componía de catorce lomas y en cada una de ellas un caserío con el mismo nombre de la loma. Al entrar al municipio por el camino que iba desde Ejido, uno llegaba a El Hato, ubicado en la parte más baja de la Sierra Nevada, que terminaba en Las González donde confluían los ríos de Nuestra Señora y el Chama. Esta loma en su parte alta era muy llana y se podría construir allí a una altura de unos 2.000 metros sobre el nivel del mar un aeropuerto con relativamente pocos gastos, sin peligros de estrellarse el avión en los cerros próximos y con la ventaja de encontrarse cerca de la ciudad de Mérida. Al lado opuesto de un punto llamado el Plan, que tenía una vista preciosa sobre la ciudad de Mérida, se encontraba la loma de Las Cuadras, donde crecían en sus potreros las fresas silvestres en cantidades industriales, que los campesinos recogían y las vendían en el mercado de Mérida. Más allá se encontraba la loma de Mocotoné, donde el camino daba la vuelta y entraba en la cuenca del río de Nuestra Señora y uno sentía, de pronto, un clima completamente distinto. Al seguir por el camino se llegaba a la loma de Miquirurá, donde se encontraban dos lagunas, en las cuales pescábamos las carpas, cuando íbamos de paseo, que después comíamos asados en una parrilla.

Al otro lado de la quebrada de Mucusá se levantaba la loma de Muchachay, por la cual posteriormente construimos la

carretera para salir del hoyo en que se encontraba el pueblo. Más adelante en el camino de Los Nevados se encontraba la loma de Mocás, en cuya parte baja se encontraba el pueblo de El Morro. Más allá estaba la loma El Cocuy y en los límites con el Municipio de Belén de la ciudad de Mérida, donde le pertenecía también el pueblo de Los Nevados, estaba la loma de las Tapietas, donde compré posteriormente mis fincas. Al otro lado del río de Nuestra Señora se encontraba la loma de Mocosós, la del cuento del obispo, más adentro la loma de Mucuybuche y todavía más adentro la aldea de los Ruices a la cual se llegaba por la loma del Toro, donde se encontraba el punto de Mucubají, donde pernócté en la primera noche en mi viaje a Aricagua. Bien en el fondo se encontraba la loma de el Hatico, por donde iba el camino a el Quinó, la aldea más apartada del municipio, que se encontraba al otro lado de la Gran Cordillera, ya cerca de los llanos de Barinas, de la ciudad de Pedraza, pero a donde se podía viajar sólo en el verano. Era situada a unos 500 metros sobre el río de Socopó en el filo de una loma que bajaba de la Gran Cordillera hacia los llanos en plena selva virgen.

En toda mi estancia en El Morro, durante diez años, estuve allí solamente dos veces. Una vez invitado por el padre Manuel Barrillas y la segunda vez cuando mataron a cuchilladas a un habitante de allá y tenía que ir por la orden del juzgado del municipio para practicar la autopsia al cadáver del asesinado y dar el informe sobre la causa de su muerte; en las dos ocasiones tenía la impresión como si me encontrara en otro planeta, en esta aldea perdida en una inmensa selva

virgen, que circundaba a la aldea de sólo unos 50 habitantes. Pero tenían a su escuela y a su maestro, claro que uno de ellos mismos, ya que ningún maestro de afuera iba a vivir allá. Todos vivían en el mismo pueblo, donde tenían hasta a su capillita y la casita cural al lado. Una vegetación bulliciosa, todo verde, un verdadero infierno verde. La gente no sembraba arando la tierra, sino tumbando los árboles, los quemaban en el mismo terreno para abonarlo con sus cenizas. Cuando, después de unas pocas cosechas, cuando el monte crecía ya demasiado, no limpiaban el terreno, sino seguían tumbando árboles en los terrenos contiguos. Cosechaban, por ejemplo el maíz, cada tres meses en el mismo terreno o sea cuatro cosechas al año. Me contó uno de sus habitantes, como llenó la sala de su casa con las tusas de maíz seco y en la mañana siguiente, cuando se levantó, no consiguió en la sala ni un solo grano. Durante la noche se lo llevó, todo una manada de ratones-faro, que tenían una bolsita en su barriga a sus depósitos. Así, como la tierra era tan fértil, también había mucha plaga, con la cual no se podía luchar eficazmente. La única solución sería que la zona se colonizara con un grupo bastante numeroso de gente para poderle ganar la guerra a las plagas. La caña, que ví, era gruesa al doble de lo normal, pero también tenía a sus enemigos en los zorros, que se chupaban la parte inferior y la tumbaban. Las váquiras eran otro enemigo de esta gente para sus sembradíos. Los cochinos que criaban, no les echaban ninguna clase de comida especial. Ellos la buscaban en los alrededores de las casas y cuando crecían suficientemente, los buscaban y los mataban. No podían criar ningún ganado debido a los pumas, jaguares y osos. La caza

era increíblemente rica. Uno, cuando quería comer la carne, tomaba su fusil, bajaba al río, donde abundaban los patos y los pajuíes, parecidos a nuestros pavos. Un verdadero infierno verde que te atraía para quedarse allí para siempre.

Esto le sucedió también al hombre que mató a un habitante, oriundo del lugar, por cinco bolívars que se los debía y no se lo podía o quería pagar. El hombre que lo mató era de Ejido y cuando ocasionalmente pasó de paseo por el Quinó, le encantó y se quedó allí. Era hermano de un maestro de escuela, quien también se vino con nosotros, para recoger las pertenencias, que dejó su hermano, quien fue arrestado enseguida por los mismos habitantes del lugar y llevado preso a Mérida. Eso también me favoreció, ya que el montaba una mula de color blanco-cremoso, que estaba en venta y yo se la compré, ya que en aquel entonces yo ya tenía en el pueblo mi solar y mi establo. Era un animal precioso, joven y sumamente fuerte y era mi compañera en mis viajes durante mi estancia en El Morro. Al caballo lo vendí, porque necesitaba demasiados cuidados, respectivamente lo cambié por los dos burros grandes a Víctor, un hermano de mi enfermera Elisa, quien lo cuidaba con un amor único, ya que el caballo se lo merecía. A estos burros los vendí posteriormente.

La selva virgen hace que un hombre se hace siempre más salvaje, ya que vive en constante lucha con la naturaleza y en un ambiente en extremo hostil. Así pasó también con este hombre, quien mató por una cosa tan insignificante a un padre de familia. La viuda no se quedó sola, quizás ni un mes y ya

tenía a varios pretendientes que luchaban por ella. Porque en este ambiente las mujeres son muy escasas y allá se quedan sólo aquellas, que nacieron allí y no conocen otro modo de vida. Así que ella escogió entre todos los pretendientes a un muchacho de nombre Sixto, menor que ella y se cambió para su casa con todos sus hijos. Sixto era el más inteligente de todo el pueblo y era también el maestro de escuela, aunque lo más probablemente era solo un autodidacta. No era nada raro, que ella escogió a este muchacho, ya que en su mentalidad era el mejor partido que podía conseguir en aquel mundo, tan apartado de toda la civilización. El poseía también a un loro, que se sabía de memoria casi todo el libro primero, por el que Sixto enseñaba a los niños, ya que tenía su "escuela" en su misma casa de vivienda y también cantaba el himno nacional mejor que Alfredo Sadel.

Me contó una vez Dr. Villar, el médico español, que me visitó durante mi enfermedad en Aricagua, cómo esta selva encantó a un colega suyo Dr. Sierra, quien se puso cultivar la tierra, ya que esta inmensidad de las tierras eran baldías y uno cualquiera, podía apropiarse de ellas, de las hectáreas que podía a cultivar. El se estableció en un terreno de estos y edificó allí su casa y se puso cultivar la tierra. Cuando ya tenía todo más o menos acomodado, trajo de España a su mujer con sus dos hijos y al cuñado, pero tuvo tan mala suerte, que edificó su casa demasiado cerca del río y cuando vino de repente y de noche una creciente del río, se llevó la casa con toda su familia. El se salvó, ya que por suerte estuvo aquella noche ausente por estar de viaje. Es que encanta a uno ver a

esta inmensidad de tierras tan fértiles, especialmente a un europeo, donde los terrenos para cultivar son relativamente escasos y además hay que abonarlos, para conseguir la cosecha que valga la pena y le recompense el trabajo invertido en ella.

Al regreso, ya cerca de la cumbre de la Gran Cordillera, me desmonté de mi mula, para ir a orinar y allí me encontré con un perro marrón claro, que me gruñía. Me pareció extraño, porque nosotros no llevábamos a ningún perro, pensaba que era de algún pastor que pastoreaba el ganado cerca por allí. Fui hacia él para asustarlo y levanté mi pierna para darle una patada, cuando la gente que me vio, me gritó toda espantada: "¡Cuidado, doctor, es un león!" Porque este "perro" resultó ser un puma joven, que de suerte, cuando vio que yo no le tenía miedo, lo tuvo él y se escapó entre los montes.

Cuando salimos a la cumbre de la Gran Cordillera y veía ante mis ojos de nuevo el mundo al que estaba acostumbrado, se me quitaron enseguida las ganas de quedarme en este infierno verde, donde pasamos dos días y ya no me acordaba más de él y mucho menos para quedarme allí.

En el año 1950 me mudé de la casa cural y alquilé un cuarto en la casa de don Víctor Dugarte, un viejito, que vivía en ella solo, ya que su esposa Carmen se fue a vivir con su hija Ventura, quien era maestra de escuela en Mérida y a don Víctor no le gustaba vivir allí. Prefería vivir en El Morro, aunque sea solo. Le pagaba por el alquiler del cuarto, 40 bolívares

mensuales y parece que estos bolívares eran todo su ingreso, con el cual vivía, ya que cada último del mes venía tosiendo ante de la puerta del cuarto donde vivía, para recordarme del pago. Un tiempo comía todavía en la casa cural, lo mismo que mantenía allí a mi caballo.

Cada mes iba a Los Nevados en una fecha fija para atender a los pacientes que se anotaron en el dispensario con la enfermera, la señorita Cárdenas, quien era oriunda de Curazao, una aldea cerca de Los Nevados. Me quedaba en la casa de la maestra del pueblo, donde también comía y dormía. El viaje, con mi caballo, lo hacía en menos de cinco horas, aunque normalmente se necesitaban más de seis horas. En Los Nevados era endémica la fiebre tifoidea y casi toda la gente la sufría una vez en su vida, pero yo no lo sabía. También tenía que tener sumo cuidado de sentarme en la misma cama con el enfermo, ya que uno se llenaba de piojos. Esto tampoco lo sabía. Me recuerdo que una vez, en el mismo camino de regreso a El Morro, no podía resistir más la picazón y tuve que pararme en una casa en la mitad del camino y pedirles que me dejaran en un cuarto para poder desvestirme y limpiarme en lo posible de los piojos, que traía en cantidades en mi cuerpo y en la ropa, buscando a todos los piojos que pude encontrar y matarlos. La gente se reía y después me comentaban, que el piojo ajeno es muy bravo, pero el propio no lo es tanto. Cuando llegué a mi casa, lo primero que hice era deshacerme de toda mi ropa y bañarme bien.

También un día empecé sentir por las tardes la fiebre, que

aumentaba de día a día y ya no hubo dudas que contraje también yo la fiebre tifoidea, para la cual entonces no existía, al menos en Venezuela ningún antibiótico. Me puse otra vez grave. Desvariaba... En cada manchita en las paredes de mi cuarto veía animalitos... Así veía , los ratones, las cucarachas, las moscas etc., según el tamaño de la mancha. Pensaba que tenía una pierna aparte del cuerpo y que esta pierna era de un italiano y me daba patadas a mí mismo. Hablaba puros disparates. Un día vi a unos demonios como me estaban esperando con las lanzas en sus manos, esperándome con sus caras llenas de risa, mientras que yo caía desde lo alto sobre ellas. En el último momento vino volando San Miguel Arcángel con una velocidad asombrosa, me agarró con sus brazos y se levantó conmigo y me arrebató en el último momento, cuando ya caía sobre las puntas de sus lanzas.

Entonces avisaron a Mérida, que yo me encontraba en estado de gravedad y me vino a ver Dr. Quintero, quien era encargado de la medicatura en Ejido y lo acompañaba un sacerdote, un viejito colombiano, muy agradable y bondadoso, quien era encargado de la parroquia de Montalbán de la misma ciudad y me pude confesar con él. Ya que el padre Barrillas se encontraba en aquel momento de visita en Aricagua. Dr. Quintero ordenó que me llevaran al hospital de Mérida, ya que no se trataba de fiebre tifoidea , sino de una colibacilosis, aunque yo todo el tiempo afirmaba que tenía la fiebre tifoidea. Pero todo el mundo pensaba que yo deliraba. Entonces me pusieron en una camilla, cargándome dos equipos de cuatro hombres que se intercambiaban, cuando se cansaban. De esta

manera llegamos a Ejido y de allí en ambulancia al hospital de Mérida. También allí estaban de acuerdo con el diagnóstico del Dr. Quintero. A mi enfermera, Elisa Contreras, quien no se separaba de mí ni un momento, le encargué y le di la receta para la cloromicetina, para que la vaya buscar por todas las farmacias. Y de veras consiguió 5 frascos de 12 capsulas, las cuales empecé a tomar enseguida en lugar de las medicinas que me prescribían en el hospital. Era un antibiótico nuevo e indicado en el tratamiento de la fiebre tifoidea. Por cierto que los 5 frascos que consiguió Elisa eran muestras gratis, recién llegadas a Mérida de Maracaibo. Yo, gracias a Dios estaba en tres días sin fiebre. Siempre tenía muchas visitas, muchas de ellas muy inoportunas. Me recuerdo de una viejita con unos ojos verdes profundos, que venía siempre bendiciéndome y haciendo sus oraciones. Pero estas visitas de pronto cesaron, ya que la prueba de Vidal dio positivo para la fiebre tifoidea y entonces todo el personal del hospital se vacunó contra la fiebre tifoidea. Yo gracias a Dios y a Elisa, que me consiguió las medicinas, me recuperé rápidamente y volví a El Morro. Allí conseguí a una muchacha, que también tenía la misma enfermedad. Resulta que mi enfermera, ya que en El Morro nadie tenía letrinas, echaba mis excrementos, al otro lado de la calle, por un barranco. Y dio la casualidad que los arrojó encima de esta muchacha, quien hacía sus necesidades en aquel momento, entre las matas de este mismo barranco. Le compramos la cloromicetina y la curamos.

Desde entonces ponía mucho más cuidado en lo que comía o bebía, cuando iba de viaje para Los Nevados. Llevaba

siempre la comida hecha en casa o las conservas de carne o de sardinas y bebía para aplacar la sed, los refrescos, directamente desde la botella.

En la medicatura trabajaba atendiendo a los pacientes en la mañana y por la tarde visitaba a los enfermos en sus domicilios, cuando me lo pedían y cuando les costaba mucho, debido a su gravedad, traerlos a la medicatura. Casi siempre iba con mi propio caballo o mula, ya que la gente, en su mayoría, era muy pobre. Nunca he cobrado a nadie por mis servicios, excepto una vez al hombre más rico del pueblo, don Leonidas Dugarte y era, cuando vacunábamos a la población contra la viruela, me mandó a decir, que quien le iba a pagar por el tiempo perdido para ir la medicatura y allá esperar a su turno, aunque no tenía sino una cuadra para llegar allí. Unos meses después se enfermó y me mandó a llamar. Pero yo le mandé a decir, quien me va iba pagar por mi viaje y la pérdida del tiempo, para ir a verlo. Y de verás me pagó los veinte bolívares para la consulta, que yo los regalé enseguida a la familia más pobre del pueblo, que casualmente era de la misma muchacha que contrajo la fiebre tifoidea debido, al echarle mi enfermera encima mis excrementos, claro, que sin verla. Pero después nos hicimos muy amigos y hasta compadres, porque fui el padrino del bautizo de su hija Sabrina, que por cierto nació sorda, pero era sumamente inteligente. Todo el pueblo me quería tener de padrino, aunque les decía, que sería mejor buscarlo entre sus parientes, ya que yo seguramente no me voy quedar para siempre con ellos. Yo les ayudaba en todo, no solo como médico, sino también como

veterinario y amigo.

El territorio de la medicatura era muy extenso. Por un lado hacia los Nevados llegaba hasta el nacimiento del río de Nuestra Señora en las páramos de Santo Domingo, donde se juntaban la Sierra Nevada con la Gran Cordillera y por el otro lado hasta Acequias y sus caseríos, de una longitud de más que cien kilómetros. Todas las comunicaciones que existían entre ellos, eran unos caminos estrechos, que muchas veces pasaban por los precipicios que daban vértigo. Para poder organizar en estas condiciones un servicio de salud, lo más eficaz posible, había que hacer algo más que asistir a los dos Dispensarios en Los Nevados y Acequias. Así si alguien se enfermara en los sitios más lejanos, tenía que caminar dos días para avisarme y otros días para regresar con las medicinas o conmigo para ver al enfermo. En este lapso de tiempo, el enfermo muchas veces o ya sanaba por si mismo o se moría. Esto me obligó a enseñar poco a poco en todos los caseríos a una persona, casi siempre al docente de la localidad o a otro individuo inteligente, para aprender de prestar a los enfermos los servicios médicos de inmediato. Les enseñé a poner las inyecciones por vía intramuscular y a los más aptos también por vía intravenosa. Los abastecí con suficientes cantidades de antibióticos, de penicilina y de sulfamidas, de antigripales, de antusígenos, de antipiréticos, de antidiarreicos, diodoquina y enterovioformo y emetina. Los enseñé a cada uno, si no le pasaba a uno la fiebre en tres días, le aplicaran la penicilina diariamente y si no le pasaba en tres día me mandaran a avisar, ya que seguramente se trataba de una

fiebre tifoidea y de otra infección grave. En este caso yo lo iba a ver, para ver si yo examinándolo, le conseguía la causa de su padecimiento. Lo mismo si tenían la diarrea con sangre y moco les aplicaran la emetina en las dosis indicadas para cada edad por vía intravenosa o al menos les dieran la diodoquina o el enterovioformo. De esta manera puse poco a poco a mis "enfermeros" y "enfermeras" en todos los caseríos en la ladera sur de la Sierra Nevada y en la ladera norte de la Gran Cordillera. Hasta en el Quinó, donde entrené al antes mencionado Sixto. En el caso de extrema gravedad y cuando no le veía otra solución, especialmente en los casos quirúrgicos los enviaba al hospital de Mérida. El traslado se efectuaba colocando al enfermo en una hamaca, amarrando la misma en un palo y entre los dos o hasta los cuatro hombres lo llevaban hasta Ejido y de allí en un carro o en la ambulancia hasta el hospital.

Nadie en el municipio tenía una letrina en su casa y muchos ni siquiera oyeron de hablar de ellas. Así como en Aricagua, hacían sus necesidades en el monte y en el pueblo lo hacían en el patio atrás de la casa, donde lo tapaban con la tierra o lo dejaban para que se lo comieran los cochinos o las gallinas. Esto era la causa principal de las parasitosis intestinales, de la gastroenteritis y de la disentería amibiana y en los casos más raros de la bacilar, especialmente graves entre la población infantil. Ya que los adultos, quienes pasaron por estos cuadros morbosos muchas veces en su vida, desarrollaron cierta resistencia hacia ellos, porque sobrevivían sólo los más fuertes. Pero la mortalidad infantil por esta causa

era muy alta. Yo les daba consejos como arreglar una letrina de una manera muy sencilla, pero sólo algunos en el mismo pueblo me hicieron caso, ya que los demás ni me escuchaban. Así que seguían con sus costumbres de antaño. Un viejito me dijo una vez, cuando lo conseguí in flagranti, haciendo sus necesidades afuera bajo una mata de tártago, que si no se agarraba con una mano de la mata, no le salía.

Por fin decidí actuar más enérgicamente. Le expliqué el problema al prefecto del municipio, Sr. Eleazar Herrera, quien era mi compadre, que en todo el país están haciendo, con mucho esfuerzo y mucha resistencia de la gente, las letrinas. Entre los dos hicimos un plan cómo llevar a cabo nuestro propósito, para que tenga el éxito. El prefecto mandó a llamar uno por uno a los comisarios de los caseríos, para no tener testigos, en el caso que se iba a descubrir el plan, que íbamos a cumplir sin ningún permiso o el conocimiento de la autoridades correspondientes. Ya que ellos insistían siempre hacer todo mediante la educación de la gente, por no conocer la mentalidad de la gente en el ambiente rural. A cada comisario se comunicó que había llegado un decreto del gobierno, que cada casa debía tener su letrina y eso en ocho días. No se les dio un plazo largo, ya que como era la costumbre en el país, se cumplía con cada decreto siempre en el último día y dando después las prórrogas, fundando las comisiones y las subcomisiones, hasta que al fin todo quedaba en nada. También se les dijo que la cosa va en serio y el que no la hacía, no podrá habitar en su casa. En los casos más rebeldes se lo va a arrestar y enviar al cabo Blanco o en la Isla

del Burro en el lago de Valencia, por irrespetar las órdenes del gobierno, ya que se trataba de proteger la salud de todos, especialmente de los niños. Todos conocían estos lugares, donde enviaban a los leprosos para su tratamiento y para aislarlos de su ambiente, para que no contagiaran especialmente a sus familiares que convivían con ellos. Esto los impresionó mucho más como si les dijéramos que van ir presos a Mérida, ya que en estos casos tendrían más posibilidad de sacarlos.

Se hizo en el pueblo una muestra, para poder saber y ver lo que se les exigía. Era como un hoyo, un poco más angosto, como para enterrar a un muerto, al cual se cubría con unas lajas de piedra, que se podían conseguir en algunos sitios del municipio o con las tablas de madera, las cuales se cubrían con la tierra, dejando de un lado del hoyo una abertura, por donde harían sus necesidades. Para no caerse en hueco, se ponía ante del hoyo una tabla donde se pararían para agacharse y otra tabla para cubrir el hueco, después de evacuar. Este hueco lo tenían que hacer lo más cerca de la casa, lo mejor en la parte posterior de la misma, ya que con eso tenían más posibilidad para ponerle un techo y una pared de bahareque, para que no los vean, cuando hacían el uso de ellas.

Esto dio un resultado increíblemente positivo. Los mismos campesinos se fiscalizaban entre ellos, si estaban usando las letrinas, ya que si se enfermaba uno de ellos del estomago, se les explicaba porque se enfermaron. Entonces iban ellos

mismos a controlar a sus vecinos, que vivían más arriba de ellos y cerca de la acequia por donde corría el agua que usaban. También se les indicó, que para beberla es mejor primero hervirla, especialmente en los puntos, donde vivía mucha gente cerca de la acequia.

El año anterior de todos esos procedimientos para mejorar el ambiente higiénico, se murieron en el municipio 72 niños y en el año siguiente sólo 21. Se salvaron sólo en un año más de 50 vidas humanas. Una vez se me quejó un vecino de un caserío, que yo acabé con sus fiestas, ya que tenían la costumbre, que cuando se moría un niño, lo vestían de angelito, lo pusieron en un altar en la sala de la casa y parrandeaban toda la noche, por la alegría de tener un nuevo angelito en el cielo. Estoy convencido que los padres del angelito no estaban tan alegres y lo hubieran querido tener más bien con ellos aquí en la tierra. Recuerdo una vez cuando iba a Los Nevados, como llevaban a un angelito a enterrar. Los borrachos iban caminando o más bien arrastrándose por todas las cuatro patas, ya que no podían caminar parados por estar llenos de miche. Cada uno llevaba una botella de miche en la mano y empujaban la urna del pobre angelito por el suelo, hasta que vino una mujer, que les quito al angelito y se lo llevó al cementerio.

En el año 1951 se me presentó la oportunidad de comprar una finca por doce mil bolívares, que adquirí por fin en ocho mil. La finca tenía unos 20 hectáreas y estaba ubicada en la loma de Las Tapiesitas en el límite con la loma de El Hato, que

pertenecía ya a Los Nevados. Tenía sus barbechos para sembrar las arvejas, los arvejones, el trigo, el maíz, las habas, el ajo y las hortalizas. También tenía sus potreros, bosques y muchos arbustos de moras, dulces y grandes como no las había visto antes. Así que me hice también el agricultor y el ganadero, aunque no tenía ninguna clase de experiencia en estas profesiones. Y esta escuela, para aprenderlo, me costó mucho dinero. Ya que la experiencia debe ser previa para meterse en un negocio. Yo lo aprendí, gastando muchísimo dinero sin ninguna necesidad, buscando el modo, para que la finca sería de alguna manera productiva. No contaba sobre todo del conocimiento de la mentalidad del campesino venezolano.



Casa principal de mi finca en Las Tapiesitas

La situación del campo venezolano era completamente distinta, de la que yo conocía en mi país de origen. En Eslovenia una finca era como un pequeño reino, que en ningún

caso se repartía entre los herederos. Siempre la heredaba el hijo mayor y si éste prefería otra profesión, el hijo que le seguía. Lo que producía la finca era para educar y arreglar el porvenir de todos sus herederos. Así se evitaba el minifundio, que es el principal disparate en Venezuela, donde la tierra se reparte entre sus herederos. Cuyo resultado final es un desastre, ya que su tamaño no produce muchas veces ni para comer y mucho menos para educar a sus hijos. De esta manera se crea un proletariado campesino, dependiente, para poder subsistir de ir trabajando por un mínimo sueldo a las haciendas circunvecinas más grandes. Eso no les cabe en la cabeza a nuestros políticos, que la mayor calamidad de este país está en el mini y no en el latifundio. También para sobrevivir en este pedacito de tierra que les tocaba por herencia, estaban obligados a tumbiar todos los arbustos y los árboles, para sembrar, lo que especialmente en los terrenos en declive producía una erosión irreparable. Al fin ya no les quedaba otra alternativa, como mudarse a una ciudad, para poder sobrevivir. De esta manera se llenaron las ciudades con esta pobre gente, ya que en las ciudades se les presentaban más oportunidades para conseguir un trabajo y así mejorar su estándar de vida. En el campo se quedaba sólo la gente más incapaz, hasta para mudarse a una ciudad. Y con esta gente tuve que lidiar yo, ya que al llegar a una finca grande se encontraban como perdidos, aunque en aquel tiempo todavía la gente no estaba tan corrompida como lo está en el día de hoy, cuando todos quieren vivir a costa de los gobiernos y trabajar lo menos posible. Si les dan un crédito, hacen las fiestas hasta que se lo comen y beben y después piden otro

crédito y hacen con él lo mismo.

La finca me servía también, cuando iba de visita a Los Nevados, para quedarme a dormir en la casa de la misma y con esto evitar de contagiarme de piojos y descansaba unas horas más, revisando mi propiedad, ya que por primera vez en mi vida, poseía una tierra que era mía, y que siempre anhelaba tener. También tenía un paisaje muy bello. Sobre la finca se elevaba el pico de León, el quinto más alto del país y parecía estar tan cerca, que uno pensaba alcanzar su cima en una hora. Esto le pareció posteriormente en una visita a mi nieto Iván y a Maya, hija de mi sobrino Tadeo, hijo de mi hermana Lori, cuando nos vino a visitar en el año 1986 a Cumaná y la llevamos a pasear por casi toda Venezuela. Cuando llegamos a la finca, se entusiasmó enseguida, ya que el paisaje se le parecía mucho a los Alpes en Europa, donde nació. Ella era muy deportista y alpinista. Además era la profesora de educación física y especializada en las subidas a las montañas. Me recuerdo, donde quiera que íbamos, siempre estaba buscando las piedras y los riscos muy empinados para subirse en ellos. En el patio del hotel Internacional de Puerto Ordaz, vio una piedra muy alta y empinada y con las paredes muy lisas, pero antes de contar hasta tres ya estaba encima gritándome. Así pasó también en la finca, ya que era un día muy claro y se veía la cima del pico León como si estuviera allí mismo al alcance de las manos. Enseguida se entusiasmó e invitó a mi nieto Iván que la acompañara. Pensaba volver en unas cuatro horas. Pero regresaron antes de dos horas, ya que se encontraron con una pared rocosa imposible de pasarla sin

estar preparados para ello. A estas montañas no sube casi nadie, así que no es como en Europa, donde los caminos en las montañas están bien marcados con unas marcas especiales para no perderse o dar un paso en falso. También los sitios peligrosos están bien asegurados con las cuerdas de acero y para subirse en una pared ya tienen las cuñas clavadas dentro de la roca, como también las cuerdas de acero inoxidable, para agarrarse de ellas. Así que volvieron todos desencantados, por no poder alcanzar la cima. La casa en la finca se encuentra a una altura de 2.500 metros sobre el nivel del mar, así que les faltaba para subir algo más de 2.000 metros y para esto se necesitaban, sólo para subir, por lo menos ocho horas y algo menos para bajar y esto siendo bien equipados.

Cuando compré la finca, busqué a una familia pobre que la cuidara e hice con ellos un contrato. Yo les daba el techo, la tierra y las semillas y ellos el trabajo y la cosecha, nos íbamos a repartir a medias.

De esta manera pude constatar porqué estos pobres campesinos no progresan. Ellos no tienen ninguna ambición, ni amor a la tierra y no la cuidan en absoluto. En lugar de desramar los árboles para conseguir las leñas, los tumbaban y esto los más cercanos a la casa. Así que tuve que darles el ultimátum, si me tumban un solo árbol, en este momento se acabó el contrato, que hicimos. Claro, que no todos los campesinos son así, pero generalmente los más pobres e incapaces, ya que les daba pereza de subirse a un árbol y

desramarlo. Cuando llegó la cosecha, se presentó otra calamida, ya que nunca antes en su vida vieron tanta arveja junta y no tenían ninguna experiencia de que manera guardarla. La amontonaron en la sala, sin secarla antes en el sol. Así que se perdió casi toda, ya que la acumularon en un montón en la sala donde, se sobrecalentó y se pudrió casi toda. De esto me di cuenta yo y no ellos, cuando en una visita a la finca puse la mano en el montón para ver cómo quedó y tuve que sacar la mano de inmediato por el calor que sentí. Les traje de Los Nevados una carga de ajos, para sembrarlo en el jardín de la casa y al fin no conseguí en la cosecha ni la cantidad que les traje para sembrar. Era evidente que vendieron la gran parte de la carga y no lo sembraron. Así que este método no me dio resultado. Tenían las vacas de ordeño para tener la leche, siquiera para sus niños, pero no las ordeñaban, así que tenía que mandarles la leche para los niños, desde el pueblo.

Entonces probé otro método. Agrandé el tamaño de la finca comprando las tierras a otros cuatro vecinos que las vendían. Busqué a un joven del pueblo y lo envié a la finca como mayordomo. También cercamos toda la propiedad con cinco hileras de alambras de púas y empezamos a reforestar la tierra especialmente alrededor de la casa principal, ya que en los terrenos que acababa de comprar habían otras tres casas más pequeñas. Especialmente sembramos los alisos a lo largo de la acequia que abastecía con el agua a la casa y de esta manera tenían el constante riego para prender y crecer más rápido. También traje de Mérida del Ministerio de Agricultura y Cría un pasto desconocido en esta región. Era un trébol blanco

muy común en Europa, donde lo sembraban especialmente alrededor de las casas, para tener siempre cerca un pasto fresco para el ganado. A este pasto en el principio el ganado no lo comía, porque nunca lo vio y tampoco comió. Así que se extendió por muchas partes de los potreros y especialmente alrededor de la casa. Al fin el ganado se enamoró de él, pero no digería a las semillas, así que donde cayó una bosta, allí se formaba un nuevo césped del pasto. A cabo de unos meses, cuando iba a la finca, me acostaba sobre el y pensaba que me encuentro en mi país natal. Al mayordomo le pagaba un sueldo semanal y le entregaba el dinero para pagar a los obreros y en esto se me fue casi todo mi sueldo. Después de unos meses, ya que el dinero que estaba pagando semanalmente, el monto iba en constante aumento y por fin era evidente que estaba pasando algo anormal. Entonces hice un viaje de sorpresa a la finca. Pero no fui a la casa directamente, sino que me escondí arriba de la casa en el bosque y con mis binóculos observé, que nadie estaba trabajando en los barbechos, pero la casa estaba llena de gente, porque celebraban una fiesta, bailando y gritando en el patio central de la casa. Lo que pude distinguir entre los gritos era : "¡Que viva el motor, que viva!" Creo que querían decir, el doctor. Sin dejarme ver, regresé al pueblo.

El próximo fin de semana, cuando el "mayordomo" se apareció con su lista de cuentas, no me dijo nada de la fiesta y me entregó la lista de los jornales de los obreros, que debía pagar. Entonces yo le exigí que escribiera en un papel con calma los nombres de los obreros y dónde y con quién trabajaba cada quien. Hablé con el prefecto, quien era mi

compadre y le expliqué el problema y el plan que tenía para comprobar que me estaban robando.



Montado en mi mula blanca

Cuando el mayordomo trajo la lista con los nombres y apellidos de los obreros y dónde y con quién trabajaba cada quien, el prefecto citó a todos los anotados en lista para que se presentaran en la prefectura para pagarles yo personalmente a cada quien lo que le correspondía. A cada uno lo interrogamos personalmente entre los dos, dónde y con quién trabajó

durante la semana pasada. Lo que pudimos constatar que todo salió en completo desacuerdo con la lista que presentó el "mayordomo". Cuando terminó el interrogatorio el prefecto llamó a todos y les explicó que lo que hacían era un engaño y un robo, castigado por la ley con la cárcel. Claro que despedí enseguida al "mayordomo" y respecto a los obreros le dije al prefecto que no valía la pena de demandarlos y que los dejara ir. Entonces busqué de nuevo a una familia pobre e hicimos el contrato a medias como con la primera familia. Con esto me quité encima tanto gasto, que me dejaba prácticamente sin dinero.

En esto me vino de la Unidad Sanitaria de Mérida un aviso, que me presentara enseguida en su despacho. Allí me recibió el médico jefe de la misma, Dr. Sequera y me comunicó que le vino del ministerio una orden, que debía trasladarme enseguida a la Unidad Sanitaria de Santa Teresa del Tuy, en el estado Miranda, para asistir allí a un curso de tres meses sobre las enfermedades tropicales. Tuve que firmar un documento, en el cual me comprometía de quedar cesante de mi cargo, si no pasaba el examen final. Yo estaba casi sin dinero, ya que todos mis ahorros los había gastado en comprar la finca y a unos terrenos más y arreglándolos, colocándoles en sus límites el alambrado de púas. Además este episodio con el "mayordomo", me costó un dineral. Regresé a El Morro, recogiendo todo lo que me quedaba del dinero y me trasladé a Santa Teresa del Tuy por tierra, ya que así me resultó mucho más barato. Durante estos tres meses no nos pagaban ningún sueldo, pero sí nos daban el alojamiento en una pensión de la

localidad, cerca de la Unidad Sanitaria y la comida. De Caracas venían los profesores a impartirnos las clases, sobre todo sobre las enfermedades tropicales. Una vez nos trasladamos a Maracay para escuchar al Dr. Arnoldo Gabaldón, el héroe en la lucha contra el paludismo en el país, quien prácticamente erradicó esta enfermedad en el país. Posteriormente, después de su muerte se descuidaron mucho y el paludismo de nuevo apareció y se radicó en algunas zonas del país.

El director del curso era Dr. Víctor Obregón, una persona magnífica, me explicó, que me mandaron a este curso porque me acusaron, desde la Unidad Sanitaria de Mérida, de estar trabajando como un brujo y que entrené una cantidad de personas, que no tenían el más mínimo conocimiento de la medicina, para medicar a los enfermos según su propio criterio. Esto explica un completo desconocimiento, que tenían las autoridades sanitarias de Venezuela, sobre los problemas sanitarios en las zonas rurales, pensando que estábamos viviendo en Suiza.

En Santa Teresa del Tuy, al contrario, se interesaron muchísimo sobre mi organización de la medicatura, así que vino de Caracas para interrogarme Dr. Eduardo López, un ecuatoriano, a quien envió Dr. Ignacio Baldó y anotaba escrupulosamente todo lo que le decía. Le conté también como construimos en todo el municipio las letrinas, aunque, claro, no le dije como engañamos a la gente, para que las hicieran. No me lo quisieron creer, ya que ellos hacían las letrinas en la

región de Barlovento y les costaba cada una más de 500 bolívares, pero los campesinos las usaban para dormir en ellas cuando llovía, ya que tenían el techo mucho mejor que sus viviendas.

Como me sorprendió un año después, cuando leí un artículo del Dr. Ignacio Baldó sobre la medicina simplificada. Prácticamente la copia, de lo que le dictaba yo a su asistente, Dr. Eduardo López, en Santa Teresa de Tuy. Y pensando que por una cosa así, reconocida como correcta, por la máxima autoridad sanitaria de Venezuela, que la representaba Dr. Baldó, me iban a expulsar de mi medicatura y probablemente prohibir el ejercicio de la medicina como empleado del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Entonces no tendría otra salida que irme a El Morro como un simple campesino, trabajando en mi finca para sobrevivir. Y después probar de alguna manera revalidar mi título de médico en alguna universidad venezolana, lo que me sería muy difícil, por mis antecedentes.

El curso tenía también como el propósito de observarnos, ya que sospechaban que algunos de nosotros no éramos médicos y habíamos presentado nuestros diplomas falsificados. Cuando se presentó el tiempo del examen final, vino una comisión del Ministerio de Caracas y nos examinaron primero por vía escrita y después, uno por uno, vía oral. A un total de más de 20 médicos. Yo me preparé muy bien, así que sabía el libro sobre las enfermedades tropicales prácticamente de memoria y no solamente esto, sino que le dije a uno de los

colegas italianos que hacían el curso junto conmigo, que me preguntara cualquier cosa del libro y yo no solo se la voy a contestar, sino también a decir, en qué página y en qué línea está descrita la respuesta que me iba a preguntar.

En el examen salí con 20 puntos, el mejor del curso. Entre todos que cursamos, consiguieron sólo a un cubano, quien no era médico, sino al parecer un enfermero. Cuando todo terminó nos dieron "de alta", con la orden que cada quien regresara a su medicatura. Pero yo estaba sin dinero y no tenía como regresar a El Morro. Debí ir por tierra pidiendo la cola a los camioneros y pidiendo la limosna para poder comer. De suerte me prestó uno de los italianos (300 bolívares), Dr. Compagnucci, quien hacía el curso conmigo, y trabajaba en una medicatura en el estado Falcón. Así que pude regresar a El Morro.

Cuando llegué a Mérida, esta vez por avión, que costaba en aquel entonces 140 bolívares. Me fui a la Unidad Sanitaria y presenté allí mi nuevo nombramiento. Mientras estuve ausente, el pueblo estaba sin médico, pero las maestras y los demás que yo entrené, siguieron trabajando en la medicina simplificada, el nombre que le puso Dr. Baldó, aunque la gente tuvo que comprar las medicinas.

Un poco después de regresar a El Morro, enviaron del Ministerio una comisión para ver y estudiar directamente el caso de las letrinas, ya que no podían creer que esto fuera la verdad. Cuando la gente supo que llegaron de Caracas

controlar si de verdad hicieron las letrinas y si las estaban usando, se asustaron mucho. Llenaron las letrinas hasta con la bosta de las vacas y los excrementos de los cochinos, ya que todos tenían miedo que los van a enviar al Cabo Blanco a la Isla del Burro. Cuando la comisión vio que todo era verdad y que todas las casas, que revisaron tenían a su letrina, a la cual la gente usaba, entonces nos avisaron que van a enviar de Caracas el cemento necesario, o sea media paca para cada casa, unas cabillas, dos goznes y la tapa para tapar el orificio, por donde hacían sus necesidades. En el pueblo entrenaron a unos obreros, como hacer una placa de cemento armado para tapar la parte del hoyo por donde hacían sus necesidades. En cada casa eran obligados ir a un depósito en Ejido a recoger los materiales que se necesitaban para hacer la placa y además preparar tres sacos de arena. Entonces los obreros entrenados, iban de casa a casa con sus moldes de hierro y con la pala para hacer la placa de cemento armado con su respectiva tapa.

Cuando regresé a El Morro, años después, todavía la mayoría de las casas tenían estas letrinas, aunque algunos las mejoraron según sus posibilidades económicas y su mentalidad.

Un poco después de regresar a El Morro, se me presentó una magnífica oportunidad. Uno de sus principales comerciantes, decidió a instancias de su mujer, quien no era de El Morro, sino era la hermana de un sacerdote, quien estuvo varios años el párroco en este pueblo, a vender todas sus

propiedades en El Morro y mudarse a Ejido. El párroco era de apellido Alarcón y oriundo de Guaraque del mismo estado Mérida. Posteriormente fue nombrado como el vicario general de la arquidiócesis de Mérida. El comerciante que vendía era Juan María Dugarte y necesitaba a alguien interesado de comprar a su casa, en la cual tenía también su tienda y un gran solar, unos 50 metros más arriba de la plaza Bolívar, todo sembrado con árboles frutales, ceibas, café, cambures, caña de azúcar etc., con una vista preciosa a todo el panorama del valle del río de Nuestra Señora. En el solar tenía también una casa y el molino. Pero necesitaba a alguien con el dinero en efectivo, ya que lo necesitaba para comprar una propiedad en Ejido, que estaba en venta en un sitio muy especial, donde llegaban todos los cargamentos de café de Aricagua y también toda la producción de El Morro. Por eso me los ofreció a mí, pensando que yo seguramente tenía para pagarle en efectivo. Claro que varios en el pueblo tenían ganas de comprarle, pero no contaban con suficiente dinero en efectivo. Entonces le expliqué, que yo sí tenía el interés de comprarle, pero tampoco tenía en este momento los seis mil bolívares, que pedía por las dos cosas, por haber gastado todo el dinero para comprar la finca y arreglarla, y que le podía facilitar este dinero en tres meses, pero él lo necesitaba en 15 días y yo no tenía en este momento sino mil bolívares. Entonces me vino una idea. Fui a Mérida al Banco Agrícola y Pecuario, pedir un crédito de cinco mil bolívares, para financiar una siembra de ajos en mi finca y que por este préstamo les hipotecaba mi finca. En el banco me dijeron que el dinero estaba disponible, pero que necesitaba dos fiadores que firmaran junto conmigo, por si a caso a mí me

pasara algo, para obligarse ellos a pagar mi deuda al banco. Regresé al pueblo y le dije al vendedor Sr. Juan María Dugarte, que el banco me daba los cinco mil bolívares, pero necesitaba dos fiadores y que esto podían ser él y su hermano. Volvimos los tres a Mérida al Banco Agrícola y Pecuario y en verdad me dieron los cinco mil bolívares, así que tenía los seis mil necesarios para comprarle sus propiedades en El Morro. De esta manera me hice dueño de una casa en la calle principal del mismo pueblo, con su local para la tienda y de otra más pequeña y bastante deteriorada en un bello solar y un molino que trabajaba mediante el chorro del agua de la acequia que caía sobre una rueda de paletas de madera con esto me aseguré, si me pasaba de nuevo algún problema, como cuando me obligaron a renunciar a mi cargo y me enviaron a Santa Teresa del Tuy, de vivir más cómodo en el pueblo. Y de esta manera poder estudiar de una manera más fácil para la reválida de mi título de médico y con esto el derecho de trabajar como médico en cualquier sitio del país por mi cuenta, ya que en la finca sería esto mucho más difícil.

Arreglé el molino y circundé al solar con un muro de tapias de casi tres meses de altura. Para esto se necesitaban muchas tejas, así como para cubrir esta tapia, como también, para poner a la casita del solar un nuevo techo, ya que pensaba arreglarla para servirme de mi vivienda. Para resolver este problema mandé hacer en el mismo solar un horno para quemar las tejas. En Los Nevados conocí a don Silverio, quien era experto en hacer tejas. Él hizo también el plan para construir el horno en mi solar y buscó a varias arcillas, que se

encontraban en los lugares cercanos, para hacer de ellas la mezcla correcta para que las tejas quedarían de primera calidad. La leña necesaria para quemarlas en el horno conseguimos en el mismo solar, donde había unos árboles secos y muchas ramas secas en el suelo. Hicimos sólo dos quemas y con estas tenía suficientes tejas para cumplir con mis planes. También construí en el patio interior de la casa una piscina de ocho por cinco metros y de dos metros de profundidad en su parte más honda. Todo el material para construirla, tuvimos que traer a lomo de los hombres y de mulas de Ejido o sea el cemento y las cabillas. La arena la trajimos de la quebrada de Mucusá, distante unos quinientos metros. Como el agua era muy fría, por tener la quebrada su origen en la Sierra Nevada, de la cual se abastecía la acequia, que llevaba el agua al pueblo, hice otro invento. Compré bastantes tubos de media pulgada y los pegué en zig-zag en una pared, donde pegaba el sol con toda su fuerza durante todas las tardes y calentaba el agua. Puse también una ducha, conectada a la tubería de esta agua caliente y la mezclaba con otra que venía directamente de la tubería del acueducto y con eso obtenía el agua con la temperatura que deseaba. Claro que debía bañarme por las tardes, cuando había sol, lo que en El Morro no presentaba ningún problema, ya que en el propio pueblo no llovía casi nunca, aunque llovía en todos los rincones de las montañas. El tanque del acueducto del pueblo se encontraba también en mi solar y se necesitaba muchas veces limpiar la reja que filtraba el agua, ya que se tapaba con las hojas y otra basura. Para esto tenía el municipio un empleado, a quien se le dio la llave de la puerta del solar, pero muchas

veces la destapaba yo mismo, cuando vivía ya en la casa del solar. Yo tenía a un empleado y a veces dos, que regaban y limpiaban al solar, cortaban el pasto para las seis mulas que tenía, mantenían el molino trabajando todas noches y de día cuando había suficiente agua y no les tocaba el riego a los solares de arriba. La gente traía el trigo y nosotros lo cambiábamos enseguida por cada 27 libras de trigo, les dábamos 25 libras de harina sin cernir. De esta manera necesitaban hacer un solo viaje y como no había otro molino en todo el municipio no nos faltaba nunca el trabajo.

En el año 1952 me visitó un paisano, Antonio Jakoš (Yákosh), quien vino a Venezuela con el mismo barco que yo y estaba trabajando como herrero en una compañía petrolera en Maracaibo. El no sabía montar a caballo y se vino a pie. Cuando lo llevé a la finca se quedó entusiasmado, ya que el paisaje era idéntico al de las montañas de nuestro país natal. El me dijo, que yo no sabía lo que tenía y que él estaba dispuesto a renunciar a su trabajo en Maracaibo y venir a encargarse de la finca. Era justamente la época, en la cual se acabó la cosecha y su repartición y también el contrato con la familia que la asistía. El soñaba con una cría de cochinos y producir los perniles ahumados, que Venezuela en aquel tiempo importaba especialmente de Italia. Además de hacer salchichones tipo de la Colonia Tovar y el jamón, pero no al que vendían en aquel tiempo en el comercio, sino el verdadero prosciutto y todas las demás partes del cochino impregnadas en la salmuera y después expuestas al humo de la chimenea para ahumarlas. De veras cuando hizo los primeros y los

probamos, salieron magníficos, y eran iguales a las que estábamos acostumbrados a comer en Eslovenia y Alemania. El humo nunca faltaba, ya que cocinaban en el campo con la leña y había siempre en la cocina demasiado humo.

Construyó directamente una ciudad de los cochinos de la raza Yorkshire. Tenía esta ciudad su maternidad, su patio para los cochinitos pequeños y otra parte para el engorde, con sus casitas cubiertas con techo de tejas. Por los patios pasaba siempre un chorro de agua fresca, así que los cochinos vivían allí con todo el gusto.

Un tiempo todo iba bien, pero mi paisano no sabía manejar a la gente. Pensaba que estaba en Europa o en las petroleras. Ponía el reloj y si uno se tardaba un poco y no llegaba a las ocho de la mañana, no lo recibía. El no sabía que la gente del lugar no vivía por el reloj, ya que no lo tenían, sino se regían por sol y por sus costumbres y su instinto.

Una vez cuando visité la finca, me sorprendieron unos gritos que provenían de uno de los cuartos de la casa. Le pregunté porqué esta gritazón, y me dijo que eran de un hombre, llamado Rómulo Sánchez, al que dejó encargado de cuidar los cochinos y la finca, mientras él hacía una diligencia en Mérida. Me contó, que cuando regresó, consiguió que el hombre, a quien dejó encargado de cuidar la finca, se descuidó y no se dio cuenta que la zanja, por donde pasaba el agua para el patio de los cochinos se había tapado con las hojas de los árboles, así que estaban los cochinos sin agua, quién sabe

cuánto tiempo. Entonces no dijo nada, le agradeció al hombre y le dio a comer un pedazo grande del jamón salado. El hombre se lo comió con todo el gusto, pero acto seguido, lo invitó que pasara al cuarto, para pagarle por su trabajo y enseguida cerró, con el hombre adentro, la puerta del cuarto con la llave. La comida salada le produjo al hombre una sed enorme y pedía a gritos el agua. Pero Antonio le dijo, que lo va a dejar dos días encerrado, para que aprenda cómo se sentían sus cochinos sin agua. Claro, que yo le abrí la puerta del cuarto enseguida y el hombre ni siquiera nos miró y corrió al tubo de agua. Parecía que no le va alcanzar el agua que venía por el tubo. Yo le dije que descansara un poco y después de un rato tomara más, ya que tanta agua tomada de un solo golpe hasta le podía romper su estomago o que se le diluyera demasiado la sangre y por falta de los electrólitos producirle un paro cardíaco.

De esta manera Antonio se hizo muchos enemigos que le cortaban el alambre de la cerca y le metían su ganado en el trigo y otros sembradíos y le hacían la vida imposible. Así que un día Antonio desapareció, sin despedirse de nadie, ni de mí. Algún tiempo después supe que se fue para Caracas, se casó con una paisana y se puso a trabajar por su cuenta en su profesión como herrero. Fue un excelente trabajador, pero muy mal cobrador. La gente lo engañaba con facilidad, porque pensaba, que todos son tan honestos como él. Yo posteriormente, cuando ya trabajaba en Cumaná, hablé con él y le aconsejé que buscara a una persona que se encargara a cobrarle por sus trabajos, pero no siguió mi consejo, sino que

se empleó en el taller de un alemán que estaba situado en la Fila de Mariches. Pero, ya antes, con muchos sacrificios edificó una casa en Los Chorros. Fue el quien me aviso , que su vecino, un arquitecto español, vendía su casa, para mudarse en un apartamento, ya que vivía solo con su mujer. Así que compré esta casa, que regalé posteriormente a mi hija que estaba estudiando la medicina. Ella vivía en el apartamento de arriba y tenía alquilado el apartamento de abajo y con esto se mantenía más o menos. Cuando no le alcanzó lo que pagaba el inquilino, hizo un curso de alta costura y se mantenía también con lo que se ganaba con ella. Antonio se enamoró de Mariches, donde compró un terreno y poco a poco iba construyendo allí una quinta, que nunca terminó. Se pasaba toda su vida libre, en este terreno que lo amaba con todo su corazón. También me entusiasmó a mí, ya que el lugar era de veras muy bello, situado en la falda sobre la laguna de la Pereza y en frente del Parque Nacional de Mariches. Compré allí el terreno al lado del suyo y construí allí una quinta, con el propósito de vivir allí con mi hija y mis nietos y sus familias, cuando me jubilara, y pasar allí en un clima tan magnífico y con tranquilidad, mi vejez. Construí en el terreno hasta una cancha de tenis, que era, aparte del fútbol, el deporte favorito en mi juventud.

Su salida de la finca me ocasionó un nuevo problema, ¿qué hacer con todos esos cochinos? Los más gordos los tuvimos que matar, su grasa convertir en manteca y chicharrón y las demás partes las pusimos en salmuera y las ahumamos y de esta manera pudimos, una parte vender y otra parte

guardar, para comerlas nosotros mismos poco a poco. A los demás cochinos que no eran tan gordos los trasladamos caminando al pueblo y los encerramos en el patio interno de mi casita del solar, que la estaba reparando para mi vivienda. Eran más de cincuenta, de todos los tamaños. Se vendieron algunos a los comerciantes ambulantes y los demás los cambié por las telas y la ropa a un comerciante, que trajo mercancía para ponerla en venta en una fiesta del pueblo y la puse después en venta en la tienda de mi casa, situada en la calle principal del pueblo, que fundé en la sociedad con Rafael Antonio , hermano de mi enfermera Elisa. Él atendía la tienda y yo ponía el local y las mulas para traer las mercancías de Ejido o de Mérida y las ganancias nos repartíamos a medias. Allí se vendieron estas telas y la ropa poco a poco. De esta manera solucioné el problema con los cochinos.

En la finca conseguí de nuevo una familia pobre que se comprometió a cuidar la casa y los animales y de nuevo hicimos el contrato a medias, en lo cual ya tenía la experiencia y que era el único, que no me ocasionaba gastos innecesarios. De esta manera la finca no producía mucho, pero tampoco yo no gastaba más mi dinero para mantenerla. El hombre que la cuidaba me traía de tiempo a tiempo algún queso, las arvejas, las papas, el trigo, la cebada, las habas, el maíz y especialmente las moras, cuando hubo la cosecha. Pero lo más importante era que yo no gastaba mi dinero, ya que antes no me alcanzaba, lo que ganaba, para mantener al mayordomo y a sus compinches. Toda escuela cuesta y a mí me costó bastante para comprender, que con la agricultura en este país,

al menos en pequeño, no sirve para hacer el negocio y para producir mucha ganancia.

En eso recibí de mi casa una carta de mi hermana Ela a quien después de tres años de trabajos forzados, las autoridades comunistas, dejaron libre. Ella me escribió, que el gobierno comunista, que abolió toda la propiedad privada, les mudó de su apartamento a uno mucho más pequeño en otra zona de la ciudad, mucho más lejos del centro de la ciudad de Ljubljana y me envió la nueva dirección. También me escribió que mamá estaba muy enferma, y debido a su hipertensión arterial padecía de insuficiencia cardíaca y estaba bajo constante control médico. Lo mismo que pasaban por muchas necesidades, ya que la comida que les destinaban las autoridades según las cartulinas, no les alcanzaban para todo el mes y que la ayuda que yo les enviaba, se les acabó ya hace mucho tiempo. Es verdad, que yo , debido a todos los problemas que se me presentaban uno tras otro, me olvidé de ellos y tampoco tenía como ayudarles, ya que yo mismo me encontraba en aprietos todo el tiempo. Mi esposa Mihela se graduó mientras tanto en el año 1950 de médico y trabajaba en el servicio de pediatría en el hospital de Celje(Tsélle), la tercera ciudad de Eslovenia, según el número de sus habitantes y que le iba muy bien y no necesitaba ninguna ayuda. Vivía en un apartamento con nuestra hija, quien iba al Kinder y estaba allí todo el tiempo, mientras ella trabajaba en el hospital. Enseguida le escribí a Ela y envié los dólares a la firma de Citrus en Trieste, de donde les enviaron la primera ayuda, aunque ésta tardaba, debido al correo y los demás trámites.

También recibí otra carta de mi hermana Lori para que les enviara el oro, para poderse arreglar sus dientes, ya que en Eslovenia era carísimo, en comparación con lo que ellos ganaban y el gobierno les procuraba el trabajo del dentista gratis, pero no el oro. ¿Pero de dónde podía yo conseguir este oro aquí en El Morro? Al consultar a algunos de mis amigos, me dijeron, que don Leonidas Dugarte, el hombre más rico del pueblo y mi compadre lo tenía seguramente guardado en forma de las morocotas, que se usaban en los decenios anteriores, como dinero. Me dijeron que tenía actualmente cada morocota, el precio de cien bolívares. Hablé con don Leonidas y le ofrecí por una morocota ciento cuarenta bolívares y me dijo si en verdad le iba dar esta cantidad, que venga el día siguiente y me la daba. Cuando la tenía en mis manos, no sabía cómo enviarla por la vía más rápida posible. Entonces compré una lata de sardinas, le hicimos por un lado una rasgadura. Partí la morocota en cuatro pedacitos y los envolví en tela adhesiva y los metí en la lata. Uno del pueblo que se ocupaba de la latonería, me soldó la rasgadura y la cubrimos con la etiqueta original, que traía la misma lata y así nadie pensaría que había sido abierta. La envié certificada por vía aérea, a la nueva dirección de mi hermana Ela. Ella me escribió después, cuando abrieron la lata, consiguieron adentro las sardinas completamente podridas. Ya pensaban echarlas a la basura, cuando se dieron cuenta que contenía unos pedacitos envueltos en tela adhesiva y de esta manera recibieron suficiente oro para arreglarse a sus dentaduras. Yo ne les escribí de qué manera les envié el oro, ya que la censura abría cada carta , que llegaba del extranjero. Puede ser que de esta

manera se hubieran dado cuenta y les confiscarían el oro.

En el mes de mayo del 1953 recibí una carta de mi hermana Ela, que se murió mi mamá, por haberle fallado su corazón enfermo. La enterraron en el cementerio de Ljubljana junto a mi padre. Los paquetas de alimentos, que les envié, no los pudo ver, ya llegaron dos días después. Así que quedaron las tres hermanitas solas. La única de ellas que tenía empleo era mi hermana Vera, quien era maestra. Ela estaba buscando el trabajo y Silva estaba estudiando en la universidad.

LA VENIDA SORPRENDENTE DE MI ESPOSA E HIJA

En el mes de noviembre del mismo año 1953, llegaron por fin mi esposa con nuestra hija. Antes de esta fecha no las dejaba salir la dictadura comunista, que se apoderó del poder en Yugoslavia. En la reunión de Yalta, donde se reunieron los presidentes, el norteamericano Roosevelt, el primer ministro inglés Churchill y el dictador ruso Stalin y dividieron contra todos los reglamentos de los derechos humanos y de la libre decisión de los pueblos, a Europa. A Yugoslavia le tocaba el fifty-fifty entre el bloque comunista y el bloque pro-occidental. Así que el primer gobierno, de acuerdo con el contrato de Yalta fue la mitad comunista y la otra mitad nacionalista. Pero el que conoce el comunismo, sabe que la convivencia con ellos es imposible. Así que al poco tiempo después, los comunistas se apoderaron por completo del poder. A los ministros pro-

occidentales los eliminaron o los expulsaron del país. El occidente no protestó por este incumplimiento del acuerdo de Yalta ni con una palabra, ya que Yugoslavia no les interesaba para nada. Mientras tanto, en Grecia, que le tocó, según el acuerdo, el 100% al occidente, cuando los comunistas intentaron apoderarse del poder con fuerza, desembarcaron las tropas inglesas y aniquilaron a la guerrilla comunista, ya que este país sí era importante, especialmente para los ingleses, porque de allí se controlaba todo el tráfico por el mar Mediterráneo.

Se calcula, que por órdenes del "mariscal" Tito, el líder del partido comunista yugoslavo, se eliminaron, después de la guerra y sin ninguna clase de juicio, alrededor de dos millones de personas, en su mayoría los croatas y también unas decenas de miles de eslovenos. Casi todos no fueron sólo ajusticiados, sino también martirizados de las maneras humanamente casi indescriptibles. Como no tenían cómo enterrarlos, llenaban con los cadáveres unas fosas naturales que abundan en ciertas partes de Eslovenia. Algunos de ellos hasta vivos o semi-vivos, de quienes algunos salieron con vida, a pesar de haberlas después dinamitado. Se salvaron directamente por un milagro, ya que Dios no podía permitir que se quedaran estos crímenes ocultos ante la historia. Algunos de estos que se salvaron, describieron después todo lo que debieron sufrir, antes de pegarles un tiro en la nuca y empujándolos para que caer en la fosa. Claro, que a estos que quedaron vivos el tiro no les dañó a la columna cervical o cayeron en la fosa antes de alcanzarles el tiro. Después que

sus verdugos se fueron algunos de ellos pudieron salir y de esta manera salvarse.



Mi esposa Mihela y mi hija Darja

A otros, en su mayoría croatas, los sorprendieron los comunistas en las carreteras por las cuales huían hacia el occidente, para resguardarse en Austria. Pero al llegar a la frontera, los ingleses no los dejaban pasar. Así que quedaron a la merced de los comunistas, que los mataron a todos, inclusive a las mujeres y a los niños. Ya que no tenían cómo enterrar a esta multitud de cadáveres, llenaban con ellos las zanjas antitanques, que construyeron los alemanes durante la guerra y les echaban encima la tierra con la maquinaria. Se

calcula que mataron de esta manera sólo en Eslovenia a unos tres cientos mil croatas.

Los croatas tenían durante la segunda guerra mundial su estado libre, dirigido por los nacionalistas extremos, llamados Ustaši (Ustashi) que eran aliados de los alemanes. Pero en la mayoría de los casos estas familias asesinadas no tenían nada que ver con la política y dejaron sus hogares y huían al occidente por miedo a los comunistas y porque eran católicos. Esto era suficiente causa para que los comunistas los consideraran como traidores a la patria y para aniquilarlos.

Todo el mundo habla de los seis millones judíos, muertos en los campos de concentración por los nazis, pero nadie habla de más o menos del mismo número de polacos, quienes fueron aniquilados por los nazis y por los comunistas por métodos mucho más crueles, que los judíos, que fueron liquidados en las cámaras de gas, pensando que los van a duchar. Lo mismo nunca se ha leído de dos millones de serbios, macedonios, eslovenos y ante todo los croatas asesinados por las órdenes del "mariscal" Tito. Parece que los comunistas para propagar su ideología tienen pleno derecho de utilizar todos los medios a su disposición, aun los más inhumanos, para conseguir sus propósitos.

Más de medio siglo quiso el gobierno comunista por todos los medios posibles a mantener en secreto estos terribles crímenes, cometidos por ellos durante y especialmente después que terminó la guerra. Cuando ya no lo podían negar,

después que perdieron el poder en Yugoslavia, que se desmoronó en seis pedazos, entonces inventaron que eran las víctimas de la guerra y no asesinados por ellos. Si no fuera por estos testigos, tan evidentes y salvados milagrosamente de sus tumbas, sus mentiras prosperarían.

Todo el mundo, sin pensarlo mucho, creyó en estas mentirosas explicaciones comunistas y tuvo que ser el papa Juan Pablo II, en una visita a Eslovenia, quien recordó a estos mártires, que dieron su vida por su ideología cristiana. Si fueran estos diez y diez miles de nuestros mártires, Italianos, ya muchos de ellos los hubieran canonizado y puesto en los altares. Por fin también los comunistas no pudieron más negarlo, y entonces dijeron que todos estos liquidados eran traidores a la patria. ¿Pero como pueda haber tantos traidores? y ¿Cómo lo pueden ser tantas familias enteras con los niños y las mujeres embarazadas? Es increíble, como este mundo, que vive a espaldas de los mandamientos de Dios y de los más elementales derechos humanos, cree todas estas mentiras que están propagando estos ateos y aceptan, que para conseguir sus propósitos y para que sus "revoluciones" tengan éxito, les estaba permitido todo, aun los crímenes mas horribles. Y si uno los critica, enseguida lo tildan de fascista, oligarca, golpista o de traidor a la patria.

En las siguientes páginas voy a presentar, tres casos descritos por los mismos sobrevivientes, que entre muchos escogí, contados por ellos mismos, para que se puedan siquiera imaginar un poco, cuanto tuvieron que sufrir estos

mártires, antes de morir. Tanto más, porque por un milagro, no corrí también yo la misma suerte, si no me hubiera ordenado, en el campamento de Vetrinj, Dr. Iglich bajar de un camión inglés. Cuando no me quise bajar, me bajaron con fuerza, jalándome por las piernas y arrastrándome ante los ojos de los soldados ingleses, que ni se movieron para impedirlo. La razón de este procedimiento fue, que el único del todo el cuerpo sanitario, que entendía inglés era yo, para que fuera su intérprete, ya que fue nombrado el nuevo comandante de este cuerpo. Todos pensábamos entonces que nos iban a llevar a Italia, pero nos traicionaron de la manera más repugnante.

La mayoría de estos relatos se publicitaron después del año 1990 cuando se acabó el comunismo en Yugoslavia, cuando ésta se partió en seis pedazos, ya que cada nacionalidad, que la componía, quería ser libre y tener su estado libre. Publicarlos antes era peligroso, ya que sus familiares y las demás personas que les estaban ayudando en esta fuga, corrían el peligro de sufrir las represalias por el gobierno comunista.

PRIMER RELATO

**Mi Teharje (Téjarie): Uno de los lugares donde sufrieron más martirios los eslovenos anticomunistas
Descrito por Pauci Eiletz (Pauchi Ailetz).**

Tenía yo 16 años, cuando fuimos devueltos a Eslovenia

de Vetrinj, Austria, junto con mi hermana Apolonia, dos años mayor que yo, y entregados a los comunistas de Tito por los ingleses. Esta descripción fue escrita dos años después en mi diario, pero publicada en el año 1995.

En el mes de mayo de 1945, al final de la segunda guerra mundial todo el mundo se alegraba por terminar esta carnicería. Los aliados celebraban su victoria sobre el fascismo y el nazismo. También nosotros los eslovenos democráticos estábamos esperando que nos liberaran de la ocupación alemana, y también que no fuésemos a caer en otro terror peor, el comunismo. Pero las tropas aliadas se pararon en Trieste y no siguieron avanzando.

Nosotros no sabíamos que nuestro futuro había sido decidido en febrero de 1945, en Yalta, donde celebraron su reunión Roosevelt, Churchill y Stalin y se dividieron entre sí a Europa sin tomar en cuenta ninguna opinión de estas naciones. Yugoslavia y con ella Eslovenia cayó en la trampa de ser repartida por partes iguales entre los comunistas y nacionalistas. Así que en lugar de venir los aliados para protegernos, avanzaban las hordas comunistas, protegidas por el ejército ruso que sembraban terror por donde pasaban, a pesar que, según el acuerdo de Yalta, tenían prohibido de entrar en el territorio yugoslavo. Esto lo cumplieron sólo los aliados pero no la Unión Soviética.

Con mi hermana Apolonia estudiábamos en Ljubljana y vivíamos en el Instituto de las hermanas ursulinas, que se

ocupaban de la educación de las jóvenes muchachas en Šiška (Shishka), un suburbio de Ljubljana. Nuestros padres se retiraron de Logatec, donde vivían hacia la frontera con Italia y la pasaron felizmente, como lo supimos posteriormente. Pero nosotros, que estábamos en Ljubljana nos retiramos el día 7 de mayo del año 1945 y nos reunimos con el río de la gente que huía de las hordas comunistas hacia la frontera con Austria, a través de un túnel, excavando bajo el cerro de Karavanke para conseguir el asilo en la zona ocupada por los ingleses en Austria. Cuando llegamos al túnel, éste estaba bloqueado por la gente, así que decidimos pasar a Austria por la carretera vieja a través de las montañas. Ambas llevábamos nuestras bicicletas, que nos servían a veces y más bien nos estorbaban en la mayor parte de nuestro camino.

Muy cansadas llegamos finalmente al campamento de Vetrinj. Dormíamos en tiendas improvisadas, cubiertas con la corteza de los árboles y sufrimos mucho hasta que conseguimos al fin, en una casa de una familia austríaca, un lugarcito y allí dormíamos en el suelo bajo la mesa de su cocina. También la dueña de la casa estaba esperando a su marido que se encontraba en el frente.

El lunes 28 de mayo nos dijeron que los ingleses traerán 20 camiones, para transportarnos a Italia donde seríamos atendidos mucho mejor. Nosotras dos nos alegramos mucho; ya que teníamos la esperanza de encontrar allí a nuestros padres. Así que subimos con mucha alegría a los camiones, pero poco después alguien se dio cuenta de que no nos

llevaban en dirección hacia Italia, sino hacia el oriente. Entonces gritó: ¡Nos engañaron, nos traicionaron, pero todavía algunos pensaban que los ingleses escogieron el camino mas corto hacia Italia, a través de Eslovenia. Por fin se paró la columna. Saltamos de los camiones todos llenos de polvo. Nos preguntábamos qué va a pasar. Estuvimos mirando a los soldados robándonos todo lo que tenía algún valor para ellos. Los relojes, los aparatos fotográficos y hasta alguna arma corta. Con horror presenciábamos ésta desagradable escena. Nuestros aliados, en quienes teníamos tanta esperanza, convertidos en vulgares ladrones. Entonces nos arreglaron para estar en fila de cuatro en cuatro y pasamos a un terreno inundado por el agua. En mis zapatos se metió el agua, pero no tenía el tiempo de pensar en eso. Después pasamos por una calle, siempre resguardados por los soldados con sus fusiles listos para disparar y con las bayonetas puestas. Después de un rato viramos a la derecha y llegamos a la estación de trenes en Pliberk, que estaba llena de soldados con estrellas rojas en sus gorros. Ya no había dudas. Los ingleses nos traicionaron y nos entregarían a los comunistas. Esto, claro, nos provocó un desencanto indescriptible, que se nos gravó como un dolor en nuestras mentes. Miré a mi alrededor. Dondequiera solo las miradas desesperadas, llenas de horror. Muchas exclamaciones pidiendo la ayuda divina se podían oír por todas partes. Nos parecía que teníamos una terrible pesadilla. Entre gritos y empujones nos obligaron subir a unos vagones de tren para transportar ganado, todos sucios y los llenaron tanto, que casi no nos podíamos mover. Se cerraron las puertas y las trancas de acero tuvieron un eco

terrible en nuestros cerebros. ¡Adiós a la libertad!, ¡Adiós quizás también a la vida!, ¿qué será de nosotros?

Cuando se acomodaron nuestros ojos un poco a la oscuridad, pude ver todo mezclado, los hombres civiles, los de uniforme de soldados guardianes de las aldeas de los ataques comunistas, mujeres y hasta una con un niño de pecho. Nadie hablaba y esto aumentaba nuestra tragedia. De todos se apoderó una apatía producto del desencanto por los ingleses, ya que todos pensábamos que eran nuestros aliados en la lucha contra el comunismo y por nuestra libertad. No pudimos comprender cómo pudo suceder algo como esto. Entonces por fin se movió el tren. Algunos de nosotros destruían sus documentos personales y los botaban entre las rendijas en el suelo de los vagones, como también las fotografías. Vi a uno que miró durante mucho tiempo una foto, pero al fin se volteó hacia mí y me dijo "hijita, a ti seguramente te dejarán con vida. Cuando esté libre, lleva esta foto a mi novia Vidi". Le di mi si, sólo con inclinar la cabeza. Las lágrimas no me dejaron pronunciar una palabra. Tomé la foto y la guardé como a una medalla.

Nadie probó fugarse. El tren se paraba con cierta frecuencia. En cada parada se metían a los vagones soldados comunistas y nos quitaban todo lo que tuviese algún valor, hasta nuestros vestidos y zapatos. En la madrugada se paró el tren en la estación de Slovenji Gradec. (Slovenyi Gradetz). Allí estaban unos soldados hablando en un idioma, del que no comprendía nada. Entonces nos repartieron : las mujeres

aparte, por otro lado los civilistas y los que vestían los uniformes aparte. Delante de las puertas de los cuartos estaban apostados los guardianes.

En esta ciudad estuvimos encerrados durante tres días. A veces nos traían algo de comer. Para ir al baño íbamos en grupos, pero aparte cada grupo. Nuestra comida consistía en una sopa muy rara y nuestra bebida algo parecido al café. Unas mujeres en uniformes de los soldados comunistas se paseaban por los cuartos, como si hubieran venido al circo de las fieras feroces. Se burlaban de todas y nos quitaban todavía lo que nos había quedado de los atracos anteriores. Todos los días venían camiones y se llevaron primero a los hombres uniformados, quién sabe para donde. Sus esposas, sus madres, sus hijas y sus novias los podían ver de lejos. Los gritos, las lágrimas, las oraciones y los ruegos a la Santísima Madre de Dios se extendían por nuestros cuartos, hasta que los soldados comunistas nos amenazaron con acabarnos, si no nos quedábamos quietas.

El tercer día nos sacaron al corredor, donde la gente incitada por los comunistas nos recibieron a golpes con correas y palos. Mi hermana empezó llorar a gritos, pero las demás la tranquilizaron. No debíamos demostrar a estos salvajes nuestro dolor. No debemos dejar que ellos gocen y se alegren de nuestro dolor y angustia.

Nos llevaron a la estación de los trenes, y de nuevo nos embarcaron en los vagones para trasladar el ganado. Fue de

noche cuando el tren se paró en un lugar solitario. Nos sacaron de los vagones a una carretera que corría paralelamente con los rieles del tren. Yo pensaba que aquí nos esperaba el fin. Pero apenas nos sentamos un poco en el suelo, llegó la orden de empezar a correr por la carretera. A ambos lados de la carretera habían soldados con ametralladoras en sus manos que nos gritaban que nos pusiéramos en orden, ocho en cada fila. Mientras estábamos corriendo probábamos hacer caso a la orden, ordenándonos de la manera exigida y así corríamos por la carretera que nos llevaba para abajo a un valle y cuando llegamos abajo, de nuevo a correr por la misma carretera hacia arriba. En una oportunidad iba casi a caer. Con extremo esfuerzo pude de nuevo recuperar mi posición en las filas. En mis piernas sentía como si tuviera plomo en ellas.

Le grité a mi hermana "¡Hermana, no puedo más!", "¡Debes seguir, todo el que se queda lo matan!", esto me dio el aliento que vino no sé de dónde. En este momento apareció la luna entre las nubes e iluminó un puente destruido. De nuevo tropecé con algo y casi me caí. En el suelo vi unas manchas oscuras. Me fijé mas detenidamente y eran manchas de sangre de todos los que corríamos aquí. Quise sentarme en el borde de la carretera y dormirme ahí para siempre.

En la madrugada nos encontramos de nuevo en la misma estación de trenes. Al parecer corrimos y caminamos más de 18 kilómetros. Estábamos más muertas que vivas. En el vagón me acosté y después de todo este esfuerzo, me dormí. Nos despertaron unos gritos y golpes sobre la puerta de nuestro

vagón. La tranca al fin cedió y la puerta del vagón se abrió. Los rayos solares penetraron y no entendíamos el motivo de tal gritazón, de los tiros y de las maldiciones impronunciadas. Parecía como si se fuera acabar el mundo. Mi hermana me susurró "¡ora y di el acto de contrición, todo ha terminado!"

En la estación vi escrito el nombre de Celje (Tselle), que es la tercera ciudad de Eslovenia.

Nos sacaron de los vagones. Los que eran uniformados tenían que acostarse en el suelo y los soldados comunistas montados en sus caballos se paseaban entre ellos y los obligaban a gritar: ¡Yo soy un traidor! Un joven que era tartamudo era demasiado lento al gritar, recibió un tiro que lo dejó tieso en el piso.

Era el día de la fiesta de Corpus Cristi y la procesión de todos estos mártires iba hacia Teharje (Téjarie), una aldea cercana a la ciudad. Entre las constantes maldiciones, golpizas y algunos tiros nos llevaron adelante y después otra vez hacia atrás. En ese momento me recordaba de la procesión del Corpus Cristi de mi ciudad natal Logatec(Logatetz), cuando de pequeña regaba pétalos de rosas que traía en una cestita delante del Santísimo que llevaba el párroco bajo el palio, en una custodia. Pero en este momento nos tambaleábamos y nos desvanecíamos porque ya estábamos viviendo el quinto día de nuestro propio Vía Crucis.

Hacia la tarde llegamos a un montículo, donde se

encontraba un campamento con barracas. Nos hicieron una última requisición y nos limpiaron ahora sí de todo. Nos dijeron que aquí no necesitaríamos nada de esto. Después acumularon a los uniformados en un patio con piedras con los bordes sumamente agudos, circundado por una malla muy alta y afuera de ella una zanja profunda. A los civiles y a nosotras nos acumularon en los cuartos de las barracas. Con la noche vino el frío, que significó otro martirio para los que estaban solo en ropa interior, hambrientos, sedientos y cubiertos con los moretones y golpes por todo el cuerpo especialmente en la cabeza. Siempre los mandaban acostarse sobre las piedras y de nuevo levantarse. No sabían ya de que manera hacerles la vida más difícil.

En el cuarto que nos asignaron con mi hermana, había una mesa y unas literas todas desbaratadas. Había piojos y chinches por dondequiera. Para el baño podíamos ir solo por unos minutos. Por eso reinaba en el cuarto un olor insoportable. Nos acostamos en el suelo, porque ahí los chinches no eran tan feroces. De mañana para el desayuno nos dieron una rebanada de pan y un líquido oscuro. Para el almuerzo y para la cena nos daban una sopa a base de hojas de remolacha en la que nadaban gusanitos. Los soldados comunistas se burlaban de nosotras, nos maldecían y amenazaban. Cuando nos levantamos de mañana, estábamos todas desvanecidas de debilidad y caminábamos como borrachas.

A los guardianes les prohibieron conversar con nosotras.

Su comandante, al que llamábamos "el papacito" era más benevolente con nosotras y de tiempo en tiempo nos traía a escondidas un pedazo de pan. También el soldado que cuidaba el baño le dio unas pocas veces pan a mi hermana. Como se lo agradecíamos.

En los primeros días en esta cárcel de Teharje nos despertaron muchas veces con gritos y silbidos, dando órdenes; ¡todas las mujeres que se presenten enseguida en el pasillo! Enmudecidas y desvanecidas por el sueño y por el miedo nos arreglábamos como podíamos de dos en dos y un policía comunista nos llamaba por nombre y apellido. Todas las que llamó, desaparecieron para siempre. Las demás regresamos a nuestros cuartos llenas de horror.

Una vez, cuando regresamos de la cocina después de comer esta sopa de hojas de remolacha con gusanitos, nos pararon y nos dijeron que nos pusieramos de un lado todas las mujeres que teníamos padres, hermanos, esposos e hijos en las filas de los que defendían a las aldeas y a los pueblos de los ataques de estos criminales comunistas en toda Eslovenia, durante la guerra. Quise ponerme en esta fila, cuando mi hermana me paró y me dijo: "¡Quedémonos quietas pase lo que pase!" Muchas salieron y se incorporaron a estas filas. Se las llevaron y nunca más se supo de ellas. Uno de nuestros guardianes nos dijo después, que demos gracias a Dios por habernos quedado quietas.

Era terrible cómo a las madres les arrancaban a sus hijos

de los brazos con el pretexto de llevarlos al preescolar o a la escuela en Celje porque ellos eran inocentes. Las madres lloraban desconsoladas, temblando del miedo y tristeza, pero se los arrancaban sin ninguna consideración. El campamento se iba vaciando, todas las noches se llevaban a los ocupantes en los camiones, Dios sabe a donde. Todos los presos parecíamos muertos o medio vivos, hambrientos, sedientos, golpeados y burlados por ellos. Todas las noches se oían tiros y gritos.

Fue indescriptible la reacción, cuando se escaparon once de los presos. A tres de ellos los mataron enseguida cuando intentaban fugarse. Los otros consiguieron la misma suerte después. Sólo cuatro de ellos se salvaron. A unos los agarraron y después de un terrible martirio, con toda clase de torturas los mataron. Los comunistas se enfurecieron con este intento de fuga y todos los demás que estábamos presos tuvimos que soportar las consecuencias de este enfurecimiento. Inventaban siempre nuevos métodos para hacernos sufrir. Estuvimos llorando hasta no poder más. Al fin nos prohibieron mirar a través de las ventanas.

En el sótano por debajo de la cocina tenían un cuarto especial con toda clase de aparatos para maltratar a los presos y para sacarles, lo que querían saber de ellos. Tanto sufrimiento y tanta maldad acumulados en estos pocos días nos ponía a pensar ¿Qué pudo influir a estos fanáticos comunistas para practicar todas estas obras satánicas?

Cuando ya acabaron con todos los uniformados, con muchos de los civiles y hasta con muchas de nosotras, nos permitieron pasear por el patio donde estaban encerrados los jóvenes menores de edad. Un día caminando por ahí cayó a mis pies una piedrecilla envuelta en un papelito. El papelito era para avisar a la hermana de un tal Slavko Erznožnik de Ziri, que su hermano estaba encarcelado aquí en Teharje.

Para el día 7 de julio, el primer sábado del mes nos sacaron de los cuartos, nos cargaron en los camiones y nos llevaron a la estación del tren. Antes nos avisaron que estábamos inculpados porque abandonamos nuestros hogares y nuestra patria. Por nuestras traiciones nos iban a enjuiciar ante los juzgados populares en nuestros lugares de origen. El tren se paró en Ljubljana, un poco antes de la estación, porque estaba la luz de la vía en rojo. Las puertas del vagón estaban abiertas. No vimos por ninguna parte ningún guardián y junto con las dos muchachas que viajaban con nosotras, salimos rápidamente del vagón, atravesamos los rieles del tren y nos perdimos entre los jardines y las casas, y al fin llegamos a la casa de una de ellas, más muertas que vivas. A los demás se los llevaron a Št. Vid, al edificio donde estaba ubicado antes de la guerra el liceo dirigido por la diócesis de Ljubljana.

Al día siguiente nos dirigimos con mucho miedo a la casa de nuestra tía en Bežigrad, un suburbio de Ljubljana. La tía nos recibió con todo el amor y nos cuidó con mucho esmero hasta que nos recuperamos. En su casa estuve unas semanas reducida a la cama, con pesadillas y a veces con fiebre y

desvariaba con todo lo que nos pasó. Cada ruido, especialmente de noche, cuando se paraba un automóvil cerca de la casa, esperaba que se abrieran las puertas, para llevamos de nuevo a nuestro Vía Crucis.

Mientras tanto nos comunicamos con nuestros padres que estaban en Italia. Un conocido de mi padre traía y llevaba nuestras cartas. Este hombre tenía su residencia en Trieste. Con un certificado médico que indicaba que necesitaba clima del mar para mi recuperación y que mi hermana debía acompañarme porque yo era menor de edad, conseguimos el pasaporte legal y llegamos a Trieste, donde nos esperaba nuestra hermana mayor Majda (Máyda). El día del cumpleaños de mi madre, el 11 de agosto, nos abrazamos al fin con nuestros seres queridos en un campamento para refugiados que estaba en Mónigo, cerca de la ciudad de Treviso.

Nota: Después de pasar el tiempo y después de emigrar con mis padres a Argentina no pude nunca olvidar estos días tan crueles que tuve que pasar en mi juventud. Muchas veces me parece que todo fue una gran pesadilla. No siento ningún odio por mis torturadores, al contrario, estoy orando por estos verdugos de docenas de miles de nuestros mártires, que tuvieron que pasar por todavía muchísimo peores torturas que nosotras dos y tuvieron que entregar su vida por sus ideas cristianas.

Voy a citar unas palabras de nuestra Madre Santísima, la Reina de la Paz, en la aparición el día 4 de agosto de 1995 en

Kurešček (Kúreshchek) a un seminarista, en una iglesia cercana a Ljubljana, destruida durante la guerra por los comunistas y renovada después de terminar la dictadura comunista: "¡Recomiéndense a los beatos y santos de vuestro país. Ellos son los principales intermediarios que piden por vosotros ante Dios. Ellos, con sus sufrimientos y su muerte de mártires entregaron sus vidas por todos vosotros. Recomendense a ellos en sus oraciones y peticiones para que su patria termine al fin reconciliándose entre unos y otros!"

SEGUNDO RELATO

Otro que se salvó del infierno de Rog Descrito por Por Frank Dejak

El señor Franc Dejak (Frantz Déyak), todavía fuerte y amable hombre, vive actualmente en Estados Unidos. Antes de la guerra era policía y durante la guerra fue primero obligatoriamente movilizado por los comunistas, pero pronto se fugó y se incorporó entre los hombres que defendían a su aldea justamente contra los comunistas, quienes estaban aprovechando la guerra para desembarazarse de todos sus contrarios y disidentes, catalogándolos como traidores de la patria. Jamás se enfrentaron a las tropas alemanas y en principio, hasta que Hitler atacó sorpresivamente a la Unión Soviética, hasta colaboraron con ellos, ambos con el mismo propósito de acabar con los nacionalistas y muy

especialmente con sus líderes.

En el mes de mayo del año 1945 nos retiramos con otros miles y miles que huían del comunismo a la zona ocupada por los ingleses en Austria, con esta mala suerte que el campamento de Vetrinj, donde nos refugiamos, estaba bajo el poder del 5 corpus cuyo comandante y algunos oficiales de mayor rango eran francamente filocomunistas, como se pudo saber posteriormente. Este brigadier Low, hizo un pacto con el coronel comunista Ivanovic, de que se repatriarían todos los refugiados de Yugoslavia apenas se retiraran los comunistas de la zona que ocuparon los ingleses y que fue durante siglos el centro cultural y político de Eslovenia, Gospa Sveta, lugar donde elegían los eslovenos a sus dirigentes y que quedó después de la primera guerra mundial en Austria, al ser dividida Eslovenia por el presidente norteamericano Wilson, que no tenía ni idea de las naciones que vivían en Europa. Esto también fue prácticamente la causa que provocó la segunda guerra mundial, ya que se creó un inmenso odio entre los pueblos de Europa por sus fronteras injustas ordenadas por este ignorante.

Como a los comunistas les importaba un bledo el bienestar y los intereses de una nación, se retiraron de la zona y los soldados ingleses, entre ellos muchos con repudio, ejecutaron el decreto de su comandancia.

Cuando los ingleses trajeron sus camiones, con el pretexto de trasladarnos a Italia, todo el mundo se peleó de

subirse a ellos y los llenó hasta el último rincón. Pero en Podrožca (Podrózhtza) nos entregaron a los comunistas, que nos llevaron primero a Št. Vid, a un liceo dirigido antes de la guerra por la diócesis de Ljubljana y remodelado por los comunistas en un cuartel y de allí nos llevaron a Kocevje (Kochévie). Esto sucedió el día 27 de mayo. En Kocevje nos amarraron con los alambres las muñecas con las manos en el dorso, y además de dos en dos. Teníamos que subirnos a un camión, pero no pudimos, ya que estábamos amarrados el uno con el otro, así que consiguieron un cajón y por medio de él pudimos con muchas dificultades subirnos y llenar el camión.

Nos dijeron que nos llevaban para interrogarnos y por la seguridad nos amarraron ya que un poco antes huyeron dos prisioneros y mataron a un guardián. En realidad nos estaban llevando al Rog de Kocevje, que conocía muy bien, ya que antes de la guerra trabajaba como policía en Kocevje. En este bosque había muchas grutas naturales de distinta profundidad.

En el momento de llegar cerca de la apertura de una de estas grutas naturales de unos 20 metros de profundidad, nos tuvimos que quitar la ropa y la mayoría quedó completamente desnuda. Yo me quedé también sólo con mi ropa interior. Cuando llegamos a unos metros de la apertura de la fosa, nos iban quitando los alambres de nuestras manos, con los cuales estuvimos amarrados a un compañero y nos iban llevando uno por uno hasta la fosa. Uno de los guardias paraba a cada uno y le preguntaba su nombre y de dónde era. Me ordenó que me fijara en sus ojos y que abriera la boca, la que me registró. En

aquel momento no sabía porqué, pero cuando cerré la boca pude ver a la derecha de la fosa como mataban a unos con unos palos y les rompían las quijadas para sacarles los dientes de oro. Cuando llegué al borde de la fosa, me ordenaron que me arrodillara mientras estaban preparando el fusil para pegarme un tiro. Pero antes de pegármelo yo me lancé a la fosa. El guardia tiró atrás de mí pero el tiro solo rozó mi muslo derecho, una herida superficial nada peligrosa, aunque después se me infectó y fue bastante molesta. Mi madre me la curó aplicándome ciertas ramas.

Cuando caí en la fosa y me incorporé, uno de los sobrevivientes me preguntó si estoy herido de gravedad y me aconsejó que me quitara enseguida del centro de la fosa ya que podía caerme encima el cuerpo de otro hombre. Arrastrándome a través de los cuerpos pude llegar hasta un nicho en la pared de la gruta. En el camino le quité una camisa a uno de los cuerpos y me la puse ya que ahí en la gruta, a 20 metros de profundidad hacía mucho frío. En la pared había barro y me unté con él para que desde arriba no pudiesen distinguirme tan fácilmente. Todo el tiempo estuve conciente. Lo más terrible era la sed. En mis once días anteriores del cautiverio casi no nos sirvieron agua.

En la fosa había una decena de muchachos vivos capaces de fugarse de la gruta. Uno de ellos me dijo que existía una gruta lateral que podía tener alguna salida hacia la libertad. Me metí en esta gruta, pero a los pocos metros se terminaba. Desde las diez de la mañana, cuando caí en la fosa, hasta la

noche, esperamos cada uno en su rincón qué va a pasar. Yo tuve la impresión de que en la tarde dejarían de fusilar y se meterían con cuerdas a la fosa a matar a todos aquellos que quedamos vivos. Aquel día mataron a unos ochocientos hombres. El hombre pelea por su vida hasta que tenga fuerzas y la esperanza de salvarse de alguna manera.

Cuando terminaron con la matazón dinamitaron los bordes de la fosa, así que cayó un montón de tierra y piedras sobre los cuerpos. Nosotros que estábamos apostados en la pared de la gruta en los nichos no nos alcanzó. La única oportunidad se nos ofreció, ya que al dinamitar los bordes de la fosa, se cayó junto con la tierra y las piedras también un árbol. Estuvimos probando de muchas maneras subirnos por él, pero no pudimos. Al fin les pedí que me ayuden a levantarme para poder alcanzar sus ramas. Entonces como una fiera salvaje me subí de rama en rama hasta llegar a la apertura. Ya era de noche. Al asomarme vi a una docena de nuestros asesinos sentados alrededor de una acogedora fogata a unos 15 metros de distancia. Yo les pude ver pero ellos no a mí, era una noche oscura. Después de caminar unos metros con cuidado, pisé una rama seca y lo oyeron. Me inmovilicé en el suelo. Ellos se levantaron y miraban hacia mí, pero al fin se tranquilizaron por no haber visto a nadie, pensando que de seguro era algún animal. Yo continué arrastrándome poco a poco por el suelo alejándome de la gruta y cuando estuve lo suficientemente lejos me levanté. Caminé toda la noche y también todo el día siguiente hasta mi hogar. Pero la casa estaba sola, mi madre había salido. Entré en la casa y me lavé un poco. Después fui

donde mis vecinos, que me dieron de comer y también un pantalón.

En mi casa estuve durante tres semanas. Sufrí un tremendo resfriado con fiebre, ya que en la fosa hacía mucho frío. Una semana estuve entre la vida y la muerte y durante esa semana no ingerí sino agua y miel. Pero yo era joven y fuerte y por fin me recuperé. Después de tres semanas me mudé donde mi abuela y allí me escondí hasta el mes de noviembre. Después de un tiempo mi madre me trajo a un compañero que también se estaba escondiendo, así que tuve compañía y pudimos pasar nuestro tiempo un poco más fácil. En el verano nos escondíamos en los bosques y en las casas de buena gente, que nos proveían de alimentos.

Apenas en el año 1948 nos atrevimos a pasar la frontera. Mi hermana nos mandó unos guías para poder hacerlo. Por el camino nos atacaron cuando pasaba uno de nosotros por un puentecillo peatonal a través del río Sava y cuando lo pasó empezaron los tiros, pero él logró huir. No tuvimos otro remedio que pasar el río a pie. Caminamos 4 horas a través de las montañas. Los tres guías que nos envió mi hermana y los otros tres, que íbamos huyendo, entre ellos Franc Kozina, que se salvó de la misma fosa que yo y llegamos en la siguiente madrugada a Austria.

Esto me dio ánimo y volví a Eslovenia por lo menos 10 veces más y salvé del paraíso comunista a más de 30 personas. Todo esto organizado con el señor France (Frantsé

= Francisco) Grum, quien conducía todas estas acciones.

Cuando uno es joven, uno no piensa mucho en el peligro al que se está exponiendo. La juventud es locura.

Mi mamá tuvo que sufrir mucho por esto, ya que al contar mi historia en el campamento, dije, que ella me curó y que la visité en pocas ocasiones al regresar de Austria. Claro que iba bien armado con la ametralladora por si acaso. Ya que el campamento de los refugiados estaba lleno de los espías comunistas, estos enviaban todas estas informaciones a su partido en Eslovenia, entonces mi madre sufrió mucho por esto. La condenaron a tres años de cárcel y por cada visita mía le añadieron otros seis meses. A los 22 meses la soltaron por razones de salud. Después no la molestaron más.

RESUCITÉ ENTRES LOS MUERTOS **Descrito por José Krivec (Krivetz)**

Introducción:

A través de la tranquila superficie del Mar Adriático se dispersaban los primeros rayos del sol saliente, que emanaba sobre nosotros una luz agradable y amistosa. Por el otro lado, tierra adentro, se elevaban y se estaban bañando en su luz los picos de los Apeninos italianos, cubiertos de retorcidos pinos.

En el campo de los refugiados reinaba una paz celeste.

Estuvimos sentados uno frente a otro. Iván puso sus dos manos en la mesa. Alrededor de sus muñecas se pudieron observar dos surcos de un color grisáceo : las consecuencias del alambre con el cual estuvieron amarradas sin piedad alguna.

Nuestros ojos se encontraron y nos estuvimos mirando uno al otro por largo rato. Yo sentía un respeto santo hacia aquel que se ha salvado de una fosa común de más de 1.500 vidas jóvenes, segados por los criminales comunistas.

Ellos están pensando que han acabado con él. Fue echado por muerto en una de las tantas grutas naturales que existen en el Kras esloveno cerca de la ciudad de Kocevje (Kochévie), llamado Kocevski Rog (el Cuerno de Kocevje).

- "¿Qué quieres saber de mí?"

- "Todo lo que le tocó vivir."

- "Este es un cuento largo, lleno del dolor y de los deseos incumplidos y también de las esperanzas cruelmente asesinadas."

- "¿Usted vio todos esos asesinos, vio toda esa carnicería?"

- "¡No sólo la vi sino que pasé yo mismo por ella!"

- "¡Empiece pues, estoy dispuesto a escucharle, aunque sea todo el día!"

Nota: esta es una historia verídica, aunque humanamente increíble, narrada por uno de miles y miles de hombres y mujeres asesinados por comunistas, pero quien se salvó milagrosamente de la misma tumba, después de que terminó la guerra. Su único crimen era no compartir y disentir de la ideología comunista, muchos de ellos amigos y amigas, la mayoría de quienes fueron devueltos a Eslovenia por los ingleses engañándolos, diciéndoles que los iban a trasladar a Italia donde tenían, según ellos, los campamentos mejor dotados para refugiados.

Algunos nombres son ficticios, ya que esta historia fue escrita y publicada en el verano de 1945, para no perjudicar a los familiares o a las personas mencionadas, ya que los comunistas querían mantener en secreto a toda costa estos crímenes horrorosos de lesa humanidad que cometieron. Pero Dios en su inmensa sabiduría permitió que de muchas fosas comunes se salvaran algunos testigos.

La última noche

"Entre el griterío salvaje y grosero nos descargaron de los vagones que se usan para el transporte de ganado, cuando se paró el tren ante un puente destruido por el bombardeo de los aliados sobre el río Ljubljanica (Ljubllánitza) cerca de Ljubljana (Ljubllána), la capital de Eslovenia. Al otro lado del río los

estaba esperando ya otro tren muy largo compuesto únicamente por los vagones usados para transportar el ganado.

Durante el traslado nos recibieron con palos y puños una turba incitada por los comunistas cuando corríamos a través de un puente provisorio hecho para peatones. Muchos se caían sobre las piedras con sus bordes agudísimos sobre las que fueron puestos los rieles del ferrocarril y algunos de ellos no se pudieron levantar más y quedaron a la merced de esos malandros que los acabaron de matar con la paliza que les proporcionaban.

Al entrar en el nuevo vagón nos recibió un nuevo saludo con la culata de un fusil.

Al anochecer estuvimos de nuevo atrás de las puertas cerradas con los cerrojos, tan llenos de personas como en una lata de sardinas, casi sin poder movernos. Algunos que estaban mas heridos por los golpes recibidos con los palos, con las cabezas llenas de chichones, algunos con las quijadas fracturadas y con los dientes rotos buscaban las paredes del vagón para sentarse ahí. El dolor les impedía hablar. Se limpiaban la sangre. A uno le ponían el ojo de nuevo en su sitio, ya que con la punta de un palo se lo sacaron. Otro estaba ciego porque lo hirieron en ambos ojos. En un rincón una persona recogía sus dientes rotos y a otro le arreglaban la mano con su muñeca fracturada. Fueron como después de estar expuestos a las fieras salvajes, como los primeros cristianos en Roma.

Al anochecer llegaba un poco de fresco que se extendió por todo el vagón recalentado por la respiración jadeante de tantas bocas, las ventanillas eran muy pequeñas y situadas en la parte de arriba del vagón y aseguradas con las rejas de hierro.

Con la venida de la noche se oía el sonido de unas campanas que venían quién sabe de qué campanario.

Polde (Leopoldo) se conmovió mucho al oír estas campanas. Él mismo las hizo sonar muchísimas veces en su iglesia parroquial. Sonaban como cuando las tocaba, durante un entierro y su sonido le parecía igual a los suspiros y a las condolencias que expresaban.

Al fin empezó a gritar: "¿Iván, no oyes? ¡Estas campanas están sonando para nosotros en nuestro entierro!" De nuevo se aproximó a la ventanilla y les dijo:

"¡Muchachos, si quieren creerlo o no, a nosotros nos llevan a enterrar!" "¡Estas campanas, estas campanas están sonando para nosotros!"

En el techo del vagón alguien empezó tocar el acordeón y las voces masculinas se mezclaban con las femeninas y eran como cuchilladas para el corazón de Polde. Éste empezó de nuevo a gritar: "¡Nos llevan a enterrar!" Algunos le decían: "¡No hables estupideces que todavía no nos ha condenado nadie! Al fin dijo alguien: "¡Puede ser que Polde tenga razón. Nos llevan

quién sabe a dónde, las cárceles están en Ljubljana, ya nos hubieran dejado allí!"

Desde afuera se oía una voz que decía preguntando: "¿Qué están llevando en estos vagones y están ustedes tan alegres cantando y tocando el acordeón?" "Camarada (respondió a uno de los guardianes), a los blancos que tenemos encerrados adentro. A los blanquitos que capturamos". "Por fin los capturaron, y ¿qué van hacer con ellos?" "En Kocevski Rog tenemos un puesto para ellos. Allí van recibir lo que se ganaron". (Se oyó una voz bastante ronca) . Y de nuevo empezaron a tocar el acordeón y cantar una canción alegre.

Estas palabras provocaron dentro del vagón un silencio sepulcral. Cada quien reaccionaba a su manera, unos se desvanecían, otros estaban como paralizados. Todos sentían un dolor profundo en sus corazones al que siente un hombre sólo en el momento del último adiós.

El sonido de las campanas se hizo mucho más intenso y parecía venir de todas partes resonando en el vagón.

Por fin se movió el tren y el acordeón empezó tocar con mayor fuerza. La voz de los hombres y de las mujeres que seguían en el techo evidentemente borrachos, competía con el ruido del tren que estaba acelerando su marcha siempre más cerca del sitio de su entierro.

"¡Dios, cuando te ofendimos para que nos lleves así tan jovencitos a morir! Mira la juventud en nuestras caras; los hogares donde nos esperan nuestras madres y novias para abrazarnos! ¡Permítanos que nos defendamos ante unos jueces justos!"

Pero el tren seguía con su sonido rítmico: al entierro, al entierro, al entierro... al Rog, al Rog, al Rog...

El tren estaba dedicado al espíritu de la muerte y siguió inexorablemente su camino al Rog, al Rog, al Rog... a morir, a morir, a morir...

Repasó toda su corta vida para conseguir en ella algún pecado grave por el que sería difícil defenderse ante el trono del Eterno. Pero su conciencia estaba tranquila. Siempre hacía en su vida lo que le aconsejaba su buena madre, quien le enseñó siendo muy pequeño a orar, a respetar todo lo divino y a vivir según los mandamientos de Dios.

Le apareció alguien que lo llamaba por su nombre: "¡Polde, Poldel!" Puso más atención pero la voz no se repitió.

Se levantó y respiró mas profundamente y abrió los ojos. En el primer momento le pareció que ya estaba amaneciendo. Pero afuera reinaba la noche profunda. El olor de su tierra lo alivió. En estos momentos debe estar el tren cerca de su aldea natal. Sintió su proximidad. ¡Oh, mi querido y bello hogar!

"¡lván!" llamó al joven que estaba sentado a sus pies, "¡agáchese un poco para subirme y ver por la ventanilla a mi aldea para despedirme de ella. Yo la quiero muchísimo!"

Algunos se emocionaron por las palabras expresadas en alta voz y los demás pensaban en el porvenir que los estaba esperando. En un rincón del vagón estaba llorando un joven, apenas hace un mes y medio que se había casado y suspiraba pensando en su esposa, en su hogar, donde lo estaban esperando. Otros se juntaron y oraron el santo rosario en voz baja. En otro rincón un gigante le daba con los puños a la pared a ver si cedía alguna tabla ya medio podrida, pero la pared no cedía. Cuanto deseaba yo que pudiese romper alguna y con esto conquistar la libertad y la salvación. Otro se quejaba de los dolores de los golpes y heridas que recibió.

Iván se agachó y sin decir otra palabra que: "¡Suba!" Polde subió sobre sus espaldas por el dorso de Iván y se agarró con sus dedos de las rejas de la ventanilla. Sus ojos sedientos se concentraron en la noche. El cielo estaba sembrado de estrellas y entre ellas la luna llena en pleno esplendor. Primero no podía distinguir nada, sólo veía las sombras de los árboles que se seguían una a la otra.

El tren empezó a correr mas lentamente ya que se aproximaba a una estación. En esto, exclamó Polde: "¡Nuestra aldea!"

Vio de pronto en la luz de la luna las montañas tan

conocidas por él. A la derecha se perdía hacia el cielo la montaña de San Gregorio. Atrás se veía como sola Travna Gora (la montaña de Yerba), y mucho más atrás se veían las cumbres de Velika Gora (Montaña Grande) y aquí delante de él, que casi podía tocar con sus manos, su aldeíta querida, su querida aldea con sus calles como dormidas en la paz nocturna. Su nido de la felicidad. Entre los árboles las casitas y en su interior la gente que en esos momentos dormía tranquilamente. "¡Oh, si pudiera llamar en este momento para que los pudiesen ver viajando en esta paz nocturna hacia su fin!" Pero no se oyó ni un ladrido de algún perro que los saludara.

"¡Saludos vecinos míos! ¡Adiós mi dulce hogar! ¡Adiós a todos mis amigos! ¡Adiós a mi buena madre, a mis hermanas y a todos los míos!"

Polde (Leopoldo) sólo miraba y miraba y cada cosa se le gravaba profundamente en su mente. Estaba mirando las veredas entre las casitas. La Cruz con el Crucificado, delante de aquel que se persignaba tantas veces cuando regresaba a su hogar. Todos los árboles, cada arbusto le fueron conocidos. ¿No se encendió por allí una lucecita? Probablemente están sintiendo el latido de su corazón que está enviando sus saludos a su tierra natal. En pensamiento veía a su madre que lo esperaba con la puerta abierta de su casa. Le parecía que veía sus manos, tan desgastadas por el trabajo duro de la casa y en el campo, levantadas para abrazarlo. Ya hace tanto tiempo que no se han visto, y sus hermanas, sus vecinos.

¡Regresó Polde! Iba la voz por la aldea. ¿Dónde están ahora aquellos que le decían a su madre que no iba volver nunca más?

Ahora está aquí en su casa...

"¡Madre, madre! ¡Ven para abrazarte por última vez! ¡Me están llevando al Rog a morir, de donde no vamos volver nunca más!" gritó en la noche oscura.

De repente la luz de una linterna iluminó su cara, así que no veía nada. El golpe de la culata de un fusil le dio en toda la frente. "¡Maldito perro blanco, no pienses que te vas a escapar!" gritó el guardián con la voz ronca de un borracho, que estaba recostado en el techo del vagón donde viajaban. Este golpe le hizo perder el equilibrio y cayó atrás sobre los demás. Todo lo bello que soñaba desapareció ante la realidad en la que se encontraba.

Rog de Kocevje, el abismo de los muertos

Tenía las manos amarradas en el dorso de ambas muñecas con un alambre que le traspasó la piel y se quedó fijado en los huesos. Estaba abatido, hasta casi para perder el conocimiento.

Los llevaban por un bosque sin camino y de pronto se encontraban ante un hueco terriblemente negro en el suelo. Se perturbó en extremo, pero los golpes sobre el dorso lo

empujaban cada vez más cerca de la terrible fosa que parecía una boca gigante que quería tragarlos.

"¡Adelante, no tenga miedo del bendito paraíso!" oyó la voz que le gritaba, "¡allí los están esperando con música y una orquesta!"

Una bota pesada le empujó al mismo borde del precipicio, perdió el equilibrio antes de alcanzarlo la ráfaga de una ametralladora ya se estaba cayendo y cayendo... La única cosa que recuerda fueron los ecos de la ráfaga de una ametralladora y después perdió el conocimiento. El mundo en su alrededor se estaba estrechando. Le parecía como si estuviera nadando sobre las alas de una brisa suave, sin fuerza, sin apoyo, nada le respondía. Su cuerpo era un montón de carne medio muerta. No sentía ningún dolor ni de los golpes que recibió, ni la de sus manos amarradas en el dorso con el alambre, que le perforó la piel. Todo él estaba entumecido. No sentía ni sed, ni hambre, nadando en un mundo sin peso en la profundidad de la tierra.

Al fin su dorso pegó a algo y se quedó quieto. No supo cuanto tiempo... Lentamente le volvían los sentidos a su cuerpo maltratado por los golpes que recibió: Los chichones en la cabeza que estaba hinchada y la sintió pesada. En la cara sentía ardor, las piernas entumecidas con un dolor intenso y cortante en las muñecas destrozadas por el alambre con el cual las tenía amarradas.

Abrió los ojos, pero no veía nada. Solo la oscuridad de una noche negra como en una tumba. La luz solar no podía penetrar en este terrible abismo. "¿Dónde me encuentro?, ¿qué pasó conmigo?, ¡No recuerdo nada!"

Desde una parte lejana se oyen las quejas y a alguien que estaba llorando. Se le está acercando y ya llegó casi a su lado. De pronto despertó : la gritazón, las llamadas y oraciones donde quiera...

- "¡Mamá, mamá, querida mamá, ayúdame!"

- "¡Mujer, quítame estos alambres de mis manos, al menos la de la mano derecha que es la que mas me duele para poderte abrazar!"

- "¡María, Madre de Dios, ayúdanos. Mándanos la muerte para que nos salve. María de Brezje (Brézie, la patrona de Eslovenia) socórrenos!"

- "¡Camarada de arriba! ¡lánzanos una bomba! ¡fusilen nos! ¡salven nos de esta muerte lenta!"

- "¡Anita ayúdame!"

- "¿Lucia, dónde estás? ¡Tu Antonio te llama... Tu Tone!"

Gritos sobre gritos, llamadas y quejas y oraciones. ¿Quién podría comprender todas ellas?

Iván despertó por completo y poco a poco su vista se estaba adaptando a la oscuridad.

Al fin se dio también cuenta de que está junto a todos aquellos que fueron deportados con él.

Sintió algo blandito por debajo de él. Algo calentito y baboso que se estaba moviendo. Así que éste que estaba por debajo de él, estaba todavía vivo.

Estaba acostado sobre un montón de cuerpos medio vivos. Y todo este montón quejándose, gritando, orando y retorciéndose. Todo a su alrededor era un solo horror indescriptible que estaba gritando, llamando, quejándose y orando. Poco a poco se dio cuenta de que estaba vivo. No sabía si estaba herido, pero de todas maneras todo su cuerpo fue un solo dolor. Miró hacia arriba. Una pequeña apertura se encontraba lejos, encima de él, bordeada por una oscuridad. Del montón de estos cuerpos muertos y muriéndose emanaba como un sopor que se elevaba hacia este pequeño huequito.

En un momento se tapó y una masa bajaba, dando vueltas y vueltas y al fin se cayó cerca de las piernas de Iván. Todo el montón de cuerpos se tambaleó. Esto fue un ser humano que cayó y cuando llegó al fondo quedó inmóvil. "¡Jesús y María! ¡Ayúdenos!", se desprendió de la boca de uno que estaba por debajo de Iván.

"¡Acuérdense que nosotros dos estuvimos también

siempre con Vosotros dos!", decían otros dos quienes estaban orando en el fondo de la gruta. Iván los oyó pero él no pudo soltar ni una palabra de su boca.

Sus ojos se iban siempre adaptando más y más a la oscuridad que reinaba en la fosa. Un montón de cuerpos humanos que estaban acumulados por debajo de él, casi todos desnudos, ensangrentados, retorciéndose algunos y otros muertos. De nuevo se cayó un nuevo bulto a través de la apertura de arriba, y cuando llegó al fondo, le dio con las piernas en la cara. Iván se volteó rápidamente y se arrimó más hacia la orilla de la fosa.

"¡Ay, mi madre!" Eran las primeras palabras que pudo pronunciar y no pudo más.

De nuevo cayó otro bulto al lado de él, y de su cráneo abierto salía un chorro de sangre espumosa, salada y caliente. La sangre cubrió la cara de Iván y se le metió en los ojos y en la nariz, así que le ardían los ojos, y un tiempo no pudo ver nada porque no se pudo ayudar con sus manos amarradas en el dorso.

Y pensó: ¿Por qué cuidarse tanto? Un fin más cercano es mucho mejor que la muerte lenta por inanición que le estaba esperando.

"¡Madre! Ven a ayudarnos! ¡Sálvanos del sufrimiento!" Eran los gritos más frecuentes que resonaban en la fosa.

"¡Camaradas, fusilennos!" Rogaban otros.

Todos estos gritos resonaban en la gruta y se perdían en sus paredes insensibles. La sangre que corría a chorros de las arterias abiertas se mezclaba entre los cuerpos y cuando se coagulaba, pegaba los cuerpos el uno con el otro.

"¡Padre nuestro que estás en los cielos, salva a tus fieles!" Gritaba alguien a su Creador para que los salvara.

En ese momento se acordó Iván que cargaba una medallita. Se la dio su madre para cuando se encontrara en peligro. Siempre la cargaba consigo para que lo cuidara. La tenía en el bolsillo de la camisa, lo único de su vestidura, que le dejaron. Devotamente estuvo conversando con Ella.

Ya se encontraba por todos los lados tapado con los cuerpos, así que no se podía ni mover. Las paredes lisas de la fosa estaban todas salpicadas con la sangre. Recogió todos sus fuerzas y gritó como un desequilibrado mental: "¡Camarada, déme un tiro! ¡Tira una granada! ¡Te ruego que me mates!"

Su voz resonaba de pared a pared y se elevaba del fondo de este horrible y helado hoyo y junto con el blanquecino sopor que lo emanaban estos cuerpos recientemente muertos y otros moribundos hacia la pequeña apertura de arriba y como una columna del bendito humo que se perdía hacia el cielo para pedir allí por todos a quienes está escondiendo esta fosa, y el

mundo nunca va a saber de qué manera les tocó a morir.

- "¡No grites tanto, si puedes venga para acá, para ver de que manera nos podemos quitar estos alambres de las manos!" decía una voz que venía de la orilla de la fosa.

Iván escuchó atentamente ¿Está llamándome a mí?

- "¡Venga rápido y probemos. Ya a uno lo tengo casi desatado!"

Estas palabras levantaron el ánimo a Iván y lo consolaron como una bebida dulce. Una voz humana es que lo estaba llamando. De nuevo vio la vida ante sí. Alguien le estaba prometiendo la vida... Le estaba ofreciendo la salvación... Volvió la cara, para ver de donde provenía esta voz.

Estaba probando como moverse por debajo de todos estos cuerpos que tenía encima. Hacía todo esfuerzo posible para moverlos. Se estaba librando como pudo para salir de toda esta masa de cuerpos y la sangre coagulada, que los pegaba uno a otro. Adolorido y tieso estaba probando, para ayudarse al menos un poco con sus manos atadas en su dorso, para poder salir de este montón de cuerpos encima de él. Con un hombro empujaba el pesado cuerpo que le apretaba su pecho como una piedra.

Al fin se pudo sentar. Sacó poco a poco también sus piernas del montón. Su camisa estaba toda empapada de

sangre y de pronto sintió el frío.

Probó arrastrarse a través de los cuerpos hacia la orilla de la fosa, de donde provenía la voz, pero resbaló y se fue al fondo de la gruta. En esta oscuridad casi no pudo distinguir al que lo llamaba. Al fin lo pudo distinguir. Estaba sentado en una piedra. Su cara estaba como abombada. En la mitad de su cachete derecho tenía una amplia y negruzca herida. De la herida salía un chorro de sangre hacia su barba, a su cuello y su pecho.

A Iván le conmovió ver la imagen de este hombre. Era un gigante, pero en estos momentos temblaba con escalofrío, sentado sobre esta fría piedra. Se parecía más a un espantajo que a un hombre, que se peleaba con su enemigo para conservar a su vida.

- "¿En que parte estás herido?" Preguntó a Iván.

- "¿Herido? No lo sé. Me duele todo el cuerpo", le respondió Iván, quien se le estaba con mucho esfuerzo aproximando siempre más y más.

Le dijo brevemente: "Tenemos que desatarnos a nuestras manos. Puede ser que después de esto nos podíamos de alguna manera salvar."

- "¿Salvar, cómo? ¡No ves que nos están enterrando a todos!"

- "Mientras hay la vida en nosotros, todo es posible", le estaba dando el ánimo.

Iván lo estaba mirando, pero en el fondo de su corazón se le despertó una mínima chispa de esperanza.

- "¿Como te llamas? Yo soy Luis y tengo mi hogar cerca de aquí."

- "Yo me llamo Iván y soy de Dobropolje." (Dobrepólie)

- "¡Acércate más Iván, el mismo Dios me lo envió!"

Iván se le acercó lo más cerca posible.

- "¡De la vuelta!" le dijo Luis.

Iván dio la vuelta, de manera que estaban acostados con sus dorsos tocándose y así se aproximaron sus muñecas amarradas con alambre. Con sus dedos entumecidos Iván empezó a buscar las manos de Luis. Entonces se volteó y con sus ojos buscó a todos los nudos y donde estaba el final del alambre.

- "¿Dios sabe si podré?" susurró Iván.

- "Debes probar, te ruego, ya que me duele demasiado." Se lamentaba Luis. "Vas a ver que nos vamos salvar."

- "Salvarnos, salvarnos", repetía Iván. "¿Cómo, cuándo y por dónde? La fosa la van llenar hasta arriba y después la van dinamitar y nos van enterrar a todos. Y nosotros vamos imos muriendo poco a poco como una luz, que se está apagando hasta que se le acaba el combustible."

A pesar de todo empezó a trabajar para desatar las manos de Luis. Luis se estaba quejando del dolor y al fin le dijo: "Me siento muy mal, espere un poco."

- "¡Tenga un poco más de paciencia, ya estás casi desatado!"

Iván siguió desatándolo con más fuerza. Luis siguió quejándose y de pronto se desmayó.

- "¡Luisito, Luisito! ¿Que te está pasando?", gritaba Iván "¡Levántate! ¡Falta muy poco, unos momentos más y estarás libre!"

Pero la cara de Luis estaba toda retorcida y las gotas de sudor le corrían por su frente. "No puedo más", murmuraba, "me siento tan débil."

Iván se inclinó hacia él: "¿qué te está pasando?, ¿te está doliendo mucho?"

- "¿Duele?... ¡no tengo fuerzas y tengo frío!" Su voz se entrecortó, ya que tenía su boca llena de sangre.

- "¿No te puedes levantar un poco?"

- "¡No puedo! ¡Déjame, de todas manera me voy a morir!" dijo con una voz apenas oíble.

Entonces se acostó Iván a lo largo al lado de Luis y de manera, que llegaba con su boca a las manos de Luis. Con sus dientes agarró el pedazo de alambre y le daba vueltas y vueltas, primero a uno y después al otro. Luis se estaba quejando y temblando de frío hasta desvanecerse. Iván siguió a pesar de todo con su trabajo. Sólo una vez tuvo que descansar, para escupir la sangre y un pedazo del diente, que se le quebró. Enseguida reanudó su trabajo, dando las vueltas y las vueltas al alambre hasta que por fin pudo arrancar sus pedazos de las muñecas de Luis y con su mentón separar sus manos.

- "Viste que todo salió bien", dijo al dejar libres las manos de Luis.

Lentamente pudo Luis recobrar tanta fuerza que se pudo voltear un poco. Pero los brazos no los pudo mover y llevarlos hacia adelante. Se le quedaron como pegadas al dorso, aunque estaban libres de ataduras. Iván se las movía con sus piernas, pero Luis por sí mismo no las pudo mover. Estaban como muertas y como si no fueran de él.

- "¡Dios mío, con que te ofendimos tanto, que permitiste de lanzarnos en este abismo!" musitaba Iván y espantado miraba el montón de cuerpos muertos y moribundos, que

estaban constantemente creciendo.

- "¡Si Dios permitió esto, fue esto en sus planes. Él sabe lo que hace. ¡El Juicio final es de Él!"

Estas palabras despertaron la paz en el alma de Iván. El tiempo corría y las horas pasaban y poco a poco empezó sentir Luis a sus manos como si fueran de nuevo suyas y a pesar de estar todavía adormecidas empezó a mover sus dedos, aunque con mucha dificultad.

- "¡Acércate más, voy a probar si te puedo desatar!" lo dijo apenas oíble.

Iván se puso de rodillas para facilitar el trabajo a Luis y acercó sus muñecas lo más que pudo a las manos de Luis. Es terrible irse muriendo poco a poco con las manos atadas... La sangre todavía corría de la boca de Luis y lo ahogaba. Su cuerpo temblaba de escalofrío y sus fuerzas se iban agotando. Mucho tiempo estaba palpando, jalando y dando vueltas a los alambres en las muñecas de Iván, y éste se retorció del dolor que le llegaba hasta su corazón. Se quejaba, suspiraba, pero Luis seguía con su trabajo. Por fin se le cayeron los brazos libres de sus ataduras, cada uno a su lado.

Entonces se fijó Iván por la fosa. El montón de cuerpos iba siempre más alto y como la leña estaban echados uno encima del otro y los nuevos cuerpos caían y caían sin cesar y con ellos quejas, gritos y oraciones. Estas vidas jóvenes se

estaban apagando y parecía que también el mismo Dios se olvidó de ellas.

- "¡Señor perdónanos nuestros pecados! Ten misericordia de todos nosotros!", resonaba en todas las partes de la gruta. Del montón de los cuerpos surgió una figura alta, sangrando copiosamente de una herida en el cuello. Su voz era espantosa y fuerte como de una fiera herida, que no dejaba a oír a los gritos de los demás. Estaba mirando hacia la apertura de la fosa arriba y gritando: "¡ Padre nuestro, ten piedad de sus hijos! ¡Acéptanos en tu reino!"

- "¡En tu reino!"... lo repetían, los que todavía lo podían.

Iván se apretó en un nicho por detrás de la piedra, que protegía este pequeño espacio, para que no lo alcancen los tiros que de tiempo a tiempo provenían desde arriba. Ahora estaba desatado y la vida ganó otro precio. La esperanza crecía siempre más y más. Ayudó también a Luis para que estuviera junto a él. En este momento se produjo de repente un esplendor en la gruta, que le quitó la vista y un fuego se propagó, simultáneo con un trueno ensordecedor, como si hubiera explotado el infierno... El gigante enmudeció y desapareció. La presión lanzó a Iván contra la pared del nicho. No oía nada y estaba medio entumecido. Todavía no desapareció el efecto de esta granada, ya resonó una nueva en el montón de estos cuerpos moribundos. Los pedacitos de sus carnes volaban y se estrellaban en las paredes de la gruta y algunos se pegaban a ellas. Los pedacitos de hierro

asesinaban y el fuego y el calor hacían a perder el conocimiento a los últimos que se retiraron en algunas cuevas en las paredes de la gruta.

- "¡Jesús y María! ¡Concédanme que me salve de este infierno ahora que tengo mis manos desatadas!", estaba pidiendo Iván.

En este momento se oyeron las ráfagas de la ametralladora. Sus balas penetraban en las cabezas y cuerpos, de los que todavía presentaban algún movimiento y las que retumbaban en las paredes muertas de la gruta, dispersaban el polvo y las piedras por toda la gruta. El humo de la pólvora impregnó todo el aire. Después de este diabólico ruido, reinó en la gruta el silencio, ya no se oía casi ninguna queja, cesaron las oraciones y peticiones. A los cuerpos enmudecidos, los cubría el polvo y las piedras desprendidas de las paredes de la gruta por las balas de las ráfagas de la ametralladora. En muy pocos cuerpos había todavía una chispa de vida y la muerte les iba poniendo poco a poco el silencio a sus bocas...

- "¡Iván, siento un frío tremendo!" se quejaba Luis, que se parecía ya a un muerto.

Atrás de esta piedra, situada adelante de su nicho, que les salvó la vida durante el bombardeo y las ráfagas de la ametralladora, por amortiguar la presión producida por el estallido de las granadas, hacía todavía más frío como en el

resto de la gruta.

- "¿Con qué lo puedo abrigar?"

Con mucho cuidado se deslizó del nicho y por el montón de los cuerpos y le quitó a uno la camisa y regresó a Luis.

- "Será mejor que nada" y le ayudó a ponérsela.

Entonces regresó a la gruta para ver si consigue algún vestido más. Sentía como su deber de cuidar de Luis. Su cuerpo estaba temblando por el escalofrío. Sus brazos no los podía mover más y poco a poco se apoderaba de él un sueño. Su cabeza estaba inclinada y siempre más se iba tranquilizando.

- "¡Tengo sed, mucha sed!" se quejaba.

Iván sintió miedo de estas palabras. Hasta de lo que pudo ver hasta ahora en este abismo no había agua. Como una madre al lado de su niño, observaba cada gesto suyo. Ahora ya estaba seguro, que Luis no va sobrevivir...

- "Voy a ver de nuevo si en algún rincón de la gruta puedo conseguirle siquiera un poco de agua", le prometía, y revisó de nuevo toda la fosa, pero dondequiera sólo montones de carne, charcos de sangre coagulada y cuerpos masacrados y desmembrados. Por donde miraba sólo veía la muerte que escogió para su banquete a esta pobre gruta. Recogió un

pedazo de piedra, un poco húmeda y fría y regresó a su nicho.

- "Sólo conseguí este pedazo de piedra húmeda y fría, que te va al menos un poco aliviar" y se la apretó entre sus labios resecos.

- "Ya a mí no me vale nada más, me estoy muriendo..."

- "No piense en esto, nosotros dos nos vamos de alguna manera salvar" lo consolaba Iván.

- "Para mi la salvación ya está muy cerca, la siento..."

- "Yo también me siento mal, pero de alguna manera vamos a seguir viviendo."

Luis ya no lo estaba escuchando. Estaba pensando en su hogar, en su madre, que lo estaba esperando... Era verano y todo estaba en flor. Hacia la casa venía una joven. "¿No era esto Anita, que lo estaba esperando para cuando vuelva?" Todo alrededor de él era pura alegría. "¡Esperen! ¿Para dónde corren?" Todo lo veía como oscurecido, como gris, como vacío...

- " Primer sábado del mes..."suspiró finalmente.

- "Tengo una medallita de Nuestra Señora del Carmen", se la ofreció Iván después que la que sacó del bolsillo de su camisa, no sin darle antes un beso ardiente.

- "¡Tómala, Luis! Me la dio mi madre y está bendita".

Luis miraba la medallita y suspiró: "No tengo miedo a la muerte, si tu estás conmigo. No Te pido más por mi vida, sino para que consuelas a mi madre, quien me está esperando. Dígale, que la quería y pensaba en ella hasta el final y que pensando en ella me despedí de este mundo y a Anita que la estoy esperando..." Después suspiró profundamente y un gorgoteo en su garganta lo estaba ahogando, pero con el último esfuerzo y apenas oíble y entre el gorgoteo le dijo a Iván : "¡Iván, mi buen amigo! ¡Estréchame con fuerza mis manos, tú el único, el último! ¡Tú te vas a salvar... y diga al mundo que pasó con nosotros! ¡Muéstrales nuestra tumba, para que puedan saber, dónde nos deben buscar!"

De esta manera terminó Luis, este gigante, que era con su barítono el mejor cantante entre nosotros. Entonces le quitó de sus manos, ya muertas, la medallita de la Virgen del Carmen. La imagen santa : la única y la última que tiene algún valor en esta hora.

Nueva mañana

Los gritos de nuevos compañeros anunciaban una nueva mañana. Los cuerpos de los ejecutados caían rápidamente unos detrás de otros sobre el montón de los cadáveres del día anterior. El abismo estaba temblando de la terrible gritazón, quejas, gorgoteos y de las oraciones de los que se despedían de este mundo. En este día las víctimas caídas a la fosa, se

resbalaban en su mayoría al lado contrario, así que no se atrevía ir hacia ellos para ayudarles, ya que lo podrían ver desde arriba y se mantenía en su nicho. El horror era todavía mayor que en el día anterior. El montón de los cuerpos crecía de una manera rápida, el espacio se estaba llenando y ya le faltaba hasta el aire. Las ráfagas seguían una tras de otra y acabando con las vidas jóvenes. En este trágico momento se oyó del otro lado de la fosa una voz cantando :

- "¡Sálvame Señor de la muerte eterna! De aquel día lleno de horror... del día de horror...!" De pronto terminó, como si se le hubiera ido el aliento y repetía pero siempre con la voz más débil. Poco a poco lo iban acompañando otras voces de aquellos cuyas gargantas no les tocó el tiro. Cada uno gorgoteaba como podía. El abismo estaba lleno de peticiones, de oraciones, de quejidos de los moribundos, así para ellos, como también para los que ya entregaron sus almas. Todo se elevaba hacia la pequeña apertura de la fosa arriba, donde las recibían, riéndose sus asesinos. Esto fue el último y desesperante grito hacia el cielo, para que no se olvide de ellos para cuando va llegar la hora de la resurrección de los justos.

- "¡Malditos, sigan cantando, si les parece este paraíso tan agradable!" se rió un rojo, rojito, quien se encontraba en el borde de apertura y les mandó una larga ráfaga de su ametralladora hacia abajo.

- "¡A nosotros nos alegran sus canciones!" "¡Sigán con ellas!", añadió la voz de uno evidentemente borracho.

Iván recogió ya cinco, que les ayudó a desatarse, en su nicho. A todos les irradiaba de sus ojos un ardiente deseo de salvarse. Se encogieron en su nicho y con toda devoción y el fervor empezaron a rezar el rosario.

- "¿No se puede conseguir en este lugar ni una gota de agua?" rogaron todos. En este ambiente ya tan reducido todos sentían como un fuego encendido en sus cuerpos.

- "¡Por lo menos una gotita de agua, para refrescarnos la garganta!" se quejaban todos.

- "¡Ya revisé a toda la gruta y todo en vano, no conseguí ni una gota. Recuéstense a las paredes, ya que su frialdad les va ayudar para tolerar mejor la sed!"

- "¿Que será de nosotros? ¡No nos podremos salvar!"

- "¡Sólo sé que somos escogidos entre los muertos. Hasta que tengamos la vida, no debemos perder la esperanza. Para Dios todo es posible!"

- "¡Ellos ya terminaron. Será terrible irnos muriendo lentamente!" dijo Esteban, quien tenía una herida en el lado derecho del tórax.

- "¡Cómo nos engañaron y traicionaron estos comerciantes ingleses!"

- "Y nosotros como les creíamos que nos están llevando a Italia y hasta el trabajo nos estaban ofreciendo."

- "Donde nosotros, estábamos escondiendo a un paracaidista inglés, para que no cayera en manos de los comunistas o de los Alemanes" y ahora nos pagaron de esa manera".

- "¡Aquel que va quedar el último, que rece por todos nosotros, también por mí !" Estaba mirando a Iván, quien parecía tener más fuerza entre todos.

- "¡Tu serás lo más probablemente el último y vas a cumplir con nuestro testamento!"

- "¡También tú vas a volver a tu casa!"

- "¿Yo, no, no, aunque quisiera?" El dolor no le dejó continuar.

Hacia la tarde el pobre Štefan (Esteban) se desmoronó, su cabeza se le cayó adelante y expiró.

El número de los vivos se iba reduciendo y el montón de los muertos se iba elevando hacia la apertura de arriba, donde se encontraba el mundo y la vida.

El resucitado de la tumba

Iván no se dio cuenta qué pasó con él. Cuando recobró el conocimiento, se sintió pesado y demasiado cansado. En la cara sintió como un ardor y en la garganta le estaba quemando. En la boca tenía un sabor amargo y sus ojos estaban pegados y no los podía abrir. En la fosa no se oía más la gritazón y ni los quejidos. Solo tal cual gorgoteo y suspiró le llegaba a sus oídos. El montón de los muertos se tranquilizó. Perdió por completo la noción del tiempo. No sabía si era de noche o de día, ni si ya amaneció o era la tarde. Ni sabía cuantas noches o días han transcurrido mientras estuvo sin conocimiento. Su nariz percibía el olor de la sangre, que se estaba corrompiendo.

Miró a su alrededor. Todo tranquilo, inmóvil y frío. ¿Dónde están todos aquellos, que quedaron vivos y se encontraban juntos con él?

- "¡Tone, Tone (Antonio)!" llamó suavemente. Pero nadie respondió.

- "¡Muchachos!" ¿Existe aún alguien con vida? ¡Muchachos!" Su voz fue llena de angustia.

Pero la contesta fue la calma y falta de todo movimiento. A tacto salió de su nicho y llamando, pero nadie contestaba. Volvió a su nicho, le quitó la camisa al cuerpo de Luis y se la puso. Los cuerpos fríos ya no daban calor a la gruta. Se lo

apoderaba un miedo. Ya que pudo constatar que entre estos cientos y cientos de muertos, el único que quedaba con vida era él. De arriba no venían más ráfagas de las ametralladoras. Por eso se atrevió a subir a la cima del montón de los cuerpos con sus últimas fuerzas. Los cuerpos sin vida fueron cubiertos con el polvo, piedras y los de más arriba con terrones de tierra fresca. Casi hasta sus manos llegaban las raíces de una haya gigantesca, que cayó seguramente a la fosa, cuando dinamitaron los bordes de la gruta, pero no pudo caer en la gruta, debido a su ancho ramaje y se atascó en su apertura. Parecía como si esta gigantesca haya crecía de la tumba al mundo donde reinaba el sol, aunque también este árbol estaba condenado a morir poco a poco en la sombra de esta terrible fosa.

De lejos se oyó cómo sonaba la voz de un acordeón. En alguna parte de este enorme bosque se oía su música alegre, acompañada de las voces y las risas de los verdugos, que se alejaban todos borrachos poco a poco del lugar, donde terminaron con su sanguinario trabajo. Por fin llegó reinar completa calma en el sitio de este horrible ajusticiamiento.

Iván se desplomó abrazado con las raíces de este bendito árbol, que le despertaba un rayo de esperanza y le traía un saludo de la vida de la tierra, fuera de esta terrible fosa. Incluyó la cabeza entre sus dos manos y empezó a rezar por sus hermanos muertos, como se han comprometido que lo va ser el último que va quedar con vida.

Fue el último, el único, sentado en este momento sobre más que mil quinientos corazones jóvenes muertos.

- "¡Señor ten misericordia de ellos en tu infinito amor, ya que entregaron su vida por defender tus mandamientos! ¡Acéptalos en tu Reino como los suyos, porque servían sólo a ti y a tu justicia! ¡No se olvide de ellos!"

Cuando vio a través de la apertura que anocheció. No pudo creer todo lo que pasó con él. ¿Que quedó vivo?... Parecía que todo esto pasó hace mucho tiempo atrás. A todos, los llevaron amarrados con los alambres por el mismo camino hacia este abismo. La misma horrible muerte fue destinada para todos. Aquí con ellos debía quedarme. Pero una voz lo alertaba constantemente que debe salir de esta fosa. No se le podía oponer.

En la noche un rayito de luna pasó el borde de la apertura y alumbró un poco el sitio donde estaba acostado Iván. Esto lo alzó.

- "¡Ahora. Iván, ten ánimo!" le alentaba una voz misteriosa. Besó la medallita de la Virgen del Carmen y le rogó : "¡Ayúdame!"

Se lanzó hacia las raíces de la haya y trataba por ellas alcanzar el tronco... Arriba, cuando llegó hasta la apertura, descansó un poco. Sólo un poco faltaba para salir de la fosa. El corazón le latía y lo sentía en la garganta como si le quisiera salir y llegar antes que él a la libertad. Se le acabaron las

fuerzas en las manos y mucho más en las rodillas. Estaba obligado a descansar, pero el frescor de la noche y el aire fresco que le entró en sus pulmones le dieron nuevas fuerzas, que le llegaron sin saber de dónde. Arrastrándose y ayudándose con todos los cuatro miembros pudo llegar al borde, dónde le ofrecía el mundo una nueva vida. Volteaba su vista a la izquierda y a la derecha como una fiera. Nada se movía. Alrededor del claro, dónde se encontraba la apertura de la gruta, se levantaban los árboles. A unos metros de distancia se encontraban las cenizas, todavía ardientes de un fuego recién apagado.

- "¡Adiós hermanos. Me voy para decir al mundo donde están enterrados!" Les suspiró "¡Si me quedo con vosotros, serán olvidados para siempre!"

De esta manera se escapó Iván del abrazo de la muerte a la vida.

En la sombra de la noche

Se deslizaba por la pendiente hacia abajo. ¿Para dónde? ¿Dónde ésta el camino de la salvación?

Como una fiera perseguida estaba afinando sus sentidos, para presentir cualquier peligro.

Chocó con el tronco de un árbol caído, se cayó y se quedó quieto en el suelo, auscultando. De pronto se puso tieso

como una piedra. Por todo el cuerpo sintió un escalofrío. En la garganta sentía como un fuego y le fue imposible sacar de ella un grito. El corazón le palpitaba y quería salirse del pecho. Una columna iluminada alumbraba con su luz amarillenta el sitio donde se encontraba y en su alrededor se encontraban en el suelo varios objetos que irradiaban la misma luz. Con sus manos palpó a unos de estos objetos. Troncos de un árbol podrido. Se levantó y siguió su camino entre los árboles y los troncos caídos, a veces arrastrándose y otras veces acelerando sus pasos lo más rápido posible con el único objeto de llegar lo más lejos posible de la gruta.

La madrugada lo recibió en el borde del bosque. Ante su ojos se encontraba un prado con la hierba bastante alta. Se lanzó entre las hierbas, húmedas por el rocío que se acumuló durante la noche en gotitas menudas sobre los troncos de la yerba y se mojaba con ellas la cara y las manos y probaba también a chupar algunas gotas para empapar con ellas un poco la boca y la lengua reseca.

Por ninguna parte no se sentía a nadie. Lejos abajo se oían los ladridos de los perros y el cantar de los gallos que anunciaban una nueva mañana. Se levantó y se retiró de nuevo en el bosque. Estaba desorientado y empezó a buscar el líquen en las cortezas de los árboles, para saber en que dirección se encontraba el norte. Sentía un cansancio extremo, las piernas ya no le respondían. Se cayó entre los helechos y en un momento se quedó dormido.

Bien tarde se despertó. Le pareció raro, de no encontrarse más entre los muertos, sólo las verdes hojas de los helechos le acariciaban su cara y una tranquilidad celestial reinaba en su alrededor. Nada de ráfagas, nada de quejas y de gritos no golpeaban más a sus oídos. El deseo de vivir lo levantó y cuando ya anochecía llegó con extremo esfuerzo entre los barbechos hasta una casa. Un hombrecito estaba parado al lado de la bomba de agua y estaba llenando un balde con agua. No se pudo dominar más. Se lanzó como un gavián sobre este balde y estaba tragando y tragando sin descanso, hasta que la voz de una mujercita lo interrumpió, gritando : "¡Deje algo, ya te vas a tragar todo!" Con ambas manos lo agarró y quería apartarlo del balde. "¡Déjenme, madrecita, quiero más agua, más agua, sólo aaagua!" Entonces la mujercita le quitó con fuerza el balde y le preguntó : "¿Quién eres y de dónde vienes?" y se apartó con rapidez. En puros interiores y con la camisa toda ensangrentada se encontraba arrodillado ante ella, todo sucio y con la cara abultada. Se asustó y dio un brinco y cogió una pala para defenderse.

- "¡Me salvé de una fosa!" le contestó como llorando y probó levantarse. "¡Mírenme, salí de entre los muertos!"

- "¡Uno de los blancos. ¡Que otra cosa se ganaron!" le acusó.

- "¡Denme siquiera un pedacito de pan!" le pidió a pesar de que sentía una hostilidad en sus palabras. Ella entró en la casa e Iván iba tras de ella hasta la puerta. De la casa salió una

muchacha en la edad escolar ya avanzada, se asustó un poco al verlo y rápidamente desapareció entre las matas del jardín de la casa.

- "¡Aquí tienes!" y la mujercita le puso en sus manos dos huevos y una papa.

- "¡Gracias, madrecita. Que Dios se lo pague!"

- "¿Y para dónde vas ahora?" le preguntó con una voz más suave y más amistosa y de alguna manera quería a que se demore más.

Pero Iván comprendió la situación enseguida. Y como si alguien le soplara a su oído le contestó rápidamente : "Hacia Kocevje, Kocevje..."

Enseguida se lanzó y entre los árboles frutales que circundaban la casa se perdió de nuevo hacia el bosque. Mientras caminaba se chupó los dos huevos y se comió la papa. Caminaba constantemente en el borde del bosque para que se pudiera esconder entre los arbustos y los árboles de los posibles perseguidores. Ya estaba bastante lejos cuando desde la cercanía de aquella casa se oyeron tres tiros.

- "¡Demasiado tarde, camaradas y no hagan mucho empeño para perseguirme!", ya que iba justamente en la dirección opuesta de la que le indicó a la mujercita.

El cansancio y el agotamiento se apoderaban de él y a cada paso presentaba un sufrimiento terrible. Las rodillas no daban para más.

El hambre lo obligó acostarse en la húmeda hierba. Su cuerpo le temblaba todo, especialmente sus manos, sus dientes le castañeteaban, su corazón empezó a latirle irregularmente. Era evidente que esto era el comienzo del fin. Estaba con tantos en la fosa a quienes les pasó lo mismo.

- "¿De veras no me voy a salvar?" suspiró tristemente. "¡Buen Dios, envíame ayuda, por favor!"

De nuevo se recuperó un poco y todo mareado siguió adelante. No vio nada. El cielo estaba nublado y la noche era muy oscura... Se arrastraba por todas las cuatro extremidades, se levantaba, se caía de nuevo y después de unos pasos descansaba un poco.

- "¡Adelante!" le ordenaba una voz misteriosa y mandona. "¡Adelante Iván, sin demora!" y cuando miró alrededor estaba solo y no vio a nadie.

- "¡Madre de Dios, ayúdame!" y llevó la mano al bolsillo de la camisa donde guardaba a su imagen.

Tarde en la noche, se desvaneció de nuevo. No tenía más fuerza, ni la voluntad, el pasado se estaba muriendo y ningún futuro veía ante sí. Se encogió y la noche oscura lo abrigó.

Cuando se despertó, miró en su alrededor. Le pareció distinguir entre los árboles una leve lucecita. Miró un poco mejor y de verdad allí entre la arboleda despedía una leve luz sus rayos apenas visibles, como una estrella lejana, que anunciaba un nuevo día, una esperanza. Se levantó a sus pies, todos desvanecidos y se arrastraba lentamente hacia ella. La luz venía de la ventana de una casa. Cuando se arrastró hacia ella, se incorporó poco a poco, así que pudo alcanzar las rejas, que protegían a la ventana. Miró a través de ella y vio a una mujer, que estaba sentada en una silla y tenía su cabeza apoyada en la mesa. Un poco más apartada, en la misma mesa estaba colocada una lámpara y alumbraba con su leve luz el cuarto.

- "¡Madre! ¡ábrame!" pidió Iván con temor.

La mujer se movió un poco, pero estaba demasiado adormecida, así que inclinó de nuevo su cabeza, para seguir durmiendo.

- "¡Óigame, madrecita! ¡ábrame!" repitió Iván.

- "¿Quién está llamando?" Preguntó suavemente.

- "¡Yo, madre. Un hombre medio muerto! ¡Ayúdenme!" pidió de todo el corazón.

- "¿Quién eres tú, que estás haciendo a esta hora por aquí?" le preguntó con una voz más dura.

- "Madrecita, me quisieron matar, pero me fugué... Soy uno de los defensores de los pueblos".

- "¡Cállate! Tu no eres ningún defensor del pueblo ! ¡Salga de aquí y no me mientas!"

- "Madrecita buena, ten piedad de mí! ¡Me estoy muriendo! ¡Soy uno de los defensores del pueblo, quien se les fugó de la misma tumba!"...

- "¡Tu eres el demonio, que me viene tentar a esta hora. No te creo nada!" permaneció la mujer inexorable.

- "¡Abra la puerta sólo un poquito, para que me veas y me va a creer!" estaba pidiendo humildemente.

Estas palabras la convencieron y quitó la tranca del portón. Iván se zumbó a través del portón abierto y se cayó en el corredor.

- "¡Mírame, madrecita como me dejaron! ¡Así me les escapé de la fosa! ¿Ahora si me lo cree?"

De un brinco se apartó la mujer hacia atrás, toda espantada.

- "¡Dios tenga misericordia de ti!" le salió de la boca como un quejido! ¡No levantes tanto la voz para que no nos oiga alguien!" le aconsejó.

Rápidamente puso una cortina a la ventana y atravesó el portón.

Entonces le ayudó a levantarse y lo llevó como a un niño al banco que estaba colocado pegado a la pared de la cocina.

Iván apretó sus manos como en la oración y le pidió :

- "¡Madre, le ruego que me den agua y pan!"

- "¿Quiéres leche?" le ofreció.

El inclinó su cabeza, que sí.

Entonces le sirvió un jarro grande de yogurt y pan al que quisiera y los puso en la mesa delante de él. A Iván se le derretía el corazón al ver tantas bondades delante de él. Primero hizo con sus manos temblorosas la señal de la Santa Cruz y sintió una felicidad única, al estar de repente sentado en una casa, tranquilo.

- "¿No existe ningún peligro en su casa?" y miró a su alrededor.

- "Pienso que no. Al menos hasta ahora todo está tranquilo" le contestó.

- "¿No vienen a espiar alrededor de vuestras casas?"

- "Hasta ahora todavía no vi a nadie. Únicamente los encontré por la carretera. A veces se los ve como investigan en los bordes del bosque." Le dejó para que comiera y bebiera en tranquilidad. Mientras tanto colocó en la mitad de la cocina un balde grande con agua.

- "Para que te vayas a bañar. También te buscaré un poco de ropa para que te vayas a cambiar."

- "¡Qué buena es usted, mi buena madre, conmigo! ¡Dios se le pague por toda esta su bondad! ¡Usted me salvó mi vida!"

- "¿Por favor de Dios, qué estaban haciendo con ustedes? ¡Qué horrores tuvieron que soportar!" siguió quejándose y no se cansaba de mirarlo. Pero no se atrevió preguntarle más.

- "¡Esto no es nada!" A mí no me alcanzaron sus balas, ya que me resbalé antes en la boca de la fosa y caí adentro antes de poderme pegar el tiro de gracia en la nuca. Con los demás pasó mucho peor. Mañana le diré más."

- "¡Venga conmigo, vas a dormir arriba bajo el techo!" Por una escalera subieron los dos, al sitio donde le preparó la cama.

- "¡No te bajes, si no tienes una necesidad muy grande!"

El sol estaba ya muy alto, cuando la madre subió para llevarle el desayuno.

- "Mire le traje los ñoqui con leche, para recuperarte lo más pronto posible" y se los puso en la mesita.

- "¿Cuánto tiempo hace que los comí la última vez?" se preguntaba. "Oh, cuando me los cocinó mi madre," se recordó.

- "Te ruego que me digas dónde consiguió la camisa, que tenías puesta," le dijo con una voz temblorosa y llena de miedo.

- "Una es mía y la otra me la dio un compañero en la fosa, propiamente se la quité después de muerto. Nos encontramos allí, nos quitamos mutuamente los alambres, con los que teníamos amarrados en el dorso nuestras manos. Estaba seguro que se iba a salvar conmigo. Era un gigante, fuerte y un muy buen muchacho. Si no fuera por él yo no me hubiera podido salvar, ya que él me desató, ya moribundo mis manos. Pero lamentablemente se desangró."

- "¿No te dijo cómo se llamaba?"

- "Sí, como no, se llamaba Luis. Cuando sentía que se le aproximaba su fin, me rogó, que busque a su madre, quien vive aquí cerca y le lleve una marca de esta camisa. De esta manera la voy conocer y que le diga que en sus últimos momentos sus pensamientos estaban con ella."

- "¿Dijo que vaya donde su madre y la salude?" Esto me encomendó. ¡Cada quien se recuerda en sus últimos

momentos de su madre!"

- "¿Y tú piensas ir a buscarla?"

- "Mi deber es a cumplir su último deseo, pero ¿Dónde buscarla? Tengo miedo de salir, aunque me dijo que su hogar no se encontraba lejos de donde estaba la fosa."

- "No necesitas ir buscando a su madre, puedes dejar la camisa a mí. Su madre ya la reconoció..." Después de decir estas palabras empezó a llorar desconsoladamente.

- "¡Madre no llores! Le diré todo sobre él. Todo, ante todo como la quería! ¡Sólo no llores! Que Dios me llevó justamente a su casa."

También a Iván le venían las lágrimas a sus ojos, cuando se recordaba de los últimos momentos de Luis, a quien tuvo que dejarlo en esta terrible fosa.

- "Ahora ya sé que mi Luis no va venir nunca más. Todas las noches lo estaba esperando, con la lámpara encendida. Ya no la voy encender más. ¡Mi pobre muchacho. De que horrible manera terminó su vida!"

Iván sentía la amargura de su dolor, pero no lo podrá comprender nunca. Esto lo preservó Dios sólo a las madres.

Camino hacia la libertad

Ya pasaron tres semanas. Iván seguía en la casa de la mamá de Luis. Lentamente le volvían sus fuerzas, tenía la sensación como si hubiera nacido de nuevo. Sus ojos brillaban de nuevo como antes. Sus chichones y manchas moradas en la piel iban desapareciendo. Sólo los dos surcos morados alrededor de las muñecas, producidos por el alambre, que le llegó hasta los huesos, estaban allí como los testigos de su sufrimiento. Todavía le dolían, especialmente al tocarlos.

Todos los días los pasaba escondido arriba bajo el techo de la casa y hablaban siempre de voz muy baja. Sólo al anochecer bajaba y caminaba con mucho cuidado entre los árboles que crecían alrededor de la casa. Toda la gente vivía con el miedo y la desconfianza.

- "Decidí, ir a buscar y traerte a tu madre," le dijo una mañana.

- "Que felicidad sería eso para mí y claro también para ella. Pero es mucho mejor que no lo hagas," le contestó.

- "¿Porqué no?"

- "Ya me salvé una vez y no quiero ponerme de nuevo en el peligro, sin necesidad. Tú sabes bien que cada árbol tiene sus ojos..." Yo tengo que salirme de aquí lo antes posible y una nueva separación sería para los dos mucho más difícil.

- "¡Yo estoy lista para servirte en todo a mi alcance!"

- "No sé de que manera pagarle por todo lo que hizo por mí, a toda esta su bondad. Ya hizo demasiado por mí. Yo sería inmensamente feliz si le hubiera podido traer a su Luis."

- "Yo ya me entregué a mi dolor, que me tocó vivir. Esto era mi destino y tu haga lo que te parece bien."

- "Tendré que partir. No es posible quedarme aquí por más tiempo. Los dos corrimos el peligro. Aquí huele demasiado a muerte."

- "¿Para dónde quieres ir pobrecito? ¿Y si les caes de nuevo en sus manos? ¿No quieres quedarte otro poco tiempo conmigo?"

- "¡No, mi madrecita. Siento, que tengo irme adelante! Vas a ver que voy pasar felizmente la frontera..."

- "¡Qué calamidad cuando tienes que dejar a su tierra y emigrar a un país extranjero!"

- "Madre mía, yo voy volver, pero ya cuando no voy tener más la necesidad de irme escondiendo. Entonces, cuando podremos volver todos que estuvimos obligados de partir. Hubo una gran procesión a través de Ljubelj para alcanzar a los aliados en Austria."

- "¡Qué Dios los traiga otra vez a su patria, ya que aquí

nacieron y vivieron!"

- "Esto le ruego, cuando estaré libre y lejos de aquí, entonces vaya donde mi madre y le diga toda la verdad lo que pasó con nosotros y que estaba obligado dejar el país. Llévelo mi abrazo y la promesa, de que voy a volver y también a mi querida Rosita le diga que me espere."

- "Cumpliré con todo lo que me encargaste, si Dios quiere."

Temprano, de mañanita se iban entre los barbechos, por los estrechos caminitos, lejos de las casas, hacia el borde del bosque y allí se pararon por un momento.

Allí lo persignó y le dijo "¡Para que Dios te lleve felizmente por el camino hacia la libertad!"

- "Muchísimas gracias por todo. Tengo el valor y si habrá necesidad, lucharé para conseguir el camino hacia la libertad."

- "¡Tenga mucho cuidado, Iván!" fue su última advertencia y él le apretó su mano derecha. "¡Con esta misma mano con la cual apretaba yo las manos de Luis, cuando se despedía de este mundo, le estoy entregando todo su amor."

Con él se iban el acusador y el testigo al mundo libre. El testigo vivo, de uno resucitado del abismo de los muertos.

MI PRIMERA VISITA A ESLOVENIA DESPUÉS DE 26 AÑOS

En el año 1971, cuando visité a Eslovenia por primera vez, después de vivir 26 años en exilio, ya todo el mundo criticaba abiertamente y sin miedo al gobierno comunista. Tuve cierto miedo cuando pasamos la frontera y entró en el vagón donde estaba, un miliciano con un maletín en sus manos. Por su culpa enseguida lo perdí, cuando este mismo miliciano empezó a gritar. "¡Dinares, dinares! ¿Quién desea cambiarlos por los dólares?" Hay que ver que por esta estupidez perdió la vida y sufrió el martirio tanta gente, para llegar después de 26 años a lo mismo de antes. Se calcula que por esta ideología estúpida e inviable perdió la vida en el mundo más de ciento cincuenta millones de gente, casi todos previamente martirizados en los gulags, campamentos de concentración y en las cárceles.

Poco a poco llegué a la conclusión que la lucha de la humanidad en estos tiempos no es propiamente contra alguna ideología o contra algún hombre, sino contra el demonio, que con sus armas que son el odio, la violencia de todas las clases y la mentira, quiere imponer su poder y destruir a nuestro planeta. Dios le entregó por cien años a este mundo, para después encerrarlo en el infierno del cual ya no podrá salir, como lo expresó la Virgen de Fátima en el año 1917. Aunque Ella reveló esto en el año 1917, no dijo en que año sucedió esto. En mi modesta opinión tenía que ser en el año 1914, cuando un muchacho serbio mató en Sarajevo al Archiduque Ferdinando y a su esposa Sofia, sucesores en el trono del

emperador Francisco José (Franz Joseph) de Austria y con esto provocó la primera guerra mundial, ya que este atentado tenía que ser una maniobra del demonio. Así que su dominio está llegando a su fin, pero antes se va cumplir todo lo que está descrito en el último libro del Nuevo Testamento y casi nadie se está dando cuenta que ya se está cumpliendo y estamos en el quinto sello de los siete que se deben cumplir antes de la renovación divina del nuestro planeta. Así que al mundo le está esperando en estos años que faltan, una terrible tercera guerra mundial y otras calamidades cósmicas todavía peores que van a reducir la población mundial a una tercera parte de su población actual y a esta tercera parte Dios le va cambiar sus corazones de piedra por corazones de carne. El nuevo mundo renovado por el Espíritu Santo será de paz, de amor, de justicia, de gracia, de bondad, de salud y de santidad. En una palabra un nuevo Paraíso terrenal, que perdimos con Adán y Eva. El demonio va a ser vencido y encerrado en su reino y ya no podrá salir más a este mundo renovado. De esta manera se va cumplir lo que le pedimos a Dios cada vez que rezamos el Padre nuestro : "Vénganos Tu reino y hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Ya que para esto ha venido el hijo de Dios para devolvernos, además de nuestra redención, también el Paraíso que perdimos con Adán y Eva. Si meditamos de esta manera, entonces podemos comprender, que a pesar de todos los esfuerzos, de los que nosotros llamamos las grandes potencias, el mal progresa, ya que el mundo se olvidó de Dios.

Las armas que podemos usar en esta lucha con el

demonio son solamente dos : la oración y nuestro sufrimiento. Ahora, ya que el mundo se olvidó de orar, entonces tendrá que sufrir, pero sufrir como nunca antes en su historia Por eso nos está alertando la Santísima Virgen María diariamente, en muchos lugares del mundo actual, especialmente en Medjugorje (Medyugórie), desde hace ya 27 años, que nos debemos convertir a Dios, ya que nos queda muy poco tiempo para hacer eso y llorando hasta la sangre de muchas de sus imágenes. Dice ella que es la sangre de los niños asesinados en los vientres de sus madres y la sangre de todas las víctimas de todas las clases posibles de violencia. La Santísima Trinidad la envió en estos tiempos al mundo para ayudarnos en este regreso a Dios y que para conseguir esto, necesitamos a consagramos a su Inmaculado Corazón, para que Ella pueda cambiar nuestros corazones a ser semejantes al de Ella. Pero son tan pocos que le hacen caso, hasta en la misma Iglesia, que también va ser completamente renovada para sea de veras evangélica, pobre, humilde, santa, misericordiosa, sencilla y desprovista de todo el poder a semejanza a la imagen de la misma Virgen Santísima.

Cuando me comunicó mi esposa en una carta, que por fin consiguió el permiso de salir de este "paraíso", me sorprendió muchísimo, ya que no lo pensaría ni en el sueño.

Resulta que el "mariscal" Tito, después de acabar con toda la oposición de la manera ya descrita y se hizo su nombre famoso en todo el mundo, porque rompió con su dependencia de Stalin y se liberó de él, matando o encarcelando a todos

sus partidarios en un campo de concentración, que fundó en una isla en el mar Adriático, llamada Goli otok (Isla desnuda), en la costa dálmata, donde los iban poco a poco eliminando con el hambre y las torturas. Cuando se aseguró en el poder, empezó con sus viajes por todo el mundo, como un gran héroe, ya que se atrevió rebelarse al todopoderoso Stalin y quedó vivo. De esta manera visitó también a Inglaterra. Ya que tenía miedo de viajar en avión, viajaba siempre en su yate particular, acompañado por el único crucero y cuatro torpederas que poseía Yugoslavia.



Grupo de medicos del ejercito Esloveno

En un banquete en su honor, le recordó la reina Isabel II, que él seguramente no sabía que había muchísimas familias, que vivían separadas, porque sus parejas no conseguían el permiso de salir de Yugoslavia. Claro, que él se hacía, que esta noticia era una sorpresa para él y que nadie lo informó sobre este problema y se comprometió públicamente, ante

todos los presentes en el banquete, que apenas regrese, va solucionar este problema y en efecto lo hizo.

Mi esposa sufrió muchísimo en los años siguientes de mi salida de Eslovenia. Pero al fin la dejaron a proseguir con sus estudios de medicina y esto, porque casi toda su familia era simpatizante o al menos no contraria el régimen comunista establecido. Así se pudo graduar y ejercer su profesión como pediatra, ya que adoraba a los niños. Cuando supo, que puede introducir la solicitud para emigrar y unirse con su esposo, la introdujo enseguida. A los pocos días le llegó el permiso de emigrar, si ésta era su voluntad y también que se podía llevar consigo a nuestra hija Darja, que tenía en aquel entonces ya ocho años. Enseguida me escribió, que consiguió el permiso de poder emigrar. Ahora, el problema era cómo enviarle el dinero, para poder pagar los pasajes y los demás gastos de viaje.

El dinero de Yugoslavia no tenía ningún valor fuera de sus fronteras. Si le enviaba el dinero por el banco se lo iban a cambiar en dinares, la moneda nacional de Yugoslavia y con esta no podía hacer nada en el extranjero. Me iba informando y por fin supe que Venezuela mantenía su consulado en Génova, de donde iba partir el barco, que la traería a La Guaira. Entonces envié un cheque por 650 dólares al dicho consulado, explicándoles mi problema en la misma carta, que envié certificada y por vía expresa. Le escribía a mi esposa, que el dinero para pagar el pasaje del barco y los demás gastos de viaje le estaba esperando en el consulado venezolano en

Génova. Cuando llegaron a Génova, y fueron al consulado y allí le dijeron que ellos no sabían nada de este dinero y que ellos no recibieron ninguna carta mía, aunque la envié certificada y por vía expresa. Entonces mi pobre esposa, sola en el extranjero y sin dinero, ni para regresar a Yugoslavia, no sabía que hacer. Al fin se recordó de la firma Citrus, propiedad de un paisano nuestro, que tenía su sucursal en Génova, por la cual les enviaba yo los paquetes con los alimentos y telas, cuando sufrían en Eslovenia, al menos en los primeros años después de la guerra, de extrema carestía. Ya que los comunistas tienen un método bien estudiado, como primero confiscar a la gente todos sus bienes y después repartirlos, claro que lo mejor parte entre ellos mismos. Esto provocaba después una pobreza extrema, que obligaba a la gente luchar, para conseguir de alguna manera lo más elemental para sobrevivir y conservar al menos su vida. Con esto la gente perdía toda la voluntad de lucha contra ellos, ya que necesitaban toda su energía para conseguir todo lo necesario para sobrevivir. Claro, que los dirigentes no padecían de ninguna necesidad y vivían y viajaban por todo el mundo con todo el lujo, culpando al imperialismo y al capitalismo por la situación en la cual vivía la gran mayoría del pueblo. De esta manera se apoderaban de todos los poderes, pero lamentablemente, después no sabían, que hacer con ellos. De este caos surge, al final, siempre un líder que sin ningún escrúpulo elimina a todos los que se le oponen, aunque muchas veces son los mismos, que le ayudaron subir al poder. La carestía va aumentando poco a poco, pero la gente ya no está capacitada para sublevarse en la mayoría de los casos. Todo eso se acaba con la muerte del

líder y en otros casos los aniquila la misma situación caótica, que se produce al inducir las ideas inviables, que ellos consideraban salvadoras, en su enorme ignorancia y ambición de eternizarse en el poder. Pero siempre poco a poco surgen los hombres sensatos, que poco a poco regresan a estos países a los viejos y experimentados métodos.

Cuando mi esposa llegó a la sede de esta compañía en Génova, tuvo la suerte, que la recibió su propio dueño Dr. Pedro Urbanc (Urbantz) y cuando le explicó su problema, le compró el pasaje en la segunda clase en el barco Auriga, que salía del puerto en los próximos días con destino a La Guaira en Venezuela. Con esto, gracias a Dios, tenía solucionado su problema. No hay duda, que una fuerza sobrenatural tenía metida allí su mano.

Dr. Pedro Urbanc, dueño de la firma CITRUS, fue al consulado de Venezuela y les pidió que le dieran por escrito su declaración que no recibieron mi carta, ya que ésta fue enviada certificada y por vía expresa, para reclamar al correo, para que investigue en qué parte se perdió, ya que el destinatario tenía que firmar su recibo al empleado del correo italiano y con esto confirmar su recibo. Esto los asustó y unos días después le comunicaron que la carta llegó y le entregaron \$ 650--, que cobraron con anterioridad. Le agradezco eternamente por este gran servicio que nos proporcionó a mi esposa y a mí.

Mi esposa me telegrafió, por medio del Dr. Urbanc, que el barco Auriga va a atracar en el puerto de La Guaira el día 12 de

noviembre y claro, yo fui a esperarlos allí.

Después de ocho largos años puede de nuevo abrazar a mi esposa y a mi hijita de ocho años, a quien vi por primera vez en mi vida, aunque la conocí ya antes por las fotografías, que me enviaba mi esposa. Fuimos a Caracas en el autobús por la carretera vieja. Allí les compré unos vestidos nuevos, que ellas mismas escogieron y al día siguiente, después de pasar la noche en un hotel, nos fuimos de nuevo a Maiquetía y de allí por avión a Mérida.

Cuando recibí la carta de Mihela, contraté enseguida a unos obreros en El Morro, para que se apresuraran con los trabajos, que yo ya había empezado antes, para acomodar a la pequeña casa en mi solar para mi vivienda. Encargué para dirigir a estos trabajos a un trabajador muy capaz y honesto, llamado Quintilio Dugarte y cuando llegamos a lomo de mulas a El Morro, la casa ya estaba lista, al menos en lo más esencial, para podernos instalar allí inmediatamente. También una cama de matrimonio de metal, que mandé traer de Mérida y un armario de madera que me hizo Ceferino un carpintero del pueblo, ya estaban en su sitio. También una cocina de hierro, parecida a las que estaban usando en Eslovenia nuestros campesinos, con su horno y la chimenea, que mandé traer de Mérida. Posteriormente me trajeron de Mérida también una nevera que funcionaba con kerosene porque en el pueblo todavía no teníamos luz eléctrica.

A Daria, mi hijita la inscribí enseguida en la escuela del

pueblo, donde consiguió rápidamente a sus amiguitas e iba aprendiendo el español de una manera extraordinariamente rápida. En el año siguiente la inscribimos como interna en un colegio de monjas en Mérida. Allí terminó el cuarto y el quinto año de la primaria. La visitábamos una vez mi esposa y otras veces yo, ya que no podíamos dejar la casa sola, porque mi esposa empezó criar las gallinas y tenía más de mil sueltas en el solar. A veces se llevaban alguna los zorros, que entraban al solar por la quebrada, cuyas aguas corrían abajo por un lado del solar. Vendía los huevos a los comerciantes ambulantes que venían de Ejido a comprarlos. Yo compré también una incubadora para 300 huevos, que funcionaba a kerosene. Así criábamos también los pollos. El molino nos abastecía al menos parcialmente la comida para todos estos animales y el resto lo completábamos con el maíz y con los bichitos de los cuales estaba lleno el solar, que era bastante amplio, donde tenían siempre también la yerba verde. La arena había suficiente en la quebrada que pasaba por el pie del solar. El agua tampoco presentaba el problema, ya que la conseguían la que quisieran en la quebrada y en la acequia que pasaba por el solar. Vivíamos una vida, que parecía el cielo en la tierra, ya que nuestro solar se parecía al paraíso que perdimos por culpa de Eva y Adán. La tranquilidad, la paz y la salud en unos de los mejores climas del planeta.

De la finca conseguíamos la carne cuando se mataba alguna res despeñándose de algún peñasco y la guardábamos en el freezer de nuestra nevera. También traíamos de allí, cuando la cosecha, el trigo, el maíz, las arvejas, los arvejones,

las habas y ante todo las moras. Mi esposa hacía de ellas la mermelada y un jarabe muy espeso que lo guardábamos en las botellas de vidrio, tapadas con un corcho, que lo protegimos con la parafina calentada y de esta manera se conservaba durante años. Cuando se abría una botella se echaba el jarabe en un vaso hasta como un dedo de altura y el resto se completaba con el agua. De esta manera teníamos siempre a nuestra disposición un refresco sabrosísimo y natural para el uso nuestro y cuando teníamos alguna visita.

Me recuerdo muy bien de una visita al dispensario de Los Nevados al final del mes de diciembre en el año 1956. Me avisaron que vaya a ver al padre capuchino, que vino de la parroquia de Belén de Mérida para pasar la Noche Buena y el Año Nuevo en la iglesia de Los Nevados. Hizo todas las misas de aguinaldos, pero para la misa de la Noche Buena, que se hacía en aquellos años a media noche, tuvo que hacerla sentado, ya que no tenía las fuerzas para hacerla de pie. Cuando lo vi, me di cuenta enseguida que se trataba de fiebre tifoidea, porque ya en los días anteriores le daba la fiebre especialmente por las tardes y cada día más alta. Le expliqué que tenía que trasladarse inmediatamente y de cualquier manera a Mérida y empezar el tratamiento con la cloromicetina. Pero él insistía que tenía que hacer también la misa del Año Nuevo en Los Nevados. Yo le dije que cualquier demora con el tratamiento podría ser fatal, pero no lo pude convencer. Yo pensaba por la tarde regresar a El Morro, para pasar el Año Nuevo con mi esposa y mi hijita, quien se vino de Mérida por tener las vacaciones del Año Nuevo. Entonces le

propuse al padre, si tiene que hacer la misa del Año Nuevo, se traslade al día siguiente conmigo para El Morro, para evitar de pasar la Sierra Nevada, por la Sierra de Media Luna, a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. Así lo hicimos. Hizo su misa sentado en su mayor parte y al día siguiente nos trasladamos para El Morro. A lomo de una mula y acompañado por dos peones. Me acordé, cuando me trasladé yo, después de mi gravedad en Aricagua, para Mérida. Mi esposa estaba muy preocupada, que pasó conmigo, porque quedamos, que iba volver en la tarde del día anterior para celebrar juntos el Año Nuevo. Lo recibimos en mi casa, donde lo atendía yo mismo, para evitar que mi esposa y mi hijita se contagiara. Yo pensaba que estaba inmunizado, ya que unos años antes sufrí también yo mismo la misma enfermedad, de la que me contagié también en Los Nevados, donde la fiebre tifoidea era endémica. Después de tres días de tratamiento, la fiebre se le quitó y una semana después pudo regresar a la parroquia en Belén de Mérida, que administraban los padres capuchinos. Pero unos días después empecé a sufrir la fiebre también yo y fue de nuevo la fiebre tifoidea, ya que no desarrollé suficiente inmunidad por habérmela curado con la cloromicetina. Tuve que tomar la medicación de nuevo y de suerte no me afectó, ya que la cloromicetina en algunos casos puede producir la destrucción de la médula ósea.

Vivíamos en la dictadura de Pérez Jimenez. Pero en El Morro vivíamos en un mundo aparte y para nosotros era prácticamente igual quien gobernaba en Caracas.

Le pedimos al gobierno de Mérida para que nos construyeran un puente para poder pasar el río de Nuestra Señora, ya que por allí pasaban todas las caravanas de mulas de Aricagua, que llevaban el café para Ejido. Lo mismo también toda la gente del municipio de El Morro y del Campo Elias que vivían al otro lado del río. Normalmente pasaban a través del río, ya que un puentecito que había, no servía nada más que para pasar la gente a pie y hasta eso con mucho peligro. No tenía sino un metro de ancho y el piso de palos, amarrados sobre unos cables y se meneaba demasiado al pasar uno. Como el gobierno de Mérida ni contestaba a nuestra solicitud, les dije a la gente que lo podemos construir nosotros mismos. De todas maneras me fui personalmente a la gobernación en Mérida, para que nos concedieran siquiera algunos de los materiales necesarios, para construir el puente nosotros mismos. Tuve suerte, que no estaba el gobernador y me atendió el secretario general del gobierno, quien estaba encargado de la gobernación, de apellido Dini, un hombre muy amable, al que expliqué nuestro problema. El me prometió que nos iba ayudar a construir este puente con todos los materiales que necesitábamos y a las que tenía la gobernación en su depósito, pero que no nos podía ayudar con ningún dinero, ya que todo el dinero lo manejaba el gobernador personalmente. Yo le traje los planos y la lista de todos los materiales que necesitábamos para construirlo. Este plan lo hice yo mismo, aunque no era ingeniero, ya que siempre me gustaba la construcción y no estudié la ingeniería de construcción porque mis dos hermanas, que eran enfermeras, me persuadieron que estudiara la medicina.

Entonces buscamos en el río un sitio más apropiado, donde había de ambos lados una roca firme y donde el largo sería lo más corto posible. Este sitio estaba exactamente en el sitio del puentecito actual. Para construir el puente, que tendría una longitud de 22 metros, necesitábamos 16 cabillas de una pulgada de espesor con sus respectivas roscas en sus puntas y unos tensores para unir a estas cabillas entre sí y templarlas al extremo, para que toda estructura fuese lo más firme posible y sobre estas cabillas amarrar unos planchones de madera de unos cuatro centímetros de espesor y de dos metros y medio de largos. Además necesitamos el cemento y unas pocas cabillas para construir las bases en cada extremo del puente.

Todo este material nos lo consiguió Dr. Dini y la gente, que vivía en las aldeas del otro lado del puente, que estaba la más interesada para tener su puente, trasladaron estos materiales hasta El Morro, donde los depositamos en el patio cubierto de mi casa que tenía abajo en el pueblo.

Todas las tardes bajábamos yo y Quintilio, quien me hizo todos los trabajos de mi casa en el solar y a quien pagaba yo, ocho bolívares diarios. La gente del otro lado del río venían a ayudarnos, especialmente Ernesto de la aldea de Mucután a quien mandaba su padre para ayudarnos todos los días. Este padre era el mismo viejito, que cuando, yo enfermo, venía de Aricagua y me posé en su casa, brincó por encima de mí, para salir de la casa cuando el temblor. Este Ernesto, un magnífico muchacho murió posteriormente de fiebre tifoidea. A mí me llamaron para que lo fuese a ver, cuando ya se puso grave,

pero era demasiado tarde, ya que estaba todo complicado con peritonitis.

Cuando ya la estructura del puente estaba terminada y faltaban sólo los planchones para amarrarlos sobre las cuatro hileras de cabillas templadas al extremo con los tensores, avisé a la gente de las aldeas del otro lado del río, que mientras tanto ya tenían listos los planchones de madera, para que viniesen un determinado día todos juntos, cada uno con su planchón y en un día amarramos todos los planchones sobre las cabillas y el puente estaba listo, para usarlo sin ningún peligro, ni para la gente, ni para las mulas y hasta para un carro si hubiera la carretera. Los cables del viejo puente los utilizamos para ponerlas al nuevo puente de cada lado, como la protección para las mulas y para la gente para que no se cayeran al agua, al pasar el puente.

De esta manera tenía esta gente la solución para poder pasar el río, ya que antes tenían a veces que esperar hasta varios días, cuando el río estaba crecido y no lo podían pasar hasta que bajara. La gente de Aricagua, que más se benefició con este puente, no nos ayudó en nada.

Aunque el nuevo puente tenía más de cuatro metros sobre el nivel del río, me avisaron un día que el agua de la creciente casi llegaba al nivel del puente. Fui a ver y de verdad, no faltaba ni medio metro para llegar a los planchones. Fui al pueblo y bajé con varios hombres y descargamos el puente y guardamos los planchones en un lugar más alto, al lado del río.

Cuando subió el río las cabillas aguantaron su embestida y cuando el río bajó amarramos de nuevo los planchones y de esta manera salvamos el puente y nuestro trabajo.

Entonces tuve otra idea como mejorar la vida de esta pobre gente, que vivía prácticamente aislada del resto de mundo. Para esto necesitábamos una carretera, siquiera de unos cuatro metros de ancha. Aunque la pedíamos al gobierno no nos hicieron ningún caso. Saqué la cuenta y les expliqué a la gente, si cada uno de unos mil hombres que tenía el municipio contribuye con treinta días de trabajo, la podríamos construir nosotros mismos sin ayuda del gobierno.

Fundamos una Junta pro Progreso de El Morro e hicimos un plan. Primero fui hablar con el Dr. Gabaldón, quien era el dueño de la hacienda por donde debía bajar la carretera para llegar hasta la vega del río Chama y allí unirse a la carretera, que estaba ya funcionando, que iba hasta la ciudad de Mérida. Le expliqué que nosotros no íbamos empezar la construcción desde su hacienda hasta El Morro, sino al revés, la vamos empezar construir del pueblo hacia fuera, pero tenemos que saber, si él nos dará el permiso, cuando llegamos hasta su hacienda, para pasarla y unir nuestra carretera con la que ya iba de su hacienda hasta Mérida. Él me dijo, que con mucho gusto nos dará este permiso, pero debe ser trazada por un experto, para no destruir los terrenos sin ningún plan serio.

Yo traje a un ingeniero, muy buen muchacho de apellido De Felipis, quien era en aquel entonces el director de las obras

públicas del estado y un geómetra de origen alemán, quien fue muy amigo suyo. Ellos nos trazaron más o menos por donde debía pasar la carretera. Entonces empezamos a trabajar, comenzando desde el mismo pueblo. Mientras tanto cambiaron al párroco y lo mandaron para la parroquia de Montalbán de Ejido y en su lugar vino uno nuevo, joven, quien aceptó con entusiasmo nuestro plan. Él compró un jeep para entusiasmar todavía más a la gente y lo trajimos a El Morro por el mismo camino de mulas, en muchos lugares amarrado con cables y cabuyas para poder pasar y no caer por los precipicios de los cuales estaba lleno el camino.

Yo también compré en Mérida una motocicleta de marca BMW de 500 cc, ya usada, pero en muy buen estado y la traje yo mismo sin ninguna ayuda, haciendo el motocross, en los tiempos cuando éste todavía no era de moda. Por el camino me caí muchas veces y en una de estas caídas me quemé la mano derecha con el tubo de escape. De suerte descubrí, cuando todavía estudiaba la medicina en la universidad de Graz en Austria, un método sumamente eficaz para tratar las quemaduras térmicas recientes, empezándolas tratar lo más pronto posible, antes que evolucione el proceso inflamatorio, cuyo fin es rechazar y destruir la piel quemada. Pero para esto necesitaba el alcohol con urgencia. Me monté en la moto enseguida para buscar la ayuda y conseguir el alcohol que necesitaba. La primera casa que conseguí, era de suerte una pequeña tienda y estaba abierta. Pedí enseguida si me podían a vender un litro de alcohol, pero no lo tenían. Entonces se me ocurrió una idea, aunque yo siempre trataba las quemaduras

con alcohol, que aplicaba sobre la piel quemada y aceleraba su evaporación con un ventilador o con el viento que producía con un abanico o un periódico o un cartón, probé el mismo método, pero usando el miche al que si vendían en la tienda. Entonces usé en lugar del alcohol el miche y con sorpresa mía observé que me dio el mismo resultado que el alcohol antiséptico, aunque contenía sólo un 40% del alcohol etílico. Después de las primeras aplicaciones se me quitó por completo el ardor y a las cuatro horas ya no me daba más ardor, aun sin aplicar el miche. La quemadura no solamente fue dominada, sino curada.

De esta manera teníamos en el pueblo un jeep y una motocicleta. Lamentablemente el nuevo cura no tenía paciencia y quería arreglar lo más pronto posible el mismo camino de las mulas para poder usar su jeep e ir con él a Ejido, claro que con extremo peligro en cada viaje. Ya que él era el cura y tenía su jeep persuadió a la gente y de esta manera arreglaron a medias los pasos más peligrosos para poder pasar el jeep. También un comerciante del pueblo se entusiasmó. Compró un jeep y fundó hasta una línea que trabajaba todos los días, llevando además de la carga, también a los viajeros, claro, a los que le pagaban el pasaje. Pero unos pocos días después se volcó en la misma salida del pueblo, en un sitio que no era ni tan peligroso, aunque el camino en este sitio estaba un poco angosto y una rueda del carro pasó el borde del camino y el jeep, con toda su carga y los viajeros, se precipitó por un precipicio de unos veinte metros y cayó a la quebrada; con el resultado de dos muertos, entre ellos la maestra del pueblo,

una bella muchacha de unos 20 años. También hubo varios heridos, entre ellos el mismo comerciante Diógenes Calderón, quien manejaba su carro. Esto hizo pensar a la gente y entonces siguieron mi consejo, de construir una carreterita, que tendría una anchura mínima de cuatro metros y una pendiente no mayor de 17 grados. Esto trajo como el resultado el odio del cura hacia mí, a pesar que le expliqué que en una junta, la mayoría del pueblo votó libremente que se construyera una carreterita más decente y que él podía seguir usando para su jeep el camino de mulas como lo estaba haciendo hasta ahora.

Cuando salimos del hoyo en que se encontraba el pueblo, prácticamente sin curvas a una altura de dos mil metros, me hizo llamar el gobernador del estado y me reprochó que yo tenía a este pobre gente como un faraón, trabajando como esclavos y que en Venezuela no estaban acostumbrados a ese tipo de trato. Yo le dije entonces, que nos ayude para poder trabajar de la manera como estaban acostumbrados a trabajar en este país y que nosotros habíamos empezado a trabajar de este modo porque no conseguimos ninguna ayuda de parte del gobierno. Entonces me preguntó cuánto dinero necesitábamos para concluir este trabajo. Yo le contesté que más o menos treinta mil jornales para pagar los obreros y que en El Morro cada obrero ganaba 4 bolívares al día sin comida y dos bolívares con comida, aunque en Mérida ganaba cada obrero el doble de esta suma. Entonces le contesté que nos contentaríamos si nos ayudara con unos cien mil bolívares y que la comida se la conseguíamos nosotros mismos de alguna

manera. El me dijo que pasara al día siguiente por su oficina y él me tenía el cheque listo. Cuando regresé al día siguiente a su oficina, me tenía en verdad listo el cheque por cien mil bolívares, pero en el documento, que debía firmar, aparecía el monto de trescientos mil. Entonces le dije que teníamos en El Morro una Junta pro progreso del pueblo, y que esto lo debían a firmar ellos, porque yo era sólo su consejero. Pero el me contestó que con esta gente no se podía hacer ningún negocio. De todas maneras le dije, que la carretera no era para mí, sino para ellos y que iba pedirles su consejo y después le iba responder.

Le expliqué todo esto a mi esposa. Las mujeres son mucho más realistas que los hombres y ella me dijo que bajo ningún concepto debo firmar este contrato, porque se trataba de un robo y con mi firma me haría únicamente yo responsable de ser un ladrón. Fui de nuevo para Mérida y le dije al gobernador que bajo estas condiciones no podía firmar y entonces me amenazó y me dijo que cualquiera que seguiría trabajando en esta carretera lo metería preso. Entonces le contesté que me mandase hacer preso primero a mí, porque al volver, voy enseguida seguir trabajando en ella.

Antes de suceder todo esto, mi esposa me decía constantemente, que este modo de vida no era para mí y me obligaba a estudiar. Hice la solicitud en la Universidad de los Andes para hacer la reválida de mi título de médico. Entonces me contestaron, que para eso necesitaba tener primero la nacionalidad venezolana y que necesitaba presentar mis

documentos debidamente traducidos y confirmados por la Embajada de Venezuela en Viena. Ya que para mí era muy difícil viajar y perder tanto tiempo para cumplir con todos estos requisitos, entonces envié mis documentos a mi tía Annie, quien vivía en Viena y ella contrató a una abogada, quien mandó traducir todos mis documentos por un traductor autorizado. Previamente viajó a Graz, la segunda ciudad de importancia en Austria, donde me gradué para confirmar que mis documentos estaban en regla y después los llevó a la Embajada de Venezuela en Viena, donde los confirmaron como verídicos La nacionalidad venezolana ya la tenía, ya que la pedí enseguida cuando llegaron mi esposa e hija, en el año 1953, ya que antes no me la querían conceder, hasta que no traiga a mi familia a Venezuela.

Mi solicitud fue aceptada por el Rectorado y el Consejo Universitario de la ULA y me consignaron ocho materias, para poder revalidar mi título de médico, prácticamente toda la medicina. Empecé a estudiar, pero en la noche, cuando más tiempo tenía, me hacía falta la luz. Así que compré un pequeño dínamo y los padres jesuitas de Mérida, por medio del padre Velas, fundador de las escuelas de Fe y Alegría, me vendieron una turbina y comencé a construir una planta eléctrica, movida por la fuerza del agua. En la plaza del pueblo compré una pequeña casita, situada al pie de la cuesta y en la que instalé la turbina con el dínamo. En todo esto me fue muy útil un amigo de nacionalidad croata, pero con el apellido alemán, Dr. Scheuren, quien tenía una librería en la plaza Bolívar de Mérida y quien era ingeniero electricista. El vino a Venezuela con el

mismo barco como yo y primero trabajó para la gobernación de Mérida, instalando en varios pueblos las plantas de luz eléctrica y luego al ahorrar suficiente dinero, abrió junto con su hermano Eduardo, una librería en Mérida. Él me consiguió donde comprar el dínamo y la turbina y me hizo el plan como construir la planta eléctrica para dar la luz, no sólo para mí, sino para todo el pueblo. El tanque de agua lo construimos en mi solar, que se encontraba unos 50 metros más arriba de la plaza. Del tanque de agua en mi solar iba la tubería, primero ancha y después siempre más angosta y al final conectada a la turbina. Y esta a su vez movía al dínamo. En el pueblo instalamos treinta postes de madera, donde fijamos los cables para llevar la luz a todas las casas del pueblo. En cada poste instalamos también un bombillo para alumbrar las calles. Cada casa podía instalar a lo sumo tres bombillos de 40 Watios y una radio. Estaba prohibido usar las planchas eléctricas y las neveras. Cada casa pagaba dos bolívares por cada bombillo y cuatro por la radio y el municipio para el alumbrado público cincuenta bolívares al mes. Yo prendía la planta al oscurecer y la apagaba más o menos a media noche, cuando terminaba de estudiar. Esto fue muy fácil, ya que el tanque de agua estaba situado unos metros por debajo de mi casa del solar, donde vivíamos. Consistía de desviar el curso del agua de la acequia, que entraba al tanque y en la tubería que movía la turbina y el dínamo, a su curso normal, por la acequia.

También compré un proyector de cine de 16 mm. para proyectar las películas cada sábado, domingo y también en cada fiesta para que las pudiera ver también la gente del

campo, que venía a la fiesta y se quedaba en la noche en el pueblo. Las películas las alquilaba en Mérida y se proyectaban en el patio de mi casa, que tenía abajo, en la calle principal del pueblo, donde mantenía también una tienda en asociación con Rafael Antonio Contreras, hermano menor de mi enfermera Elisa. De esta manera veíamos las películas, que se proyectaban en cualquier ciudad de Venezuela. A la gente les gustaban especialmente las películas mexicanas. De esta manera teníamos todos una sana diversión durante los fines de semana y en las fiestas.

Cada vez, que iba visitar a un enfermo o iba de visita al dispensario de Los Nevados o de Acequias, llevaba conmigo los apuntes y a veces hasta los libros, aunque fueran pesados, montado en mi mula. De esta manera pasé mi primer examen de Higiene y Salud Mental con 20 puntos, ya que me preparé demasiado bien. El segundo examen fue de Medicina Tropical y para él aprendí, entre otras cosas, para mejorar y ejercitar a mi memoria y memorizé los nombres de más de 60 moscas y eso en latín, las que eran causantes de la enfermedad de la miasis. Tuve suerte que me dieran en el examen por escrito justamente esta pregunta. Por la tarde en el examen oral me repitieron la misma pregunta, ya que pensaban los profesores que me estaban examinando, que me van a cazar, ya que no se pudieron ni imaginar, que es posible para un individuo a memorizar a más de sesenta nombres de moscas y esto en latín y demostrar que me había copiado todos estos nombres de una chuleta en el examen por escrito en la mañana. También estoy seguro que ninguno de estos tres profesores,

que me estaban examinando, conocían ni uno de estos nombres, que los copié de un libro alemán. Ni siquiera se les soñaba que habían tantas moscas en el mundo, causantes de esta enfermedad. Cuando iba por el número de más o menos treinta, me interrumpieron, para que no siguiera más escribiendo los nombres en el pizarrón, ya que se dieron cuenta, que en la mañana no usé ninguna otra chuleta, sino sólo mi cabeza.

Entonces vi que me preparaba demasiado bien para los exámenes y perdía sin necesidad mi tiempo. Así que presenté de manera mucho más rápida los siguientes tres exámenes, los que pasé sin ningún problema, todos por encima de 16 puntos. En la Obstetricia me examinaron Dr. Uzcátegui y Dr. Perucho Rincón, el Rector de la Universidad de Los Andes, con quien nos simpatizamos uno con el otro, de una manera completamente espontánea y además jugábamos el fútbol juntos en el equipo médico del estado Mérida.

En este momento vino el problema con esta bendita carretera, que me ocupaba casi todo mi tiempo y a mis pensamientos. Con mi motocicleta iba todos los días a controlar los trabajos, ya que se presentaban muchos obstáculos, especialmente las rocas, que al no disponer de la dinamita, se tuvieron que partir poco a poco a punta de cincel. También la gente no concurría en número, como cuando empezamos con los trabajos, viendo que se presentaban muchos obstáculos y la cosa no iba tan rápido, como se imaginaron en principio, pero su culpa, porque no cumplían con

venir a trabajar. Además empezaron a pelear, ya que cada quien quería que la carretera pasara por el patio de su casa.

En este momento vino también el cambio de gobierno. El general Pérez Jimenez, al verse traicionado por sus mismos oficiales del ejército, se acobardó y se refugió en la República Dominicana y el poder se quedó en manos de una Junta de gobierno. Entonces se dejó de trabajar en la carretera, esperando que el nuevo Gobierno la haga.

También se me presentó otro problema. Al cura no se le pudo olvidar que el pueblo votó contra su propuesta, cuando decidieron en la Junta pro progreso de El Morro a construir una carretera más o menos decente y no sólo arreglar un poco la trocha de las mulas, para que pudiese pasar el jeep. Dio a entender al Arzobispo de Mérida, monseñor Chacón, que yo debía ser un comunista y que tendría propósitos políticos para ganarme el pueblo. Porque en su mentalidad no podían a entender e imaginar, que un hombre podía tener en su mente el propósito de ayudar a la gente, construyendo los puentes y las carreteras con tantos sacrificios y gastando casi todo su sueldo para estos propósitos. El Arzobispo se asustó y como pude constatar posteriormente, hablando con él, que él veía en cada hombre, que no comulgaba con la Iglesia o mejor dicho con los sacerdotes, a un comunista. Entonces pidió al nuevo gobernador que me cambiara de El Morro. La gente de El Morro, al enterarse de todo esto, hizo con una rapidez asombrosa un oficio, firmado por más de mil firmas, que cuidado me cambiara de El Morro y lo enviaron al nuevo

gobernador. El nuevo Gobernador, Dr. José Román Duque Sánchez, era un hombre honesto, católico practicante, posteriormente el miembro de la Corte Suprema de Justicia, me llamó y me expuso francamente el problema. Por un lado todo el clero, pidiendo que me cambiara y por el otro lado, todo el pueblo pidiendo que no lo hiciera. Me propuso una solución, que si yo aceptaba el cambio, me iba a cambiar a un puesto mucho mejor. Yo le expliqué, que yo estaba viviendo en El Morro ya 10 años y tenía allí mi casa, mi finca y mi vida más o menos acomodada y además estoy haciendo la reválida de mi título y ya no me faltan sino tres exámenes de los ocho que debo presentar. Le pedí tres días para ir a consultar a mi esposa y meditar un poco mejor su propuesta. También me dijo, que si yo decidía quedarme en El Morro, el respetaría mi decisión, ya que el está nombrado a su puesto para respetar la voluntad del pueblo.

Consulté con mi esposa y ella me dijo, que como ya estaba pronto de revalidar mi título de médico y en este caso nos vamos de todas maneras salir del pueblo, para buscar un sitio más "civilizado" para vivir, ya que con mi título revalidado podría ejercer mi profesión libremente en cualquier sitio de Venezuela.

PUEBLO NUEVO: MI TERCER PUESTO DE TRABAJO

A los tres días fui de nuevo a ver al gobernador y le pregunté a cuál medicatura me iba a cambiar. Me dijo que a la

medicatura de Pueblo Nuevo, un pueblo diez veces mayor que El Morro y con un territorio mucho menos extenso para atender a la gente. Además estaba situado sólo a una hora a pie, del Puente Real, por donde pasaba la carretera transandina. El Pueblo tenía su carretera, pero era tan mal trazada, que daba risa hasta a mí, que no era ningún ingeniero. Unas 20 curvas una encima de la otra, muy estrechas, que si se producía un derrumbe en una curva de arriba, esto inutilizaba toda la carretera de abajo, por la tierra y las piedras, que se han desprendido arriba. Así que esta "carretera" en la cual gastaron seguro una millonada, no servía para nada más, que para burlarse de aquel quien la trazó. La gente en el Pueblo Nuevo, mucho más civilizada, que en El Morro, vivía principalmente del cultivo de la cebolla, del tabaco y del café, en los cuales eran unos expertos. Allí vi por primera vez, que para el cultivo del café no se necesitaba ninguna sombra por los árboles, como lo pensaban en Aricagua y en El Morro. El clima era más parecido a la ciudad de Mérida, aunque llovía menos. Así que era como un intermedio entre, la ciudad de Mérida y El Morro. Cada mes tenía que ir a visitar al dispensario de Quirorá, adonde podía ir y regresar en el mismo día. También ahora tenía mucha más tranquilidad para estudiar y terminar los tres exámenes que me faltaban: la Fisiopatología, la Clínica Médica y la Técnica quirúrgica.

Mi esposa se quedó en El Morro, porque tenía que vender a todos los animales; las gallinas y las seis mulas. La planta eléctrica la vendí al gobierno, por diez mil bolívares, por menos de lo que me costó, sin cobrarles nada por mi trabajo, que valía

otro tanto. Este era el único dinero que traía de El Morro después de 10 años trabajando como médico. Al poco tiempo la dañaron, ya que ahora ponían la luz todo el día. Sobrecargaron la planta planchando y poniendo más luces, ya que ahora la luz era del pueblo y completamente gratis. Además el que cuidaba la planta no engrasaba a la turbina, que se quemó. La casa del pueblo se la dejó a Rafael Antonio, para que siguiera trabajando, repartiendo las ganancias a medias. La nevera a kerosene se la di para que la tuviera en el negocio, para vender la cerveza fría. Pero al poco tiempo también la quemó, ya que le puso por equivocación en lugar de kerosene, la gasolina. La motocicleta la guardé y lo mismo el proyector para las películas. Pero él lo sacó, sin permiso, y en poco tiempo también lo dañó y la pieza de repuesto que se le dañó, no la consiguió en ninguna parte. La motocicleta, cuando regresé de México, también desapareció y no me dio ninguna explicación lo que pasó con ella. El solar lo dejamos al peón que teníamos, quien lo regaba, para que lo cuidara y que gozara de lo que producía. Al regresar de México también conseguimos una gran parte de la tapia, que lo circundaba en el suelo, ya que en un descuido, dejó que el agua de la acequia, que se desbordó de su cauce ablandara sus bases y se desplomó. En la finca dejamos la misma familia, que la cuidaba. Le dejamos también 33 cabezas de ganado y al regresar de México no conseguimos ni una, diciendo que se iban desbarrancando una por una y me entregó 400 bolívars por los dos toros que había vendido. Así que la pérdida económica de este traslado era cuantiosa, pero por otro lado la ganancia era mucho mayor. También las mulas las pudo

vender a todas, en esto le ayudaba Rafael Antonio, quien por su parte compró a mi mula blanca.

El Pueblo Nuevo tenía la primaria completa hasta los seis grados y mi hija la inscribimos en la escuela del pueblo y de esta manera vivíamos, después de varios años, de nuevo juntos. Mientras llegaba mi esposa comía y vivía en la casa de doña Alicia. Al llegar ella, nos mudamos en el apartamento en la misma medicatura, que estaba mucho más cómodo, ya que el edificio, era la propiedad del Estado.

Al poco tiempo presenté la Fisiopatología y las Clínicas Médicas y me faltaba sólo el examen de las Técnicas Quirúrgicas. Pero allí se me presentó un problema. Uno de los tres examinadores, un médico traumatólogo, un negrito como un carbón, de origen muy humilde, nacido en Maracaibo y quien hizo, debido a una beca que le dio el gobierno, su especialización en Bologna, Italia, se enamoró de una enfermera, bella y blanca, pero con cuatro hijos de su matrimonio anterior y le propuso el matrimonio, que ella aceptó. Esta señora, cuyo nombre era Josefina Dávila era muy amiga de mi enfermera, ya que hicieron el curso para la enfermería juntas. Cuando se encontraron, le dijo que como podrá besar a un hombre tan feo. Pero ella le contestó, que de noche todos los hombres son negros. Pero sucedió, que un día antes de contraer el matrimonio, Josefina se arrepintió y se echó para atrás y rechazó a su pretendiente por las razones que desconozco. Puede ser que este pobre hombre pensó, que yo tenía algo que ver con este rechazo, pensando que yo,

quien era para él un alemán racista como Hitler. Lo cierto era que me dijeron, que lo oyeron a decir que no me va dejar pasar en el examen, ya que él era uno de los tres examinadores. Me preparé para este examen muy bien, especialmente la anatomía del cerebro, ya que me dijeron, que estaba especializado en los traumatismos craneales. Conseguí también sus apuntes sobre este tema de sus alumnos y me fui al examen muy bien preparado. El hecho fue, que tenía de veras todas las intenciones de rasparme en mi último examen.

De suerte eran siempre tres los profesores que examinaban. Con el primero saqué 18 puntos y con el segundo igual. Al fin le tocó el turno a este traumatólogo y su pregunta fue precisamente sobre los traumatismos craneales. Le contestaba bien según sus propios apuntes y según los conocimientos adquiridos de otros autores, pero él constantemente repetía, que yo no tenía una idea clara sobre la materia. Me maltrataba con más y más preguntas, hasta que los otros dos profesores perdieron la paciencia y evidentemente se dieron cuenta, que me quería raspar. Al fin le recordó uno de ellos, que esto era mi último examen y que ya lo pasé, aunque el me daba cero, ya que los 36 puntos divididos por tres daba 12 puntos y esto era suficiente para que yo pasara. Entonces el hombre se levantó y se fue sin despedirse de nadie. Puede ser, que su repugnancia hacia mí no era por Josefina, sino porque era un adeco fanático y de mi pensaban que yo era un perezjimenista, por haber pedido una vez al Dr. Dini, el secretario general del gobierno, para que nos ayudara en la construcción de un puente. Así que una vez me

aconsejó Dr. Gonzalez, quien era el decano de la facultad de medicina, que no me metiera en la política. Los otros dos profesores me felicitaron y de esta manera yo obtuve el título de médico cirujano y con él, el derecho de ejercer libremente mi profesión en todo el territorio nacional.

Cuando regresé al Pueblo Nuevo, le dije a mi esposa que nos iríamos enseguida a Caracas, al Ministerio de Sanidad y de Asistencia Social, para solicitar para que me dieran un puesto en un sitio más civilizado, ya que estaba trabajando durante doce años en las medicaturas, prácticamente apartadas del mundo. Entonces en el Ministerio me ofrecieron la medicatura en El Pao en el estado Cojedes o el puesto de Director del Hospital en Barinitas en el estado Barinas. Escogí a Barinitas, ya que la conocía, por pasar por esta ciudad siempre, cuando iba para Caracas.

Regresamos a El Morro y arreglamos todos nuestros bienes. La casa nuestra, donde vivíamos, la dejamos al nuevo médico Dr. Moša Albahari, un judío, quien vivía en Belgrado, la capital de Yugoslavia, de donde huyó y trabajaba durante años en París en una clínica cardiológica, hasta que emigró a Venezuela. Nos hicimos muy amigos, ya que era un magnífico hombre y le dije que no necesitaba pagar nada por el alquiler de la casa, con tal que la cuidara. Le dejamos la casa con todos nuestros muebles.

Nuestra hija la inscribimos de nuevo como alumna interna en el colegio de las monjas en Mérida, para estudiar allí el

primer año de bachillerato.

BARINITAS: MI CUARTO PUESTO DE TRABAJO

Cuando llegamos a Barinitas para posesionarme de mi nuevo cargo, cambió nuestro mundo por completo. La ciudad tenía en aquel entonces unos 15.000 habitantes. Estaba situada en un llanito un poco más alto que el resto del llano, a unos 10 kilómetros de la ciudad de Barinas, la capital del estado, al pie de la Gran Cordillera. Prácticamente estaba pegada a ella y por donde empezaba la pendiente y la subida de la carretera que llevaba a Mérida, pasando por el pueblo de Santo Domingo y los Apartaderos.

La vivienda del director estaba en un edificio aparte, atrás del hospital. Esto tenía su ventaja y su desventaja. La ventaja fue que vivíamos prácticamente en el mismo puesto del trabajo y comíamos en el mismo hospital. La desventaja fue, cuando se presentaba una emergencia, especialmente en la maternidad, siempre me levantaban para solucionar el problema, ya que los demás médicos vivían en la ciudad y muchas veces, los que estaban de guardia, no aparecían en su puesto de trabajo.

Por las tardes tenía mi consulta particular en el mismo despacho del director y de esta manera pudimos ahorrar prácticamente todo el dinero de mi sueldo y lo que me daba la consulta particular. Ya en pocos meses tenía ahorrados unos

quince mil dólares, suficientes para vivir durante dos años en México, el tiempo que duraba el curso de especialización en cardiología en aquel tiempo.

También compré mi primer carro, un Volkswagen nuevo, por 5.600 bolívares. Con él nos íbamos casi todos los domingos a bañarnos en el río Portuguesa, en Guanare, a unos 100 km. de distancia, ya que en el río de Santo Domingo el agua era demasiado fría y muy desagradable.

El personal del hospital estaba muy bien entrenado, especialmente la enfermera-jefe, la Sra. Sánchez, en quien podía uno tener plena confianza. Era muy competente y mantenía el hospital en perfecto orden. Posteriormente me enteré que murió de una hepatitis, que seguramente adquirió de algún enfermo hospitalizado. Al jefe del mantenimiento no lo ví casi nunca porque era a su vez el presidente del Sindicato de la Salud, y como tal tenía el privilegio de cobrar sin trabajar. Hasta para cobrar su sueldo enviaba a su hijito. Así que los demás empleados tenían que hacer, lo que le correspondía a él. Yo no dije nada para no meter el dedo en un nido de avispas, ya que para entonces tenían los sindicatos mucha autoridad y poder. Después supe, cuando ya salía para México, que este mismo sindicato puso una queja en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, porque me habían cambiado de allí, ya que era el médico más competente, de los que tuvo Barinitas.

Me recuerdo una vez como se alarmó todo el hospital y

una enfermera me vino avisar a mi habitación, que se metió en el hospital un hombre armado con un machete, buscando para matar a una enfermera que no lo dejaba pasar, ya que no era la hora de las visitas, para ver a su mujer, quien dio a luz unas horas antes. Yo me paré, ya que estaba descansando, y fui a ver con la enfermera lo que estaba pasando. Y de verdad ahí estaba un hombre con su machete en la mano. Me acerqué y sin decirle una palabra le metí un puñetazo a la mandíbula. El Hombre se desplomó y se quedó inmóvil en el suelo. Le tomé el pulso y gracias a Dios el pulso estaba bien y a los pocos minutos recuperó la conciencia. Entonces yo mismo lo llevé para conocer a su nueva hijita y nos hicimos después muy amigos.

En una ocasión, cuando fuimos a visitar a nuestra hijita en el colegio de monjas en Mérida fuimos a ver de noche la película "Los tres mosqueteros" protagonizada por el famoso cómico mexicano Cantinflas. Era una parodia de los tiempos, cuando mandaba en Francia el cardenal Richelieu y me vino la idea para hacer también yo una visita al arzobispo de Mérida, monseñor Acacio Chacón, para conversar con él, sobre los motivos que tenía, ya que con tanta tenacidad pedía mi traslado de El Morro. Me recibió su secretario particular y me confió que el monseñor estaba muy enfermo y que no me podía recibir. Al preguntarle de lo que padecía, me contestó que tenía una fuerte diarrea. De todas maneras le pedí que le dijera al monseñor que vino Dr. Vovk, quien fue médico de El Morro, para conversar con él. Cuando regresó, me dijo que el monseñor me iba recibir y me pidió que no lo molestara

demasiado. Entonces entré en su habitación y le dije que vine para aclarar las cosas porque pensaban que yo era un comunista. Ya quise empezar a contarle mi historia y empezarle a decir que justamente por la lucha contra el comunismo tuve que salir de mi patria, salvándome de esta manera mi vida y no sólo esto, sino que tuve que abandonar a mi esposa, quien se encontraba en el último mes de embarazo. También le quise decir que estuve en varias ocasiones a punto de perder mi vida. No se lo dije, porque me contestó enseguida que ellos ya se habían informado con el Dr. Scheuren, mi amigo, quien tenía su librería en la plaza Bolívar en Mérida, justamente frente al palacio arzobispal, quien les explicó mi situación y mi origen. No me pidió ninguna excusa, sino me dijo que para mí era igual, ya que era extranjero, vivir en El Morro o en el Pueblo Nuevo. Ya le pensaba contestar que para el tampoco sería igual, si lo trasladaran a otra ciudad de Venezuela y que seguramente deseaba seguir viviendo en Mérida, donde tenía ya arreglada su vida. Pero no lo hice, porque me recordé que estaba enfermo. También me explicó que en Venezuela estamos viviendo bajo el comunismo y que don Rómulo Betancourt y Dr. Jóvito Villalba eran comunistas. Yo le contesté, que a él ni se le soñaba lo que es comunismo. Si estos individuos fueron una vez comunistas, esto no significaba que lo siguen siendo. También le dije, que los comunistas, a los que más temen, es a los conversos y a los disidentes ya que ellos conocen muy bien sus métodos y por eso son los más capacitados de impedirles de llegar al poder.

Si lo visitara hoy, le agradecería inmensamente su

actitud, ya que me hizo un gran favor, sin quererlo, pero en aquel entonces, pensaba yo, que me había hecho una gran injusticia. Fui obligado abandonar los diez años de mi vida, que pasé en El Morro y todas mis propiedades y llegué a ser de nuevo un inmigrante, pero esta vez interno en mi nueva patria. Fui directamente desterrado y puesto en un ambiente completamente nuevo para mí. Así que me convertí en un caso muy especial en nuestro mundo. Tuve que abandonar a mi patria, por ser acusado por los comunistas de ser católico y tuve que abandonar a mi segunda patria, El Morro, por se acusado por la Iglesia católica o mejor dicho por su autoridades eclesiásticas merideñas, de ser comunista. En ambas ocasiones tuve que abandonar todo lo que poseía. En el primer caso hasta a mi esposa en el último mes de embarazo y en el segundo caso todas mis propiedades adquiridas durante 10 años de mi trabajo y sacrificios. Posteriormente comprendí, que si no hubiera sido así, sería para mí muy difícil de abandonar mi vida en El Morro, aún después de mi reválida. De esta manera estuve prácticamente obligado salir de un modo de vivir, que no me convenía, pero que me gustaba.

De Barinitas escribí al Instituto Nacional de Cardiología de la ciudad de México, de donde me contestaron que el curso para el doctorado en Cardiología empezaba en el mes de febrero de 1960. Me inscribí y me aceptaron, pero había un inconveniente. El año escolar de mi hija, terminaba en junio, así que mi esposa se quedó para esperar a que nuestra hija terminara su año. Mientras tanto se fue a vivir a El Morro, en la casa en la finca, ya que la casa del pueblo la tenía ocupada el

Dr. Moša Albahari. No sé porqué no se quedó en la otra casa, que teníamos abajo en el pueblo, donde había suficientes cuartos para establecerse allí.

MI ESPECIALIZACIÓN EN CARDIOLOGÍA EN EL INSTITUTO NACIONAL DE CARDIOLOGÍA DE MÉXICO

Cuando llegó el mes de febrero, vendí mi carrito al cura de Barinitas por cuatro mil bolívares y me fui al ministerio, a ver si me daban alguna beca. Al no conseguirla, renuncié a mi cargo y me fui enseguida para México. Ya en la ciudad de México conseguí el alojamiento y la comida en la casa de dos viejitas, que vivían cerca del Instituto en la urbanización La Roma.

El curso comenzó y me pareció muy raro que yo fuera el único que asistía. Por fin me propuso Dr. Sony, quien era el Jefe del departamento de la Hemodinámica, y también el secretario del Instituto, porqué no renunciaba al curso, porque los demás inscritos no se presentaron y no les daba resultado mantener la nómina de los profesores para un solo concursante. Me ofrecieron, en lugar de esto, para que me quedara en el Instituto como médico ayudante durante dos años para adquirir la especialización en Cardiología. Claro que lo acepté enseguida, ya que me convenía mucho más así. De esta manera comencé mi pasantía por todos los departamentos de Instituto.

A pesar que tenía ya 40 años empecé a jugar el fútbol en el equipo del Instituto y claro que a pesar de mi edad era el mejor jugador y goleador del equipo. Jugábamos el torneo con los equipos de todos los hospitales del Distrito Federal y quedábamos siempre entre los primeros.



En el día de mi graduación como Cardiólogo

Compré por la misma suma, por la que vendí mi carrito en Barinitas otro Volkswagen, casi nuevo, de color azul claro. Recuerdo muy bien como nos robaron una vez, mientras jugábamos el partido de fútbol, toda nuestra ropa que guardamos junto con varios colegas en mi carrito, aunque lo cuidaba, al que en México llaman, un cuidacoches. Cuando terminó el juego, imagínate nuestra sorpresa al encontrar el carrito abierto y sin nuestra ropa y al cuidacoches no lo conseguimos por ninguna parte. Así que tuvimos que regresar a nuestras casas vestidos en nuestro uniforme de futbolistas.

Cuando llegó en el mes de junio mi esposa con nuestra

hija, buscamos un apartamento y tuvimos mucha suerte de conseguir uno amueblado, con unos muebles preciosos, también con la cocina, la nevera y el televisor. Todo esto lo compré al que tenía ocupado el apartamento y se cambió a su nueva vivienda. Alquilé el apartamento al dueño del edificio, que se encontraba en la calle Michelet No 7, a una cuadra de la avenida La Reforma, la principal de la ciudad de México y muy cerca del parque de Chapultepec.



Equipo de fútbol del instituto nacional de cardiología de México 1961

Cada seis meses nos daban diez días de vacaciones y nosotros los aprovechamos para conocer casi todo México, desde la frontera con Los Estados Unidos hasta la extrema punta de Yucatán, donde se encuentra actualmente la ciudad de Cancún. Justamente, unas semanas antes abrieron la carretera, de unos doscientos kilómetros de longitud, desde

Mérida, la capital de Yucatán, que desde allí levaba a uno hasta la misma punta de Yucatán, donde se encontraba la isla de las Mujeres y otras playas famosas. Para ir entonces a Yucatán se debía pasar a varios ríos y el mar en chalanas, porque todavía no han construido los puentes correspondientes. Visitamos a varias ruinas del pueblo maya, muy agradable por cierto y muy curioso, ya que nunca han visto un Volkswagen, completamente distinto a demás carros, que estaban acostumbrados de ver. Entre estas ruinas , las más importantes eran la de Uxmal y de Chichenitzá. La carretera era magnífica, asfaltada y por encima cubierta por conchas marinas molidas, de un color blanquísimo, que brillaban con la luz del sol y de noche con las luces del carro. A uno le parecía como si estuviera conduciendo por una carretera , que llevaba al cielo. Aunque nos quedaban sólo dos días para terminar las vacaciones, decidimos ir hasta el final. Pero allí nos esperó una nueva sorpresa, ya que encontramos sólo tres chocitas cubiertas de paja y dos guardias. Quien podría entonces ni soñar, que se construiría, años después, en ese sitio la ciudad de Cancún, una de las ciudades turísticas más famosas del mundo.

Después de un corto descanso nos regresamos, ya que la ciudad de Mérida, donde pensábamos pasar la noche, se encontraba a más de doscientos kilómetros. Cuando llegamos a la ciudad de Mérida, ya de noche, entonces decidí, al no sentir ningún cansancio y les dije a mi esposa y a mi hija, que vamos a seguir, ya que para regresar a la ciudad de México nos quedaban dos días de camino, si todo nos saldría bien.

Les dije que nos íbamos a quedar en el sitio, donde se me va apoderar el cansancio. Manejé toda la noche y al despuntar el alba, ya estábamos en Vera Cruz. Pasamos por la ciudad para conocerla, en el mismo carrito, y después les dije, al no sentir ningún cansancio, que vamos seguir hasta la ciudad de México, que se encontraba a una distancia de unos quinientos kilómetros. Por fin, ya cerca de Jalapa, empecé a sentir el cansancio y el sueño y al no conseguir ninguna posada decente cerca, donde quedamos, me aparté un poco de la carretera y en el mismo carrito me dormí. Mi esposa y mi hija no tenían ningún sueño, ya que dormían casi todo el camino. Me desperté muy tarde y continuamos nuestro viaje hasta la ciudad México, a donde llegamos en la madrugada del día siguiente. De esta manera ganamos un día para descansar bien en nuestro apartamento. De suerte mi carrito se portó muy bien y no nos dio ninguna guerra.

En otras vacaciones nos fuimos al norte a Monterrey, hasta la ciudad de Matamoros en la frontera con Texas y nos bañamos en la playa Washington en todo el límite con los Estados Unidos. De regreso pasamos por Tampico, donde fuimos a ver un partido de fútbol entre dos clubes de la primera división y por Vera Cruz y Orizaba regresamos a la ciudad de México.

En otra ocasión nos fuimos también al norte a Guadalajara y a Durango y de allí atravesamos la Sierra Madre Occidental y llegamos a la costa del Pacífico hasta Mazatlán. Por el camino vimos a muchos indígenas vestidos en sus trajes

típicos para cada tribu. Después, ya que no nos alcanzaba más el tiempo para seguir más al norte, nos regresamos bordeando la costa del Pacífico hasta Manzanillo y Colima. Pasamos por el volcán Semeruco, de apenas unos años de antigüedad, de unos cuatrocientos metros de altura. Dicen, que ante los ojos de un campesino, quien estaba trabajando en su campo, la tierra se abrió y empezó a lanzar el fuego, las piedras y la lava, hasta que se hizo en unas semanas un montón de unos cuatrocientos metros de altura. Después al pasar por la ciudad de Morelia regresamos a casa.

En otras vacaciones nos fuimos al sur por Oaxaca, para ver las ruinas de los Zapotecas y de otras tribus indígenas. Pasamos por Mitla. En Tule pudimos observar el árbol con el tronco, más grueso del mundo, cuya circunferencia pasaba de 25 metros y llegamos al Puerto Salinas, donde fuimos a la playa para bañarnos y allí tuvimos un accidente. En la playa mi Volkswagen se me hundió en la arena de la playa, así que no lo pude sacar. Con la ayuda de mucha gente, lo pudimos al fin sacar y ponerlo de nuevo a la tierra firme.

Todos los domingos fuimos a ver los lugares más cercanos a la capital. Nos íbamos a bañar al lago de Tequesquitengo, cerca de la ciudad de Zacatepec. Allí se encontraban unos peccecitos, que se peleaban quien se va comer a unos pequeños fibromas péndulos, que tenía yo en mi dorso. En dos ocasiones fuimos también a Acapulco para conocer este famoso balneario. Allí pudimos observar a unos saltadores, que se tiraban al mar desde una altura increíble.

También visitamos en varias ocasiones las pirámides de Teotihuacan. Lo mismo a los jardines flotantes de Texcoco. A veces nos fuimos a Atotonilco, para bañarnos en aguas calientes. También visitamos las ciudades más cercanas, Cuernavaca, Pachuca, Querétaro, Toluca, Puebla y otras. Para subir al volcán de Popocatepetl no pude llegar a la cima, porque me faltaba aire y la cuesta con la nieve era demasiado empinada, ya que no tenía los zapatos adecuados para este propósito. Así que aprovechamos bien nuestra estadía en México.

Cuando cumplí los dos años en el Instituto y ya había pasado por todos los departamentos y adquirí con eso el diploma de la especialidad en cardiología, me encontré en el ascensor del instituto con el hijo del fundador del instituto Dr. Ignacio Chávez, del mismo nombre como su padre. Él me propuso que me quedara otro año más, para adquirir un diploma mejor como especialista en Cardiología y me ofreció el cargo como médico residente. El motivo de esta proposición era, porque le tocaba este cargo en este año a un venezolano, con el sueldo mensual y la habitación en el mismo instituto, pero de los que lo solicitaban, no les gustaba ninguno. Entonces le contesté, que lo consultaría con mi esposa y le daría la respuesta al día siguiente. El día siguiente, le dije que mi esposa era también médico y estaba muy aburrida de estar en casa sin hacer nada, si le podrían dar algún cargo en el instituto ad honorem. Le consiguieron un puesto en el Departamento de Hematología, donde trabajó y les resultó muy útil, ya que inventó un método, de qué manera producir los

reactivos necesarios para dosificar el tiempo de la protrombina parcial, que debían hasta entonces importar de los Estados Unidos. De esta manera nos quedamos otro año más en México. Comíamos en el comedor del instituto, donde me quedaba a dormir a veces, especialmente en los días cuando me tocaba la guardia.



Diploma del Instituto Nacional de Cardiología

Ganaba mi sueldo mensual y mi esposa estaba contenta de trabajar en una cosa que le gustaba mucho. Lo más pesado era cuando me tocaba hacer guardia de día y de noche durante todo un mes, y atender a las emergencias que se presentaban en todo el instituto. De día tenía ayuda, pero de noche estaba solo. No sé cómo pude resistir esta prueba por la cual tuvieron que pasar todos los médicos residentes. Cuando terminé el año, me dieron de veras un diploma donde constataba que

adquirí la preparación especializada en Cardiología. Un año antes, sólo tenía un certificado de haber realizado los estudios y las prácticas de la especialidad, y de haber trabajado en el instituto a tiempo completo durante dos años.

Antes de regresar, vendimos todos los muebles, respectivamente los regalamos por dos mil pesos a un coronel, inclusive el televisor, la nevera, los muebles del comedor, dos dormitorios y la sala de espera con todas las alfombras y la cocina. Este Coronel se ganó la lotería, ya que todo esto costaba por lo menos veinte veces más, pero nosotros estábamos apurados, para regresar lo más rápido posible a Venezuela. El carrito lo vendí por lo mismo que me costó a un colega del instituto.

Todos nuestros viajes por el México los filmaba y tenía también un proyector y cuando fuimos con un taxi al aeropuerto, lo puse en la maleta de atrás del taxi y cuando le pagué al taxista, éste arrancó enseguida, sin poder sacarlo de la maleta. Alquilé al momento otro taxi y lo perseguimos, pero el tipo se nos escapó. Por poco perdimos por este motivo nuestro avión y en el último momento nos embarcamos, ya que enseguida despegó, al parecer esperó por nosotros.

CUMANÁ: MI QUINTO Y DEFINITIVO PUESTO DE TRABAJO

Cuando regresamos en diciembre del año 1962 a

Venezuela, me fui enseguida al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, donde me recibió el Dr. Bernardo Gómez, el viejo cardiólogo y el pionero de la cardiología en Venezuela, que tenía en aquel entonces el encargo de organizar los Servicios de cardiología en todo el país. Le presenté mi diploma y más de 30 diplomas de cursos asistidos. El me felicitó y me dijo que para enero de 1963 tendría a mi disposición tres puestos, al que quisiera escoger: Maracaibo, Maturín o Cumaná.

A Maracaibo lo conocía por su sofocante calor y a Maturín me lo imaginaba parecido a Barinas. Por esto escogí a Cumaná. Yo nunca había vivido en la orilla de mar. Así que bajé de lo más alto de Venezuela, como lo es la Sierra Nevada al nivel del mar y eso en el otro extremo de Venezuela. Todavía faltaban unos días para enero y nos fuimos a El Morro para pasar la Noche Buena y el Año Nuevo allí en nuestra casa, la cual estaba libre, ya que mientras tanto el Dr. Albahari revalidó su título y se fue a vivir a Caracas y de allí pensaba seguir mis caminos e irse a México para hacer también el la especialidad en cardiología, lo que sería para el mucho más fácil, ya que estaba trabajando en el servicio de cardiología en París durante varios años.

En Caracas compré un Volkswagen que parecía ser robado, ya que tenía el serial limado y sobrepuesto una plaquita de metal con otros números. El vendedor me llevó al Tránsito y me dijeron que podía comprar el carrito sin ningún impedimento, ya que todo estaba en orden y me dieron un

comprobante. Posteriormente, cuando ya tenía dinero y compré un Mercedes Benz y el Volkswagen se lo di a mi hija.

Pasamos la Noche Buena y el Año Nuevo en El Morro. Fuimos a la finca para pasar el frío y recordándonos de nuestra patria donde nacimos y pasamos nuestra juventud aguantando a veces las temperaturas hasta de 40°C bajo cero, claro que sólo por pocos días. Allí pudimos observar muy de cerca la nieve en las cimas de los picos del León y del Toro. Gozamos mucho paseándonos por la finca en parte a pie, en parte a lomo de mulas. La cosecha de las moras ya pasó, pero conseguimos otras frutas, como las curubas y hasta conseguí una mata de arándano negro. Buscaba otras, pero no conseguí ni una más. No sé de qué manera y de dónde salió esta mática. Después, en otras visitas a la finca, la buscaba de nuevo, pero no la conseguí nunca más. No había dudas que trataba de arándano, porque la primera vez cuando la conseguí, comí sus frutos y su sabor, como también el aspecto de la mática eran típicas de arándano, que crece en los bosques europeos. Tomamos también el agua de una fuente que salía en mi propiedad y era de un sabor exquisito. Nos acostábamos en la grama, compuesta en su mayoría del trébol blanco, que lo sembré hace años y en este tiempo se extendió por toda la finca. En resumen : el clima, las montañas y todo el paisaje igual como en mi tierra natal. Así que esta Noche Buena y el Año Nuevo no podíamos pasarlo mejor. El tiempo de nuestras vacaciones nos pasó demasiado rápido.

En la mitad de enero nos trasladamos a Caracas y en el

ministerio me dieron mi nombramiento para dirigir el Centro Cardiovascular para los estados Sucre y Nueva Esparta, con sede en Cumaná y me dijeron que ya podía ir a Cumaná para encargarme del centro. Llegamos a Cumaná en el día de Santa Inés, patrona de Cumaná, y da la casualidad que también cuando llegué a El Morro, fue también en el día 17 de agosto, cuando se celebraba la fiesta patronal en honor de San Jacinto, patrono de la parroquia de El Morro.

Nos quedamos en el hotel Los Bordones en la playa de San Luis, un hotel que hoy en día ya no existe en el mismo sitio. Allí nos quedamos hasta que conseguí una casa de habitación, en la calle Urdaneta. Compré los muebles a un árabe palestino y la cocina, la nevera y la lavadora en la tienda Madriz y entonces nos mudamos, pero al sentir mucho calor hice instalar en nuestro dormitorio también el aire acondicionado.

El día primero de febrero me encargué del Centro Cardiovascular, que tuvo su local en una esquina en el mismo edificio del viejo hospital en la Avenida Bermudez y estaba equipado por un fluoroscopio, un electrocardiógrafo y el archivo, ya que lo organizó durante dos años el Dr. Luis López Grillo, a quien lo cambiaron a Caracas, para el cargo de profesor adjunto en la Universidad Central. Tenía el archivo bien organizado, así que pude continuar con él sin problemas. No dejó ningún trabajo sobre el problema cardiovascular de esta zona, así que este trabajo inmenso me estaba esperando a mí.

Particularmente trabajaba en la calle Bolívar No 4, donde tenían su consultorio también los Dres. Luis Guaimare, Mercedes Gómez y Pablo Vargas, el cirujano. Cuando venía algún paciente a buscar al cardiólogo, la secretaria lo mandaba donde Dr. Mercedes Gómez, quien se ocupaba de cardiología, por no haber en Cumaná un cardiólogo especialista, a pesar que estuvo antes de mí, Dr. López Grillo durante dos años, atendiendo en el mismo consultorio, que alquilé yo después. También en el IPAS-ME, el Seguro para los maestros ocupaba este cargo un médico general. Así que agradecí mucho al Sr. Juan Patiño, quien vino a ofrecerme una casa de su propiedad, situada en la calle Santa Rosa, No 49. Enseguida nos mudamos para allá y tenía allí, además de la vivienda, también mi consultorio particular. Me decían que allí no voy a tener ningún paciente, ya que la gente estaba acostumbrada desde siempre a los consultorios médicos situados en la calle Bolívar en el centro de la ciudad. Pero al poco tiempo tenía tantos pacientes, que tuve que limitar y atender todas las tardes sólo 12 números, aunque atendía siempre más y por las noches visitaba a los enfermos en sus domicilios, claro que sólo aquellos que no se podían trasladar al consultorio. Además atendía todos las emergencias que se presentaban a cualquier hora del día o de la noche. También me dieron por fin el cargo en el IPAS-ME, donde tenía la consulta de las 2 a 4 horas de la tarde y mi consulta particular de las 4 hasta las 8 de la noche. Los sábados trabajaba hasta el medio día en el Sanatorio Antituberculoso, donde atendía a los enfermos, que padecían del corazón además de la tuberculosis. El último sábado de cada mes volaba con el primer avión a Porlamar, a

la isla de Margarita y allí me trasladaba al Hospital Dr. Luis Ortega donde veía por la mañana a todos los cardiopatas hospitalizados y algunos pacientes en la consulta externa. Por la tarde me llevaban por toda la isla a ver a los enfermos del corazón a domicilio, la mayoría de ellos eran los familiares de los mismos médicos y la gente más importante de la isla, hasta que regresaba con el último avión a Cumaná. Recuerdo que el pasaje costaba 31 bolívares ida y vuelta y a mí me pagaban en Porlamar por la visita 80 bolívares para cubrir los gastos del pasaje y pagar mi almuerzo.

Así pasaba mi vida prácticamente sin tener tiempo para mi vida privada. A veces nos escapábamos los domingos a alguna playa y hasta allí me conseguían algunas veces para atender alguna emergencia.

Llegue a Cumaná en el mes de enero de 1963, me inscribí enseguida en el Colegio Médico correspondiéndome el N° 91. Este se había fundado apenas unos años antes, y tenían construida su sede en la playa de San Luis, donde existe todavía hoy en día.

En los primeros años me eligieron como tesorero, y cada año teníamos nuestras reuniones en distintas localidades del Estado Sucre, en una reunión que hubo en Río Caribe, no tenía preparado mi informe anual de ingresos y egresos, pero llevaba todos los cuadernos de cuentas y me equivoqué por bolívares 40, entonces me reprocharon ese fallo sobre todo el Dr. Arquimides Fuentes, pero al revisar las sumas dió correcto,

pero, este fue el motivo de no aceptar nunca más un cargo directivo para el Colegio, ni siquiera cuando vino una comisión de adecos y copeyanos, en el año 1978 y me ofrecieron la presidencia del colegio, ya que por razones políticas, no pudieron ponerse de acuerdo entre ellos, y se acordaron de mí, como independiente, después de pensarlo les dije que estaba dispuesto si ellos contribuían en 5000 bolívares para así con ese dinero ir arreglando un barrio pobre poco a poco. No volvieron más.

En ese año vino una invitación del Consejo Municipal del Distrito Sucre para una sesión Solemne, donde iban a imponer una medalla de oro, al Merito de la Ciudad de Cumaná al Sr. Luis Piñerua Ordaz, quien por aquel año, era candidato a la presidencia de la República, y oriundo de Guiría de la Costa del Estado Sucre, a mí me dieron la medalla de plata, aunque no me gustan las condecoraciones, asistí, y esa medalla de plata la puse a los pies de la imagen de San Judas Tadeo, mi amigo y protector que está en el cielo, y que me ayudó tantas veces en mi vida protegiéndome de los peligros.

Cuando llegamos a Cumaná, fue mi esposa al Liceo Antonio José de Sucre y habló con el director respecto a nuestra hija. La recibió con todo el respeto, cuando le dijo que era la esposa del nuevo cardiólogo, le dio a mi hija la oportunidad para no perder el año escolar. Se inscribió en el cuarto año y le dieron la oportunidad de ir presentando al mismo tiempo todas las materias que sus compañeros ya habían pasado hasta entonces.

El director del liceo tenía a su padre en Barquisimeto, de donde era oriundo y padecía del corazón. No lo pudo traer a Cumaná porque no había un cardiólogo, así que lo trataban en Barquisimeto. Pero ahora había por fin un cardiólogo, así que lo trajo a Cumaná para vivir con él y lo inscribió en mi centro para que yo lo tratara. Padecía de una cardiopatía arteriosclerosa e hipertensiva y también de una insuficiencia cardiaca global y su estado era bastante crítico. Con mi tratamiento mejoró muchísimo y yo lo controlaba mensualmente y cuando se le presentaba algún problema. Pero un día lo trajeron muerto a la emergencia del hospital. Vivían en una casa frente al mar en Caiguire y al viejito se le antojó de bañarse en el mar y se metió en el agua frente a la casa donde vivían. Ahora no se sabe si se cayó en el agua o le falló el corazón, lo cierto es que se ahogó y lo sacaron del agua ya muerto.

Incontables fueron los viajes que hacía para Carúpano, Cariaco, Río Caribe, San Antonio del Golfo, Mariguitar, Cumanacoa, etc, especialmente en las horas de noche, cuando me quedaba el tiempo para las visitas domiciliarias, y en los domingos, sacrificando mi tiempo libre, ya que trabajaba y tenía ocupado todo el día, de lunes a sábado, desde la mañanita hasta las ocho de la noche por mis compromisos contraídos. En total atendía entre 60 y 80 pacientes diarios entre los pacientes vistos en el Centro Cardiovascular, el Hospital, el Sanatorio, el IPAS-Me, mi consulta particular, los pacientes vistos a domicilio en la noche y además todas las emergencias. Esto lo podía hacer con la ayuda preciosa de mi esposa, quien hacía las historias clínicas a mis pacientes

particulares y me ayudaba practicar los electrocardiogramas. También tenía una buena secretaria, señorita Alcira Surga, en mi Centro Cardiovascular, quien me ayudaba mucho en cumplir con mi trabajo allí.

Esta fue nuestra vida durante los primeros tres años en Cumaná, hasta que enviaron del ministerio un cardiólogo (Dr. Villacics, un ecuatoriano) para Margarita y otro (Dr. Gonzalez) para Carúpano. De esta manera aumentamos en el Oriente a siete cardiólogos. Dr. Mata Estaba y Dr. Fermín Patiño, en Puerto La Cruz, Dr. Mariano Álvarez en Maturín, Dr. Feliciano Acevedo en la Ciudad Guayana, Dr. Villacics en Margarita, Dr. Gonzalez en Carúpano y yo en Cumaná. Esto nos impulsó para fundar el Capítulo Oriental de la Sociedad Venezolana de Cardiología. Nos reunimos en Puerto La Cruz y a mí me eligieron como el tesorero del Capítulo. Pero funcionó sólo unos meses, ya que no teníamos el tiempo suficiente para asistir a nuestra reuniones mensuales, por estar demasiado comprometidos con nuestro trabajo. Así que esto fracasó, el dinero que tenía yo en la caja, por nuestras cuotas mensuales, que pagábamos, lo envié a la tesorería de la Sociedad Venezolana de Cardiología.

En el mes de octubre del año 1964, o sea casi dos años después que vinimos a Cumaná se me presentó una magnífica oportunidad de comprar en la calle Bolívar No 129, un terreno de unos mil metros cuadrados, con una casa pequeña y cubierta de láminas de asbesto por 24.000 bolívares. El terreno lo vendía Sra. Bernarda Martínez, para no dejarlo a sus herederos

y gozar de este dinero ella misma por el tiempo que le quedaba de vivir. El terreno fue sembrado todo de rosas blancas y de helechos, que ella vendía. También tenía en el centro un tanque grande para el depósito de agua que la necesitaba para regar las matas, cuando se iba el agua. Claro, que se lo compré enseguida. Tenía una magnífica posición, distante unas tres cuadras, donde se construía el hospital nuevo. Así que ya el año siguiente tenía un terreno donde construir mi vivienda y mi clínica. El terreno era suficientemente amplio, donde cabían con toda la comodidad las dos cosas.

Unos meses después empecé a construir a nuestra nueva vivienda, aunque no tenía dinero para hacerlo. Hicimos los planes según un ingeniero ecuatoriano de apellido Portocarrero y el constructor era el mismo Sr. Juan Patiño, un campesino gallego, pero que aquí se ocupaba de construir las casas. La construcción de la casa me iba a costar unos cien mil bolívares. Yo ganaba semanalmente unos tres mil y la construcción debía durar unos ocho meses. Así que todo lo que ganaba, lo gastaba a pagar semanalmente al constructor. Gracias a Dios todo funcionaba según los planes y en ocho meses tenía mi casa de dos pisos lista, todo pagado. Nos cambiamos antes de estar completamente lista, para poder mejor controlar los últimos detalles. Así que después de estar tres años en Cumaná ya poseíamos nuestra propia vivienda. Puse mi consultorio en el piso de abajo, donde tenía también mi aparato Rx y un cuarto para atender las emergencias.

El antiguo hospital, situado en la avenida Bermúdez, era muy pequeño y mal organizado, así que yo trataba a mis

pacientes en lo posible a domicilio, hasta los infartos del miocardio. Pensaba que para ellos era mucho mejor que se murieran en su casa, que en la pocilga del hospital, donde no existía en aquel entonces ningún servicio de terapia intensiva.

Fue una sorpresa para mí, que no se muriese ninguno. Claro, que entrenaba a algún familiar cómo atenderlo y en el caso de emergencia llamarme por teléfono para que les indicara lo que deben hacer en este caso o trasladarme yo personalmente de urgencia a su domicilio, con el electrocardiógrafo de pilas y el aparato desfibrilador. Si los familiares tenían la posibilidad económica y el modo de pagar a una enfermera, también entrenaba a ésta, especialmente en lo que debe hacer en el caso del dolor y de las arritmias cardíacas. El tráfico en Cumaná era en aquel tiempo muy fluido y no había ni siquiera un solo semáforo en toda la ciudad y mucho menos las colas. Así que mi traslado se podía efectuar en el caso de una emergencia con suma rapidez.

También tenía en mi carro instalado un teléfono, con el cual podía hablar a varios kilómetros de distancia, ya que en aquel entonces no existían los celulares. Siempre llevaba en mi carro también un electrocardiógrafo de pilas, el desfibrilador y los medicamentos necesarios para atender un caso de emergencia.

Cuando tenía ya 120 casos tratados de esta manera presenté en el Congreso de Cardiología en Barquisimeto un trabajo titulado : "Tratamiento del Infarto del miocardio a

domicilio", el título que provocó un escándalo, tanto así que me llamó, antes de presentar el trabajo el Dr. Drayer, quien era el presidente de la Sociedad Venezolana de Cardiología en aquel año, y me exigió, para que cambiara el título del trabajo por el Infarto del Miocardio en el Estado Sucre, y yo le contesté que justamente por el tratamiento a domicilio, tenía sentido de presentar este trabajo, ya que nadie en el mundo trataba a un infarto del miocardio a domicilio y yo estaba por circunstancias especiales obligado a esto y era mi obligación a presentar mis experiencias al mundo. En el mismo congreso presentaron también un trabajo sobre el tratamiento del infarto del miocardio en el Hospital Universitario de Caracas, con una mortalidad de un 30%. Yo me levanté y les dije, entre las risas del todo el auditorio, que cierren esta vaina. Si de los infartados que les llegaron vivos al Hospital Universitario a través del tráfico de Caracas se les morían todavía un 30%, algo funcionaba mal en este Hospital, según la experiencia personal mía. Unos meses después leí en la revista Circulation un trabajo de un médico rural norteamericano de Wyoming, quien tuvo la misma experiencia, aunque presentó sólo 30 casos. Ya que en aquel momento tan crítico para el infartado, éste es mudado a un ambiente completamente distinto y muchas veces colocado, sin ninguna necesidad en el Servicio de Terapia Intensiva, entre los pacientes, muchas veces en estado de extrema gravedad y esto le produce un estrés añadido, justamente en el momento, cuando más daño le hace. Nosotros jamás le dijimos a un infartado, que sufrió de un infarto, sino se le decía que necesitaba unos días de cuidado, para impedirle una complicación o hasta un infarto. En casi todos los casos se le

permitía a moverse dentro de su cuarto e ir al baño y se le buscaba una butaca o un sillón cómodo, donde descansaba mejor que en la cama.

Respecto a la enfermedad de Chagas se presentó otro problema, ya que era costumbre entre los médicos de la localidad, al ver a un paciente con un corazón grande, automáticamente catalogarlo como un enfermo de Chagas. Para resolver y clarificar este problema en el estado Sucre, donde en ningún laboratorio, ni del hospital general, ni en el sanatorio no se hacía la prueba de Machado-Guerreiro, con la que se diagnosticaba en este tiempo la infestación por el *Shygotrypanum Cruzi*. Sin esta prueba no era posible ninguna investigación seria. Así que decidimos con mi esposa, para que se traslade a la ciudad de Caracas, al Instituto de Medicina Tropical, dirigido por el Dr. Félix Pifano. Allí trabajaba mi amigo Dr. Maekelt, un médico alemán, a quien conocí en Mérida, donde trabajaba como Jefe de Anatomía patológica en el Sanatorio Antituberculoso. Después se trasladó a Caracas y trabajaba allí con el Dr. Pifano. Mi esposa estuvo trabajando con él casi dos meses, así que aprendió con exactitud a practicar esta prueba bastante laboriosa y complicada.

Mientras estuvo ella en Caracas compré yo unos acures y empecé a criarlos, ya que necesitábamos su sangre, entre otras cosas para practicar la prueba de Machado Guerreiro. Dr. Mercedes Gómez me regaló una jaula grande, donde él criaba los conejos. Yo la dividí en muchos espacios más pequeños, para criar en ella a mis acures. La puse en el corredor de un

cuarto, que construí en el fondo del solar, donde guardábamos las herramientas y muchas otras cosas que no podíamos guardar en la casa, donde vivíamos. También compré un electrocardiógrafo de pilas, ya que íbamos a examinar a la gente por los campos, que carecían del servicio eléctrico. También nos aseguramos de conseguir cada semana la sangre de una oveja, que también necesitábamos para practicar la prueba.

Cuando regresó mi esposa, hablé con el director del hospital, para que le concediera el permiso para practicar la prueba en el laboratorio del mismo hospital, ya que vamos practicar la prueba también a todos los pacientes hospitalizados.

Nosotros sacrificamos nuestro descanso del fin de semana e íbamos cada domingo de mañanita a los campos del distrito Montes, yo examinando a la gente y practicándoles el electrocardiograma y mi esposa sacándoles la sangre para practicarles posteriormente la prueba de Machado-Guerreiro. La sangre la guardábamos en una neverita con el hielo. Posteriormente ya en tarde, nos trasladábamos a la hacienda del Sr. Lorenzo Martel, para sacar también la sangre de la vena yugular de una oveja, que ya nos la tenía preparada.

El señor Martel era mi amigo y paciente, hermano de la Sra Mercedes, esposa del Sr. Mario Quijada, quien era en aquel entonces el cacique en Cumanacoa, un hombre muy inteligente, nativo de Carúpano y cuando se casó con la Sra

Mercedes, se vino vivir a Cumanacoa, donde se hizo muy popular. Pasamos siempre una tarde muy agradable con ellos. Regresamos casi siempre muy tarde en la noche a Cumaná. También escogimos la calle Sucre en la misma ciudad de Cumanacoa e hicimos este examen a todos sus vecinos desde la periferia hasta el centro. Además mi esposa hacía durante la semana la prueba a todos los enfermos, que entraban al hospital de Cumaná y también a los atendidos en emergencia. Después de dos años resumimos nuestros resultados, cuando teníamos ya más de 3.000 personas examinadas de esta manera, y pudimos a constatar que más de la mitad de la población rural del distrito Montes era Machado Guerreiro positiva, pero para nuestra sorpresa muy pocos de los positivos presentaban signos de una miocardiopatía y de arritmias. Prácticamente no había mucha diferencia entre Machado-Guerreiro positivos y negativos. Comparamos también a los niños en la edad preescolar y escolar y también entre ellos el resultado era el mismo. En la calle Sucre de Cumanacoa la positividad disminuía, de la periferia hacia el centro de la ciudad. La Península de Araya era exenta de positivos, mientras todos los pueblos de lo costa daban más o menos el mismo resultado, como lo pudimos constatar en el distrito Montes, sólo en los campos de Santa María y de Santa Cruz de Cariaco el número de los positivos era un poco mayor. Así pudimos a concluir que la mayoría de los pacientes con el corazón grande, no tenían nada que ver con la enfermedad de Chagas. Prácticamente, todos los que presentaban la miocardiopatía presumiblemente de origen Chagásico, vivían alguna vez en su vida en el monte o en su conuco o que alguna

vez trabajaron allí y se quedaron pasando la noche en su conuco, expuestos de esta manera a la picada de los rodnius, que venían del monte alimentados previamente por la sangre de algún animal salvaje.

Yo recolectaba a los rodnius, pidiendo a los campesinos que me trajeran cualquier ejemplar de la zona en la que vivían, y enviaba algunos que no me parecían del género prolixus a Caracas, al Instituto de Medicina Tropical para su identificación. Así descubrieron allí el *Rodnius Brethesi*, que pensaban que no existía en Venezuela. Me lo trajo un campesino de la zona de San Juan de Macarapana.

Al Sanatorio Antituberculoso, que tenía una organización ejemplar e incomparablemente mejor que el hospital general de Cumaná y un personal muy disciplinado, preparado y ejemplo de la responsabilidad, venían desde hacía años, pacientes con lesiones pulmonares extensas y siempre con el esputo negativo para el bacilo de Koch. A estos pacientes los bautizó el Dr. Mercedes Gómez, como enfermos de Cumanacoosis, ya que todos provenían de la zona del distrito Montes. Algunos de ellos presentaban también el corazón grande y los síntomas de insuficiencia cardíaca, y casi todos de estos últimos eran Machado Guerreiro negativos. Pero antes de mi venida a Cumaná fueron diagnosticados como los enfermos de la enfermedad de Chagas. Se pensaba que estas lesiones pulmonares tenían algo que ver con la central azucarera, por el humo que emanaba de sus chimeneas, y además se hacían toda clase de teorías que no conducían a nada. Cuando me di

cuenta que la causa del agrandamiento del corazón era una pericarditis, les prescribí el tratamiento usual para estos casos sin ningún resultado satisfactorio. La única solución, para salvarles la vida era quirúrgica, ya que todos evolucionaban hacia una pericarditis constrictiva.

Los cirujanos del sanatorio eran especialistas en intervenciones pulmonares y nunca habían intervenido el corazón. Yo trabajé en México durante dos meses en el departamento de cirugía, pero no era cirujano, sólo asistía a muchas intervenciones y como médico residente intervenía sólo cuando se presentaba algún problema desde el punto de vista cardiovascular durante las intervenciones, ya que los cirujanos que operaban no eran cardiólogos clínicos. Yo entusiasmé a los cirujanos del sanatorio para intervenir el primer caso, para quitarle a uno de estos pacientes la coraza que se le desarrolló alrededor de su corazón. Eran magníficos cirujanos y la operación era un éxito completo y paciente se recuperó por completo. Esta coraza tenía en algunos sitios el grosor de hasta 3 centímetros. Le prescribí durante ocho meses el tratamiento habitual que se daba en aquel entonces a los pacientes para la tuberculosis, debido a las lesiones pulmonares y la pleuritis que presentaban, aunque no se consiguió en sus esputos ningún bacilo de Koch y ni siquiera en el examen anatomopatológico, practicado por el Doctor Pedro Pablo Colmenares. Él consiguió sólo una granulomatosis muy acentuada, causa de la pericarditis constrictiva, que impedía la normal dilatación y el funcionamiento del corazón. Los cirujanos que intervinieron el

caso eran los doctores Nicolás Briceño, Francisco Salazar y Pablo Vargas.

Los pedacitos de este pericardio fueron enviados al Servicio de Anatomía Patológica del Hospital de El Algodonal en Caracas, dirigido por el Dr. Angulo, donde llegaron a la conclusión que se trataba de una pericarditis crónica granulomatosa, probablemente de origen tuberculoso.

Aunque no pudieron comprobar la presencia del bacilo de Koch, ni por el medio bacteriológico y ni siquiera por el cultivo. Así tuvimos varios casos y en ninguno se pudo comprobar el factor etiológico.

Entonces se me ocurrió una idea. Yo mantenía una cría de acures (conejiños de indias), cuya sangre necesitábamos para practicar la prueba de Machado-Guerreiro y el acure es sumamente sensible a la infección tuberculosa. Inyecté un poco de este tejido, obtenido durante la intervención, a un acure, y cuando este se murió, a las seis semanas, se le practicó la autopsia y se determinó que murió debido a una infección tuberculosa, ya que se consiguieron en sus tejidos los bacilos de Koch en gran cantidad. Se le practicó el mismo procedimiento a otro acure, con el mismo resultado. Entonces no hubo dudas de que se trataba de una pericarditis tuberculosa, producida por una cepa del bacilo de Koch especial, que producía una exagerada reacción inflamatoria con la formación de un granuloma gigante a su alrededor.

Se les aviso a los anatomopatólogos para que hicieran al

tejido enviado, los cortes mucho más mucho más minuciosos y finos y por fin consiguieron, en el centro del granuloma gigante, un sólo bacilo y a veces solo una partícula del mismo.

Cuando recopilé cincuenta y nueve casos de esta clase de pericarditis, la bauticé por sus peculiaridades que presentaba, ya que no figuraba en los textos de medicina, como Poliserositis tipo V-B-C, por los iniciales de mi apellido, del Dr. Nicolás Briceño, quien era el principal de los cirujanos, que intervenía quirúrgicamente a estos casos, cuando todavía no conocía otra solución para salvar las vidas a estos pacientes y del Dr. Pedro Pablo Colmenares, el anatomopatólogo, quien hacía los exámenes de los tejidos extraídos durante las intervenciones quirúrgicas.

Publiqué el trabajo en la revista Acta Médica Venezolana en el volumen No 16, de enero y febrero del año 1969. Se llamó el padecimiento Poliserositis porque casi siempre se presentaba la afección acompañada de una pleuritis con abundantes derrames pleurales, y en algunos casos raros hasta con la inflamación de la serosa abdominal.

Cuando recopilé ciento treinta y ocho casos de afecciones pericárdicas, entre las cuales figuraban setenta y dos casos clínicos y trece quirúrgicos de esta Poliserositis tan peculiar, nos invitaron a presentar a nuestro trabajo en el Hospital de El Algodonal en Caracas.

Recuerdo muy bien la observación del Dr. Benaím Pinto,

del Hospital Universitario de Caracas, que le parecía sumamente raro que nosotros en Cumaná, en siete años, tuviéramos más casos de pericarditis que en toda la historia médica de Venezuela. Yo le contesté que todos nuestros casos están completamente confirmados con los documentos y testigos, y no como el resultado de nuestra fantasía. Además existen los casos quirúrgicos y especialmente de los casos curados. Es que hay casi como una maldición y nadie piensa en la posibilidad de una afección pericárdica, ya que en algunos casos hasta los electrocardiogramas y hasta las radiografías del tórax en el comienzo de la enfermedad salen normales. Le mencioné el caso de un paciente de apellido Carías, quien estuvo hospitalizado en el Hospital Universitario de Caracas durante varias semanas. Al no mejorar a pesar de los tratamientos prescritos, sino siguió empeorando, sus familiares lo sacaron de allí y me lo trajeron a mí y al operarlo le salvamos la vida. También me recuerdo de una muchacha de unos 12 años del Instituto Nacional de Cardiología en México, que después de varias semanas hospitalizada, nadie descubrió la causa de su insuficiencia cardíaca, hasta que un radiólogo, durante el examen fluoroscópico se dio cuenta que la silueta cardíaca no presentaba las contracciones que se distinguían muy bien en los corazones normales. Fue intervenida quirúrgicamente y se salvó. Prácticamente, en aquel entonces nadie pensaba en la posibilidad de una pericarditis constrictiva.

Además de estos setenta y cinco casos de esta poliserositis particular, se describieron en este trabajo veinte y siete casos de pericarditis de etiologías no especificadas,

probablemente de origen viral, once casos de pericarditis asociados a una miocarditis no especificada, siete casos de pericarditis tuberculosa típica con abundantes bacilos de Koch en el derrame pericárdico, lo mismo que en el derrame pleural, cuatro casos de pericarditis neoplásica, cuatro casos de pericarditis traumática, un caso de pericarditis tuberculosa asociada con el mixedema, un caso de pericarditis en la fiebre reumática, un caso de pericarditis en lupus eritematoso diseminado, un caso de pericarditis micótica producida por *Nocardia Asteroides*, un caso de pericarditis asociado con escleroderma, un caso de pericarditis con mixedema y un caso de pericarditis asociado con fibrosis endo-miocrárdica, diagnosticado éste en vida, mediante la carboangiografía y comprobado mediante el estudio anatómico-patológico. Este fue el primer caso descubierto y descrito en Venezuela de este padecimiento, diagnosticada hasta entonces sólo en África, entre la raza negra. El paciente era de raza mestiza como la mayoría de los venezolanos y era de origen del Distrito Montes.

Durante mi estancia en el Instituto Nacional de Cardiología en México, hice un estudio muy minucioso sobre la fibroelastosis endocárdica, revisando en la biblioteca del Instituto, una de las más completas del mundo, toda la literatura mundial. Por esto para mí resultó relativamente fácil descifrar el enigma de la miocardiopatía chagásica, bajo cuyo nombre se escondían la mayoría de estos casos que presentaban la cardiomegalia, hasta que llegué a Cumaná, y trabajando y estudiando lo más a fondo posible y publiqué los resultados obtenidos, que despertaron mucho interés entre los

cardiólogos de entonces, porque nadie los hizo en el país antes de mí.

Cuando pudimos comprobar que se trataba indudablemente de una infección tuberculosa, se procedió a tratarlos con los medicamentos usados en aquel entonces para la tuberculosis, aunque yo los había tratado ya antes sin estar seguro de la infección tuberculosa. Además les aplicaba a todos, para contrarrestar la inmensa reacción inflamatoria y granulomatosa al bacilo de Koch, el Meticortén en dosis decrecientes empezando con 60 mg. diarios repartidos en tres dosis, bajándoles la dosis en 5 mg. cada tres días y además se le recetaba el Indocid, en aquel entonces el mejor anti-inflamatorio disponible.

Para evaluar la eficacia del tratamiento, ya que entonces no se conocía la ecosonocardiografía, se les practicaba a los pacientes el examen mediante la carboangiocardiógrafa, pero este examen no lo practicaba nadie en el país. Para practicar este examen necesitaba el dióxido de carbono. Fui a Caracas preguntando dónde lo podía conseguir. Por fin, después de tanto buscarlo, conseguí una bombona en una fábrica cerca del Hospital El Algodonal. Con esta bombona regresé triunfalmente a Cumaná, ya que ahora podía demostrar objetivamente y sin ninguna duda, el grado del engrosamiento del pericardio.

Con la ayuda de un técnico radiólogo, el Sr. Jesús Noya, quien trabajaba en el Servicio de Radiología del Sanatorio, probamos en un paciente el método. Inyecté con una jeringa de

50 centímetros cúbicos, el Dióxido de Carbono lo más rápido posible en la vena cubital derecha del paciente acostado en el decúbito lateral izquierdo en la camilla del Rx y acto seguido otros 50 centímetros y le tomábamos las radiografías cada 30 segundos. El gas inyectado se acumulaba en la parte superior de la aurícula derecha. De esta manera pudimos precisar con exactitud el grosor del pericardio o del derrame pericárdico sobre la aurícula derecha, que por el lado externo de la misma la limitaba el aire acumulado del pulmón. Con este método pude observar el progresivo adelgazamiento del pericardio o de la disminución y la desaparición del derrame pericárdico. El gas de Dióxido de Carbono no presentaba ningún peligro de una embolia gaseosa, porque desaparecía de la circulación antes de los cinco minutos, así que teníamos de apresurarnos de tomar las radiografías, porque el gas se ligaba con la hemoglobina de los glóbulos rojos, a la cual presentaba una gran afinidad y por esto este método no presentaba absolutamente ningún riesgo para el paciente. Así que lo usé también en un colega quien presentó el hemopericardio con el tamponamiento y hubo necesidad de extraerle la sangre acumulada en el espacio pericárdico para salvarle la vida y este método me ayudó mucho para precisar la cantidad de sangre que había de extraerle y de no seguir tomando la aspirina, para no seguir sangrando.

El tratamiento médico, que duraba tres semanas con el Meticortén, con las dosis progresivamente decrecientes y con el Indocid, era tan eficaz, que ya no hubo necesidad de las intervenciones quirúrgicas, sino sólo en aquellos casos en los

cuales el padecimiento llevaba varios meses, y la coraza alrededor del corazón se había hecho tan fibrosa que no respondía al tratamiento médico descrito.

El trabajo sobre el procedimiento carboangiografiado y su utilidad clínica, no solo en los casos de pericarditis, sino también para demostrar el grado de los derrames pericárdicos por otras causas, hasta del hemopericardio en algunos casos del infarto del miocardio, fue presentado en dos congresos cardiológicos, y se llevaba bastantes aplausos y elogios, ya que entonces no se conocía todavía la ecosonografía.

Al comienzo, pensaba que esta clase de poliserositis estaba limitada sólo al distrito Montes del estado Sucre, y a algunos campos de los distritos Acosta y Caripe del Estado Monagas, zona limítrofe con el Distrito Montes, de donde procedían todos los casos estudiados, con excepción de uno que vino de Santa Fe. Pero posteriormente tuve la oportunidad de tratar a un paciente del Estado Lara, hermano del entonces comandante del Batallón de Cazadores de la ciudad, de apellido Yopez. Me lo trajo Dr. Nicolás Briceño, quien era también el médico del batallón y escuchó del comandante, quien le decía que su hermano tenía una enfermedad, que tenía a los médicos locos y que a pesar de los tratamientos, seguía siempre peor. Entonces Dr. Briceño le sugirió, que lo trajera a Cumaná para que lo viera yo. Cuando lo examiné pude determinar que se trataba de la misma clase de poliserositis. Al no responder al tratamiento médico, ya que su coraza se hizo ya demasiado fibrosa, por sufrir ya varios meses de su

enfermedad, lo operamos y le salvamos no solo la vida, sino de muchos sufrimientos que debía que sufrir antes de morir.

En el año 1967 se me presentó otra oportunidad. La vecina mía, Sra Bernardina Vera, una persona muy decente, de religión evangélica, me ofreció su casa, donde vivía para que se la comprara por 25.000 bolívares, ya que ella tenía un terreno en la Urbanización Miranda donde pensaba construir su nueva vivienda. Ya que tenía el dinero se la compré, con la intención de construir allí una clínica para las emergencias cardiovasculares. Ya que el terreno era demasiado pequeño y no tenía sino 8 metros de frente y 30 metros de profundidad, compré unos meses después otro terreno en el fondo al Sr Angel Esteban Márquez, para agrandarlo y poder construir los seis cuartos, que pensaba usar para las emergencias cardiovasculares.

En el año de 1968 el Colegio medico del Estado Sucre me concedió una medalla de oro por mi trabajo de Fibroelastosis endocardica, es sin duda el mejor trabajo en la historia de la medicina sobre este tema, ya que revisé a fondo toda la literatura mundial sobre él, durante mi estancia en Mexico en la biblioteca del Instituto.

En el año de 1969 me dieron otra medalla de oro, por mi trabajo sobre la Pericarditis en el Estado Sucre, esta medalla la estoy esperando hasta el día de hoy, ya que para ese entonces el presidente del Colegio Medico el Dr. Juan Yabur me prometió entregarmela en unos días, pues no estaba lista

para el 10 de marzo, día del médico. Después de ésta fecha el colegio médico se politizó demasiado, así que desde entonces, iba al colegio solo para pagar mis obligaciones pecuniarias, el seguro social y sacar el certificado médico para conducir hasta el día de hoy.

En el mes de marzo de 1970, inauguramos esta clínica con cinco cuartos equipados y una cocina. Probé a hospitalizar al primer paciente con el infarto del miocardio y después de 15 días lo di de alta y le cobré 800 bolívars por toda la atención, practicándole el electrocardiograma todos los días y mi esposa cuidándolo hasta de noche cuando no venía algún familiar suyo, por estar ocupado en el hotel y el restaurante de su propiedad. Y a este hombre le pareció, que le cobré mucho. Lo mismo pasó con otros, entonces vi que todo esto no me daba ningún resultado. Me quitaba demasiado tiempo y económicamente perdía mucho, por no poder atender a muchos pacientes en mi consultorio, ya que me llamaban cada momento para atenderlos.

TRATAMIENTO MÉDICO DE LAS QUEMADURAS TÉRMICAS RECIENTES, MEDIANTE LA DESANTIGENIZACIÓN DE LA PIEL LESIONADA

Pero lo más importante en mi vida fueron los dos descubrimientos que no tenían nada que ver con la cardiología. El primero fue relacionado con el tratamiento de las quemaduras térmicas recientes. Ya cuando estudiaba la

medicina en Graz, Austria, descubrí por casualidad el efecto beneficioso que producía el enfriamiento de la piel quemada mediante el alcohol, acelerando su evaporación soplando, o mediante un abanico. Posteriormente, cuando era médico rural en El Morro, estado Mérida, pude comprobar su eficacia en múltiples pacientes quemados y hasta en mí mismo.

Recuerdo muy bien cuando una vez que me caí de mi moto haciendo el motocross por los caminos de mula, y me quemé con el tubo de escape en el dorso de la mano izquierda. Como estaba en el campo, donde no tenía a mi disposición el alcohol, me acerqué a una tienda cercana y donde vendían el miche, un aguardiente casero, de aproximadamente cuarenta por cientos de alcohol y lo utilicé para el tratamiento en lugar del alcohol. El resultado fue igualmente sorprendente. A los pocos minutos ya no sentía ningún ardor, que antes de su aplicación, era insoportable. Aceleraba su evaporación con el viento que hacía con una revista, y cada vez que reaparecía el ardor, aplicaba el miche enseguida y agitando sin cesar la revista con la otra mano.

Después de unas cuatro horas, la aplicación del miche fue siempre más espaciado y el ardor reaparecía siempre más tardíamente y al fin no hubo más necesidad de aplicarlo, siendo la piel quemada completamente normal y sin ninguna molestia.

Cuando fui director del hospital en Barinitas, me sorprendí un día al oír unos gritos de un hombre que trajeron a la

emergencia. Cuando acudí, pude ver a un hombre de unos cuarenta años, cubierto de unos trapos que le quedaban de la ropa quemada. Era el dueño de una estación de gasolina cercana al hospital, al que se le incendió la estación, y él, para salvar algunas cosas, se metió en su oficina y en esto se le incendió la ropa. De suerte había allí cerca un barril con agua y le echaron unos baldes para apagar las llamas que consumían su ropa, pero aun así tenía la cara ennegrecida por el humo, sin cejas y casi sin pelo, con quemaduras en casi todo el cuerpo, especialmente en su parte anterior y en la cabeza. Yo nunca antes había tratado a un quemado en estas condiciones. Pero a pesar de esto ordené a las enfermeras, que trajeran todo el alcohol disponible en el hospital y a los familiares y amigos que lo acompañaban, que me trajeran lo más rápido posible dos docenas de botellas de ron o de aguardiente. Al portero le ordené que trajera los ventiladores y los pusiera a funcionar y en el mismo corredor del hospital, lo desnudamos y empezamos el tratamiento sin demora. Cada una de las enfermeras se encargaba de un miembro, la enfermera Jefe del dorso, y yo de la parte anterior y de la cabeza. Así trabajamos unas seis horas. Quien nos veía pensaba seguro, que se trataba de unos locos. El mismo quemado se convirtió en el médico jefe del tratamiento, gritando dónde le reaparecía el ardor, para aplicarle enseguida el alcohol y retirarse para que lo alcanzara la corriente del aire, producida por los ventiladores, sobre la piel quemada tratada.

Después de unas seis horas, nos quedamos sólo la Enfermera Jefe y yo para administrarle el alcohol donde

reaparecía el ardor. Al fin le cubrimos todo el cuerpo con el talco medicado, así que parecía como un ratón caído en un saco de harina. El hombre no se quiso quedar hospitalizado y decía que se sentía bien. Seguro estaba muy preocupado por su gasolinera. Le dije que procurara estar el mayor tiempo posible en un cuarto con el aire acondicionado, ya que el calor y el sudor son los primeros enemigos de los quemados según nuestro procedimiento. Al día siguiente se presentó y decía que se sentía perfectamente bien y que pasó la noche bien, durmiendo. Sólo presentaba en algunas partes del cuerpo pequeñas excoriaciones, seguramente por los roces durante el sueño. Se le aplicó el mercurocromo, y se le dijo, que cualquier cosa que pasara viniese enseguida, para ver de qué manera se le podía ayudar, ya que era el primer caso en el mundo tratado por este procedimiento, y no sabíamos, cómo iba evolucionar. Nunca antes habíamos tratado a un quemado con tan extensas dimensiones; prácticamente un ochenta por ciento de su cuerpo estaba afectado. No tenía cejas, su cara estaba ennegrecida y casi sin pelo, pero contento, y nosotros también, ya que pudimos ayudar a un ser y evitarle terribles sufrimientos y quizás hasta la muerte.

Entre muchísimos casos tratados de quemaduras térmicas recientes, con increíble éxito con este procedimiento, destacan algunos por sus peculiaridades.

Una vez me llamaron con urgencia de la emergencia del hospital viejo de Cumaná. Tenían allí a una mujer quemada gritando de dolores. Enseguida acudí y empezamos con el

procedimiento y mientras la interrogaba vi que la mujer tenía retraso mental y no era capaz de precisar cuánto tiempo hacía, que se había quemado. A pesar de esto, seguimos con el procedimiento. Mejoró en unas cinco horas y quedó hospitalizada. Por si acaso, se le aplicó el antibiótico. A los dos días me llamó la enfermera de urgencia, porque la mujer quemada estaba gritando por los ardores y dolores que sentía. Cuando acudí a verla, qué sorpresa la mía, que la mujer estaba como si se hubiera quemado de nuevo. Le aplicamos de nuevo el mismo procedimiento y la mujer mejoró, pero a los dos días me llamaron de nuevo, porque la mujer estaba gritando otra vez y cuando la fui a ver estaba nuevamente como recién quemada. Esto fue para mí muy desconcertante. Pensé primero que no la tratamos suficiente tiempo para hacer desaparecer de la piel quemada todos los antígenos y que el organismo estaba rechazando la piel lesionada por este motivo. Pero esto me estaba pasando por primera vez y había que buscar otro causante de este inesperado problema. Hablando con sus familiares pude entender, que la paciente se había quemado por lo menos seis horas antes de empezar el tratamiento. En los demás casos tratados nunca aceptaba a los quemados de más de una hora, antes de empezar el tratamiento. Entonces allí estaba problema. Pero, ¿cómo ayudar a la pobre mujer para acabar con estas reacciones inesperadas y nuevas para mí?

En aquel tiempo los tratamientos antirrechazo de los órganos transplantados estaban apenas en su comienzo. Yo probé con el Meticortén, que tan buen resultado me dio en el

tratamiento de las Poliserositis, y se lo apliqué a la mujer durante tres semanas en dosis progresivamente disminuidas empezando con sesenta miligramos diarios en tres dosis iguales. Gracias a Dios esto dio resultado positivo. Las lesiones por las quemaduras no se le reprodujeron más, y a las tres semanas le pudimos dar de alta.

Este caso era una lección para mí. En ciertos casos graves o tardíos había necesidad de reforzar el tratamiento desde un principio con los anti-inflamatorios, mejor por la vía parenteral, para hacer surgir su efecto lo más pronto posible, y hasta con algunos medicamentos que se están usando para contrarrestar el rechazo de los órganos transplantados. Pero, investigar y comprobar esta experiencia no era posible para mí, ya que no estaba en mis planes fundar a una emergencia para quemados.

Entonces estuve en un dilema: ¿cómo difundir este método para ser utilizado en todo el mundo? No tenía ninguna prueba objetiva de la eficacia del tratamiento, excepto los casos tratados y sus allegados, que eran los testigos visuales.

No tenía ninguna fotografía de los casos, y cualquiera podía decir que el caso de los quemados curados no era nada novedoso, porque las quemaduras eran de carácter leve y por eso las lesiones típicas de un quemado no aparecían y no debido al tratamiento.

Una vez le dejé a un quemado una parte de la piel

quemada sin tratamiento, pero enseguida empezó a gritar porque no le poníamos el tratamiento también en esta parte, porque le ardía mucho. Así que no sabía qué hacer para difundir la eficacia extraordinaria de este tratamiento en las quemaduras térmicas recientes y de qué manera probar su eficacia.

A cada Congreso de Cardiología que iba, llevaba cientos de folletos, donde estaba descrito de la manera más sencilla posible el método, ya que para las quemaduras de menor gravedad, no se necesitaba de ningún médico, ya que este no hacía otra cosa que estorbar, por intervenir con sus consejos inoportunos.

También envié estos folletos a algunos periódicos, hasta al difunto Arístides Bastidas, que lo publicó en su columna de Ciencia Amena en el periódico El Nacional, aunque bastante acomodado de acuerdo con su mentalidad. Este tratamiento tiene una particularidad, y es que debe ser aplicado exactamente como lo descrito por nosotros, sin ninguna añadidura y sin ninguna omisión.

Así que, para comprobar de una manera objetiva y fuera de cualquier duda la eficacia de nuestro procedimiento, y al no conseguir a ninguna institución dispuesta a colaborar con esta investigación, no tuvimos otra alternativa que practicarlo nosotros mismos en nuestra propia piel, demostrando mediante las fotografías la evolución de las idénticas quemaduras con y sin tratamiento. Probamos el procedimiento

en las ratas blancas y en los cobayos, pero nos era imposible de mantener a estos animales para inmovilizarlos hasta durante 10 horas ininterrumpidas, que podía durar el tratamiento. También su piel es muy distinta de la nuestra. Cualquier quemadura por mínima que sea les produce una isquemia de la piel quemada, que es imposible de convertir con ningún tratamiento y les produce la necrosis.

De las múltiples quemaduras que nos produjimos, las menos extensas fueron de 3 mm. de diámetro. Al comienzo usábamos el tamaño de 5 por 8 mm. y hasta de 10 por 12 mm. sin contar los accidentes, donde nos produjimos quemaduras más extensas.

Las técnicas, que eran al principio muy sencillas, mejoraban en el curso de nuestros experimentos.

Como agente causal, usábamos el agua hirviendo, y el tiempo de acción entre 2 y 12 segundos. Los experimentos se realizaron en parte en Cumaná, que está a nivel del mar, y en parte a una altura de 1.250 metros sobre el nivel del mar, en el Parque de Mariches, donde tengo una quinta, en el estado Miranda.

Para comprobar la evolución espontánea, o sea, sin tratamiento alguno de distintos tipos experimentales, tuvimos muchas veces que recurrir a antisépticos y antibióticos locales y a tratamientos con los antibióticos por vía oral. Nos resistíamos a usarlos, hasta que la infección era demasiado

severa y nos obligaba a recurrir a ellos.

Escogimos para publicar sólo cinco tipos de los experimentos, donde se podían apreciar claramente los aspectos más importantes del procedimiento terapéutico aplicado en su forma más sencilla.

Con estos experimentos pudimos comprobar que nuestro procedimiento terapéutico no actúa solamente mediante la hipotermia, sino también por la acción directa del enfriamiento de la piel quemada mediante la evaporización acelerada del alcohol por medio de la corriente del aire, producida por un ventilador o el aire acondicionado. Esto no solamente inhibe y desnaturaliza los factores causantes del proceso inflamatorio, sino que también congela todo el proceso. El tratamiento debe proseguirse de manera ininterrumpida hasta que se apague por completo el incendio. Si uno no está dispuesto a esto es mejor, que ni lo comience. Esto lleva muchas veces a la desesperación, pero la paciencia y la persistencia darán la merecida recompensa, al evitar los sufrimientos y las complicaciones posteriores.

El resultado del tratamiento es muchísimo más eficaz si se comienza con él enseguida al producirse la quemadura. Con las pruebas en mano, fui al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social para ver de qué manera se podía educar a la gente para aplicar el tratamiento enseguida a sabiendas de que en la mayoría de los casos el tratamiento para quemaduras no ameritaba la atención médica, y que esto no representaba,

sino la pérdida del precioso tiempo, ya que cada minuto que se pase sin tratamiento es importante. ¿De qué le sirve a un fallecido por el paro cardíaco, si lo llevan a la mejor clínica, cuando presenta ya las lesiones irreversibles y daños cerebrales definitivos, si lo podría salvar cualquiera que supiese aplicar las maniobras de resucitación en el momento que le sucedió el paro, o al menos que le aplicara el masaje cardíaco y la respiración boca a boca durante el traslado a un Centro especializado, donde le aplicarían el tratamiento correspondiente?

Tuve suerte de que el Ministro de Sanidad en aquel momento era el Dr. Manuel Adrianza, muy conocido mío, el cardiólogo de El Algodonal, quien me había facilitado ya anteriormente los equipos viejos, que usaban en el Algodonal para practicar el cateterismo cardíaco en el Sanatorio Antituberculoso de Cumaná, ya que ellos habían conseguido equipos más modernos y no sabían qué hacer con los viejos. Él me recibió como un buen amigo y yo le expliqué por qué motivo lo había venido a molestar. Le mostré las fotografías de nuestros experimentos y le pedí consejo de cómo se podría propagar el tratamiento y educar a la gente para comportarse ante una quemadura. Él me prometió que haría todo lo posible de su parte para resolver este problema. Pero hasta la fecha estoy esperando su respuesta. En días pasados lo vio mi nieta en el Estado Falcón, donde vive jubilado, y le preguntó qué pasó con mi tratamiento de las quemaduras. Seguro consultó con los especialistas en las quemaduras y éstos se rieron. A los centros especializados vienen los quemados después de

ser ruleteados por las emergencias de los hospitales, ya todos desollados y en estado grave, a quienes sería pecado aplicar nuestro tratamiento, cuyo propósito es justamente para que el quemado no llegue a aquel estado deplorable. Si se le aplica el tratamiento en forma correcta, el paciente no tendrá nunca, en este tipo de quemaduras, la necesidad de un cirujano plástico, sino sólo en los casos de las quemaduras muy graves donde están ya desde un principio desollados, con la piel carbonizada o hasta sin piel.

La reversibilidad puede ser total o sólo parcial. Si es parcial, se producen secuelas que pueden ser leves o graves. Las leves, como eritemas residuales y las manchas pigmentarias, no ameritan ningún tratamiento especial fuera de la aplicación del talco medicado y evitar por unos días los roces, los baños y en lo posible evitar un ambiente muy caluroso y la sudoración. Las vesículas a presión se deben pinchar en su borde con una aguja estéril para vaciarlas y si son flácidas se dejan intactas. En ningún caso se debe quitar ni un pedazo de la piel, aunque ésta se halle desprendida. Con este tratamiento no vimos nunca una infección. Los colgajos de dermis desprendida se deben dejar en su sitio, ya que de esta manera la regeneración evoluciona mejor y más rápido, evitándose la formación de costras, según lo pudimos constatar en nuestros experimentos. Los tratamientos con secuelas más graves, como ulceraciones, cicatrices, bridas, deformidades, entre otros, deben ser tratadas por los especialistas correspondientes.

Enseñé el tratamiento a algunos médicos rurales que conocía, y recuerdo cómo el médico rural de San Antonio del Golfo, Dr. Krsta Miletich, me contó cómo llevaron a su medicatura a dos viajeros que los sacaron de su carro accidentado y en llamas, y cómo les aplicó nuestro tratamiento, y después de unas horas no quisieron quedarse y se fueron con sus familiares a Carúpano, diciendo que se sentían perfectamente. También otros aplicaron este tratamiento con todo éxito, en un caso hasta con el whisky, ya que se produjo la quemadura estando en una fiesta y no tenían a mano otro alcohol.

En las quemaduras de la cara es preferible usar el alcohol etílico y no el isopropílico, que es tóxico al tragarlo. Me recuerdo bien de un niño chino que se cayó de cara en una olla con aceite hirviendo. Su cara estaba tan hinchada, que no se parecía a ningún chino sino a una bola inflada. Se le curó con aguardiente y con agua fría. Otro fue el caso de un hombre de unos cuarenta años, que destapó el radiador del carro sobrecalentado, que echaba humo y pensando echarle agua para enfriarlo, el chorro de agua hirviendo se le fue a la cabeza. Le hicimos el tratamiento primero con alcohol etílico, que lo tenía de suerte en mi consultorio, y después, al mejorar un poco, continuamos con el ron. Le recortamos el pelo hasta donde pudimos, sin tocar la piel del cuero cabelludo, y después le pusimos el talco medicado, que le formó un casco blanco en la cabeza que después nos costó quitarlo, pero cuando quitamos el casco, la piel por debajo estaba completamente normal.

Una señora, quien metió su mano en el horno encendido a 250 grados de Celsio, que, claro, retiró enseguida, al agarrar la vasija donde se le estaba quemando la torta, tuvo que seguir con el tratamiento durante 11 horas seguidas y le quedó lesión sólo en el sitio donde tocó la vasija. Así podría contar decenas de casos interesantes.

Este tratamiento tiene la ventaja de que en muchos casos la persona no necesita ayuda, sino que lo puede ejecutar el mismo quemado. Una desventaja que tiene, ya que estas quemaduras caseras son las que sufren las amas de casa durante la preparación de las comidas y ameritan, si son más extensas o graves, suspender sus quehaceres mientras se aplica el tratamiento. Esto lo hacen muy pocas y lo empiezan apenas cuando el ardor se hace ya insoportable. En los casos más leves puede seguir con sus trabajos y simultáneamente con el tratamiento.

Este tratamiento, a pesar de su sencillez, aminora las necesidades metabólicas de las células, estabiliza las membranas celulares y lisómicas, inhibe las acciones de todas las citotóxicas y de otras sustancias vasoactivas acumuladas en la piel quemada, y además determina el tiempo cuando debe empezar la reperfusión progresiva de la piel lesionada, al no aparecer más el ardor, aun cuando se suspende el tratamiento.

Nuestros trabajos titulados: Tratamiento de las quemaduras térmicas recientes mediante la desantigenización

de la piel lesionada y, Nuevas perspectivas en el tratamiento de las quemaduras, fueron presentados en la XXVI Reunión Anual de la Sociedad Venezolana de Dermatología, en el Hotel Caracas Hilton, el jueves 15 de noviembre de 1992. Lamentablemente, mis diapositivas no cuadraron en el proyector que fue utilizado en las sesiones. Tampoco los dermatólogos presentaron mucho interés, ya que el problema no tocaba su especialidad. Actualmente se encargan de estos pacientes los cirujanos plásticos, que no hacen otra cosa que calcular dónde tendrán que transplantar la nueva piel y no cómo salvar la dañada.

Aquí se presentaron, aunque no se pudieron proyectar las diapositivas, cinco de nuestros experimentos, y en tres de ellos lo que no se debe hacer.

El primer experimento publicado, tipo I, presenta la evolución espontánea sin ninguna clase de tratamiento, una quemadura provocada con agua hirviendo sobre la piel de la cara lateral externa de la primera falange del pulgar izquierdo, en la mitad entre las dos articulaciones, y la evolución de una quemadura exactamente igual en el mismo sitio, sólo que del lado derecho, tratada mediante nuestro procedimiento. Se puede apreciar que con nuestro procedimiento la evolución es completamente distinta, y en este caso no aparece ninguna lesión, excepto de una mácula eritemato-pigmentaria, que aparece a las 24 horas de haberse provocado la quemadura, y que desaparece en unos días sin descamarse, sin producir ninguna clase de molestias, y sin dejar ninguna cicatriz,

usando la mano como si no hubiera pasado nada. El tratamiento con el alcohol isopropílico comenzó a los seis minutos. A las 2 horas y 15 minutos, cuando el eritema ya había desaparecido, tuve que interrumpir el tratamiento para atender una emergencia cardiovascular. Dos horas después de interrumpir el tratamiento, reapareció el eritema y cuatro horas después me obligó el ardor a reanudar el tratamiento por otras tres horas sin interrupción.

Mientras tanto la evolución de una quemadura exactamente igual y sin tratamiento, producida en el mismo sitio, pero en pulgar derecho presentó una evolución completamente distinta. Primero produjo durante las primeras horas un ardor insoportable. Después de la isquemia inicial y el eritema subsiguiente se produjo la vesiculización a la media hora y se iba extendiendo poco a poco sobre toda la piel quemada y hasta sobrepasando sus límites. A los tres días empezó la cicatrización, que se completó a las tres semanas, evitándose la infección aplicando localmente la Rifocina y el Mercurocromo.

En el segundo experimento publicado del tipo IV, se puede observar cómo también el simple aguardiente al cuarenta por ciento inhibe el proceso inflamatorio durante su aplicación de manera descrita, y que debe aplicarse durante el tiempo necesario hasta inhibirlo totalmente, y hasta que la piel quemada pierda todos los antígenos, que en el caso de no estar completamente desnaturalizados podrían hacer reaparecer el proceso inflamatorio después de uno o dos días.

En este caso se tuvo que interrumpir también el tratamiento prematuramente, para atender una emergencia cardiovascular que acudió a mi clínica. A las 27 horas apareció una vesícula en la piel quemada, aunque una hora antes no presentaba ningún indicio de alguna alteración.

Se volvió a aplicar el tratamiento y el resultado fue la aparición de las máculas pigmentarias más acentuadas que de costumbre, probablemente por la acción hidrópica por el alto contenido de agua en el aguardiente, ya que no sucede lo mismo con el alcohol absoluto o al setenta por ciento.

En el siguiente experimento publicado tipo VII A, se aplicó el agua hirviendo durante seis segundos seguidos y el tratamiento duró seis horas ininterrumpidas con una mezcla del alcohol absoluto y ron Cacique al cuarenta por ciento en partes iguales, a la que se agregó 15 cc. de una solución de Neo Synalar para los 250 cc. de la mezcla alcohólica, que se mantenía a una temperatura de alrededor de 15 grados de Celsio. La mácula pigmentaria apareció un poco después de terminar el tratamiento y desapareció después de unos días sin descamarse o producir alguna molestia. Durante todo este tiempo, se mantuvo la mano activa en trabajos de rutina, se lavaba normalmente, y no se sintió ninguna molestia desde el momento que empezó el tratamiento.

En el siguiente experimento publicado del tipo VII B, se aplicó el mismo tratamiento, con la misma mezcla alcohólica del experimento anterior pero sin el Neo-Synalar. Después de

10 aplicaciones untamos en la piel quemada la crema de Topicort en fina película, dejándola actuar durante un minuto. El tratamiento duró 5 horas. De este experimento se puede deducir que con un simple cambio de una solución por una crema empeora el resultado. La crema evidentemente protege parcialmente a las substancias causantes del proceso inflamatorio, que son inhibidas por el enfriamiento con alcohol y de su evaporización acelerada por el ventilador. Estos dos últimos experimentos también comprueban cómo el organismo acepta y reincorpora la piel quemada en todo su espesor sin ningún problema en pocas horas, aunque la piel esté lesionada en todo su espesor.

En el quinto experimento del tipo IX B, se demuestra mucho menor eficacia del tratamiento con el agua fría sola, y además se demuestra la ventaja que tiene respetar la dermis o la epidermis desprendida, no desbridarla, aunque esté perforada o en colgajos, con el propósito de evitar la infección. Debo reiterar que con este tipo de tratamiento no se presentó jamás el problema de infección, aunque no poníamos casi ningún cuidado antiséptico.

Pero ya con anterioridad, trabajos parecidos al que presentamos en la reunión anual de dermatología, fueron enviados a los 31 países más importantes del mundo, en la mayoría de los casos mediante sus embajadas acreditadas en Venezuela. También se enviaron directamente a muchos centros especializados en quemaduras en el mundo. Sólo en el Reino Unido se enviaron a 29 centros de esta especialidad,

cuyas direcciones me había enviado la embajada de Inglaterra. De muchos de ellos recibimos la respuesta de que estos trabajos son muy novedosos e interesantes, pero ellos casi no los podían aprovechar, porque los quemados que vienen a sus instituciones son los quemados complicados, cuyas quemaduras se han producido horas y hasta días antes, después de haber sido ruleteados de un hospital al otro, ya que todos hacen lo posible para no encargarse del tratamiento de estos infelices, porque producen demasiadas molestias y con los tratamientos habituales presentan muchos problemas y complicaciones a los hospitales.

Todas estas respuestas recibidas por estos centros especializados en quemaduras contienen mucha verdad, ya que nuestro tratamiento para ser eficaz, debe empezar lo mas pronto posible, lo mejor inmediatamente, y esto es sólo posible si la gente estuviera suficientemente instruida en su aplicación.

Practicar este tratamiento a un quemado que está ya todo pelado y sin piel no tendría ningún sentido. Resulta también que cada uno se imagina a un quemado en esta situación y no piensa que muchas veces el quemado llega a la emergencia de un hospital por sus propios pies, y después de unos días muere, después de pasar por los sufrimientos casi indescriptibles con palabras humanas.

De la Unidad para los quemados de Maracaibo recibimos la respuesta más estúpida que se puede uno imaginar. Mandé nuestros trabajos allá, porque un trabajador, que sufrió las

quemaduras en la Refinería Petrolera de Jose, estado Anzoátegui, era hijo de una paciente mía y se les murió. La respuesta era que para ser este tratamiento usado, debía ser primero comprobado científicamente, o sea, por algún gringo, sin siquiera pensar que la comprobación científica que tenían en sus manos fue practicada, lo que en el mundo no ha hecho nadie jamás, en sus propios cueros. Resulta que los cirujanos plásticos que están actualmente encargados de tratar a estos pacientes, cuando los ven, piensan únicamente en qué grado se encuentran estas quemaduras, y dónde habrá que practicar los trasplantes, y no piensan ni un instante en cómo salvar la piel lesionada que presenta el quemado, aunque sea en colgajos y desprendida, porque así han sido educados.

Este trabajo fue publicado también en la revista de la Sociedad Médico Quirúrgica del Hospital de Emergencia Pérez de León de Caracas, en el volumen XXII No. 3, en octubre de 1987.

**ALIMENTACIÓN INCORRECTA: CAUSA DE LA
MAYORÍA DE NUESTRAS ENFERMEDADES Y DE CASI
TODAS LAS QUEJAS MÉDICAS INEXPLICABLES DE
LOS PACIENTES**

El segundo trabajo más importante de mi vida trata sobre un problema muchísimo más frecuente entre los hombres que las quemaduras. Se trata de un problema que lo presentan más de la mitad de las consultas médicas en todo el mundo.

Generalmente diagnosticado con las expresiones muy vagas como el colon o el intestino irritable, fibromialgia, crisis hipertensivas, las más diversas arritmias cardíacas y cerebrales, laberintitis, astenia neurocirculatoria, migraña, etc. y últimamente inventaron los gringos para este padecimiento el nombre del síndrome de pánico.

Descubrí su causa desencadenante porque lo sufrí yo mismo y no fue nada fácil. En el año 1977 empecé a sentir de pronto una angustia, palpitaciones y una taquiarritmia con fibrilación auricular, acompañada de mareos, así que tenía que levantarme o acostarme muy poco a poco, y a veces me daba una enorme sensación de vacío, como si se me iba la vida, falta de aire, sudores fríos y temblores en todo el cuerpo, adormecimiento en las manos y en los pies, pesadez en la cabeza, dolores abdominales a veces con náuseas. Cuando no sentía esto, sentía decaimiento, embotamiento cerebral, falta de concentración, modificaciones del sueño, pesadillas terribles de persecuciones y un miedo tremendo para salir hasta a la puerta de la casa. Me practiqué todos los exámenes de laboratorio y todo salió relativamente bien. En el examen radiológico del colon, el médico radiólogo Dr. Iván Acosta me dijo abiertamente que tenía cáncer a nivel del colon sigmoide. Fui a Caracas al Centro Médico, donde me examinó el difunto Dr. Becker, el único honesto, y me dijo que podía estar tranquilo, que no tenía ningún cáncer del colon, pero lo que yo tenía él no lo sabía. Me vieron una cantidad de especialistas, unos decían que era viejo y esto hace ya más de treinta años desde entonces, otro que tenía hongos en el colon, otro que

me faltaba calcio, y yo seguía cada vez peor. Fui hasta el Dr. Pifano al Instituto de Medicina Tropical y él me dijo que no conocía ninguna enfermedad tropical con estos síntomas.

Regresé a Cumaná para morirme en mi casa. Resultó que una abogada, Dra. Norma Romero me traía siempre un queso sabrosísimo, porque tenían una fábrica de queso en Caripe, en agradecimiento porque le resucité a su papá, a quien le dio un paro cardíaco, cuando lo traían con un dolor en el pecho, en la sala de espera de mi consultorio. Entonces lo arrastramos, ya que era muy gordo, dándole yo masaje cardíaco durante el traslado, al cuarto de emergencias de mi clínica y le apliqué varios choques eléctricos con el desfibrilador, cada vez que se le paraba el corazón claro que el paciente daba tremendos brinco con cada choque y su esposa gritando que lo estaba matando, porque no se daba cuenta, que ya estaba muerto y había que resucitarle. Así que la tuvimos que sacar del cuarto para que no observara el procedimiento, porque se trataba de salvar la vida de su esposo. Yo estaba solo en la casa, ya que mi esposa se encontraba en Caracas, con mi hija, haciéndose la radioterapia en la Clínica la Floresta. Me ayudaba un vecino, un italiano de nombre Giovanni Gallo, y después de unas dos horas, el corazón del paciente por fin empezó a latir por sí mismo y no se paraba más. Después se le practicó un electrocardiograma, que mostró que se trataba de un pequeño infarto del miocardio antero-septal. Le dije a la hija que lo llevara a la emergencia del hospital, ya que necesitaba la hospitalización durante unos días, por si acaso se le presentara alguna complicación. El hombre salió después de

unos días del hospital completamente recuperado y vivió todavía 17 años más. Una vez que la Dra. Norma me trajo el queso, me vio muy mal y entonces me dijo, que si no sería este queso que me hacía mal. Yo pensaba que decía esto, porque ya estaba cansada de traérmelo. Yo estaba prácticamente entregado y en cualquier momento esperaba la muerte. Pero le hice caso y no volví más comer el queso. También me quité de mi dieta todos los productos lácteos, las frituras, guisos, aliños y muchas otras cosas, simplificando al extremo mi alimentación. Para la gran sorpresa mía, iba poco a poco mejorando y a las tres semanas me sentía ya prácticamente normal.

Esto me enseñó, que un factor muy importante para nuestra salud es poner mucho más cuidado en nuestra alimentación.

Estamos directamente ingiriendo no sólo muchas de nuestras enfermedades orgánicas sino también psíquicas, especialmente cuando estamos genéticamente predispuestos a ellas.

Lo que ingerimos no influye solamente sobre nuestra digestión, sino también sobre todo nuestro organismo, inclusive sobre nuestra mente y nuestro comportamiento.

Habría que cambiar muchas de nuestras costumbres dietéticas arraigadas y hasta algunas normas hoy científicamente establecidas, tomando mucho más en cuenta

la tolerancia alimenticia de cada individuo, ya que no todos toleramos igualmente ciertos alimentos, no solamente por sus ingredientes naturales o añadidos, sino también por su preparación y manipulación.

Todavía nos falta mucho para elaborar una dieta ideal para cada individuo, y esto no depende sólo del médico, sino de la experiencia personal de cada individuo. Cuando esto suceda y se cumpla desde el nacimiento o quizás hasta antes de la concepción, disminuirán drásticamente muchas de las enfermedades que están perturbando hoy el género humano.

Como en el caso del cigarrillo, caímos también, en el caso de la alimentación, en un círculo vicioso que puede ser roto solamente con una paciente y constante educación de la población, para que vuelva, poco a poco, al menos a lo que nos permiten nuestros conocimientos actuales, a su cauce correcto.

Dada la frecuencia de estos enfermos, es casi incomprensible que los programas de estudio de la medicina actual dejen de un lado un problema de salud pública de tanta importancia, ya que según las estadísticas de The Federal Government's National Center for Health Statistics se puede confirmar que la mitad de la población norteamericana padece de estos trastornos, y además, con su comida rápida y bebidas gaseosas están intoxicando a medio mundo. La misma impresión tengo también yo respecto a este problema en Venezuela.

La confusión reinante sobre este síndrome en el mundo de la medicina es impresionante. Cada rama de la medicina interna concentra su atención en los síntomas que conciernen a su especialidad y describe estas reacciones con los más distintos nombres, relacionados siempre con los efectos y no las causas. Así que estos pacientes caen por primera vez en manos del especialista a quien corresponda, según los síntomas sobresalientes en aquel momento.

Pero son los consultorios gastroenterológicos, cardiológicos, neurológicos y otorrinolaringológicos, si exceptuamos los servicios de emergencias, por donde empiezan con mayor frecuencia su vía crucis estos pacientes que terminan casi siempre en los consultorios psiquiátricos y conozco dos casos que terminaron hasta en el manicomio. Uno de ellos se salvó porque se quiso suicidar, por lo que se asustaron y lo dejaron libre, cuando me contó su tragicomedia. Mejoró por completo en tres semanas, únicamente con la dieta, de la cual eliminó todos los alimentos, que no le caían bien, pero no a su estomago, sino a su sistema nervioso.

Los gastroenterólogos se sacuden de estos casos después de practicarles exámenes exhaustivos y costosos, casi siempre innecesarios y les informan que no encontraron nada anormal, generalmente con el diagnóstico final del colon o intestino irritables.

Los cardiólogos tienen a su disposición muchas expresiones como eretismo cardíaco, arritmias de todos los

tipos especialmente las taquicardias, extrasístoles casi siempre supraventriculares, y especialmente la taquiarritmia con fibrilación auricular, que es casi patognomónica de este padecimiento, hasta las arritmias cardíacas más serias, precordialgias opresivas o pungitivas y hasta los casos de muerte súbita.

El problema consiste en que estos pacientes siguen igual o hasta peor a pesar de los más variados tratamientos.

En la búsqueda inquieta de un médico que comprenda y les explique su enfermedad, considerándose algunas veces al borde de la muerte, terminan casi siempre su peregrinaje por los consultorios médicos en las consultas psiquiátricas, ya que la gran mayoría de su sintomatología pertenece a esta especialidad y con estos tratamientos paliativos al menos disminuyen la intensidad de su sintomatología.

El padecimiento no respeta la edad. Yo tenía entre mis pacientes a un niño de tres días que no toleraba la leche de vaca, hasta un viejito de 96 años, pero son más frecuentes entre los 20 y 60 años, especialmente entre las mujeres de oficios domésticos y las maestras.

En general se pueden distinguir dos formas clínicas : una aguda paroxismal, en la cual es fácil precisar el factor desencadenante; y otra crónica, donde las causas son más difíciles de detectar y las relaciones entre éstas y los síntomas son a menudo confusas.

En la forma aguda paroxismal, el individuo, generalmente en aparente buen estado de salud, experimenta de pronto una angustia, acompañada casi siempre por mareo, o la aparición de una sensación de vacío como si se le va la vida, falta de aire, diaforesis fría con palidez o más raramente sofocación con enrojecimiento de la cara, temblores, adormecimientos de las manos o de los pies, pesadez de la región occipital, cefalea, palpitaciones a veces acompañadas de náuseas y dolores, especialmente en el costado y flanco izquierdos. Lo típico de estas crisis, llamadas actualmente síndrome de pánico, es que se presentan sin ningún motivo aparente.

También se pueden presentar estos síntomas aislados o combinados, con cifras tensionales altas, normales o bajas y sin ninguna clase de pánico, dependiendo esto de muchos factores, entre estos los genéticos del individuo y los ambientales.

La forma crónica puede transcurrir en algunos casos sin muchos síntomas, pero generalmente presentan estos individuos el carácter muy irritable, malhumorado, no toleran ninguna crítica y muchas veces tienen incapacidad para desenvolverse en su vida normalmente. Viven en una constante angustia y desesperación y hacen la vida imposible a sí mismos y a los demás, que conviven con ellos. Pueden quejarse de una sintomatología tan multifacética, que confunde a cualquiera, aunque presentan casi siempre su talón de Aquiles en alguno de sus órganos o sistemas.

Otras veces presentan flojera, embotamiento cerebral, falta de capacidad de concentración y de pensar claramente, pesimismo, indecisión, modificaciones del sueño con pesadillas, estados depresivos muchas veces encubiertos por la angustia, que se manifiestan en todas formas de tristeza y en algunos casos hasta como deseos de morir.

En mi opinión una gran cantidad de suicidios se deben a este padecimiento, especialmente cuando son suicidios sin causa aparente. Otras veces presentan desvanecimientos momentáneos, molestias dolorosas en cualquier parte del cuerpo, pero especialmente en el costado y flanco izquierdos, parestesias especialmente de las manos y los pies, pesadez en la región occipital, dolores de cabeza de todos los tipos, falta de aire, palpitaciones y trastornos digestivos, de los cuales llama la atención una acentuada flatulencia.

La frecuencia de las exacerbaciones agudas es muy variable y depende ante todo de la disciplina en la alimentación. Hay pacientes que viven constantemente sintomáticos, con una hipersensibilidad desarrollada increíble, como cuando las mujeres cocinando, están probando las comidas que están preparando para los demás y hasta con los utensilios mal lavados. Existen otras personas que se enferman sólo en ciertas oportunidades, casi siempre durante o después de días festivos o cuando cometen desarreglos en las comidas o bebidas.

Resulta casi increíble por cuántos sufrimientos, gastos y

sacrificios completamente innecesarios deben pasar estos enfermos junto con sus familiares, ya que sus estados de angustia junto con toda la sintomatología de índole somática, les hace imposible llevar una vida normal.

Son muchos los factores que predisponen o pueden "despertar" las condiciones genéticas de un individuo: psíquicos, sociales, climáticos, atmosféricos, físicos, químicos, bioquímicos, degenerativos, inflamatorios, infecciosos, etc., pero son especialmente más importantes los dietéticos.

La alimentación incorrecta actúa de dos maneras distintas, primero, predisponiendo poco a poco al organismo, deteriorándolo progresivamente y en forma casi imperceptible y, segundo, provocando crisis agudas del sistema nervioso, que pueden ser en algunas personas genéticamente y ambientalmente predisuestas, sumamente frecuentes y hasta graves, mientras suceden en otras personas solamente en condiciones muy especiales después de ingerir alguna sustancia que no toleran.

Las sustancias desencadenantes de esas crisis pueden ser parte integrante de la estructura natural de los alimentos, ser añadidas o producidas durante el proceso de preparación o agregadas por la industria alimenticia. Aunque puede ser también el resultado de alguna combinación bioquímica durante el proceso digestivo o hasta relacionadas con la flora intestinal y diversos parásitos, especialmente de giardia lamblia.

La ingestión de estas sustancias es lo que produce en ciertos individuos modificaciones mediante las cuales, toda la gama de estímulos del sistema nervioso automático, especialmente del simpático hipersensibilizado, encuentran un umbral mucho más apropiado para producir la reacción descrita.

Algunos alimentos, como una especie de precursores, pueden preparar el camino para que después otros sí produzcan la crisis. Esto explica que no siempre los mismos alimentos producen una reacción igual o simplemente ninguna, mientras que en otras ocasiones, sí producen las crisis en los mismos pacientes.

El médico general hace casi siempre su diagnóstico de acuerdo con el cuadro clínico predominante en el momento de la consulta. Así ingresan en el club de los hipertensos una gran cantidad de individuos, sólo porque han presentado en alguna oportunidad una crisis hipertensiva o cifras tensionales un poco elevadas. De suerte que los mismos pacientes disminuyen o suspenden casi siempre el tratamiento antihipertensivo indicado.

El manejo de estos pacientes es muy delicado y el médico tratante debe estar muy bien entrenado para poder tratarlos con eficacia. Aunque ha leído algún trabajo sobre este problema, se haya generalmente desconcertado, y para no ir perdiendo el tiempo, investigando la causa, prefiere seguir con la rutina, para no complicarse la vida. Para el médico resulta

mucho más fácil y cómodo pedir una serie de exámenes y exploraciones y prescribir al paciente algunos medicamentos para paliar los síntomas más molestos que presenta en aquel momento. La situación se le complica cuando los numerosos y a veces sofisticados estudios salen normales y porque la mayoría de estos pacientes ya han sido tratados por otros médicos infructuosamente.

Ese desesperado peregrinaje por los consultorios médicos lleva a estos enfermos y a sus familiares a una inmensa frustración y confusión, refugiándose finalmente en toda clase de empíricos clásicos o modernos.

Aunque el tratamiento es individual, ya que este padecimiento no mejora con el tratamiento médico, sino con la educación del paciente cómo debe confrontarlo, se le debe dar a cada paciente la detallada descripción del síndrome para que se entere de lo que se trata y aprenda manejar toda la urgencia por sí mismo, ya que el médico, por desconocer sus causas, muchas veces no hace sino empeorar la enfermedad.

Existen ciertos reglamentos, válidos para la mayoría de las personas que confrontan este problema:

1°) Todas las personas que padecen de estos trastornos no toleran ciertos alimentos o bebidas, que deben identificar ellos mismos con la ayuda de algún familiar. Esto es fácil, ya que los alimentos no tolerables producen síntomas alrededor de quince horas después de ingeridos. Algunos pacientes son

muy observadores y saben muy bien lo que les cae mal. Siempre hay que decirle al paciente que se guíe por su propia experiencia y no por los consejos de los demás, inclusive de los especialistas, ya que la dieta debe respetar en lo posible las costumbres dietéticas de cada individuo. La dieta debe ser seguida con extrema disciplina, observando el mismo paciente lo que no le cae bien hasta conseguir la mejoría.

Cuando ha encontrado esta "dieta base" con la cual se siente bien, se debe seguir con esta dieta por un tiempo, que puede ser de días, semanas y hasta meses. Después se puede ir añadiendo otros alimentos ya que la tolerancia para algunos mejora notablemente.

Si reaparece de nuevo alguno de los síntomas mencionados, se debe revisar enseguida lo que se ingirió en las últimas horas, especialmente entre diez y veinte horas antes, ya que los alimentos no tolerables producen síntomas más o menos en este lapso de tiempo, a diferencia de la gastritis y de la duodenitis donde empiezan los síntomas un poco después de haber sido ingeridos.

Según las costumbres venezolanas son casi siempre bien tolerados:

-Pan tostado o de un día para el otro, arroz, pastas en forma normal o integral, avena, papas, ocumo, mapuey, ñame, yuca, auyama, zanahorias, remolachas y plátanos, todos cocidos o en puré, arepas de maíz natural y casabe.

-Carnes de pollo, de gallina, chivo, ternera, res (lagarto), pescado blanco fresco, sardinas en forma asada, cocidas u horneadas o licuadas a manera de un paté.

-Huevos tibios, aceite de oliva, girasol, maíz, soya y ajonjolí, cáñula añadidos de forma natural sin calentarlos, en el momento de comer.

-Lechugas, tomates maduros crudos, espinacas cocidas.

-Las frutas : lechosa, cambur manzano, naranjas y mandarinas dulces, mangos redondos y manzanos, chirimoyas, uvas dulces, manzanas y peras maduras, cerezas importadas, albaricoques, etc.

-De las bebidas alcohólicas se toleran el whisky y el ron en cantidades moderadas.

En cambio existen otros alimentos que no toleran casi nunca estos pacientes :

-Repollo, brócoli, coliflor y pepinos.

-De las frutas : limón, toronja, piña, mango tino (de hilachas) y algunas mangas, jobito, parchita, guanábana, guayaba, tamarindo, ponsigué, ciruela de huesito, semeruco, melón, patilla, pomalaca, casi todas las clases de cambures, nueces, almendras, maní, coco, semillas de merey, aguacate y castañas.

-De las leguminosas: caraotas, frijoles, arvejas, garbanzos, habas, lentejas, chícharos y vainitas.

-Carne de cochino y todos sus derivados.

-Los siguientes pescados : caballa, cataco, jurel, lisa, atún, picúa, barracuda y anchoa, etc.

-Las frituras, guisos, sopas, embutidos, enlatados, ajo, cebolla, condimentos, salsas, pimientas, cubitos, adobos y mayonesas.

-Distintos preparados de chocolate, dulces concentrados, especialmente hechos de las frutas no maduras y toda la gama de alimentos, bebidas y chucherías que contienen sabores, colorantes, edulcorantes, estabilizadores y preservativos artificiales.

-Pan fresco y caliente.

-Bebidas gaseosas, cervezas, champaña, chicha, ponche crema.

-Maíz tierno en cualquier forma: cachapa, bollos y mazorcas.

-Café y té.

-Los productos lácteos, no son tolerables por alrededor de

un 40 por ciento de estos pacientes, a veces totalmente y otras veces parcialmente o selectivamente.

2°) Se recomienda también cumplir con el abecedario completo de las siguientes normas :

- Tratar de reposar unos minutos antes y una hora después de comer.

- Hacer tres o cuatro comidas diarias a intervalos iguales.

- No tomar los alimentos con voracidad y masticarlos bien.

- Evitar las bebidas demasiado frías o demasiado calientes.

- No ingerir bebidas alcohólicas con el estómago vacío.

- Beber dos vasos grandes de agua natural al levantarse, a las 10 y 11 de la mañana y a las 4 y 5 de la tarde, siempre aparte de las comidas y de noche un vaso al acostarse y cuando se levanta a orinar.

- Tener moderación en el uso de la sal.

- Evitar las grasas de origen animal, lo amarillo del huevo, las vísceras, los mariscos, los alimentos cremosos y helados.

- Evitar los dulces concentrados.
- Evitar el azúcar.
- Evitar los guisos, las frituras y las sopas.
- Comer el arroz, el pan y las pastas de forma integral.
- Evitar comer pan caliente y fresco.
- Evitar los alimentos y las bebidas que provienen de la industria.
- Evitar en lo posible comer en la calle y en los restaurantes.
- Comer si es posible diariamente pescados y las sardinas.
- Comer algo liviano y temprano en la cena.
- Adecuar la dieta en lo posible a las costumbres de cada individuo, pero de acuerdo con lo expuesto y la tolerancia de cada quien.
- Los productos lácteos en el caso que se toleren, deben ser ingeridos en forma descremada.
- Evitar todo lo quemado o ahumado.

- Ingerir en cantidades adecuadas, no exageradas los alimentos que contienen proteínas: carnes, pescados, productos lácteos descremados y las claras de huevo.

- Hacer ejercicios físicos durante cuarenta y cinco minutos con la intensidad de acuerdo a la edad, entrenamiento y la capacidad física de cada quien.

- Dormir y descansar suficientes horas durante la noche.

- Lavarse las manos con agua y jabón antes de comer.

- Hacerse exámenes de laboratorio cada año o según la urgencia y la indicación de cada caso.

- Si a los quince días de cumplir las recomendaciones médicas no se consigue mejoría debe recurrir al médico tratante.

3°) El tratamiento medicamentoso debe ser dirigido por un médico experto en la materia.

En cuanto a los medicamentos deben prescribirse sólo los indispensables, ya que la sintomatología tan abundante y diversa invita a recetar a casi toda la farmacia y no es conveniente añadir a estos síntomas también las reacciones secundarias de los medicamentos innecesarios.

A cada paciente se debe entregar por escrito un breve

resumen de su enfermedad y la descripción detallada de cómo se debe buscar la "dieta base" que conviene a su organismo. El paciente debe guiarse ante todo por su propia experiencia y observación, ya que para el médico es imposible estar a su lado siempre cuando coma. Es muy conveniente que sus familiares estén familiarizados con su padecimiento ya que le pueden ayudar mucho, especialmente cuando están desesperados y les ayuden en la búsqueda de los alimentos que le produjeron la crisis. Cuando la "dieta base" es muy reducida a unos pocos alimentos, hay que complementarla en lo posible con algunos sustitutos dietéticos, vitaminas, oligoelementos, minerales, etc.

Por ejemplo en los pacientes que no toleran los productos lácteos, para evitar una deficiencia de calcio a largo plazo, se le prescribe algún medicamento a base de este mineral y vitamina D y se le recomienda ingerir más pescado, especialmente las sardinas en el caso que las tolere. En los pacientes que presentan mucha flatulencia es recomendable un buen examen de heces y el tratamiento correspondiente. En este ambiente es muy frecuente la lambliasis. También se debe preguntar siempre por la comezón perianal, que significa la presencia de oxiuros, cuyos huevos no salen en el examen de las heces. Como desinfectantes, eran sumamente útiles la Paramomicina (Humatin) y la Gabbromicina (Gabbroral) durante unos cinco días, pero lamentablemente hay que traerlos hoy en día de Estados Unidos, España o Italia.

Cuando los síntomas no ceden en quince días se deben

investigar otras causas posibles que pueden ir, desde una simple inflamación, hasta las alteraciones mucho más graves en alguna parte del aparato digestivo o fuera de él, aunque lo más frecuente es que el paciente no cumplió con lo indicado. También deben descartarse algunas enfermedades extra-intestinales, especialmente del sistema nervioso, o algunas enfermedades endocrinas, que pueden causar los síntomas parecidos obligando al médico a solicitar exploraciones más sofisticadas. Además se debe considerar siempre también la posibilidad de que el paciente sufra de otras enfermedades simultáneamente.

El propósito del resumen de la enfermedad que se da a cada uno de estos pacientes, es para que tengan esta guía siempre a mano, ya que cumpliendo exactamente los conceptos expresados en él, disminuirá considerablemente el peregrinaje de estos enfermos por los consultorios médicos y muy especialmente por los servicios de emergencias, y lo que es más importante, cesarán los sufrimientos, gastos y sacrificios innecesarios, ya que en el caso en el que se repitan los síntomas tengan siempre a mano lo que deban hacer en cada caso y poco a poco aprendan a manejar ellos mismos su padecimiento.

Se anexa un trabajo mío sobre las crisis hipertensivas, presentado a la Sociedad Venezolana de Cardiología, de los cuatrocientos treinta y ocho casos tratados que actualmente son miles y miles. Este trabajo ha sido enviado, traducido al inglés, a muchas organizaciones mundiales que se ocupan de

la salud pública. También fue enviado a los principales hospitales y clínicas del país.

Para continuar mi historia personal, después de mudar el hospital de Cumaná a su edificio nuevo con el nombre de HUAPA (Hospital Universitario Antonio Patricio Alcalá), acabaron sin mi conocimiento de una manera bruta con mi Centro Cardiovascular. Botaron todo mi archivo, todas las historias clínicas, radiografías y otros documentos. Cuando lo reclamé al Director del Hospital, en aquel entonces Dr. Aníbal Guaimare, este me dijo, que ahora íbamos a empezar una cuenta nueva y además un sistema nuevo y yo estaré trabajando solamente como cardiólogo del hospital nuevo y del Sanatorio Antituberculoso, hasta que también, a este último, lo liquiden.

Le dije al Dr. Guaimare, que él no tenía ningún derecho de hacerme esto, ya que el Centro Cardiovascular era una entidad autónoma, que no pertenecía al hospital, así que él no tenía ninguna autoridad para acabar con el centro de esta manera, y también le dije, que ahí tenía yo muchos documentos personales y mucho material para hacer varios trabajos científicos y que él había acabado con todo esto. En aquel momento estaba decidido a renunciar a mi cargo y quedarme sólo con el Sanatorio Antituberculoso. Pero aguanté esta

ofensa, ya que sabía que en este país, lamentablemente existen muchos expertos en la destrucción y relativamente muy pocos capaces de trabajar y construir en este bello país que lo tiene todo en abundancia, menos a mucha gente, que tiene un talento único para destruir todo lo bueno.

En el hospital inventaron un nuevo sistema de trabajar en equipo, como en un país desarrollado. Yo les dije que trabajar en equipo es como un reloj, si falla una ruedita, el reloj no anda. De este modo nadie se hacía responsable de ningún enfermo, ya que no tenían la mentalidad y la más mínima idea para trabajar en equipo. Los internistas que dirigían desde entonces el funcionamiento del hospital, prohibieron hasta hacer cualquier trabajo científico habitual de investigación, ya que también todos los trabajos debieron ser hechos en equipo. Esto era abiertamente dirigido en contra mía, ya que el único que presentaba los trabajos en los congresos o reuniones científicas era yo. Ellos trabajaban como todos unos "señores": dos consultas de primera vez y cuatro controles en cuatro horas. Mientras que yo hacía cuatro consultas de primera vez y veinte controles, además de atender todos los casos que se presentaban de emergencia Yo les comuniqué que desde ahora haré lo mismo que ellos y así empezó el primer conflicto.

Estos conflictos siguieron y un día me llamaron de la dirección del hospital y cuando entré a la dirección fue mi gran sorpresa que uno de estos internistas me acusaba que yo ordené a borrar su tratamiento a un paciente, prescrito por él y lo cambié por uno mío. Pregunté por el nombre de este

paciente y entonces expliqué a este juzgado disciplinario, que este paciente fue ingresado por mí, a petición de su familia, para que yo la tratara allí como mi paciente especial, pero en aquel momento no estaba disponible ningún cuarto para estos pacientes especiales, entonces lo colocaron mientras tanto, hasta que se desocupara un puesto, en el salón común. Aunque el internista estaba bien informado del asunto, quiso aprovechar la oportunidad para amargarme la vida. Allí terminó todo, ya que los médicos presentes no estaban al tanto y pensaban que yo incurrí en un delito ético, de cambiar el tratamiento a un colega.

Otro caso digno de mencionar, cuando un día me pidieron para que fuera ver a un salón a un paciente que se estaba muriendo del corazón. Cuando lo examiné, vi a la primera vista que se trataba de una taquicardia paroxística con una frecuencia de más de 220 latidos por minuto. El paciente estaba prácticamente en coma, así que no me atreví a perder el tiempo para ir a mi servicio y traer el electrocardiograma, porque temía, que esta pérdida del tiempo podría mientras tanto a producir el desenlace fatal del paciente. Así que le apreté con toda la fuerza posible el seno carotídeo derecho y en verdad la taquicardia cedió, gracias a Dios y se convirtió al ritmo sinusal con frecuencia cardíaca normal de 80 latidos por minuto. Al rato abrió los ojos y pude hablar con él. Estuvo ya hospitalizado desde el día anterior y pesar de los tratamientos aplicados seguía sin mejoría.

En aquel momento practicaba la visita el internista

encargado del salón con un grupo de estudiantes de medicina explicándoles la situación y la enfermedad de cada paciente. No sé que explicación les dio cuando pasaron por este paciente, un poco antes de llegar yo. Los estaba esperando y le dije mientras tanto a Andrés, así era el nombre del paciente, que se quedara quieto hasta que yo lo llamara. Cuando ya la visita médica estaba terminando y regresaban por el otro lado del salón, ya que el paciente, que yo atendí lo colocaron en la primera cama al entrar en el salón y estaba apartado de los demás pacientes mediante un biombo, para que los demás pacientes no lo vieran cuando vaya morir. Cuando el internista con su séquito pasó por un lado de nosotros, el internista me hizo un gesto como si este paciente ya estaba prácticamente con un pie en el otro mundo. En este momento llamé al paciente por su nombre para que se sentara y después que se levantara y que le diera al internista la mano y que le agradeciera por el tratamiento que le prescribieron, ya que con él le salvaron la vida. El internista se puso pálido y no sabía qué hacer y entonces le cogí la mano a Andrés y le dije que vayamos a mi despacho para examinarlo un poco más detenidamente y prescribirle el tratamiento, de acuerdo con lo que le conseguiré. No quise hacer ningún otro comentario y dejé al internista con la boca abierta, ya que no comprendía lo que estaba pasando. Tampoco escuché que explicación les dio a su séquito. Cuando lo examiné en mi consultorio y le practicamos el electrocardiograma entonces pude constatar que no se trataba de nada grave y le prescribí el tratamiento y después de mantenerlo en observación durante toda la mañana lo di de alta y avisé al salón que el paciente por su propia

voluntad no quiere volver más al salón. Le dije si se le presentara alguna emergencia que me buscara a mí.

Debía dejarlo hospitalizado por unos días en observación, ya que esta taquicardia paroxística se le podría presentar de nuevo y necesitaría ayuda lo más pronto posible. Lo envié para la casa con el tratamiento, sin saber en que condiciones vivía, porque no vi a ningún familiar o amigo presente durante su gravedad. Después no lo vi nunca más, ya que un poco después se produjo el traslado del hospital viejo al hospital nuevo.

Otro caso de conflicto era todavía más interesante. Un día de mañanita me sacaron de mi cama unos gritos y el servicio me avisó que afuera estaba llorando una señora, que su marido se estaba muriendo y si podría irlo a ver de emergencia. Era la esposa de un médico, Dr. Carrasquel, quien vivía a media cuadra de mi casa. Me vestí de prisa y lo fui a ver. Lo conseguí en la cama en un estado comatoso profundo. Lo examiné y entonces le pregunté a la esposa si padecía de alguna enfermedad y qué medicinas tomaba. Entonces me dijo que era muy nervioso y que lo trataba uno de los internistas del hospital. Revisamos el cajón de mesita de noche y encontramos un frasco vacío de tabletas de Fenobarbital y la esposa me dijo que las tomaba para poder dormir.

Entonces no hubo dudas, él se tomó una sobredosis del Fenobarbital, ya para dormir más tranquilo o con el propósito de suicidarse. Le dije a su esposa que es indispensable de

llevarlo con extrema urgencia a la emergencia del hospital. Yo mismo saqué mi carro del garaje con la ayuda de la gente lo acostamos en el asiento de atrás recostándole su cabeza sobre el regazo de su esposa. Enseguida y a toda prisa llegamos a la emergencia, donde expliqué rápidamente al médico que estaba en la emergencia, el caso. Le colocamos una sonda de Levine a través de la nariz al estomago y le inyectamos por la sonda más de medio litro de agua y se la sacamos por medio de una jeringa de 50 cc y enseguida repetimos el procedimiento. El caso despertó extrema curiosidad, así que tuvimos que sacar a los curiosos para que nos dejaran trabajar tranquilos. En esto se presentó el internista, que lo estaba tratando y después de examinarlo dijo que se trataba de un derrame cerebral, ya que el colega era un hipertenso y se quejaba constantemente de un fuerte dolor de cabeza. Yo le dije que se lo voy a entregar enseguida después de terminar el lavado del estomago.

Después decidieron a fletar una avioneta para trasladarlo con urgencia al Hospital Universitario de Caracas para intervenirlo allí un neurocirujano, para sacarle, si posible el "coágulo" del cerebro y ligar la arteria por donde se le presentó el derrame. También decidieron que lo tenía que acompañar yo, ya que se trataba de un accidente vascular. Yo les contesté que en mi opinión no se trataba de un derrame cerebral, sino de un coma tóxico producido por el exceso de los barbitúricos y que lo mejor que lo acompañara su médico, que era el mismo internista y quien le diagnosticó que se trataba de un coma producido por extenso derrame cerebral. Pero se ofreció

de acompañarlo un médico residente, Dr. Juan Yabur, quien se embarcó junto con su esposa en la avioneta. Desde Maiquetía lo llevaron al Hospital Universitario de Caracas, donde leyeron el informe que enviaron desde Cumaná. Pero de suerte el Dr. Yabur les explicó oralmente que parece que se tomó también un exceso de barbitúricos y entonces lo primero que le hicieron le extrajeron mediante la sonda la orina para hacerle examen para los barbitúricos y el examen resultó altamente positivo para el fenobarbital. El Dr Yabur dijo que salieron 4 cruces. También resultó, que no se trataba de ningún derrame cerebral. Hasta allí todo sería normal, el pobre internista se equivocó, lo que nos podría pasar a cualquiera de nosotros. Pero en la semana siguiente en la sesión semanal del departamento encargaron a un residente para que estudiara y presentara un trabajo sobre el diagnóstico diferencial de los comas y sus causas posibles. Cuando terminó la presentación, yo no me pude callar y le dije al pobre muchacho, quien presentó muy bien el trabajo, que se le olvidó algo muy importante especialmente en este caso. Todo mundo me miraba, que podría ser y al fin les dije que es, el registrar su mesita de noche, donde encontré un frasco vacío de Fenobarbital. Entonces todo el mundo se rió.

Podría enumerar otros muchos casos de estos conflictos propiamente estúpidos, muchos de ellos por culpa mía porque a mí siempre me chocaba, cuando me encontraba en mi camino por la vida con alguien sabe lo todo y tampoco yo nunca toleraba que alguien me mandara en mi vida. Puede ser, porque mi padre se murió cuando yo tenía 10 años y después

de haberme visto obligado de salir de mi patria para salvarme la vida. Siempre tuve mi vida independiente y sin tener a nadie que me mandara. Viviendo primero un año en el más lejano de los pueblos del sur del estado Mérida y después durante 10 años en los pueblos de la Sierra Nevada, la gente de la montaña, la gente más feliz y sencilla del mundo y después un año como director del hospital en Barinitas y después durante 3 años en México, donde los médicos que conocí eran en extremo humildes y tratables y con quienes no tenía nunca algún problema, sino al contrario una simpatía mutua y después en Cumaná durante siete años investigando y trabajando, alguna veces sólo, otras veces con la ayuda de mi esposa y otras veces en equipo en el Sanatorio Antituberculoso de Oriente, hasta que llegaron estos benditos internistas, unos sabe lo todo, pensando que ellos son los únicos de poder solucionar el problema de salud en el país. Claro que con unos individuos así, era inevitable un choque conmigo, ya que el problema de salud sólo se podía solucionar con un equipo de médicos trabajando con mística y de acuerdo con la mentalidad de la gente y no imponer un sistema, que era importado y propagado por un tal Dr. Abadie, quien lo trajo al parecer de Suecia o sea de un país del primer mundo a un país recién entrado en el tercer mundo. Al fin no resistí más y renuncié a mi cargo en el hospital general, tanto más que un poco antes se enfermó mi esposa del adenocarcinoma en el ovario izquierdo y tuve que atenderla.

Al renunciar, me llamó el entonces director del hospital, Dr. José Manuel (Chemanè) Gómez, y me pidió que no

renunciara, ya que en este momento no podían conseguir otro cardiólogo y también me dijo que "un cura siempre necesitaba de su iglesia". Yo le contesté que yo ya tenía mi capillita y que me conformaba con ella. También le contesté que, si me dejaban trabajar a mi manera yo me quedaría hasta que consiguieran otro cardiólogo. Por fin volví a trabajar de nuevo, haciendo los exámenes cardiológicos que me pedían de los pacientes hospitalizados y atendiendo mi consulta externa. Mis pacientes que necesitaban la hospitalización los trataba personalmente de acuerdo con el médico residente del salón. En algunos casos especiales con un familiar a su lado, para tranquilizar al paciente, ya que algunos tenían miedo de estar ubicados en el sexto piso, ya que siempre vivían al ras del suelo y también un factor muy importante en un individuo, que no se toma en cuenta nunca por los dietistas, respecto a la intolerancia que presentan algunas personas para ciertos alimentos y que, al no tomarse en cuenta, puede producir al enfermo un estrés en un momento más vulnerable. De esta manera seguí trabajando por más de un año hasta que vino un nuevo cardiólogo preparado con urgencia en el hospital de El Algodonal de Caracas, por el Dr. Manuel Adrianza. Enseguida al llegar, me retiré del hospital, pero seguí trabajando en el Sanatorio Antituberculoso, en el IPAS-ME y como profesor de cardiología en la escuela de la enfermería. De esta manera pude aumentar el número de mis pacientes particulares y con eso mejorar económicamente, ya que en el Hospital no ganaba sino 1.600 bolívares al mes trabajando por lo menos 5 horas diarias y atendiendo todas las emergencias cardiovasculares y a veces también no tan cardiovasculares y además aguantando

los caprichos de estos pobres internistas.

Ya que vivía muy cerca del hospital me llamaban también a veces para ver a los pacientes moribundos, que no tenían nada que ver con mi especialidad. Me recuerdo bien de un caso, cuando me llamaron a un paciente muy grave, ya que según el médico tratante le estaba fallando el corazón. Yo llegué en el preciso momento cuando murió. Le practiqué las maniobras de resucitación y lo resucité, así que pude hablar con él. Mientras tanto le dije a la enfermera que me acompañaba, que me lea lo más rápido posible su historia clínica, mientras lo mantenía yo en vida con los masajes cardíacos. Resultó que el paciente se estaba muriendo de una peritonitis. Así que le pude decir todavía que se arrepienta, si tiene algún pecado grave y este pobre hombre tuvo que morir dos veces.

En el año 1970, cuando yo todavía trabajaba en el hospital recibí mi esposa una carta de Eslovenia, que su madre estaba muy enferma y si la quiere ver todavía en vida que se apresure a visitarla. Le conseguimos de una manera más rápida posible el pasaporte, como también a mi hija quien la iba acompañar. Estuvo unas semanas con ella y al regresar empezó a sentir un dolor en la fosa ilíaca izquierda, perdió el apetito y evidentemente perdía el peso. Primero pensábamos que se trataba de un colon irritable, pero el dolor persistía, entonces la llevé al consultorio del Dr. Chucho Urosa, ginecólogo y muy amigo mío. Él la examinó y me dijo que le palpaba un quiste en el ovario izquierdo y me recomendaba intervenirla

quirúrgicamente lo más pronto posible. Hablé en el hospital en el Servicio de Ginecología y la operaron. El cirujano quien la operó me comunicó que no me preocupara mucho, ya que lo que le sacaron era un "quistecito inocente", pero a los tres días me llamó con urgencia el Dr. Silverio Villarroel, el anatomopatólogo del hospital, comunicándome que este "quistecito inocente" era maligno y el adenocarcinoma ya había perforado la capsula. Apenas recuperó un poco de la intervención, la llevé a Caracas al Centro Médico de San Bernardino, donde nos atendió el Dr. Alejandro Calvo Lairé, oncólogo, o más bien un santo, que la atendió magníficamente y me dijo, después de la intervención quirúrgica, que no le pudo sacar todo por las adherencias que presentaba y le consiguió el líquido en la pelvis y me dijo que mi esposa ameritaba con urgencia la radioterapia. La llevé a la Clínica la Floresta donde la atendió el Dr. Raúl Vera, y estuvo en tratamiento con él durante 6 semanas. Pero la quimioterapia no la resistió, así que no se le pudo aplicar. Ella recuperó bien, pero no pudo dejar el cigarrillo.

Cinco años después presentó una pequeña tumoración que se le palpaba netamente, que parecía que tenía su origen en el peritoneo parietal en la región periumbilical del lado izquierdo. La llevé de nuevo a Caracas. El Dr. Calvo Lairé ya se había jubilado y se había mudado para la isla de Margarita para vivir sus últimos años allí en la tranquilidad. La vio Dr. Gómez, un reconocido internista y también cirujano y me dijo que si ella fuera su madre la operaría enseguida, pero que él se iba de vacaciones al día siguiente, así que la llevé al otro

cirujano famoso del mismo Centro de San Bernardino, quien me dijo que esta pelotita no significaba nada, que a él le gustaba operar pero que en este caso no tenía ningún sentido porque no tenía ni idea de qué operarla. Mi esposa se agarró a su opinión y regresamos a Cumaná, pero al año tuvieron que intervenirla con urgencia en Cumaná en la Clínica Oriente y sacarle cuarenta centímetros del intestino delgado y vaciarle todos los ganglios que encontraron en la cavidad abdominal. Esto sucedió en el año 1977. De nuevo se le hizo el tratamiento con radioterapia y de nuevo se recuperó. Durante todo este tiempo yo suspendí mis consultas particulares desde el día 23 hasta el último de cada mes y nos íbamos a Caracas, donde yo mientras tanto compré un terreno de unos 5.000 metros cuadrados en Los Mariches, sobre la represa de la Pereza, en el cual construí una casa de tres pisos tipo chalet suizo con el propósito de pasar allí nuestra vejez, junto a mi hija y mis nietos y sus familias. El terreno tenía su bosque y construí en una parte del terreno hasta una cancha de tenis, el deporte que era desde joven mi favorito, además del fútbol. El lugar era bellísimo a un lado del Parque Nacional de Mariches, con un clima perfecto y tranquilo en aquel entonces. Allí pasamos los últimos días de cada mes y el día primero regresamos a Cumaná para atender a mis pacientes.

Tuve también que renunciar a todos mis cargos públicos, para no pedir cada mes una semana de reposo.

En el año 1970 compré una lancha para conocer un poco mejor este bello mar que bañaba las costas del estado Sucre.

La pesca le gustó también muchísimo a mi esposa aunque nació en las montañas (Los Alpes orientales) en Eslovenia. Cada domingo de madrugada lanzamos nuestra lancha en un desembocadero del río Manzanares y recurrimos especialmente el mar alrededor de las islas de Caracas, donde había siempre la pesca abundante. También se me presentó en el mismo año una oportunidad de comprar una casa en el pueblo de Mochima. Era propiedad de un italiano, que necesitaba urgentemente el dinero ya que se estaba divorciando. Vi el aviso en el periódico en la mañana y por la tarde la casa ya era mía. Muchos en Mochima tenían ganas de quedarse con la casa, que era también un restaurante y la casa de posada, pero no tenían el dinero en efectivo, que necesitaba el italiano. Me costó 35.000 bolívares. Ya que estaba un poco descuidada, la reparé. Enseguida me acusó alguien de Mochima en la capitanía del puerto de Cumaná, que estaba construyendo un hotel y a ellos no les convenía esto. Y en verdad se apareció un domingo un fiscal que envió la capitanía, para conocer la verdad. De suerte no hice ninguna reparación visible por fuera, sino sólo en los cuartos y en la cocina por dentro. Al fiscal lo invitó mi esposa a comer, ya que vino con su esposa y de esta manera se arregló este problema. Cuando se tranquilizó la cosa construí, poco a poco un desembarcadero en el patio de la casa para poder hechar al mar mi lancha como también sacarla después de regresar de la pesca. Conseguí también a una señora que me cuidara la casa y poco a poco iba dejando también mi lancha en el garaje cubierto de la casa, donde tenía el italiano el bar.

En el año 1971, después de reponerse mi esposa, fuimos a visitar a Eslovenia, después de 26 años de abandonarla, donde vivían todavía mis seis hermanas con sus familias y además un hermano y dos hermanas de mi esposa. Mientras tanto se acabó en Eslovenia, que pertenecía en aquel tiempo a Yugoslavia, el comunismo radical por sí mismo, por ser inviable. Las casas las regresaron a sus dueños, ya que antes nadie las reparaba, porque el dueño era el Estado y este no se preocupaba para nada de repararlas, lo mismo devolvieron las haciendas que no tenían más de 10 hectáreas. La gente criticaba abiertamente y sin ningún temor al gobierno. Pero mi madre no la pude ver, sino sólo a su tumba, ya que murió antes. Tampoco mi esposa no pudo saludar de nuevo a su mamá, ya que falleció un poco después, cuando la fue ver en el año anterior. Mi esposa se quedó casi todo el tiempo con su familia y yo con mis hermanas. Me llevaron a ver a casi toda Eslovenia, especialmente mi hermana Ela con su esposo Tonc (Tonch=Antonio). Juntos lo pasamos unos días en el mar Adriático, donde tenía mi hermana Chicha (Silvestra) un weekend, pero el mar de allá no se puede ni comparar con el mar nuestro especialmente en la costa sucrense, y tampoco las playas. Otros días nos pasamos en Los Alpes, entre los picos con la nieve eterna, donde estaba la casa natal de mi esposa. Económicamente estaban en aquel entonces en Eslovenia muy mal. Vivían más o menos bien los que tenían sus terrenos para sembrar, los que tenían un restaurant y los que estaban expertos en algún oficio, como carpinteros, herreros, albañiles, plomeros, etc. Los médicos fueron empleados del Estado y no podían cobrar a nadie, pero la gente les traía siempre algún

regalo o les daban el dinero a escondidas para que los atendieran mejor. Todos mis parientes tenían sus casas o sus apartamentos bien acomodados, menos mi hermana Vera, quien era maestra graduada pero padecía de esquizofrenia y tenía el tratamiento psiquiátrico. En varias ocasiones fue hasta internada. Vivía en un apartamento alquilado y me dijo mi hermana Ela que se sentía muy mal, ya que siempre vivía con miedo y desvariando que la estaban persiguiendo. Yo le di a mi hermana Ela el dinero (20.000,-\$) para que le compraran un apartamento propio, pero después me escribía Ela, que siempre la preocupaba cómo me va a devolver mi dinero y no la pudo convencer que esto fue el regalo para ella de parte mía, hasta que un día la consiguieron muerta en su apartamento. Al parecer se suicidó. El mes nos pasó demasiado rápido, ya que nos teníamos tanto de contar después de 26 años sin vernos.

Desde entonces viajamos con mi esposa casi cada año a alguna parte del mundo, pero en los días finales nos apartamos siempre unos días para visitar a nuestros familiares en Eslovenia. En el año 1977, fuimos también a Rusia para ver este bendito comunismo más de cerca. Rusia nos parecía una enorme cárcel donde el 10% de la población eran carceleros, los que vivían un poco mejor y el 90% de la población eran encarcelados. Yo hablaba o al menos comprendía un poco ruso, ya como es un idioma eslavo y se parecía mucho al idioma serbo-croata que yo dominaba perfectamente. Así que me pude informar directamente hablando con la misma gente, aunque muchísimos tenían pavor de hablar con un extranjero, ya que la policía secreta los vigilaba constantemente y no

podían saber quién le pertenecía. Al fin conseguí a un estudiante en la mitad de la Plaza Roja en Moscú, donde se expone al público la mómia de Lenín. Él me explicaba que nadie se puede mover de su domicilio más de 15.km sin tener el permiso de la policía. Me dijo también que tenían todos sus cartulinas por medio de las cuales podían comprar las cantidades de alimentos muy limitadas, que les correspondían por el mes, que eran siempre insuficientes , así que cada uno debía buscar el resto de manera que sea, para sobrevivir. También podían comprar sólo un par de zapatos y un vestido cada año, etc. En los hoteles más importantes había comercios donde se podía conseguir de todo con los dólares, pero allí tenían el permiso de comprar sólo los turistas.

Las carreteras eran malísimas, con un asfalto que se hundía ante el peso del carro. De suerte encontramos muy pocos carros en la carreteras.

Ya en Berlín, antes de ir a la Unión Sovietica, nos dijeron que compráramos muchos chicles, que eran para los rusos una novedad y que en lugar de las propinas, nos van a pedir los chicles. Compramos como dos kilos de chicles en Berlin Occidental, pero a los muchachos rusos les tenían prohibido pedirlos y hasta recibirlos de nosotros los turistas. En Leningrado hice una estupidez, fui hacia un muchachito, que nos miraba con curiosidad y le regalé unos paqueticos de chicles, y después vi como lo agarraron dos agentes vestidos en civil y se lo llevaron. Seguramente, para quitarle los chicles detrás de la esquina y llevarlos a sus hijos. No creo que por

eso lo hayan castigado, ya que podían ver que el muchachito no tenía ninguna culpa.

El Hotel Rusia, en Moscú, que era grandísimo y bellissimo y tenía más de 4.000 habitaciones, lo construyó una compañía sueca. Estaba todo alfombrado, y vi a unas mujeres que pintaban las paredes en un corredor sin poner ningún cuidado a las alfombras. Mientras estaban pintando charlaban y se reían y creo que se caía más pintura en las alfombras que en las paredes. Pienso que con su trabajo hacían mucho más daño, ya que para limpiar las alfombras de la pintura, costó después seguramente muchísimo esfuerzo. En Moscú el metro en el centro de la ciudad era una belleza, todo revestido de cerámica de figuras y de paisajes bellísimos, pero en la periferia era una porquería. Las casas estaban muy descuidadas, ¿quién sabe cuánto tiempo hacía que no se pintaban? En las ventanas se veían las cortinas todas hechas harapos, que daba pena verlas.

El guía nos dijo como una de las primeras cosas, que en Rusia, se había acabado por completo con la religión, pero cuando llegamos a una aldea entre Minsk y Smolensk, y nos paramos en ella, para descansar un poco, vi a la gente llevar unas maletas llenas de comida y como yo hablaba medio ruso, porque es un idioma eslavo como esloveno y serbo-croata, les pregunté a dónde iban con estas cestas de comida y bebida, y me dijeron que celebraban el día de los padres y que iban al cementerio para acompañarlos en este día. Fui con ellos y todas las tumbas tenían su cruz, menos dos, que tenía las estrellas rojas. Las tumbas estaban cubiertas con manteles, y

la gente sentada alrededor de la tumba comía y bebía, lo mismo que en las dos que tenían estrellas rojas.

En Smolensk quisimos ver la iglesia por dentro ya que era famosa por sus íkonos, pero el pope ortodoxo nos dijo que tenía prohibido de abrir la iglesia, ya que tenía el permiso de abrirla sólo por una hora durante el día para su oficio religioso. Pero el guía, no sé de qué manera, consiguió el permiso y así pudimos entrar. Era hermosísima. Tanto que ni los comunistas se atrevieron a destruirla. Las casas del campo estaban circundadas de jardines bien cuidados, ya que en estos pocos metros cuadrados alrededor de las casas estaba permitido sembrar y cultivar libremente según las necesidades de cada familia. El resto de los campos en cambio se veía completamente abandonado, ya que pertenecía a los kolhozes y sovhozes, que eran administrados por el Estado y los campesinos, que trabajaban ahí eran empleados del Estado y no estaban absolutamente nada motivados para cuidar el campo. Tenían el mismo sueldo si trabajaban o si vagaban. Me dijeron que de estos jardines alrededor de las casas se mantenía Rusia.

En el norte de Rusia todavía había nieve en el mes de mayo, y vimos en Nižni Novgorod a la gente que se bañaba en esta agua helada. En Leningrado, actualmente San Petersburgo, en el río Neva, con la fortaleza de San Pablo en el fondo, donde están enterrados todos los zares rusos, se pudo ver todavía nadando enormes bloques de hielo, y entre ellos se entrenaban los deportistas remando el kayak. Visitamos a

varios museos, entre los cuales era el más famoso, el Hermitage, cuya colección compite con la del Louvre de París y del Prado de Madrid, en los cuales se veía todo el esplendor en el cual vivían los gobernantes rusos en siglos pasados. En la Catedral de San Isaac no pudimos entrar porque estaba cerrada. Cuando salimos de Rusia, por Karelia, hacia Finlandia, suspiramos todos de nuevo, con un alivio indescriptible, el aire de la libertad.

En el año 1977 me enfermé. Empezé a sentir de pronto unos mareos y la sensación por unos momentos de un vacío, como que si se me iba la vida, sudores fríos, adormecimientos en la cara y en las extremidades, pesadez en la región occipital y una taquiarritmia con fibrilación auricular, que me obligaba tomar la digoxina, para controlarla. Me iba hacer todos los exámenes del laboratorio y todo salió normal. Ya que sentía también los trastornos digestivos, me hice también un examen del estómago y el colon por enema. Entonces me llamó el Dr. Iván Acosta y me explicó, que tengo un cáncer en el colon sigmoide, hasta me dibujó bien en que sitio. Entonces fui a Caracas al Centro médico de San Bernardino, donde me examinó Dr. Simón Becker, el gastroenterólogo y después de examinarme detenidamente, me comunicó, que no tenía ningún cancer del colon y lo que tenía él no lo sabía. Me aconsejó que consultara con un buen internista para encontrar la causa de mi enfermedad. Fui a varios internistas, uno me decía que me faltaba calcio y que tomara más los productos lácteos, que como se vio posteriormente, eran justamente la causa de mi padecimiento, otro que tenía un hongo, otro que soy viejo y que

trabajo demasiado. Fui hasta consultar al Dr. Felix Pifano, para ver si tengo alguna enfermedad tropical, que me producía estos síntomas. Pero mi enfermedad proseguía siempre peor, ya no sentía casi a mis extremidades por el adormecimiento, las palpitaciones eran insoportables y yo pensaba que me estaba muriendo. Vine a Cumaná a morir en mi casa.

Entonces vino a mí una ayuda, tenía que ser del cielo, por el intermedio de una abogada de la ciudad, Dra. Norma Romero, a cuyo padre le salvé la vida. Un día lo trajeron grave, de emergencia a mi clínica y tuvo un paro cardíaco en toda la entrada. Entonces lo arrastramos, dándole yo masajes cardíacos durante el traslado al cuarto de emergencias de mi clínica y le apliqué los choques eléctricos con el desfibrilador. Claro que el paciente daba tremendos brincos con cada choque y su esposa estaba gritando, que lo estoy matando, porque no se estaba dando cuenta, que ya estaba prácticamente muerto y había que resucitarle. Así que la tuvimos que sacar del cuarto para que no observara el procedimiento, porque se trataba de salvar la vida de su esposo.

Yo estaba solo en la casa, ya que mi esposa estaba en Caracas con mi hija, haciéndose la radioterapia. Me ayudaba un vecino, un italiano de nombre Giovanni Gallo y después de unas dos horas, el corazón del paciente por fin empezó a latir por sí mismo y no se paraba más. Entonces se le practicó un electrocardiograma, que mostró un pequeño infarto anteroseptal. Le dije a la hija, que lo llevara a la emergencia del

hospital, ya que necesitaba la hospitalización durante unos días, por si a caso se le presentara alguna complicación. El hombre salió después de unos días del hospital completamente recuperado. Por agradecimiento, me traía su hija siempre un queso sabrosísimo, ya que el hombre tenía en Caripe una fábrica de quesos. Y este queso era la causa de mi enfermedad. Yo estaba prácticamente entregado y en cualquier momento esperaba la muerte.

Una vez, cuando su hija me trajo de nuevo a este bendito queso, que comía con mucho gusto, especialmente, porque un internista en Caracas, me dijo que me faltaba el calcio, me encontró muy grave con las palpitations y sudores fríos, y todo mareado, me dijo, si no sería este queso, que me traía, que me hacía daño. Yo pensé que me dijo esto, porque se cansaron de traerme este queso sabrosísimo todas las semanas. Yo, que ya no sabía que hacer, porque estaba perdido en el espacio, le hice caso y no comí más este queso y también le encargué a mi servicio, que me cocinaba, que no me de ningún otro producto lácteo, ninguna fritura o guiso y ningún aliño en las comidas. Fue la gran sorpresa mía, que iba mejorando visiblemente y en las tres semanas siguientes, yo me mejoré por completo. De esta manera y con la ayuda del Espíritu Santo descubrí un padecimiento, no descrito en los libros de la medicina de entonces y como pude constatar posteriormente, era la causa principal, de la mayoría de nuestras enfermedades de origen desconocido.

Actualmente se denomina este padecimiento como el

síndrome de pánico y aunque es tan evidente que se debe a la ingestión de un alimento, unas quince horas antes, que el sistema nervioso de uno no tolera, sigue la creencia, que su etiología es desconocida y a estos pacientes los están tratando principalmente los psiquiatras, drogándolos sin ninguna necesidad. Desde entonces, gracias a Dios, pude ayudar a miles de pacientes para mejorar su modo de vivir, claro, sólo si cumplen las normas que se les dan por escrito. Sobre este problema de salud pública, publiqué varios trabajos en las Revistas Médicas y sobre todo, en la prensa y quizás no hay un periódico en el país que no trajo al menos una vez algún trabajo mío, escrito para la gente común, ya que para que el tratamiento sea eficaz, se necesita, que cada paciente aprenda personalmente el manejo a su enfermedad.

Mi esposa después de esta segunda intervención y la radioterapia, había seguido otros cuatro años relativamente asintomática, cuando tuvo que ser intervenida de nuevo. Le extirparon otro pedazo del intestino y un año después o sea en el año 1982 tuvo que ser intervenida de nuevo. Esta vez se complicó la cosa, ya que se le fueron los puntos por la extrema fragilidad de los tejidos y en consecuencia se le desarrolló una peritonitis. La intervinieron de nuevo, pero no se pudo hacer nada y me la entregaron para que se muriese en su casa. Los médicos ya no podían hacer nada más. Tenía todos los intestinos destrozados y no podía comer ni beber nada. Le habían colocado tres sondas, una en el colon, otra en el intestino que le quedaba, y otra en el estómago, estaba condenada de morir de hambre, ya que para la sed se le ponía

el suero. Entonces tuve que aprender rápidamente todo lo relacionado con la alimentación parenteral.

Mi hija estaba en México ya ocho meses, especializándose en Dermatología, y tuvo que dejar sus estudios, para venir ayudarme. Ella iba cada mes con mi camioneta Wagoneer al Laboratorio Behrens en Caracas y llenaba la camioneta con todos los alimentos necesarios, que se necesitaban para una alimentación parenteral prolongada : los sueros, los electrolitos, los oligoelementos, los minerales las vitaminas, etc. Se le inyectaban mediante una sonda a través de la vena subclavia directamente en la aurícula derecha del corazón, ya que las venas periféricas no eran aptas para este tipo de tratamiento. Dominamos a la peritonitis con una amplia cantidad de antibióticos y por fin vencimos la infección. Así la mantuvimos en vida casi un año y hasta engordó. En el año, que lo vivió de ñapa, leyó casi toda la literatura mundial, por lo menos los libros más importantes. Regularmente la visitaban el padre José Martínez, el capuchino quien la convirtió y se hicieron muy amigos y cuando él se fue a España de vacaciones lo sustituyó, el padre Manuel Fernández, el párroco de la Iglesia Catedral, que le traían la santa comunión casi todos los días. Este año lo aprovechó para prepararse bien para la vida eterna. Ella, como médico, era consciente de todo lo que pasaba con ella. En el mes de agosto del año 1983, sintió repente la lengua torpe y una hemiplejía de lado derecho. Unos días después perdió el conocimiento, y el día dieciocho de agosto a las once de las noche expiró, aparentemente sin sufrir nada. La enterramos, después que vino de Caracas el

monseñor Juan Grilc (Griltz), un sacerdote esloveno, que era el párroco de la iglesia de San José de Chacao en Caracas. El celebró la misa fúnebre en la Iglesia Catedral y nos acompañó hasta el cementerio, donde bendijo su tumba, contigua, al lado derecho de la capilla del cementerio.

Mi hija se fue de nuevo a México para continuar sus estudios de la especialidad en dermatología, pero en el instituto, donde hizo su pasantía anteriormente, cambiaron mientras tanto al director y la nueva directora no le quiso reconocer los ocho meses que tenía ya cumplidos. Por eso regresó y de suerte consiguió el cupo en Ciudad Bolívar con el Dr. Francisco Battistini. A sus tres hijos los cuidábamos aquí en Cumaná con la ayuda de las personas de los servicios, que no servían para nada, pero al fin conseguimos a una buena muchacha llamada Teresa Hernández de Cumanacoa, muy responsable, y así pudimos con los niños. Una niña de diez años y dos niños de nueve y siete años. Cuando mi hija se estableció en Ciudad Bolívar y consiguió su apartamento, se los llevó y vivían de nuevo juntos.

Así que me quedé yo solo con el servicio, trabajando como siempre en mi consultorio. Al año llevé a mi hija y a mis nietos a visitar a Eslovenia, y además fuimos también a Palestina a visitar los lugares santos.

Teresa, nuestro servicio, tuvo un novio estudiante, que le dejó un hijo, al cual criamos en nuestra casa, ya que cuando este estudiante se graduó, se casó con otra. Después tuvo un

segundo hijo, cuyo padre se murió de repente, al parecer de un derrame cerebral. Así que también a este segundo hijo, que tiene actualmente once años, lo criamos en nuestra casa y está viviendo con nosotros. Cuando su hijo mayor terminó el bachillerato se fue a Caracas con mi hija para ver si podía ahí conseguir un cupo en la Universidad, ya que en la Universidad de Oriente no pasó el examen de admisión. También en Caracas no lo pasó, como ya antes no lo pasó aquí en Cumaná. Mi nieto Iván le consiguió un trabajo, pero al parecer no le gustó y después regresó a Cumaná y se fue a vivir con una hermana de su padre y está actualmente estudiando en el Instituto Universitario en Cantarrana, aquí en Cumaná. A nuestra casa viene solo a almorzar.

MI SEGUNDO MATRIMONIO

Para mí resultó muy difícil vivir solo. Así que decidí de buscarme a una acompañante. Pensé en muchas mujeres que conocía y que vivían solas como yo y que tendrían una edad apropiada, un poco menores que yo. Entonces entre ellas escogí a una, Dianora Marrufo, y la visité varias veces, ya que vivía con su padre y su madrastra. Al fin le propuse el matrimonio. Esta propuesta mía la sorprendió, ya que pertenecía a un grupo de mujeres, llamado el Apostolado del Bien, donde era la regla de no casarse, aunque poco a poco casi todas se casaron, una hasta con el sacerdote que las dirigía y otra con un franciscano. Ya pensaba que tendría que buscar a otra, cuando se apareció y me dijo que aceptaba mi

propuesta. No nos pudimos casar enseguida, ya que tenía a una tía, hermana de su mamá, quien se estaba muriendo de cáncer. Esperamos que la tía se muriera y nos casamos en el día primero de julio del año 1985. La luna de miel la pasamos en la playa en mi casa en Mochima y en mi barquito.



Mi segunda esposa Dianora Marrufo al salir de la Catedral de Cumaná el 1 de julio de 1985

En el año siguiente la llevé a la Tierra Santa, para que conozca los lugares santos, aunque yo ya los conocía, porque llevé un año antes a mi hija y a mis tres nietos para que los conocieran. Dos años después la llevé a ver las capitales más importantes de Europa y dos años después la llevé a Eslovenia, para que conociera a mi familia, o sea los que quedaban todavía vivos de mis familiares : mi hermana Ela con su esposo Tonch.(Antonio), y mi hermana Silva con su esposo

Márian. Mi hermana Ela y su esposo nos llevaron en su carro conocer a casi toda Eslovenia occidental. Visitamos en Idrija, a mi hermana Danica, quien era la hija de mi madre de su primer matrimonio. Visitamos también muchos lugares santos en Europa entre los cuales el Lourdes, la Fátima y ante todo el Medjugorje (Medjugórie) en Herzegovina, donde se está apareciendo la Virgen María, desde el 24 de junio del año 1981 todos los días, ya casi 27 años.

LA VIRGEN MARÍA DE MEDJUGORJE, REINA DE LA PAZ

Según la Virgen María, como nunca antes en la historia, desde los principios de los tiempos,-según sus propias palabras-, está realizando una obra gigantesca como mediadora entre los hombres y su hijo Jesús, para guiar a la humanidad por el camino de la conversión y la oración a la santidad, mostrándonos su inmenso amor a cada uno de los hombres sin ninguna distinción y sin obligar a nadie, respetando la libre voluntad que Dios concedió a cada hombre. Ella nos pide que le ayudemos en sus planes ante todo con nuestras oraciones, sacrificios, pero especialmente dando ejemplo con nuestra vida, vivida según sus consejos y mensajes o sea según los mandamientos de Dios.

El mensaje es simple, directo y puede ser comprendido y aceptado por los cristianos, musulmanes, judíos y los demás.

Es un mensaje universal para todos.

Como Nuestra Madre nos implora "no se dejen vencer, hijos míos; sequen las lágrimas de mi rostro, lágrimas que yo derramo cuando veo cómo se están portando. ¡Fíjense lo que está aconteciendo a su alrededor! No se forjen ilusiones pensando que ustedes son buenos, pero su hermano que vive cerca de ustedes no lo es. Ustedes no están en lo correcto haciendo esto. Mediten en la oración, mis queridos hijos, los mensajes que les estoy dando".

Sus mensajes para el mundo se pueden dividir en:

1) Mensaje de la paz: Dios es la fuente de la Paz y no es posible conseguirla sin la oración, porque la paz espiritual no se alcanza con métodos humanos sino sólo en Jesucristo cuando nos encontramos con Él.

2) Mensaje de la conversión: Existe una conversión radical, indispensable para la salvación de quienes viven de espaldas a Dios, pero también quienes viven habitualmente en gracia de Dios necesitan convertirse de sus pequeñas y grandes desviaciones, endurecimiento del corazón y resistencia a la gracia de Dios.

3) Mensaje de la Oración: La Virgen nos pide más oración personal y comunitaria. "Si quieren ser felices, dice la Virgen, lleven una vida sencilla y humilde y oren. No vayan complicando los problemas sino dejen la solución a Dios.

Profundicen la oración. En orar, ayunar y amar al prójimo está todo. Pero la oración debe ser profunda y debe llevarlos a ustedes a un deseo continuo de Dios". La misa es la forma de oración más sublime.

4) Mensaje del ayuno: El mejor ayuno es de pan y agua, si es posible los miércoles y los viernes ya que con la oración y el ayuno, dice la Virgen, ustedes lo pueden conseguir todo.

5) Mensaje del más allá: "Hoy día la grandísima mayoría de la gente va al purgatorio, un cierto número al infierno y sólo una minoría entra directamente al cielo. Esto sucede porque las personas mueren sin prepararse, sin tener en cuenta a Dios".

6) Mensaje de la fe: La fe no es tanto la afirmación "yo se que Dios existe", sino que debe ser profundamente vivida según los evangelios.

7) Mensaje de la vida sacramental: Si los cristianos aprendieran a reconciliarse con Dios, dice la Virgen, y con los hombres una vez al mes mediante la confesión, pronto regiones enteras se curarían espiritualmente. Con la confesión debemos reconciliarnos con Dios, con el prójimo, con las cosas y con nosotros mismos.

8) Mensaje de amor: Para llegar a la paz es necesario amar. Si aman a todos los hombres sin distinción, en usted estará la paz y si están en paz con todos es el triunfo del

amor. Esfuércense por llegar, en todas sus oraciones, reflexiones y acciones, al amor. Vayan mentalmente a cada persona con la cual tienen algo en contra, pídanle perdón, pónganse de acuerdo y hagan las paces.

A parte de estos mensajes, por así decir, principales, que ha dado Nuestra Señora, para todo el mundo, empezó a dar desde el primero de marzo de 1984, casi siempre por medio de la vidente Maria Pavlovic, unos mensajes especiales para la parroquia Medjugorje (Meyugórie), en Herzegovina, para los peregrinos que la visitan y para todo el mundo. La Santa Madre es conciente de las circunstancias y de las dificultades en las cuales se desenvuelve Su Misión, particularmente de los peligros que provienen de Satanás. También es conciente de las circunstancias y de las debilidades de los parroquianos, por eso busca educarlos y capacitarlos para ser sus colaboradores. Por eso los invita tantas veces a la oración, repitiéndoles esta petición en casi todos los mensajes.

Según los videntes, se les presenta con tanta claridad que no deja ninguna duda sobre su identidad. Su aspecto es al mismo tiempo humano y celeste. Los videntes afirman que no la ven como una imagen sino como a una persona normal en forma tridimensional. También le hablan como a una persona bellísima, radiante, sumergida en luz, y que reboza de santidad. Su manto es blanco, su vestido tiene color gris, y lleva en la cabeza una corona de doce brillantes estrellas. En las grandes fiestas litúrgicas se aparece aún más luminosa. En la solemnidad de la Asunción, en el año 1991, se apareció a

los videntes con un vestido de oro. Habla el idioma croata con una voz melodiosa que parece más bien música y los llama "Ángeles míos", y ellos le responden "gósipa moja" (gósipa moya), que traducido del idioma croata significa "Señora Mía". Parece tener unos veinte años, de tez morena, pómulos rosados y ojos color cielo. Sus modales son familiares. Siempre se presenta con el saludo "Alabado sea Jesucristo" y los despide con "váyanse en la paz de Dios" y su bendición.

Ya que este acontecimiento es, como mencionó recientemente en una entrevista el arzobispo Pavel Hnilica (Jnilitza), amigo íntimo del difunto Santo Padre Juan Pablo II, la más grande intervención de Dios en la humanidad, después de la Encarnación, Pasión y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, me parece importante describir cómo empezaron estas apariciones:

Exactamente el miércoles 24 de junio de 1981, fecha en la cual la Iglesia universal celebra el día del nacimiento de San Juan Bautista, más o menos a las seis de la tarde, un grupo de muchachos, hijos de familias habitantes de Medjugorje (Meyugórie), se fueron a dar un paseo y a la vez a traer a las ovejas que estaban pastando por el lugar, que se habían ido muy arriba y ya era hora de regresarlas a casa. De pronto, Ivanka Ivankovic ve una nube luminosa con una figura adentro no muy bien definida que poco a poco se iba aclarando, apareciendo la silueta de una señora suspendida unos treinta centímetros de la tierra, vestida con una túnica gris y un manto blanco. Al ver esto, Ivanka se dirige a su amiga Mirjana

Dragicevic (Miriana Dragúchevich), y le dice: ¡Mira la Virgen! Miriana mira y se queda observando confundida, y dice: "Pero, ¿cómo puede ser la Virgen? Sentí un tremendo miedo pero también alegría y las dos se echaron a correr, despavoridas y extrañadas por lo que habían visto. Al llegar al caserío, contaron a los vecinos lo que acababan de ver en la colina. En la misma tarde, con el deseo interno de ver nuevamente la visión, regresaron al mismo lugar con algunos amigos y apenas llegaron, exclamó Ivanka: "¡¡¡Mírenla, Mírenla!!!". Mirjana, Milka Pavlovic, Ivan Dragicevic, Vicka (Vichka) Ivankovic e Ivan Ivankovic, levantaron los ojos y todos vieron a la Virgen. Asombrados, confundidos y sin lograr decir ninguna palabra, instintivamente salieron corriendo a sus casas. Después fueron donde el párroco y contaron lo que habían visto. Lo mismo hicieron con sus vecinos; pero...nadie les creyó. Todos los oyeron con risas, uno que otro se lo tomó a broma pero los muchachos no pudieron dormir, dentro de su corazón había paz y tranquilidad pero también había curiosidad y esperaban el alba con cierta impaciencia.

Al día siguiente, más o menos a las cinco de la tarde, seis muchachos acompañados por dos adultos que iban a ser testigos, uno de ellos con agua bendita, porque pensaban que podía ser una ilusión diabólica, volvieron al lugar de la aparición arriba de la loma llamada Podbrdo (Pódberdo), que significa en croata al pie de la colina, o sea, la parte inferior del Monte Crnica (Chémitza). Suben a la colina corriendo, sin hacer caso a las dificultades, ni a las piedras con bordes muy agudos, ni a las plantas espinosas, aunque algunos estaban descalzos. En

cinco minutos llegaron arriba cuando en realidad uno emplearía veinte minutos. Esta misma sensación la tuve yo cuando subí a este lugar seis años después. La sensación fue como si alguien me cargara por encima de un camino escabroso lleno de piedras con bordes muy agudos.

Dos de los jóvenes que estuvieron el día anterior no volvieron, pero en su lugar fueron otros dos. Estaban todavía caminando y rezando cuando de pronto una especie de relámpago, una gran luz como bajando del cielo iluminó el sitio. Este relámpago también fue visto por la gente que se quedó esperándolos al pie de la colina. Enseguida se presentó la visión.

Los videntes le preguntaron por qué había venido a este pueblo y ella les contestó: "Porque aquí hay mucha fe".

Los muchachos se retiraron felices y satisfechos. Desde entonces la Virgen se les aparecerá más o menos a las seis y treinta de la tarde cada día excepto a Mirjana que la dejó de ver después del 25 de diciembre de 1982, fecha en la cual el grupo se reduce a cinco.

Para la época en la que empezaron las apariciones los videntes eran:

Ivanka Ivankovic (14 años)

Vicka Ivankovic (17 años)

Mirjana Dragicevic (15 años)

Ivan Dragicevic (15 años)

María Pavlovic (15 años)

Jacob Colo (Cholo)(10 años)

El tercer día, Vicka la de más vivacidad, se acerca a la aparición y la riega con agua bendita, diciéndole: "Si eres la Virgen, quédate con nosotros, si no, ¡vete de nosotros!". La Virgen le respondió con una sonrisa.

Después los muchachos le preguntaron a la aparición cuál es su nombre y ésta les respondió con voz alta y clara: "Yo soy la Bienaventurada Virgen María".

Ivanka le preguntó por su madre muerta dos meses antes; a su pregunta la Virgen respondió, que no se preocupara porque su mamá está feliz y cerca de ella. Es una buena noticia, la madre de Ivanka era una buena cristiana y no era considerada una santa. Era una madre de familia común y corriente.

En aquel día la Virgen comenzó también a pronunciar las palabras que repetiría en muchas de sus sucesivas apariciones: "Paz..., paz..., paz..., reconciliense".

En la mañana del cuarto día, los representantes de la

organización político-social del partido comunista de la vecina población Citluk (Chitluk), interrogaron a los muchachos y fueron sometidos a exámenes psiquiátricos, pero declarados por el psiquiatra completamente sanos de mente, equilibrados y de buena salud.

El siguiente domingo, 28 de junio, una multitud de gente de las parroquias vecinas convergió en el lugar de las apariciones, llegando a más de quince mil personas.

Al día siguiente la policía convocó de nuevo a los videntes y los trasladaron a Mostar, la capital de Herzegovina, y fueron de nuevo examinados por un psiquiatra, quien los declaró, de nuevo, normales y sanos de mente.

En el año 1981, durante el año escolar, la Virgen se aparecía a cada vidente en el sitio donde se encontraban, a María e Ivanka en Mostar, donde frecuentaban el liceo, a Mirjana en Sarajevo, la capital de Bosnia, donde estudiaba, a Iván en Dubrovnik, en la costa dálmata, a Vicka y Jacob se le aparecía en la casa cural de Medjugorje.

Además de los mensajes, confió a los videntes algunos secretos. Hasta ahora los 10 secretos han sido revelados, a Mirjana, Jacob, Ivanka, los demás videntes sólo conocen nueve y por eso la Virgen se les sigue apareciendo diariamente.

Estos secretos son destinados a ser revelados una semana antes de suceder a un sacerdote escogido por la

Virgen, y si este considere conveniente se revelarán al mundo 3 días antes de suceder. Después de suceder los primeros tres secretos, seguidos uno del otro como tres amonestaciones al mundo, habrá una señal visible permanente e indestructible en el sitio de la primera aparición, que será la confirmación de la autenticidad de las apariciones y servirá para la conversión de todos, especialmente de los ateos, ya que será tan evidente, que nadie lo podrá negar. Por medio de esta señal, se realizarán innumerables conversiones, curaciones y milagros. De los restantes seis secretos se sabe solo que el séptimo, que era terrible, se canceló por las oraciones y ayunos de quienes han respondido al llamado de la Virgen, y que el octavo secreto, que es también terrible, ha sido mitigado por las muchas oraciones de los creyentes. El castigo está condicionado a la conversión. Si todos se convirtieran, la prueba se podría evitar, pero la Virgen dice que vendrá porque la humanidad en su gran mayoría no se convertirá a pesar de las advertencias y de la señal.

Los videntes aseguran que, el tiempo que trascurra desde ahora y hasta la aparición de la señal es el tiempo de gracia, y no podrán agradecer nunca a Dios lo suficientemente esa gracia. Cuando llegue la señal tal vez para muchos sea demasiado tarde.

Jesús con su mensaje de amor, paz y conversión, transmitido a través de la Santísima Virgen María, ha captado los corazones de decenas de millones de personas que han visitado ese pequeño caserío de Medjugorje, quienes con su

testimonio están contribuyendo a que estos mensajes se extiendan por todo el mundo.

Las apariciones de Lourdes acontecieron por la mañana, las de Fátima a pleno día y en Medjugorje las citas de la Virgen acontecen con las primeras sombras de la tarde, una larga jornada Mariana que está por cerrarse, antes que sobre este tiempo atormentado y entregado a Satanás bajen las tinieblas de la noche. Mañana será otro día, el nuevo día de la luz y de la paz, bajo los auspicios de la Virgen: "Por fin mi Corazón Inmaculado triunfará: y será concedido al mundo un período de paz" (Fátima 13-7-17).

En resumen, de estos acontecimientos nos dice la misma Virgen: "Estos tiempos han sido marcados por una fuerte presencia mía en medio de ustedes y por volverla perceptible a todos he multiplicado por doquier mis manifestaciones milagrosas.

¿Porqué en estos tiempo yo me hago presente entre Uds. de una manera nueva, continua y extraordinaria?

Porque estos son los tiempos del dominio de mi adversario. El dragón rojo, la antigua serpiente a la que yo aplastaré la cabeza.

Bajo el peso de su dominio, aumentan para ustedes las pruebas y los sufrimientos, las heridas y las caídas y así se hace para ustedes cada vez mayor el peligro de perderse

eternamente.

Entonces yo me manifiesto a ustedes de una manera extraordinaria para invitarlos a la confianza, a la esperanza, a refugiarse en mí con su acto de consagración a mi corazón inmaculado.

Ahora mi presencia se hace más fuerte. Mientras más se acerca mi victoria en la definitiva derrota de Satanás.

Por eso los invito a dirigir a mí su mirada, con confianza y con esperanza.

El Señor me envía a Uds. para traerles su salvación. Agradézcanle por ese don y acójanlo con humildad. Soy enviada para preparar el camino al glorioso retorno de Jesús, caminen en la Luz y conviértanse en los apóstoles de su Madre Celestial. Se acercan momentos tan graves que ustedes mismos ni siquiera pueden imaginar. Quiero, pues, prepararlos para que todos puedan estar dispuestos en el momento oportuno.

Todavía por un poco tiempo, podrán caminar en la luz : pronto todo se hundirá en la oscuridad. Entonces yo misma seré vuestra luz y los guiaré a cumplir lo que mi corazón inmaculado desea.

Para hacer esto, les debo pedirlo que más cuesta a vuestra naturaleza humana : les pido vivir sin pensar en el

mañana, sin preocuparse del futuro.

Por esto acostúmbrense a no mirar las cosas, sino a mí sola. No vayan indagando lo que los espera, para que les sorprenda el miedo.

Miren sólo a mi corazón inmaculado :refúgiense en él, fortalézcanse en él y siéntanse seguros el él.

Difundan en cada parte el perfume de mi presencia y de mi ternura maternal. "Con alegría los bendigo a todos."

Hasta el primero de enero de 1987, la Virgen daba mensajes para el mundo cada jueves, y algunas veces en los días especiales, y desde el 25 de enero de 1987 hasta la fecha, (enero del año 2008) o sea, ya casi 27 años, el veinticinco de cada mes. Cada uno de los mensajes comienza con las siguientes palabras "Queridos hijos" y termina con "Gracias por haber respondido a mi llamado".

Por ejemplo, en en uno de sus mensajes en el mes de junio del año 2007, nos dice: "También hoy, con gran gozo en mi corazón, los invito a la conversión. Hijitos, no olviden que todos ustedes son importantes en este plan que Dios guía a través de Medjugorje. Dios desea convertir el mundo entero y llamarlo a la salvación y al camino hacia Él, que es el principio y el fin de todo ser. De manera especial, hijitos, los invito a todos desde la profundidad de mi Corazón : ábranse a esta gran gracia que Dios les da a través de mi presencia aquí.

Deseo agradecer a cada uno de ustedes por sus sacrificios y oraciones. Estoy con ustedes y los bendigo a todos".

Sin embargo, hay que tener presente que las apariciones de Nuestra Señora de Medjugorje son diarias a tres videntes, Iván, María y Vicka. A esta última le contó también, poco a poco en estos años, toda su vida que la podrá publicar, cuando ella le dé permiso para ello. A los otros tres videntes se les aparece una vez al año, además en ocasiones cuando ella lo considera conveniente.

La Iglesia todavía no se ha declarado definitivamente sobre esas apariciones, ya que muchos, especialmente de la alta jerarquía, no creen en ellas y para no provocar una división, también el Papa no las reconoce públicamente, aunque cree firmemente en ellas y ordenó que ningún obispo debe hablar mal de ellas , ni criticarlas, mientras dure el proceso de comprobarlos.

He escrito algunas líneas sobre estos acontecimientos porque me parecen muy importantes y han influido mucho en mi vida, así como también en la de mucha gente que visitó Medjugorje.

En mi modesta opinión, estas apariciones van a durar hasta cumplirse los treinta años, lo que duró la vida oculta de Jesús en Nazareth y después va venir la era de Anticristo, que va durar mil doscientos noventa días o sea los tres años y medio. Dice el profeta Daniel (Dn 12, 9.12): " Dichoso el que

espere con paciencia y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. Al llegar el poder del Anticristo al colmo, " entonces se verá en el cielo la señal del Hijo del Hombre. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán, y los hombres verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad.(Mt 24, 30-31). Entonces Jesucristo instaurará en la tierra, previamente completamente renovada por el Espíritu Santo su Reino de gloria o sea un nuevo Paraíso, que perdimos con Adán y Eva.

El Ultimo viaje con mi esposa, lo hicimos en el año 1991, cuando visitamos los lugares turísticos más importantes e interesantes de la América de Sur. De Caracas nos fuimos a Bogotá, de allí a Lima, Perú y después en el avión a Cuzco y de allí con el autobús y el ferrocarril fuimos a ver el Macchu Picchu. Desde Perú volamos a Santiago, Chile y de allí nos fuimos a Patagonia. Del Puerto Varas y del Puerto Mont, nos fuimos en autobús al lado del volcán Osorno, que se parece muchísimo al volcán de Fuji en Japón, atravesamos después en barco los lagos y después la cadena de Los Andes al lado del pico de el Tronador y llegamos a San Carlos de Bariloche, navegando por el lago Nahuel Huapi. De San Carlos hicimos una excursión al Tronador o mejor dicho a su glaciar, en un autobusetete de doble tracción, por una trocha de tierra, sumamente angosta y unos setenta kilómetros de larga. Este glaciar se está derritiendo y los trozos de hielo que caen de una altura de unos tres cientos metros producen los truenos, que le dieron el nombre a la montaña. De Bariloche volamos a Buenos Aires y en una hacienda a unos cien kilómetros al

oeste de la ciudad, cerca de la ciudad de Lujan, donde se encuentra la iglesia con la patrona de Argentina, asistimos a una fiesta de gauchos, donde nos mostraron su destreza montando caballos. Allí nos prepararon una parrilla argentina y me recuerdo de un chino, que le gustaba enormemente el "liñon" o sea el riñón y le dejamos que se los comiera a todos el solo. De Buenos Aires volamos para ver a las cataratas de Iguazú y de allí volamos a San Pablo y después a Río de Janeiro, donde estuvimos varios días en un hotel, situado en la playa de Copacabana, y de allí regresamos a Venezuela.

Mi hija Daria se especializó en dermatología en Ciudad Bolívar con el Dr. Francisco Battistini, con quien estuvo durante tres años, en el año 1988 y se mudó con sus hijos a Caracas, ya que allí tendrían mejores oportunidades para continuar sus estudios. Yo le facilité el dinero para comprar un pequeño apartamento en las Colinas del Bello Monte, para poner allí su consultorio, pero prefirió establecerse en el Centro Profesional de las Mercedes, anexo a la Policlínica, para sus consultas particulares y también trabajaba en algunos dispensarios médicos en Caracas. El apartamento en las Colinas de Bello Monte se lo dio a mi nieta Anita, quien se lo acomodó, para su vivienda.

La clínica al lado de mi casa en Cumaná, la tenía alquilada al Dr. Iván Acosta, médico radiólogo, que la iba transformando sin darle ningún permiso para ello, según sus necesidades, edificando y cambiándolo todo, según su gusto. Al fin tuve que decirle que se buscara otro lugar, ya que iba

demasiado lejos abusando de mi paciencia. Él me prometió que me iba entregar, cuando se fuese, todo igualito como lo consiguió. De esta manera me persuadió para que lo dejara allí por más tiempo. Pero le dije, que de todas maneras busque donde mudarse, ya que la clínica la necesito para mí. Al fin consiguió otra casa en la calle Santa Rosa, la cual compró y se mudó allí. En mi casa tumbó de veras todo lo nuevo que construyó, pero los pisos destruidos, los baños, que no funcionaban, las cañerías todas tapadas con el barro y dejó todo sin repararlo. Cuando se lo reclamé, se hizo la vista gorda y no tuve otra salida que reparar todos estos daños yo mismo. Esta reparación me costo más de ochocientos mil bolívares o sea casi diez veces más de lo que me costó la construcción de la casa 25 años antes, debido a la inflación que sufrió el país mientras tanto y para reconstruir todo lo destruido. También tuvimos que cambiar todas las cañerías y construir un acueducto nuevo. Al fin hicimos la casa de nuevo habitable, pero no la quise alquilar a nadie.

Así se quedó la casa sola durante unos años, hasta que cometí otro disparate. Vino una turca con la recomendación del Dr. Minguet, un hombre muy honesto y mi paciente y me pidió llorando que le alquile la casa, ya que la sacaban dónde estaba viviendo y no tenía donde poner su negocio. Le arrendé los dos cuartos, que daban para la calle con el garaje para poner allí su negocio. Pero al poco tiempo se mudó a vivir allí toda su familia y no sé cómo, se acomodaron de vivir todos juntos en un cuarto. Se lo arrendé por treinta bolívares mensuales. Uno comete disparates en su vida, ya que nunca fui comerciante.

Lo peor de todo era que uno de sus hijos era drogadicto y se robaba todo, lo que podía, para comprar las drogas. Se robaba en su casa y hasta donde nosotros desapareció un televisor pequeño, que tenía mi servicio para su diversión. Del carro mío, que lo tenía estacionado en el estacionamiento de mi casa, también desapareció la radio y las cornetas y no lo dudo que fue este muchacho. Aunque , claro no tengo pruebas. Tenía una habilidad para subirse al techo, donde escondía lo que se robaba a su madre, de su negocio. También secaron a dos árboles que se encontraban delante de la casa, pelándoles la corteza en su bases, con el propósito para que se viera mejor el aviso de su negocio.

Después de tres años la turca consiguió otro local comercial en el centro de la ciudad y también otro apartamento para vivir allí, pero no me entregó mi local, sino dejó allí al drogadicto y le consiguió a una mujer que lo atendía. De esta manera pensaba solucionar el problema de su hijo drogadicto para dejarme este problema a mí, ya que tenía este local, que le arrendé yo por lástima y porque me lo pidió el Dr. Minguet, prácticamente gratis. Entonces yo hablé seriamente con ella, para que me desocupe el local, que le fue arrendado para poner allí su local comercial. Tanto más ya que su muchacho una vez, cuando quiso pasar a mi solar, se quedó ensartado en una púa en la pared divisoria entre los dos solares y no pudo sacar la pierna, ya que la púa traspasó su muslo y quedó guindado en la pared. Tuvo la suerte que mi esposa oyó sus gritos y avisamos a los bomberos que vinieron a salvarlo y llevarlo al

hospital. También vino la policía, ya que pensaban que se trataba de un ladrón. Al fin desocupó la casa y con esto pensaba que se acabaron los problemas. Al poco tiempo me habló el Dr. Tomas Solís Colmenares, médico familiar y su esposa Mercy Cesín, médico internista para que les alquilara la casa para sus consultorios. Se hizo un contrato por medio de la Dra. Marlene Estévez por cuatrocientos mil bolívares mensuales. Pero cuando se iban a instalar, se presentó otro problema con la luz eléctrica, ya que la turca arregló la instalación eléctrica de la casa de manera que la corriente eléctrica no pasaba por el medidor, sino de una manera camuflada por un lado, con el propósito de no pagar la luz. Fui y hablé con ella para que me busque al hombre que le hizo este trabajo, para que arregle de nuevo la instalación como debe ser. Vino el hombre y me dijo, mientras estaba arreglando la instalación, que la mitad de Cumaná tenía arreglada su instalación eléctrica, de manera que la mayor parte de la electricidad no pasaba por el medidor.

Yo seguí desde el año 1977 con mi intolerancia para ciertos alimentos y desde entonces tenía que poner mucho cuidado en lo que comía o bebía. Al menos cuando ingerí algo que no convenía a mi colon o a mi sistema nervioso, me trastornaba por completo, muchas veces me dio hasta la taquiarritmia con fibrilación auricular, así que tenía que tomar por unos días la digoxina, que llevaba siempre conmigo en nuestros viajes, además de los antifatulentos y de antiácidos. Al fin comía todos los días lo mismo, para no hacer algún disparate. De suerte toleraba muy bien una pasta de arenques,

a la que comía todos estos años tres veces al día en lugar de las salsas para dar el gusto a las comidas, hasta el día, que estoy escribiendo estas memorias mías.

Desde el año 1994 no iba tampoco a Mochima, porque a mi esposa, aunque era cumanesa, no le gustaba el mar. También le daban mareos cuando íbamos a pescar con lancha. Así que por fin vendí la lancha, ya que me robaban constantemente las partes del motor, porque la mantenía en el estacionamiento de la casa en la misma Mochima. La casa se la di a mi hija, que la arrendaba a la gente que venía a Mochima, para pasar unos días en la orilla del mar. Ella buscó una familia de Mochima, que la cuidaba, pero poco a poco se dio cuenta que ellos la arrendaban a los turistas sin decírselo. Así que por fin vendimos también la casa, ya que esta familia, que la cuidaba, pensaba quedarse con ella y tuvo que pagarles más de un millón de bolívares para que la desocuparan. Pero, gracias a Dios salimos de este problema. También el mismo pueblo de Mochima cambió muchísimo y ya no servía para ir a descansar allí, porque ponían en el pueblo la música a todo volumen de día y de noche. Pero yo gocé muchísimo durante más de veinte años, pescando por las costas de Araya y de las islas Caracas y descansando en una hamaca todos los fines de semana. Pero también los años no perdonan. Además con levantar la pesada lancha y estacionarla en el garaje, sufrió mucho mi columna y poco a poco se me desarrollaron dos hernias discales y desde entonces siento los adormecimientos en ambas piernas. Me querían operar, pero me dio miedo, ya que muchos salían peor después de la operación. Así que más

bien estoy aguantando. No puedo caminar largas distancias, pero puedo ir al mercado, claro que con mi carrito, pero dentro del mercado me desenvuelvo, caminando poco a poco para llevar las mercancías al carro. Si éstas pesan mucho, le pago a un carretillero, para que me las transporte en su carretilla. Por las noches mientras estamos rezando, camino por las escaleras y en el cuarto durante una hora, descansando por momentos en mi sillón.

En el año 1987 me operé de la próstata en la Clínica Vista Alegre en Caracas por vía uretral, ya que padecí de una hiperplasia prostática, que me impedía orinar normalmente y ya a los cuatro días estuve trabajando en nuestra casa de Mariches.

El día 17 de abril del año 1999 de madrugada sentí de pronto un terrible dolor en la fosa iliaca derecha con ganas de vomitar. No hubo la menor duda que se trataba de una apendicitis agudísima. Apenas amaneció me trasladé a la Clínica de San Vicente de Paúl y en la misma mañana me intervinieron, el Dr García Barreto, muy amigo mío, quien me operó y me dijo posteriormente que la apéndice estaba a punto de perforar.

En el año 2001 empecé a sentir, casi por el reloj, cada tres meses un escalofrío y fiebre alta, que me pasaba tomando cefadroxilo. En el mismo tiempo sentía un dolor en el lado derecho del tórax y no podía acostarse del lado izquierdo por sentir el dolor fuerte, también en el lado izquierdo del tórax. Me

hice varias radiografías y todas salían normales. Al fin me practiqué también una tomografía axial computarizada del tórax y allí me dijo el Dr Avendaño, que parecía tener un bronquio en el pulmón derecho obstruido y me recomendó que me viera con urgencia con un neumonólogo. Mi hija me buscó una cita en la Floresta con su profesor de neumonología en la Universidad Central, quien me examinó detenidamente y me dijo que mis pulmones están dentro de límites normales. Me hice las pruebas del laboratorio y salí a la prueba de Vidal positiva. Entonces empecé a tomar la cloromicetina, pero no la toleré. Al tomar seis capsulas con mucho sacrificio, me puse tan mal, que las dejé y me tomé de nuevo las capsulas de Cefadroxilo, que siempre me ayudaban. Desde entonces me están bajando los glóbulos rojos cada año por unos ciento cincuenta mil, así que en último examen, al fin del año 2007 me salieron nada más que 3 millones. En el mismo empecé a desarrollar también una macrocitosia, lo que compensaba parcialmente la pérdida de los glóbulos rojos y tenía la hemoglobina en 12, pero el día 26 de abril del año 2003 me puse grave y el ecosonograma abdominal mostraba que se trataba de un hidrocolecisto y ameritaba con urgencia la intervención quirúrgica. Me intervino de nuevo Dr. Cruz García Barreto con su equipo y en el mismo tiempo me corrigieron también una hernia inguinal directa del lado derecho, que me molestaba ya unos meses.

Mis nietos se graduaron todos: mi nieta Anita, es Arquitecto especializada en Diseño Urbano, y trabaja actualmente en los trabajos del Ministerio del Ambiente para el

Saneamiento del Río Guaire y en muchas otras cosas. Está actualmente a punto de casarse. Paúl, el nieto mayor, estudió en los Estados Unidos Ingeniería en Sistemas, en Carnegie Mellon, en Pittsburg, Pensilvania, y consiguió el título de Máster y actualmente viaja por todo el mundo, ya que es el vicepresidente de una compañía que trabaja aquí y en Estados Unidos. Pasa la mitad de la vida en un avión. Iván, mi nieto menor, trabaja en informática en la Ciudad de México, donde lo envié una compañía de publicidad para ser su Gerente de Contabilidad.

De la casa y finca en El Morro, en el estado Mérida, se enamoró mi nieto Paúl, la está arreglando toda muy bella con la ayuda de mi nieta, la arquitecto de la familia, y está pasando ahí algunos días de tranquilidad divina junto a su esposa y sus pequeñas hijas, mis bisnietas Clarita y Lucía, actualmente de seis y cuatro años respectivamente. El Morro cuenta actualmente con una buena carretera asfaltada y por ahí pasan muchos turistas que van hacia Los Nevados y hacia los picos más altos de Venezuela, ya que el teleférico no alcanza para tanta gente que quiere subir los cerros de manera más cómoda. También hay muchos días que estos picos están cubiertos de nubes y no tiene ningún sentido subir, para no ver nada más que la niebla. Pero por la carretera siempre pueden buscar un sitio agradable en alguna de las lagunas que abundan en esa zona u otros sitios hermosos para gozar de un picnic.



En la Actualidad, a mis 88 años

Yo, con mis ochenta y ocho años, trabajo todavía en mi consultorio solamente en las mañanas, claro que no tanto como cuando era joven y veía hasta sesenta pacientes por día entre el Hospital, el Sanatorio, el IPASME y mi consulta particular. La mayoría de los casos que veo son mis pacientes viejos, haciendo también las evaluaciones cardiovasculares preoperatorias y los casos complicados que no consiguen mejoría y que esperan de mí, que con mi experiencia les pueda ayudar. Hasta que Dios quiera.